

PIERRE BOURDIEU

JEAN-CLAUDE CHAMBOREDON

JEAN-CLAUDE PASSERON

El **FIN** **de** **SOCIÓLOGO**

PRESUPUESTOS EPISTEMOLÓGICOS



**sociología
y
política**

Traducción:

Fernando Hugo Azcurra: Introducción, Primera, Segunda
y Tercera Parte y Conclusión

José Sazbón: Textos ilustrativos (excepto los que se consignan
a continuación)

Víctor Goldstein: Textos ilustrativos (12, 14, 17, 20, 21, 31, 36) y
Entrevista a Pierre Bourdieu

pierre bourdieu
jean-claude chamboredon
jean-claude passeron

el oficio de sociólogo

presupuestos epistemológicos

con una entrevista a pierre bourdieu





siglo xxi editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores, s.a.

TUCUMÁN 1621, 7° N, C1050AAG, BUENOS AIRES, ARGENTINA

siglo xxi de españa editores, s.a.

MENÉNDEZ PIDAL 3 BIS, 28036, MADRID, ESPAÑA

HM588

B6818

2008

Bourdieu, Pierre

El oficio del sociólogo : presupuestos epistemológicos / Pierre Bourdieu, Jean-Claude Chamboredon, Jean-Claude Passeron ; traducción Fernando Hugo Azcurra ; textos ilustrativos José Sazbón, Víctor Goldstein. — 2ª ed. — México : Siglo XXI, 2008. 423 p. — (Sociología y política)

Traducción de: *Le métier de sociologue*

ISBN-13: 978-607-3-00017-8

I. Sociología — Metodología. I. Chamboredon, Jean-Claude, coaut. II. Passeron, Jean-Claude, coaut. III. Azcurra, Fernando Hugo, tr. IV. Sazbón, José, tr. V. Goldstein, Víctor, tr. VI. t. VII. Ser.

primera edición en español, 1975

vigesimoquinta reimpresión, 2007

segunda edición en español, 2008

© siglo xxi editores, s.a. de c.v.

isbn 978-607-3-00017-8

diseño de interior: tholón kunst

primera edición en francés, 1973

© école pratique des hautes études

(visection) y mouton and co.

quinta edición en francés, 2005

título original: *le métier de sociologue*

derechos reservados conforme a la ley

impresora gráfica hernández

capuchinas 378

col. evolución

57700 estado de méxico

Índice

Prefacio a la segunda edición	13
Introducción: Epistemología y metodología.....	15
Pedagogía de la investigación, 19. Epistemología de las ciencias del hombre y epistemología de las ciencias de la naturaleza, 23. La metodología y el desplazamiento de la vigilancia, 24. El orden epistemológico de las razones, 29	
 PRIMERA PARTE: LA RUPTURA.....	 31
I. El hecho se conquista contra la ilusión del saber inmediato.....	31
I.1. Prenociones y técnicas de ruptura, 31; I.2. La ilusión de la transparencia y el principio de la no-conciencia, 33; I.3. Naturaleza y cultura: sustancia y sistema de relaciones, 39; I.4. La sociología espontánea y los poderes del lenguaje, 41; I.5. La tentación del profetismo, 46; I.6. Teoría y tradición teórica, 49; I.7. Teoría del conocimiento sociológico y teoría del sistema social, 53	
 SEGUNDA PARTE: LA CONSTRUCCIÓN DEL OBJETO	 57
II. El hecho se construye: las formas de la renuncia empirista.....	57
II.1. «Las abdicaciones del empirismo», 61; II.2. Hipótesis o supuestos, 65; II.3. La falsa neutralidad de	

las técnicas: objeto construido o artefacto, 67; II.4. La analogía y la construcción de hipótesis, 79; II.5. Modelo y teoría, 83

TERCERA PARTE: EL RACIONALISMO APLICADO	89
---	----

III. El hecho se conquista, construye, comprueba:

la jerarquía de los actos epistemológicos	89
---	----

III.1. La consecuencia de las operaciones y la jerarquía de los actos epistemológicos, 89; III.2. Sistema de proposiciones y verificación sistemática, 97; III.3. Las parejas epistemológicas, 101

Conclusión: Sociología del conocimiento

y epistemología	105
-----------------------	-----

Esbozo de una sociología de la tentación positivista en sociología, 106. El arraigo social del sociólogo, 110. Fortaleza científica y vigilancia epistemológica, 112

Textos ilustrativos	117
---------------------------	-----

Nota sobre la selección de los textos.....	119
--	-----

Prólogo	121
---------------	-----

Sobre una epistemología concordataria	121
---	-----

1. G. Canguilhem, 122

Los tres grados de la vigilancia	129
--	-----

2. G. Bachelard, 130

Introducción: Epistemología y metodología.....	135
--	-----

Epistemología y lógica reconstruida.....	135
--	-----

3. A. Kaplan, 136

1. La ruptura	139
---------------------	-----

1.1. Prenociones y técnicas de ruptura

Las prenociones como obstáculo epistemológico	139
---	-----

4. É. Durkheim, 140

La definición provisional como instrumento de ruptura.....	144
5. M. Mauss, 144	
El análisis lógico como coadyuvante de la vigilancia epistemológica	148
6. J. H. Goldthorpe y D. Lockwood, 148	
1.2. La ilusión de la transparencia y el principio de la no-conciencia.....	161
La filosofía artificialista como fundamento de la ilusión de la reflexividad.....	161
7. É. Durkheim, 161	
La ignorancia metódica.....	164
8. É. Durkheim, 164	
El inconsciente: del sustantivo a la sustancia.....	168
9. L. Wittgenstein, 169	
El principio del determinismo como negación de la ilusión de la transparencia.....	171
10. É. Durkheim, 172	
El código y el documento	175
11. F. Simiand, 176	
1.3. Naturaleza y cultura: sustancia y sistema de relaciones	179
Naturaleza e historia.....	179
12. K. Marx, 179	
La naturaleza como invariante psicológica y el paralogismo de la inversión del efecto y de la causa ...	185
13. É. Durkheim, 186	
La esterilidad de la explicación de las especificidades históricas por tendencias universales	190
14. M. Weber, 191	
1.4. La sociología espontánea y los poderes del lenguaje	197
La nosografía del lenguaje.....	197
15. M. Chastaing, 197	
Los esquemas metafóricos en biología.....	204
16. G. Canguilhem, 204	
1.5. La tentación del profetismo.....	211
El profetismo del profesor y del intelectual	211

17. M. Weber, 212; 18. B. M. Berger, 213	
1.6. Teoría y tradición teórica	219
Razón arquitectónica y razón polémica	219
19. G. Bachelard, 219	
2. La construcción del objeto	221
El método de la economía política	221
20. K. Marx, 221	
La ilusión positivista de una ciencia sin supuestos.....	224
21. M. Weber, 224	
«Hay que tratar a los hechos sociales como cosas»	232
22. É. Durkheim, 232	
2.1. Las abdicaciones del empirismo	236
El vector epistemológico	236
23. G. Bachelard, 236	
2.2. Hipótesis o supuestos	239
El instrumento es una teoría en acto	239
24. E. Katz, 240	
El estadístico debe saber lo que hace.....	247
25. F. Simiand, 247	
2.3. La falsa neutralidad de las técnicas: objeto construido o artefacto	252
La entrevista y las formas de organización de la experiencia.....	252
26. L. Schatzman y A. Strauss, 253	
Imágenes subjetivas y sistema objetivo de referencia...	269
27. J. H. Goldthorpe y D. Lockwood, 269	
Las categorías de la lengua indígena y la construcción de los hechos científicos.....	272
28. C. Lévi-Strauss, 272; 29. M. Mauss, 275;	
30. B. Malinowski, 278	
2.4. La analogía y la construcción de hipótesis	280
El uso de los tipos ideales en sociología	280
31. M. Weber, 281	
2.5. Modelo y teoría.....	288
La <i>Summa</i> y la catedral: las analogías profundas como producto de un hábito mental	288
32. E. Panofsky, 288	

La función heurística de la analogía	293
33. P. Duhem, 293	
Analogía, teoría e hipótesis	296
34. N. R. Campbell, 297	
3. El racionalismo aplicado	303
3.1. La implicación de las operaciones y la jerarquía de los actos epistemológicos	303
Teoría y experimentación	303
35. G. Canguilhem, 304	
Los objetos predilectos del empirismo	312
36. W. Mills, 313	
3.2. Sistema de proposiciones y verificación sistemática.....	317
La teoría como desafío metodológico.....	317
37. L. Hjelmslev, 317	
La argumentación circular.....	321
38. E. Wind, 321	
La prueba por un sistema de probabilidades convergentes.....	326
39. Ch. Darwin, 327	
3.3. Las parejas epistemológicas	331
La filosofía dialogada.....	331
40. G. Bachelard, 332	
El neopositivismo, acoplamiento del sensualismo y del formalismo	336
41. G. Canguilhem, 336	
El formalismo como intuicionismo	342
42. É. Durkheim, 342	
Conclusión: Sociología del conocimiento y epistemología..	347
Las mundanidades de la ciencia.....	347
43. G. Bachelard, 347	
De la reforma del entendimiento sociológico.....	356
44. M. Maget, 356	
Los controles cruzados y la transitividad de la censura	362
45. M. Polanyi, 362	

Entrevista a Pierre Bourdieu	365
Lista de textos	381
Índice de nombres.....	389
Índice temático	393

Prefacio a la segunda edición

La preparación de esta segunda edición abreviada nos permitió modificar el proyecto inicial de continuar el volumen consagrado a los *Presupuestos epistemológicos* con un segundo tomo que habría tratado acerca de la construcción del objeto sociológico y un tercero, destinado a presentar una recopilación crítica de los instrumentos, tanto conceptuales como técnicos, de la investigación. Finalmente, nos pareció imposible realizar en estos campos el equivalente del trabajo de construcción que la inexistencia de una epistemología de las ciencias sociales habría hecho posible y necesario; como no podíamos, en un terreno tan manifiestamente cubierto, y hasta obstaculizado, optar por la ingenuidad, no hemos podido resignarnos de antemano a la discusión moderada de las teorías y de los conceptos en vigor, supuestos previos, según la tradición universitaria, de toda discusión teórica.

Estaríamos tentados, preferentemente, de someter estos *Presupuestos epistemológicos* a una revisión que tendiera a subordinar totalmente el discurso a una intención pedagógica, realizada con tanta imperfección en el estado actual de la obra. De esa manera, cada uno de los principios hubieran quedado fijados en preceptos o, al menos, en ejercicios de interiorización de la postura. Por ejemplo, para desprender todas las virtualidades heurísticas implicadas en un principio como el de la primacía de las relaciones, hubiera sido necesario mostrar en sus componentes (tal como se hace en un seminario, o mejor en un grupo de investigación, cuando se examina la construcción de una muestra, la elaboración de un cuestionario o el análisis de una serie de cuadros estadísticos) cómo este principio ordena las elecciones técnicas de la investigación (construcción de series de poblaciones separadas por diferencias pertinentes desde el punto de vista de las relaciones consideradas, elaboración de preguntas que, secundarias para la sociografía de la población propiamente dicha, permiten situar el caso considerado en

un sistema de casos dentro del cual adquiere sentido o, incluso, movilización de técnicas gráficas o mecanográficas que permitan captar sinóptica y exhaustivamente el sistema de relaciones entre las relaciones reveladas por un conjunto de cuadros estadísticos). Lo que nos ha detenido, entre otras razones, fue el temor de que este esfuerzo de esclarecimiento pedagógico –por los límites de la comunicación escrita– pueda conducir a negar que la enseñanza de investigación es una enseñanza de invención, alentando la canonización de preceptos desgastados de una nueva metodología o, peor aún, de una nueva tradición teórica. No es un riesgo ficticio: la crítica, en su momento herética, del empirismo positivista y de la abstracción metodológica, tiene enormes posibilidades de confundirse, actualmente, con los eternos discursos previos de una nueva vulgata que, una vez más, consiga postergar la ciencia sustituyendo el honroso lugar de la pureza teórica con la obsesión de la impecabilidad metodológica.

Septiembre de 1972

Los textos ilustrativos que constituyen la segunda parte de este libro (pág. 117) deben ser leídos paralelamente a los análisis en el curso de los cuales son utilizados o explicados. Las remisiones a estos textos se indican en la primera parte del libro mediante una nota entre corchetes que lleva el nombre del autor y el número del texto. Al final del libro (pág. 381) incluimos un índice especial que facilita la consulta.

Introducción

Epistemología y metodología

«El método –escribe Auguste Comte– no es susceptible de ser estudiado separadamente de las investigaciones en que se lo emplea; o, por lo menos, sería éste un estudio muerto, incapaz de fecundar el espíritu que a él se consagre. Todo lo que pueda decirse de real, cuando se lo encara en abstracto, se reduce a generalidades tan vagas que no podrían tener influencia alguna sobre el régimen intelectual. Cuando se ha establecido, como tesis lógica, que todos nuestros conocimientos deben fundarse en la observación, que debe procederse de los principios hacia los hechos y de los hechos hacia los principios, además de algunos otros aforismos similares, se conoce con mucha menor claridad el método que aquel que estudió, de manera un poco profunda, una sola ciencia positiva, así sea sin una intención filosófica. Precisamente por haber desconocido este dato esencial nuestros psicólogos se inclinan a considerar a sus ensueños como ciencia, creyendo que comprenden el método positivo por haber leído los preceptos de Bacon o el *Discurso* de Descartes. Ignoro si, más tarde, será posible seguir *a priori* un verdadero curso de método totalmente independiente del estudio filosófico de las ciencias; pero estoy convencido de que ello es imposible hoy, puesto que los grandes procedimientos lógicos no pueden aún ser explicados, con suficiente precisión, si se los considera separados de sus aplicaciones. Me atrevo a agregar además que, aun cuando una empresa de este tipo pueda ser realizada –cosa que en efecto es concebible–, sólo por el estudio de las aplicaciones regulares de los procedimientos científicos podrá lograrse un buen sistema de hábitos intelectuales, hecho que es, sin embargo, el objetivo esencial del método.»¹

1 A. Comte, *Cours de philosophie positive*, t. I, París, Bachelier, 1830 (citado según la edición Garnier, 1926, págs. 71-72). Podría señalarse, con Canguilhem, que no es fácil superar la seducción del vocabulario que «nos

Nada habría que agregar a este texto que, al negarse a disociar el método de la práctica, de entrada rechaza todos los discursos del método, si no existiera ya todo un discurso acerca del método que, ante la ausencia de una oposición de peso, amenaza imponer a los investigadores una imagen desdoblada del trabajo científico. Profetas que se ensañan con la impureza original de la empiria –de quienes no se sabe si consideran las mezquindades de la rutina científica como atentatorias a la dignidad del objeto que ellos creen corresponderle o del sujeto científico que pretenden encarnar– o sumos sacerdotes del método que todos los investigadores observarían voluntariamente, mientras vivan, sobre los estrados del catecismo metodológico, quienes disertan sobre el arte de ser sociólogo o el modo científico de hacer ciencia sociológica a menudo tienen en común la disociación del método o la teoría respecto de las operaciones de investigación, cuando no disocian la teoría del método o la teoría de la teoría. Surgido de la experiencia de investigación y de sus dificultades cotidianas, nuestro propósito explicita, en función de las necesidades de esta causa, un «sistema de costumbres intelectuales»: se dirige a quienes, «embarcados» en la práctica de la sociología empírica, sin necesidad alguna de que se les recuerde la necesidad de la medición y de su aparato teórico y técnico, están totalmente de acuerdo con nosotros sobre aquello en lo cual coincidimos porque es evidente: la necesidad, por ejemplo, de no descuidar ninguno de los instrumentos conceptuales o técnicos que dan todo el rigor y la fuerza a la verificación experimental. Sólo quienes no tienen o no quieren hacer la experiencia de investigación podrán ver, en esta obra que apunta a problematizar la práctica sociológica, un cuestionamiento de la sociología empírica.²

conduce sin cesar a concebir el método como capaz de ser separado de las investigaciones en que es puesto en práctica: [A. Comte] enseña en la primera lección del *Curso de filosofía positiva* que “el método no es susceptible de ser estudiado independientemente de las investigaciones en que se *lo utiliza*”; lo cual da por sentado que el empleo de un método supone ante todo su posesión» (G. Canguilhem, *Théorie et technique de l'expérimentation chez Claude Bernard*, Coloquio del centenario de la publicación de *L'Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*, París, Masson, 1967, pág. 24).

2 La división del campo epistemológico según la lógica de los pares (véase 3ª parte) y las tradiciones intelectuales que, al identificar toda reflexión con especulación pura, no permiten percibir la función técnica de una

Si bien es cierto que la enseñanza de la investigación requiere, de parte de quienes la conciben como de los que la reciben, una referencia directa y constante a la experiencia *en primera persona* de la práctica, «la metodología de moda que multiplica los programas de investigaciones refinadas pero hipotéticas, las consideraciones críticas de investigaciones realizadas por otros [...] o los veredictos metodológicos»³ no podrían reemplazar una reflexión sobre la relación justa con las técnicas y un esfuerzo, siquiera azaroso, por transmitir principios que no pueden presentarse como simples verdades de principio porque son el principio de la investigación de verdades. Si bien es cierto, además, que los métodos se distinguen de las técnicas, por lo menos, en que éstos son «lo suficientemente generales como para tener valor en todas las ciencias o en un sector importante de ellas»,⁴ esta reflexión sobre el método debe también asumir el riesgo de rever los análisis más clásicos de la epistemología de las ciencias de la naturaleza; pero quizá sea necesario que los sociólogos se pongan de acuerdo sobre principios elementales que aparecen como evidentes para los especialistas en ciencias de la naturaleza o en filosofía de las ciencias, para salir de la anarquía conceptual a la que están condenados por su indiferencia ante la reflexión epistemológica. En realidad, el esfuerzo por examinar una ciencia en particular a través de los principios generales proporcionados por el saber epistemológico se justifica y se impone especialmente en el caso de

reflexión sobre la relación con las técnicas, otorgan una fuerte probabilidad al malentendido que aquí tratamos de despejar: en efecto, en esta organización dualista de las posiciones epistemológicas todo intento de volver a insertar las operaciones técnicas en la jerarquía de los actos epistemológicos será casi inevitablemente interpretada como un ataque dirigido contra la técnica y los técnicos; por mucho que nos cueste, y aunque reconociéramos aquí la contribución capital que los metodólogos, y en particular Paul F. Lazarsfeld, han aportado a la racionalización de la práctica sociológica, sabemos que corremos el riesgo de que se nos ubique más cerca de *Fads and Foibles of American Sociology* que de *The Language of Social Research*.

- 3 R. Needham, *Structure and Sentiment: A Test-case in Social Anthropology*, Chicago-Londres, University of Chicago Press, 1962, pág. vii.
- 4 A. Kaplan, *The Conduct of Inquiry, Methodology of Behavioral Science*, Chandler, San Francisco, 1964, pág. 23. El mismo autor se lamenta de que el término «tecnología» haya adquirido ya un sentido especializado; observa que podría aplicarse con suma exactitud a un gran número de estudios calificados como «metodológicos» (*ibid.*, pág. 19).

la sociología: en ella todo conduce, en efecto, a ignorar este saber, desde el estereotipo humanista de la irreductibilidad de las ciencias humanas hasta las características del reclutamiento y la formación de investigadores, sin olvidar la existencia de un conjunto de metodólogos especializados en la reinterpretación selectiva del saber de las otras ciencias. Por tanto, es necesario someter las operaciones de la práctica sociológica a la polémica de la razón epistemológica, para definir, y si es posible inculcar, una actitud de vigilancia que encuentre en el completo conocimiento del error y de los mecanismos que lo engendran uno de los medios para superarlo. La intención de dotar al investigador de los medios para que él mismo supervise su trabajo científico se opone a los llamados al orden de los censores, cuyo negativismo perentorio sólo suscita el horror al error y lleva a recurrir de manera resignada a una tecnología investida con la función de exorcismo.

Como toda la obra de Gaston Bachelard lo demuestra, la epistemología se diferencia de una metodología abstracta en su esfuerzo por captar la lógica del error para construir la lógica del descubrimiento de la verdad como polémica contra el error y como esfuerzo para someter las verdades próximas a la ciencia y los métodos que utiliza a una rectificación metódica y permanente [*G. Canguilhem, texto n° 1*]. Pero la acción polémica de la razón científica no tendría toda su fuerza si el «psicoanálisis del espíritu científico» no se continuara en un análisis de las condiciones sociales en las cuales se producen las obras sociológicas: el sociólogo puede encontrar un instrumento privilegiado de vigilancia epistemológica en la sociología del conocimiento, como medio para enriquecer y precisar el conocimiento del error y de las condiciones que lo hacen posible y, a veces, inevitable [*G. Bachelard, texto n° 2*]. Por consiguiente, las apariencias que aquí pudieran subsistir de una discusión *ad hominem* se refieren sólo a los límites de la comprensión sociológica de las condiciones del error: una epistemología que se remite a una sociología del conocimiento, menos que ninguna otra puede imputar los errores a sujetos que no son, nunca ni totalmente, sus autores. Si, parafraseando un texto de Marx, «no pintamos de rosado» al empirista, al intuicionista o al metodólogo, tampoco nos referimos a «personas sino en tanto que personificación» de posiciones epistemológicas que sólo se comprenden totalmente en el campo social donde se apoyan.

PEDAGOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN

La función de esta obra define su forma y su contenido. Una enseñanza de la investigación cuyo proyecto sea exponer los principios de una práctica profesional y simultáneamente imprimir cierta relación con esta práctica, es decir proporcionar a la vez los instrumentos indispensables para el tratamiento sociológico del objeto y una disposición activa a utilizarlos apropiadamente, debe romper con la rutina del discurso pedagógico para restituir su fuerza heurística a los conceptos y operaciones más completamente «neutralizados» por el ritual de la exposición canónica. Por ello, esta obra que apunta a señalar los actos más prácticos de la práctica sociológica comienza por una reflexión que trata de recordar, sistematizándolas, las implicaciones de toda práctica, buena o mala, y de concretar en preceptos prácticos el principio de vigilancia epistemológica (Libro primero).⁵ Se intentará luego la definición de la función y las condiciones de aplicación de los esquemas teóricos a los que debe recurrir la sociología para construir su objeto, sin pretender presentar estos primeros principios de la interrogación propiamente sociológica como una teoría acabada del conocimiento del objeto sociológico y, menos todavía, como una teoría general y universal del sistema social (Libro segundo).* La investigación empírica no necesita comprometer tal teoría para escapar al empirismo, siempre que ponga en práctica efectiva, en cada una de sus operaciones, los principios que lo constituyen como ciencia, proporcionándole un objeto caracterizado por un mínimo de coherencia teórica. Si esta condición se cumple, los conceptos o los métodos podrán ser utilizados como *instrumentos* que, arrancados de su contexto original, se abren a nuevos usos (Libro tercero).** Al asociar la presentación de cada instrumento intelectual a ejemplos de su utilización, se tratará de evitar que el saber sociológico pueda aparecer como una suma de técnicas, o como un capital de conceptos separados o separables de su implementación en la investigación.

Si nos hemos permitido extraer del orden de razones en las que se encontraban insertos los principios teóricos y los procedimientos técnicos

⁵ Véase *supra* el prefacio a la segunda edición, págs. 13-14.

* Véase nota 5.

** Véase nota 5.

heredados de la historia de la ciencia sociológica, no es sólo para quebrar los encadenamientos del orden didáctico que no renuncia a la complacencia erudita frente a la historia de las doctrinas o los conceptos, sino para rendir tributo al reconocimiento diplomático de los valores consagrados por la tradición o sacralizados por la moda, ni tampoco para liberar virtualidades heurísticas, muchas veces más numerosas de lo que permitirían creer los usos académicos; es, sobre todo, en nombre de una concepción de la teoría del conocimiento sociológico que hace de esta teoría el sistema de principios que definen las condiciones de posibilidad de todos los actos y todos los discursos propiamente sociológicos, y sólo de éstos, cualesquiera que sean las teorías del sistema social de quienes producen o produjeron obras sociológicas en nombre de estos principios. El problema de la filiación de una investigación sociológica a una teoría particular acerca de lo social, la de Marx, la de Weber o la de Durkheim por ejemplo, es siempre secundario respecto del problema de la pertenencia de esta investigación a la ciencia sociológica: el único criterio de esta pertenencia reside, en realidad, en la aplicación de los principios fundamentales de la teoría del conocimiento sociológico que, en cuanto tal, de ningún modo separa a autores a los que todo aleja en el plano de la teoría del sistema social. Aunque la mayoría de los autores han llegado a confundir su teoría particular del sistema social con la teoría del conocimiento de lo social que abrazaban, por lo menos implícitamente en su práctica sociológica, el proyecto epistemológico puede permitirse esta distinción preliminar para vincular autores cuyas oposiciones doctrinarias ocultan el acuerdo epistemológico.

Temer que esta empresa conduzca a una amalgama de principios tomados de tradiciones teóricas diferentes, o a la constitución de un cuerpo de fórmulas disociadas de los principios que las fundamentan, implica olvidar que la reconciliación cuyos principios creemos explicitar se opera realmente en el ejercicio auténtico del oficio de sociólogo o, más exactamente, en el «oficio» del sociólogo, *habitus* que, en cuanto sistema de esquemas más o menos dominados y más o menos transferibles, no es sino la interiorización de los principios de la teoría del conocimiento sociológico. A la tentación que siempre surge de transformar los preceptos del método en recetas de cocina científica o en chucherías de laboratorio, sólo puede oponérsele un ejercicio constante de la vigilancia epistemológica que, subordinando el uso de técnicas y conceptos a un examen sobre las condiciones y los límites de su va-

lidez, proscriba la comodidad de una aplicación automática de procedimientos probados y señale que toda operación, no importa cuán rutinaria y repetida sea, debe repensarse a sí misma y en función del caso particular. Sólo una reinterpretación mágica de las exigencias de la medición puede a la vez sobrestimar la importancia de las operaciones que, por otra parte, no son más que recursos del oficio y, transformando la cautela metodológica en respeto sagrado, utilizar no sin temor o no utilizar jamás, por miedo a no cumplir totalmente las condiciones rituales, instrumentos que deberían ser juzgados sólo mediante el uso. Los que llevan la cautela metodológica hasta la obsesión hacen pensar en ese enfermo del que habla Freud, que se pasaba el tiempo limpiándose los anteojos sin ponérselos nunca.

Considerar seriamente el proyecto de transmitir metódicamente un *ars inveniendi* significa reconocer que supone algo muy diferente y elevado que el *ars probandi* propuesto por quienes confunden la mecánica lógica, luego desmontada, de las comprobaciones y las pruebas con el funcionamiento real del espíritu creador; reconocer también, con la misma evidencia, que hay mucho trecho entre los senderos o, mejor dicho, los atajos que hoy puede trazar una reflexión sobre la investigación, y el camino sin arrepentimientos ni rodeos que propondría un discurso verdadero del método sociológico.

A diferencia de la tradición que se atiene a la lógica de la prueba, sin permitirse, por principio, penetrar en los arcanos de la invención, condenándose de esta forma a vacilar entre una retórica de la exposición formal y una psicología literaria del descubrimiento, quisiéramos proporcionar aquí los medios para adquirir una disposición mental que sea condición de la invención y de la prueba. Si esta reconciliación no se produce, ello implicaría renunciar a proporcionar una ayuda, cualquiera que sea, al trabajo de investigación, limitándonos junto a tantos otros metodólogos, a invocar o llamar, como se llama a los espíritus, los milagros de una iluminación creadora, vehiculizados por la hagiografía del descubrimiento científico, o los misterios de la psicología de las profundidades.⁶

6 Cuando define el objeto de la lógica de las ciencias, la literatura metodológica ha procurado siempre evitar explícitamente la consideración de los *ways of discovery* en favor de los *ways of validation* (véase por ejemplo C. Hempel, *Aspects of Scientific Explanation and Other Essays in the Philosophy of Science*, Nueva York, Free Press, 1965, págs. 82-83). K. R. Popper insiste a

Si es evidente que los automatismos adquiridos posibilitan la economía de una invención permanente, hay que cuidarse de la creencia de que el sujeto de la creación científica es un *automaton spirituale* que obedece a los organizados mecanismos de una programación metodológica constituida de una vez para siempre, y por tanto encerrar al investigador en los límites de una ciega sumisión a un programa que excluye la reflexión sobre el programa, reflexión que es condición de invención de nuevos programas.⁷ Weber afirmaba que, «así como el conocimiento de la anatomía no es condición para una marcha correcta, tampoco la metodología es condición para un trabajo fecundo».⁸ Pero, aunque es inútil confiar en descubrir una ciencia sobre el modo de hacer ciencia, y suponer que la lógica sea algo más que un modo de control de la ciencia que se construye o que ya se ha construido, sin embargo, como lo observó Stuart Mill, «la invención puede ser cultivada», es decir que una explicitación de la lógica del descubrimiento, por parcial que parezca, puede contribuir a la racionalización del aprendizaje de las aptitudes para la creación.

menudo en esta dicotomía que, en él, parece encubrir la oposición entre la vida pública y la privada: «La pregunta “¿Cómo descubrió usted su teoría por primera vez?” interesa, para decirlo de algún modo, a una cuestión muy personal, contrariamente a lo que supone la pregunta “¿cómo verificó usted su teoría?”» (K. R. Popper, *Misère de l'historicisme* [trad. de H. Rousseau], París, Plon, 1956, pág. 132 [hay ed. en esp.]). O también: «No existe nada que se parezca a un método lógico para tener ideas o a una reconstitución lógica de este proceso. En mi opinión, todo descubrimiento contiene un “elemento irracional” o una “intuición creadora”, en el sentido bergsoniano» (K. R. Popper, *The Logic of Scientific Discovery*, Londres, Hutchinson and Co., 1959, pág. 32). En cambio, cuando, excepcionalmente, se considera explícitamente como objeto el «contexto del descubrimiento» (por oposición al «contexto de la prueba»), es inevitable romper gran cantidad de esquemas rutinarios de la tradición epistemológica y metodológica y, en especial, la representación del desarrollo de la investigación como sucesión de etapas distintas y predeterminadas (véase P. E. Hamond, comp., *Sociologists at Work, Essays on the Craft of Social Research*, Nueva York, Basic Books, 1964).

⁷ Piénsese, por ejemplo, en la facilidad con que la investigación puede reproducirse sin producir nada, según la lógica de la *pump-handle research*.

⁸ M. Weber, *Essais sur la théorie de la science* (trad. de J. Freund), París, Plon, 1965, pág. 220 [hay ed. en esp.].

EPISTEMOLOGÍA DE LAS CIENCIAS DEL HOMBRE Y EPISTEMOLOGÍA DE LAS CIENCIAS DE LA NATURALEZA

La mayoría de los errores a los que se exponen la práctica sociológica y la reflexión sobre ella radican en una representación falsa de la epistemología de las ciencias de la naturaleza y de la relación que mantiene con la epistemología de las ciencias del hombre. Así, epistemologías tan opuestas en sus afirmaciones evidentes como el dualismo de Dilthey –que no puede pensar la especificidad del método de las ciencias del hombre sino oponiéndole una imagen de las ciencias de la naturaleza originada en la mera preocupación por diferenciar– y el positivismo –preocupado por imitar una imagen de la ciencia natural fabricada según las necesidades de esta imitación–, ambas en común ignoran la filosofía exacta de las ciencias exactas. Esta grosera equivocación condujo a fabricar distinciones forzadas entre los dos métodos para responder a la nostalgia o a los deseos piadosos del humanismo, y a celebrar ingenuamente redescubrimientos desconocidos como tales o, incluso, a entrar en la escalada positivista que escolarmente copia una imagen reduccionista de la experiencia como copia de lo real.

Pero puede advertirse que el positivismo no se hace cargo más que de una caricatura del método de las ciencias exactas, sin acceder *ipso facto* a una epistemología exacta de las ciencias del hombre. De hecho, es una constante en la historia de las ideas que la crítica del positivismo mecanicista sirva para afirmar el carácter subjetivo de los hechos sociales y su irreductibilidad a los métodos rigurosos de la ciencia. De esta forma, al percibir que «los métodos que los científicos o los investigadores fascinados por las ciencias de la naturaleza tan a menudo intentaron aplicar a la fuerza a las ciencias del hombre no siempre fueron necesariamente aquellos que los científicos aplicaban de hecho en su propia disciplina, sino más bien los que creían utilizar»,⁹ Hayek infiere de inmediato que los hechos sociales se diferencian «de los hechos de las ciencias físicas en tanto son creencias u opiniones individuales» y, por consiguiente, «no deben ser definidos según lo que podríamos descubrir sobre ellos por los métodos objetivos de la ciencia sino según lo

9 F. A. Van Hayek, *Scientisme et sciences sociales, Essai sur le mauvais usage de la raison* (trad. de M. Barre), París, Plon, 1953, pág. 3.

que piensa la persona que actúa». ¹⁰ La impugnación de la imitación automática de las ciencias de la naturaleza se vincula tan mecánicamente a la crítica subjetivista de la objetividad de los hechos sociales que todo esfuerzo por encarar los problemas específicos que plantea la transposición a las ciencias del hombre del saber epistemológico de las ciencias de la naturaleza corre siempre el riesgo de parecer una reafirmación de los derechos imprescriptibles de la subjetividad. ¹¹

LA METODOLOGÍA Y EL DESPLAZAMIENTO DE LA VIGILANCIA

Para superar las discusiones académicas y las formas académicas de superarlas, es necesario someter la práctica científica a una reflexión que, a diferencia de la filosofía clásica del conocimiento, se aplique no a la ciencia hecha, ciencia *verdadera* cuyas condiciones de posibilidad y de coherencia, cuyos títulos de legitimidad sería necesario establecer, sino a la ciencia que *se está haciendo*. Tal tarea, propiamente epistemológica, consiste en descubrir en la práctica científica misma, amenazada sin cesar por el error, las condiciones en las cuales se puede discernir lo verdadero de lo falso, en el pasaje desde un conocimiento menos verdadero a un conocimiento más verdadero, o más bien, como lo afirma Bachelard, «aproximado, es decir rectificado». Esta filosofía del trabajo científico como «acción polémica incesante de la Razón», transpuesta a la instancia de las ciencias del hombre, puede proporcionar los principios de una reflexión capaz de inspirar y controlar los actos concretos

¹⁰ *Ibid.*, págs. 21 y 24.

¹¹ Y sin embargo, todo el proyecto de Durkheim puede demostrar que es posible evadirse de la alternativa de la imitación ciega y del rechazo, igualmente ciego, a imitar: «La sociología nació a la sombra de las ciencias de la naturaleza y en contacto íntimo con ellas [...]. Es natural que algunos de los primeros sociólogos se equivocaran al exagerar este acercamiento hasta el punto de desconocer el origen de las ciencias sociales y la autonomía que deben disfrutar respecto de las otras ciencias que las han precedido. Pero esta exageración no debe hacer olvidar toda la fecundidad de los orígenes más importantes del pensamiento científico». *Rivista Italiana di Sociologia*, tomo IV, 1900, págs. 127-159, citado en A. Cuvillier, *Où va la sociologie française?*, París, Marcel Rivière, 1953, págs. 177-208 [hay ed. en esp.].

de una práctica verdaderamente científica, definiendo en lo que tengan de específico los principios del «racionalismo regional» propios de la ciencia sociológica. El racionalismo fijista que inspiraba las preguntas de la filosofía clásica del conocimiento hoy se expresa mejor en los intentos de algunos metodólogos que se inclinan a reducir la reflexión sobre el método a una lógica formal de las ciencias. Sin embargo, como lo señala P. Feyerabend, «todo fijismo semántico tropieza con dificultades cuando se trata de dar cuenta en su totalidad del progreso del conocimiento y de los descubrimientos que a él contribuyen».¹² Más precisamente, interesarse en las relaciones intemporales entre los enunciados abstractos en detrimento de los procesos por los cuales cada proposición o cada concepto fue establecido y engendró otras proposiciones u otros conceptos, supone negarse a colaborar efectivamente con quienes están inmersos en las peripecias inseguras del trabajo científico, desplazando así el desarrollo de la intriga entre bastidores para llevar a escena sólo los desenlaces. Totalmente ocupados en la búsqueda de una lógica ideal del descubrimiento, los metodólogos no pueden dirigirse en realidad sino a un investigador definido abstractamente por su aptitud para concretar estas normas de perfección, es decir a un investigador impecable, lo que equivale a decir imposible o estéril. La obediencia incondicional a un *organon* de reglas lógicas tiende a producir un efecto de «clausura prematura», al hacer desaparecer, como lo diría Freud, «la elasticidad en las definiciones», o como lo afirma Carl Hempel, «la disponibilidad semántica de los conceptos» que constituye una de las condiciones del descubrimiento, por lo menos en ciertas etapas de la historia de una ciencia o del desarrollo de una investigación.

No se trata aquí de negar que la formalización lógica encarada como medio para poner a prueba la lógica en acto de la investigación y la coherencia de sus resultados constituye uno de los instrumentos más eficaces del control epistemológico; pero esta implementación legítima de los instrumentos lógicos opera demasiado a menudo como garantía de la enfermedad predilección por ejercicios metodológicos cuyo único fin discernible es posibilitar la exhibición de un arsenal de medios disponibles.

12 P. Feyerabend, en H. Feigl y G. Maxwell (comps.), «Scientific Explanation, Space and Time», *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*, vol. III, Minneapolis, 1962, pág. 31.

Frente a algunas investigaciones concebidas en función de las necesidades de la causa lógica o metodológica, no puede sino evocarse, con Abraham Kaplan, la conducta de un borracho que, habiendo perdido la llave de su casa, la busca sin embargo con obstinación, bajo la luz de un farol, ya que alega que allí se ve mejor [*A. Kaplan, texto n° 3*].

El rigorismo tecnológico que descansa sobre la fe en un rigor definido de una vez para siempre y para todas las situaciones, es decir una representación fijista de la verdad o, en consecuencia, del error como transgresión a normas incondicionales, se opone diametralmente a la búsqueda de *rigores específicos*, desde una teoría de la verdad como teoría del error rectificado. «El conocer –agrega Gaston Bachelard– debe evolucionar junto con lo conocido.» Lo que implica afirmar que es inútil buscar una lógica anterior y exterior a la historia de la ciencia que se está haciendo. Para captar los procedimientos de la investigación es necesario analizar cómo opera en lugar de encerrarla en la observancia de un decálogo de procedimientos que quizá sólo deban al hecho de ser definidos de antemano el parecer adelantados respecto de la práctica real.¹³ «Desde la fascinación por el hecho de que en matemática evitar el error es cuestión de técnica, se pretende definir la verdad como el producto de una actividad intelectual que responde a ciertas normas; se pretende considerar los datos experimentales como se consideran los axiomas de la geometría; se confía determinar reglas de pensamiento que desempeñarían la función que la lógica desempeña en matemática. Se quiere, a partir de una experiencia limitada, construir la teoría de una vez por todas. El cálculo infinitesimal elaboró sus fundamentos paso a paso, la noción de número sólo alcanzó claridad después de dos mil quinientos años. Los procedimientos que instauran el rigor se originan como respuestas a preguntas que no pueden formularse *a priori*, y que sólo el desarrollo de la ciencia hace surgir. La ingenuidad se pierde lentamente. Esto, verdadero en matemática, lo es *a fortiori* para las cien-

13 Los autores de un largo estudio dedicado a las funciones del método estadístico en sociología admiten *in fine* que «sus indicaciones en lo que concierne a las posibilidades de aplicar la estadística teórica a la investigación empírica caracterizan sólo el estado actual de la discusión metodológica, quedando la práctica en un segundo plano» (E. K. Scheuch y D. Ruschmeyer, «Soziologie und Statistik, Über den Einfluss der modernen Wissenschaftslehre auf ihr gegenseitiges Verhältnis», en *Kolner Zeitschrift für Soziologie und Sozial-Psychologie*, VIII, 1956, págs. 272-291).

cias de observación, donde cada teoría refutada impone nuevas exigencias de rigor. Es pues inútil pretender plantear *a priori* las condiciones de un pensamiento auténticamente científico.»¹⁴

Más profundamente, la exhortación insistente por una perfección metodológica corre el riesgo de provocar un *desplazamiento* de la vigilancia epistemológica; en lugar de interrogarse, por ejemplo, sobre el objeto de la medición y preguntarse si merece ser medido, en vez de interrogar las técnicas de medida e interrogarse sobre el grado de precisión deseable y legítimo según las condiciones particulares de ella, o incluso examinar, más simplemente, si los instrumentos miden lo que se desea medir, es posible, arrastrados por el deseo de acuñar en tareas realizables la idea pura del rigor metodológico, perseguir, en una obsesión por el decimal, el ideal contradictorio de una precisión definible intrínsecamente, olvidando que, tal como lo recuerda A. D. Richtie, «realizar una medición más precisa que lo necesario no es menos absurdo que hacer una medición insuficientemente precisa»,¹⁵ o también que, como lo señala N. Campbell, cuando se establece que todas las proposiciones comprendidas dentro de ciertos límites son equivalentes y que la proposición definida aproximativamente se sitúa dentro de estos límites, el uso de la forma aproximativa es perfectamente legítimo.¹⁶ Se entiende que la ética del deber metodológico pueda, al engendrar una casuística de la equivocación técnica, conducir, por lo menos indirecta-

14 A. Régnier, *Les infortunes de la Raison*, París, Seuil, 1966, págs. 37-38.

15 A. D. Richtie, *Scientific Method: An Inquiry into the Character and Validity of Natural Laws*, Paterson (N.J.), Littlefield, Adams, 1960, pág. 113. Al analizar esta búsqueda de «la precisión mal fundada», que consiste en creer «que el mérito de la solución se mide por el número de decimales indicados», Bachelard indica «que si una precisión en un *resultado* va más allá de la precisión de los *datos experimentales*, es exactamente la determinación de la nada... Esta práctica recuerda la chanza de Dulong quien, al referirse a un experimentador decía: del tercer decimal está seguro, su duda es sobre el primero» (Gaston Bachelard, *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, págs. 251-252).

16 N. R. Campbell, *An Account of the Principles of Measurement and Calculation*, Londres, Nueva York, Longmans, Green and Co., 1928, pág. 186. Podría recordarse en este caso la distinción que establecía Cournot entre orden lógico y orden racional, que lo llevaba a señalar que la búsqueda de la perfección lógica puede desviar de la captación del orden racional (*Essai sur les fondements de nos connaissances et sur les caractères de la critique philosophique*, París, Hachette, 1851, págs. 242 y sigs.).

mente, a un ritual de procedimientos que quizá sea la caricatura del rigor metodológico, pero que es sin duda y exactamente el opuesto exacto de la vigilancia epistemológica.¹⁷ Es especialmente significativo que la estadística, ciencia del error y del conocimiento aproximativo, que en procedimientos tan comunes como el cálculo de error o del límite de confiabilidad opera con una filosofía de la vigilancia crítica, pueda ser frecuentemente utilizada como coartada científica de la sujeción ciega al instrumento.

De la misma forma, cada vez que los teóricos conducen la investigación empírica y los instrumentos conceptuales que emplea ante el tribunal de una teoría cuyas construcciones en el dominio de una ciencia que ella pretende reflejar y dirigir se niegan a evaluar, gozan del respeto de los practicantes, respeto forzado y verbal, sólo en nombre del prestigio indistintamente atribuido a toda empresa teórica.

Y si sucede que la coyuntura intelectual posibilita que los teóricos puros impongan a los científicos su ideal, lógico o semántico, de la coherencia íntegra y universal del sistema de conceptos, pueden llegar a detener la investigación en la medida en que logran contagiar la obsesión de pensarlo todo, de todas las formas y en todas sus relaciones a la vez, ignorando que en las situaciones concretas de la práctica científica no se puede tener la pretensión de construir problemáticas o teorías nuevas sino cuando se renuncia a la ambición imposible, que no es escolar ni profética, de decirlo todo, sobre todas las cosas y, además, ordenadamente.¹⁸

17 El angustiado interés por las enfermedades del espíritu científico puede provocar un efecto tan depresivo como las inquietudes hipocondríacas de los adictos al *Larousse médical*.

18 A no dudarlo, algunas disertaciones teóricas sobre todas las cosas conocidas o conocibles desempeñan una función de anexión anticipada análoga a la de las profecías astrológicas dispuestas siempre a digerir retrospectivamente el acontecimiento: «Existen personas –dice Claude Bernard– que sobre una cuestión dicen todo lo que se puede decir para tener el derecho de reclamar cuando, más tarde, se haga alguna experiencia al respecto. Son como aquellos que ubican planetas en todo el espacio para afirmar luego que allí está el planeta que habían previsto» (*Principes de médecine expérimentale*, París, PUF, 1947, pág. 255).

EL ORDEN EPISTEMOLÓGICO DE LAS RAZONES

Pero estos análisis sociológicos o psicológicos de la perversión metodológica y de la desviación especulativa no pueden ocupar el lugar de la crítica propiamente epistemológica a la que introducen. Si es necesario prevenirse, con especial convicción, frente a la puesta en guardia de los metodólogos es porque, al llamar la atención exclusivamente sobre los controles formales de los procedimientos experimentales y los conceptos operacionales, corren el riesgo de desplazar la vigilancia de otros peligros más serios. Los instrumentos y los apoyos, muy poderosos sin duda, que la reflexión metodológica proporciona a la vigilancia se vuelven contra ésta cada vez que no se cumplen las condiciones previas a su utilización. La ciencia de las condiciones formales del rigor de las operaciones, que presenta el aspecto de una organización «operacional» de la vigilancia epistemológica, puede parecer fundada en la pretensión de asegurar automáticamente la aplicación de los principios y preceptos que definen la vigilancia epistemológica, de manera tal que es necesario un aumento de la vigilancia para evitar que produzca automáticamente este efecto de desplazamiento.

Sería necesario, como decía Saussure, «mostrar al lingüista lo que hace».¹⁹ Preguntarse qué es hacer ciencia o, más precisamente, tratar de saber qué hace el científico, sepa éste o no lo que hace, no es sólo interrogarse sobre la eficacia y el rigor formal de las teorías y de los métodos, es examinar a las teorías y los métodos en su aplicación para determinar qué hacen con los objetos y qué objetos hacen. El orden según el cual debe efectuarse este examen se impone tanto por el análisis propiamente epistemológico de los obstáculos al conocimiento como por el análisis sociológico de las implicaciones epistemológicas de la sociología actual que definen la jerarquía de los peligros epistemológicos y, por este camino, de los puntos de urgencia.

Establecer, con Bachelard, que *el hecho científico se conquista, construye, comprueba*, implica rechazar al mismo tiempo el empirismo que reduce el acto científico a una comprobación y el convencionalismo que sólo le opone los preámbulos de la construcción. A causa de recordar el impe-

19 É. Benveniste, «Lettres de Ferdinand de Saussure à Antoine Meillet», en *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 21, 1964, págs. 92-135.

rativo de la comprobación, enfrentando la tradición especulativa de la filosofía social de la cual debe liberarse, la comunidad sociológica persiste en olvidar hoy la jerarquía epistemológica de los actos científicos que subordina la comprobación a la construcción y la construcción a la ruptura: en el caso de una ciencia experimental, la simple remisión a la prueba experimental no es sino tautológica en tanto no se acompañe de una explicación de los supuestos teóricos que fundamentan una verdadera experimentación, y esta explicitación no adquiere poder heurístico en tanto no se le adhiera la explicitación de los obstáculos epistemológicos que se presentan con una forma específica en cada práctica científica.

Primera parte

La ruptura

I. EL HECHO SE CONQUISTA CONTRA LA ILUSIÓN DEL SABER INMEDIATO

La vigilancia epistemológica se impone particularmente en el caso de las ciencias del hombre, en las que la separación entre la opinión común y el discurso científico es más impreciso que en otros casos. Aceptando con demasiada facilidad que la preocupación de una reforma política y moral de la sociedad arrastró a los sociólogos del siglo XIX a abandonar a menudo la neutralidad científica, y también que la sociología del siglo XX pudo renunciar a las ambiciones de la filosofía social sin precaverse empero de las contaminaciones ideológicas de otro orden, con frecuencia se deja de reconocer, a fin de extraer de ella todas las consecuencias, que la familiaridad con el universo social constituye el obstáculo epistemológico por excelencia para el sociólogo, porque produce continuamente concepciones o sistematizaciones ficticias, al mismo tiempo que sus condiciones de credibilidad. El sociólogo no ha saldado cuentas con la sociología espontánea y debe imponerse una polémica ininterrumpida con las engeñecedoras evidencias que proporcionan, sin mucho esfuerzo, las ilusiones del saber inmediato y su riqueza insuperable. Le es igualmente difícil establecer la separación entre la percepción y la ciencia –que, en el caso del físico, se expresa en una acentuada oposición entre el laboratorio y la vida cotidiana– como encontrar en su herencia teórica los instrumentos que le permitan rechazar radicalmente el lenguaje común y las nociones comunes.

1. PRENOCIONES Y TÉCNICAS DE RUPTURA

Como tienen por función reconciliar a cualquier precio la conciencia común consigo misma, proponiendo explicaciones, aun contradicto-

rias, de un mismo hecho, las opiniones primeras sobre los hechos sociales se presentan como una colección falsamente sistematizada de juicios de uso alternativo. Estas prenociones, «representaciones esquemáticas y sumarias» que se «forman por la práctica y para ella», como lo observa Durkheim, reciben su evidencia y «autoridad» de las funciones sociales que cumplen [*E. Durkheim, texto n° 4*].

La influencia de las nociones comunes es tan fuerte que todas las técnicas de objetivación deben ser aplicadas para realizar efectivamente una ruptura, más a menudo anunciada que efectuada. Así los resultados de la medición estadística pueden, por lo menos, tener la virtud negativa de desconcertar las primeras impresiones. De la misma forma, aún no se ha considerado suficientemente la función de ruptura que Durkheim atribuía a la definición previa del objeto como construcción teórica «provisional» destinada, ante todo, a «sustituir las nociones del sentido común por una primera noción científica»¹ [*M. Mauss, texto n° 5*]. De hecho, en la medida en que el lenguaje común y ciertos usos especializados de las palabras comunes constituyen el principal vehículo de las representaciones comunes de la sociedad, una crítica lógica y lexicológica del lenguaje común surge como el requisito previo más indispensable para la elaboración controlada de las nociones científicas [*J. H. Goldthorpe y D. Lockwood, texto n° 6*].

Como durante la observación y la experimentación el sociólogo establece una relación con su objeto que, en tanto relación social, nunca es de puro conocimiento, los datos se le presentan como configuraciones vivas, singulares y, en una palabra, demasiado humanas, que tienden a imponérsele como estructuras de objeto. Al desmontar las totalidades concretas y evidentes que se presentan a la intuición, para sustituirlas por el conjunto de criterios abstractos que las definen sociológicamente

1 P. Fauconnet y M. Mauss, artículo «Sociologie», en *Grande Encyclopédie Française*, t. xxx, París, 1901, pág. 173. No es casualidad si los que quieren encontrar en Durkheim, y más precisamente en su teoría de la definición y del indicador (véase por ej., R. K. Merton, *Éléments de théorie et de méthode sociologique* [trad. H. Mendras], 2ª ed. aumentada, París, Plon, 1965, pág. 61), el origen y garantía del «operacionalismo» desconocen la función de ruptura que Durkheim confería a la definición: en efecto, numerosas definiciones llamadas «operacionales» no son otra cosa que una organización, lógicamente controlada o formalizada, de las ideas del sentido común.

—profesión, ingresos, nivel de educación, etc.—, al proscribir las inducciones espontáneas que, por un efecto de halo, predisponen a extender sobre toda una clase los rasgos sobresalientes de los individuos más «típicos» en apariencia, en resumen, al desgarrar la trama de relaciones que se entreteje continuamente en la experiencia, el análisis estadístico contribuye a hacer posible la construcción de relaciones nuevas, capaces, por su carácter insólito, de imponer la búsqueda de relaciones de un orden superior que den razón de éste.

Así, el descubrimiento no se reduce nunca a una simple lectura de lo real, hasta del más desconcertante, puesto que supone siempre la ruptura con lo real y las configuraciones que éste propone a la percepción. Si se insiste demasiado en el papel del azar en el descubrimiento científico, como lo hace Robert K. Merton en su análisis del *serendipity*, se corre el riesgo de suscitar las representaciones más ingenuas del descubrimiento, resumidas en el paradigma de la manzana de Newton: la captación de un hecho inesperado supone, al menos, la decisión de prestar una atención metódica a lo inesperado, y su propiedad heurística depende de la pertinencia y de la coherencia del sistema de cuestiones que pone en discusión.² Es sabido que el acto de descubrir que conduce a la solución de un problema sensorio-motor o abstracto debe romper las relaciones más aparentes, por ser las más familiares, para hacer surgir el nuevo sistema de relaciones entre los elementos. En sociología, como en otros campos, «una investigación seria conduce a reunir lo que vulgarmente se separa o a distinguir lo que vulgarmente se confunde».³

2. LA ILUSIÓN DE LA TRANSPARENCIA Y EL PRINCIPIO

DE LA NO-CONCIENCIA

Todas las técnicas de ruptura, crítica lógica de las nociones, puesta a prueba estadística de las falsas evidencias, impugnación decisoria y metódica de las apariencias, son sin embargo impotentes en tanto la sociología espontánea no es alcanzada en su propio principio, es decir en la

2 R. K. Merton, *Elements de théorie et de méthode sociologique*, op. cit., págs. 47-51.

3 «Por ejemplo, la ciencia de las religiones reunió en un mismo género a los tabúes de impureza y los de pureza, puesto que son todos tabúes; por el contrario, distinguió cuidadosamente los ritos funerarios y el culto de los antepasados» (P. Fauconnet y M. Mauss, «Sociologie», loc. cit., pág. 173).

filosofía del conocimiento de lo social y de la acción humana que la sostiene. La sociología no puede constituirse como ciencia efectivamente separada del sentido común sino con la condición de oponer a las pretensiones sistemáticas de la sociología espontánea la resistencia organizada de una teoría del conocimiento de lo social cuyos principios contradigan, punto por punto, los supuestos de la filosofía primera de lo social. Sin tal teoría, el sociólogo puede rechazar ostensiblemente las prenociones, construyendo la apariencia de un discurso científico sobre los supuestos inconscientemente asumidos, a partir de los cuales la sociología espontánea engendraba esas prenociones. El artificialismo, representación ilusoria de la génesis de los hechos sociales según la cual el científico podría comprender y explicar estos hechos «mediante el solo esfuerzo de su reflexión personal» descansa, en última instancia, en el supuesto de la ciencia infusa que, arraigado en el sentimiento de familiaridad, funda también la filosofía espontánea del conocimiento del mundo social: la polémica de Durkheim contra el artificialismo, el psicologismo o el moralismo no es sino el revés del postulado según el cual los hechos sociales «tienen una manera de ser constante, una naturaleza que no depende de la arbitrariedad individual y de donde derivan las relaciones necesarias» [É. Durkheim, *texto n° 7*]. No otra cosa afirmaba Marx cuando sostenía que «en la producción social de su existencia, los hombres establecen relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad», o incluso Weber, cuando proscribía la reducción del sentido cultural de las acciones a las intenciones subjetivas de los actores. Durkheim, que exige del sociólogo que penetre en el mundo social como en un mundo desconocido, reconocía a Marx el mérito de haber roto con la ilusión de la transparencia: «Consideramos fecunda la idea de que la vida social debe explicarse, no por la concepción que se hacen los que en ella participan, sino por las causas profundas que escapan a la conciencia»⁴ [É. Durkheim, *texto n° 8*].

Tal convergencia se explica fácilmente:⁵ la que podría denominarse

4 É. Durkheim, informe de A. Labriola, «Essais sur la conception matérialiste de l'histoire», en *Revue Philosophique*, dic. 1897, vol. XLIV, 22° año, pág. 648.

5 La acusación de sincretismo que podría provocar la comparación de los textos de Marx, Weber y Durkheim descansaría en la confusión entre la teoría del conocimiento de lo social como condición de posibilidad de un discurso sociológico verdaderamente científico y la teoría del sistema social

principio de la no-conciencia, concebida como condición *sine qua non* de la constitución de la ciencia sociológica, no es sino la reformulación del principio del determinismo metodológico en la lógica de esta ciencia, del cual ninguna ciencia puede renegar sin negarse como tal.⁶ Es lo que se oculta cuando se expresa el principio de la no-conciencia en el vocabulario de lo inconsciente, transformando así un postulado metodológico en tesis antropológica, ya se termine sustantivando la sustancia o se permita la polisemia del término para reconciliar la afición a los misterios de la interioridad con los imperativos del distanciamiento⁷ [*L. Wittgenstein, texto n° 9*]. De hecho, el principio de la no-conciencia no

(sobre este punto véanse págs. 15, 16 y págs. 48-50, e *infra*, G. Bachelard, texto n° 2, págs. 130-133). En caso de que no se nos concediera esta distinción, habría que examinar todavía si la apariencia disparatada no se mantiene porque se permanece fiel a la representación tradicional de una pluralidad de tradiciones teóricas, representación que impugna precisamente el «eclecticismo apacible» de la teoría del conocimiento sociológico, rechazando, a partir de la experiencia práctica sociológica, ciertas oposiciones consideradas rituales por otra práctica, la de la enseñanza de la filosofía.

- 6 «Si, como escribe C. Bernard, un fenómeno se presentara en una experiencia con una apariencia tan contradictoria, que no se ligara de una manera necesaria a condiciones de existencia determinadas, la razón debería *rechazar el hecho* como un hecho no científico [...], porque admitir un hecho sin causa, es decir, indeterminable en sus condiciones de existencia, no es ni más ni menos que la negación de la ciencia» (C. Bernard, *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*, París, J. B. Baillière e Hijos, 1865, cap. 11, § 7).

- 7 Aunque permaneció encerrado en la problemática de la conciencia colectiva por los instrumentos conceptuales propios de las ciencias humanas de su época, Durkheim se esforzó en distinguir el principio por el cual en el sociólogo surgen a la existencia regularidades no conscientes de la afirmación de un «inconsciente» dotado de caracteres específicos. Refiriéndose a la relación entre las representaciones individuales y las colectivas escribe: «Todo lo que sabemos, en efecto, es que hay fenómenos que se suceden en nosotros, que no obstante ser de orden psíquico no son conocidos por el yo que somos. En cuanto a saber si son percibidos por algún yo desconocido o lo que pudiera ser fuera de toda captación, no nos importa. Concédasenos solamente que la vida representativa se extiende más allá de nuestra conciencia actual» (É. Durkheim, «Représentations individuelles et représentations collectives», *Revue de Métaphysique et de Morale*, IV, mayo 1898, reproducido en *Sociologie et Philosophie*, París, F. Alcan, 1924; citado de acuerdo con la 3ª ed., París, PUF, 1967, pág. 25 [hay ed. en esp.]).

tiene otra función que alejar la ilusión de que la antropología pueda constituirse como ciencia reflexiva y definir, simultáneamente, las condiciones metodológicas en las cuales puede convertirse en ciencia experimental⁸ [É. Durkheim, *texto n° 10*; F. Simiand, *texto n° 11*].

Si la sociología espontánea renace de manera insistente y bajo disfraces tan distintos en la sociología científica, es sin duda porque los sociólogos que buscan conciliar el proyecto científico con la afirmación de los derechos de la persona –derecho a la libre actividad y a la clara conciencia de la actividad– o que, sencillamente, evitan someter su práctica a los principios fundamentales de la teoría del conocimiento sociológico, tropiezan inevitablemente con la filosofía ingenua de la acción y de la relación del sujeto con la acción, que obligan a defender, en su sociología espontánea de los sujetos sociales, la verdad vivida de su experiencia de la acción social. La resistencia que provoca la sociología cuando pretende separar la experiencia inmediata de su privilegio gnosológico se basa en la misma filosofía humanista de la acción humana de cierta sociología que, empleando conceptos como el de «motivación», por ejemplo, o limitándose por predilección a cuestiones de *decision-marking*, realiza, a su manera, la ingenua promesa de todo sujeto social: creyendo ser dueño y propietario de sí mismo y de su propia verdad, no queriendo conocer otro determinismo que el de sus propias determinaciones (incluso si las considera inconscientes), el humanista ingenuo que existe en todo hombre experimenta como una reducción «sociologista» o «materialista» todo intento por establecer que el sen-

8 Es lo que sugiere C. Lévi-Strauss cuando distingue el empleo que hace Mauss de la noción de inconsciente de la de inconsciente colectivo de Jung «lleno de símbolos y aun de cosas simbolizadas que forman una especie de *substrato*», y que le concede a Mauss el mérito «de haber recurrido al inconsciente como proveedor del carácter común y específico de los hechos sociales» (C. Lévi-Strauss, «Introduction», en M. Mauss, *Sociologie et Anthropologie*, París, PUF, 1950, págs. xxx y xxxii [hay ed. en esp.]). Y también en ese sentido reconoce ya en Tylor la afirmación, sin duda confusa y equívoca, de lo que constituye la originalidad de la etnología, a saber, «la naturaleza inconsciente de los fenómenos colectivos» [...]. «Incluso cuando se encuentran interpretaciones, éstas tienen siempre el carácter de racionalizaciones o de elaboraciones secundarias: no hay ninguna duda de que las razones por las cuales se practica una costumbre, o se comparte una creencia, son muy distintas de las que se invocan para justificarla» (*Anthropologie structurale*, París, Plon, 1958, pág. 25 [hay ed. en esp.]).

tido de las acciones más personales y más «transparentes» no pertenecen al sujeto que las ejecuta sino al sistema total de relaciones en las cuales, y por las cuales, se realizan. Las falsas profundidades que promete el vocabulario de las «motivaciones» (notablemente diferenciadas de los simples «motivos») quizá tengan por función salvaguardar a la filosofía de la elección, adornándola de prestigios científicos que se dediquen a la investigación de elecciones inconscientes. La indagación superficial de las fundaciones psicológicas tal como son vividas –«razones» o «satisfacciones»– impide a menudo la investigación de las funciones sociales que las «razones» ocultan y cuyo cumplimiento proporciona, además, las satisfacciones directamente experimentadas.⁹

Contra este método ambiguo que permite el intercambio indefinido de relaciones entre el sentido común y el sentido común científico, hay que establecer un segundo principio de la teoría del conocimiento de lo social que no es otra cosa que la forma positiva del principio de la no-conciencia: las relaciones sociales no pueden reducirse a relaciones entre subjetividades animadas de intenciones o «motivaciones», porque ellas se establecen entre condiciones y posiciones sociales y tienen, al mismo tiempo, más realidad que los sujetos que relacionan. Las críticas que Marx efectuaba a Stirner alcanzan a los psicosociólogos y a los sociólogos que reducen las relaciones sociales a la representación que de ellas se hacen los sujetos y creen, en nombre de un artificialismo práctico, que se pueden transformar las relaciones objetivas transformando esa representación de los sujetos: «Sancho no quiere que dos individuos estén en “contradicción” uno contra otro, como burgués y proletario [...]; él querría verlos mantener una relación personal de individuo a individuo. No considera que, en el marco de la división del trabajo, las relaciones personales se convierten necesaria e inevitablemente en relaciones de clase y como tal se cristalizan; así, toda su verborragia se reduce a un voto piadoso que quiere cumplir exhortando a los

9 Tal es el sentido de la crítica que Durkheim hacía de Spencer: «Los hechos sociales no son el simple desarrollo de los hechos psíquicos, sino que estos últimos son, en gran parte, la prolongación de los primeros en el interior de la conciencia. Esta proposición es muy importante ya que el punto de vista contrario expone al sociólogo, a cada instante, a que tome la causa por efecto y recíprocamente» (*De la division du travail social*, 7ª ed., París, PUF, 1960, pág. 341 [hay ed. en esp.]).

individuos de esas clases a desechar de su espíritu la idea de sus “contradicciones” y de su “privilegio” particular [...]. Para destruir la “contradicción” y lo “particular”, bastaría cambiar la “opinión” y el “querer”». ¹⁰ Independientemente de las ideologías de la «participación» y de la «comunicación» a las que a menudo respaldan, las técnicas clásicas de la psicología social conducen, en razón de su epistemología implícita, a privilegiar las representaciones de los individuos en detrimento de las relaciones objetivas en las cuales están inscriptas y que definen la «satisfacción» o la «insatisfacción» que experimentan, los conflictos que encierran o las expectativas y ambiciones que expresan. El principio de la no-conciencia impone, por el contrario, que se construya el sistema de relaciones objetivas en el cual los individuos se hallan insertos y que se expresa mucho más adecuadamente en la economía o en la morfología de los grupos que en las opiniones e intenciones declaradas de los sujetos. El principio explicativo del funcionamiento de una organización está muy lejos de ser suministrado por la descripción de las actitudes, las opiniones y aspiraciones individuales; en rigor, es la captación de la lógica objetiva de la organización lo que proporciona el principio capaz de explicar, por añadidura, aquellas actitudes, opiniones y aspiraciones. ¹¹ Este objetivismo provisorio, que es la condición de la captación de la verdad objetivada de los sujetos, es también la condición de la comprensión total de la relación vivida que los sujetos mantienen con su verdad objetivada en un sistema de relaciones objetivas. ¹²

10 K. Marx, *Idéologie allemande* (trad. J. Molitor), en *Œuvres Philosophiques*, t. IX, París, A. Costes, 1947, pág. 94 [hay ed. en esp.].

11 Esta reducción a la psicología encuentra uno de sus modelos de elección en el estudio de los grupos pequeños, aislados de la acción y de la interacción, abstraídos de la sociedad global. Son innumerables las investigaciones donde el estudio en probeta de los conflictos psicológicos entre sectores reemplaza el análisis de las relaciones objetivas entre las fuerzas sociales.

12 Si fuera necesario, por las necesidades de la tarea pedagógica, poner fuertemente el acento en lo previo de la objetivación que se impone a todo desarrollo sociológico, cuando quiere romper con la sociología espontánea, no podría reducirse la tarea de la explicación sociológica a las dimensiones de un objetivismo: «La sociología supone, por su misma existencia, la superación de la oposición ficticia que subjetivistas y objetivistas hacen surgir arbitrariamente. Si la sociología es posible como ciencia objetiva, es porque existen relaciones exteriores, necesarias, independientes de las

3. NATURALEZA Y CULTURA: SUSTANCIA Y SISTEMA DE RELACIONES

Si el principio de la no-conciencia no es sino el revés del referido al ámbito de las relaciones, este último debe conducir al rechazo de todas los intentos por definir la verdad de un fenómeno cultural independientemente del sistema de relaciones históricas y sociales del cual es parte. Tantas veces condenado, el concepto de naturaleza humana, la más sencilla y natural de todas las naturalezas, subsiste sin embargo bajo la apariencia de conceptos que son algo así como su moneda corriente, por ejemplo, las «tendencias» o las «propensiones» de ciertos economistas, las «motivaciones» de la psicología social o las «necesidades» y los «pre-requisitos» del análisis funcionalista. La filosofía esencialista, que es la base de la noción de naturaleza, todavía se practica en cierto uso ingenuo de los criterios de análisis como el sexo, la edad, la raza o las aptitudes intelectuales, al considerarse esas características como datos naturales, necesarios y eternos, cuya eficacia podría ser captada independientemente de las condiciones históricas y sociales que los constituyen en su especificidad, por una sociedad dada y en un tiempo determinado.

De hecho, el concepto de naturaleza humana está presente cada vez que se transgrede el precepto de Marx que prohíbe eternizar en la naturaleza el producto de la historia, o el precepto de Durkheim que exige que lo social sea explicado por lo social y sólo por lo social [K. Marx, *texto n° 12*; Durkheim, *texto n° 13*]. La fórmula de Durkheim con-

voluntades individuales y, si se quiere, inconscientes (en el sentido de que no son objeto de la simple reflexión), que no pueden ser captadas sino por los rodeos de la observación y de la experimentación objetivas. [...] Pero, a diferencia de las ciencias naturales, una antropología total no puede detenerse en una construcción de relaciones objetivas porque la experiencia de las significaciones forma parte de la significación total de la experiencia: la sociología, hasta la menos sospechosa de subjetivismo, recurre a conceptos intermediarios y mediadores entre lo subjetivo y lo objetivo, como alienación, actitud o *ethos*. En efecto, le corresponde construir el sistema de relaciones que engloba y el sentido objetivo de las conductas organizadas según regularidades mensurables y las relaciones singulares que los sujetos mantienen con las condiciones objetivas de su existencia y con el sentido objetivo de sus conductas, sentido que los posee porque están desposeídos de él. Dicho de otro modo, la descripción de la subjetividad objetivada remite a la descripción de la interiorización de la objetividad» (P. Bourdieu, *Un Art moyen*, París, Ed. de Minuit, 1970, 2ª ed., págs. 18-20; 1ª ed. 1965).

serva todo su valor pero a condición de que exprese no la reivindicación de un «objeto real», efectivamente distinto del de las otras ciencias del hombre, ni la pretensión sociologista de querer explicar sociológicamente todos los aspectos de la realidad humana, sino la fuerza de la decisión metodológica de no renunciar anticipadamente al derecho de la explicación sociológica o, en otros términos, no recurrir a un principio de explicación tomado de otras ciencias, ya se trate de la biología o de la psicología, en tanto que la eficacia de los métodos de explicación propiamente sociológicos no haya sido completamente agotada. Además de que, al recurrir a factores que son por definición transhistóricos y transculturales, se corre el riesgo de dar por explicado precisamente lo que hay que explicar, se condena, en el mejor de los casos, a dar cuenta solamente de las semejanzas de las instituciones, dejando escapar, como dice Lévi-Strauss, aquella que determina su especificidad histórica a su originalidad cultural: «Una disciplina cuyo primer objetivo, si no el único, es analizar e interpretar las diferencias evita toda dificultad al tener en cuenta nada más que las semejanzas. Pero, al mismo tiempo, pierde toda capacidad para distinguir lo general, al cual aspira, de lo trivial con que se contenta»¹³ [*Max Weber, texto n° 14*].

Pero no basta que las características atribuidas al hombre social en su universalidad se presenten como «residuos» o invariantes descubiertos por el análisis de las sociedades concretas para que sea decisivamente descartada esa filosofía esencialista que debe la mayor parte de su seducción al esquema de pensamiento según el cual «no hay nada nuevo bajo el sol»: de Pareto a Ludwig von Mises no faltan análisis, aparentemente históricos, que se limitan a señalar con un nombre sociológico principios explicativos tan poco sociológicos como la «tendencia a crear asociaciones», «la necesidad de manifestar sentimientos por actos exteriores», el resentimiento, la búsqueda de prestigio, la insociabilidad de la necesidad a la *libido dominandi*.¹⁴ No se comprendería que los so-

13 Claude Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale*, op. cit., pág. 19.

14 Para probar que la actitud crítica contra el capitalismo no estaría inspirada sino en el resentimiento propio de individuos frustrados en su ambición social, von Mises señala, independientemente de toda especificación sociológica, la propensión a la autojustificación, además de la aspiración al ascenso social. Mucha gente volvería contra el capitalismo el resentimiento nacido de su ambición frustrada precisamente porque habrían fracasado en sus posibilidades de ascenso como consecuencia de alguna inferioridad

ciólogos puedan con tanta frecuencia renegar de su condición de tales proponiendo, sin otra razón, explicaciones que no deberían utilizar sino como último recurso, si no fuera que la tentación de la explicación por las opiniones declaradas no se encontrara reforzada por la seducción genérica de la explicación por lo simple, denunciada incansablemente por Bachelard por su «ineficacia epistemológica».

4. LA SOCIOLOGÍA ESPONTÁNEA Y LOS PODERES DEL LENGUAJE

Si la sociología es una ciencia como las otras que sólo tropieza con una dificultad particular en ser como ellas, es, fundamentalmente, en virtud de la especial relación que se establece entre la experiencia científica y la experiencia ingenua del mundo social y entre las expresiones ingenua y científica de ellas. En efecto, no basta con denunciar la ilusión de la transparencia y poseer los principios capaces de romper con los supuestos de la sociología espontánea para terminar con las construcciones ilusorias que plantea. «Herencia de las palabras, herencia de las ideas», según la sentencia de Brunschvicg, el lenguaje común que, en cuanto tal, pasa inadvertido, encierra en su vocabulario y sintaxis toda una filosofía petrificada de lo social siempre dispuesta a resurgir en palabras comunes o expresiones complejas construidas con palabras comunes que el sociólogo utiliza inevitablemente. Cuando se presentan ocultas bajo las apariencias de una elaboración científica, las prenociones pueden abrirse camino en el discurso sociológico sin perder por ello la credibilidad que les otorga su origen: las precauciones contra la contaminación de la sociología por la sociología espontánea no serían más que exorcismos verbales si no se acompañaran de un esfuerzo por proporcionar a la vigilancia epistemológica las armas indispensables

natural («las cualidades biológicas de las cuales está provisto un hombre limitan, muy estrechamente, el campo dentro del cual puede prestar servicios a los otros»). Resumiendo: como, según Leibniz, está establecido desde tiempos inmemoriales en la esencia de César que habrá de pasar el Rubicón, el destino de cada sujeto social estaría contenido en su naturaleza (definida en lo que tiene de psicológica, y a veces de biológica). El esencialismo lleva lógicamente a una «sociodicea» (Ludwig von Mises, *The Anti-capitalist Mentality*, Princeton (N.J.), Toronto, Londres, Nueva York, Van Nostrand, 1956, págs. 1-33).

para evitar el contagio de las nociones por las prenociones. En la medida en que es a menudo prematura, la ambición de desechar la lengua común sustituyéndola lisa y llanamente por una lengua perfecta, porque está totalmente construida y formalizada, corre el peligro de reemplazar el análisis, más urgente, de la lógica del lenguaje común: sólo este análisis puede dar al sociólogo el medio de redefinir las palabras comunes dentro de un sistema de nociones expresamente definidas y metódicamente depuradas, sometiendo a la crítica las categorías, los problemas y esquemas que la lengua científica toma de la lengua común y que siempre amenazan con volver a introducirse bajo los disfraces eruditos de la lengua más formalizada. «El estudio del empleo lógico de una palabra –escribe Wittgenstein– nos permite escapar de la influencia de ciertas expresiones tipo [...]. Estos análisis buscan apartarnos de los prejuicios que nos incitan a creer que los hechos deben estar de acuerdo con ciertas imágenes que afloran en nuestra lengua.»¹⁵ Por no someter el lenguaje común, primer instrumento de la «construcción del mundo de los objetos»,¹⁶ a una crítica metódica, se está predispuesto a tomar por datos objetos preconstruidos en y por la lengua común. La preocupación por la definición rigurosa es inútil, e incluso engañosa, si el principio unificador de los objetos sujetos a definición no se sometió a la crítica.¹⁷ Como los filósofos que se lanzan a la

15 L. Wittgenstein, *Le Cahier bleu et le cahier brun* (trad. G. Durand), París, Gallimard, 1965, pág. 89.

16 Véase Ernst Cassirer, «Le langage et la construction du monde des objets», en *Journal de psychologie normale et pathologique*, vol. 30, 1933, págs. 18-44, y «The Influence of Language upon the Development of Scientific Thought», en *The Journal of Philosophy*, vol. 33, 1936, págs. 309-327.

17 M. Chastaing extiende la crítica que hacía Wittgenstein de los juegos conceptuales a los cuales llevan los juegos de palabras sobre la palabra «juego»: «Los hombres no juegan ni como sus decorados ni como sus instituciones. No juegan con las palabras como sobre una escena; no con el violín como una batuta; no con la fortuna como el infortunio; no con la armonía del vals como un adversario; no juegan con un proyectil como juegan a la pelota, por ejemplo, al fútbol. Pueden decir: jugar una situación no es jugar otra. Deberían decir: jugar no es jugar» (M. Chastaing, «Jouer n'est pas jouer», *Journal de psychologie normale et pathologique*, n° 3, julio-septiembre de 1959, págs. 303-326). La crítica lógica y lingüística a la cual M. Chastaing somete la palabra «juego» se aplicaría casi íntegramente a la noción de «ocio», a los usos que comúnmente se hacen de él y a las definiciones «esenciales» que le dan ciertos sociólogos: «Sustitúyase la antigua palabra “juego” por el neologismo “ocio”. Reemplácese en algunas descripciones clásicas de los juegos “la voluntad de jugar” o “la actividad

búsqueda de una definición esencial del «juego», con el pretexto de que la lengua común tiene un único sentido común para «los juegos infantiles, los juegos olímpicos, los juegos matemáticos a los juegos de palabras», los sociólogos que organizan su problemática científica en torno de términos lisa y llanamente tomados del vocabulario familiar se someten al lenguaje de sus objetos creyendo no tener en cuenta sino el «dato». Las demarcaciones que efectúa el vocabulario común no son las únicas preconstrucciones inconscientes e incontroladas que se insinúan en el discurso sociológico, y esa técnica de ruptura que es la crítica lógica de la sociología espontánea encontraría, sin duda, un instrumento irreemplazable en la nosografía del lenguaje común que se presenta, por lo menos como esbozo, en la obra de Wittgenstein [*M. Chastaing, texto n° 15*].¹⁸

Tal crítica daría al sociólogo el medio de disipar el halo semántico (*fringe of meaning*, como dice William James) que rodea a las palabras más comunes y controlar las significaciones dudosas de todas las metáforas, aun las que aparentan estar más muertas, que corren el peligro de situar la coherencia de su discurso en un orden distinto del que pretenden inscribir sus formulaciones. Sea que alguna de esas imágenes puedan ser clasificadas según el orden, biológico o mecánico, al cual remiten, o según las filosofías implícitas de lo social que sugieren: equilibrio, presión, fuerza, tensión, reflejo, raíz, cuerpo, célula, secreción, crecimiento, regulación, gestación, decaimiento, etc. Esos esquemas de interpretación, tomados a menudo del orden físico o biológico, corren el riesgo de transmitir, con el pretexto de la metáfora y de la homonimia, una filosofía inadecuada de la vida social y, sobre todo, de desalentar la búsqueda de la explicación específica proporcionando sin mayo-

libre” del jugador por una distracción calificada de *querida* o tachada de *opción del individuo* sin preocuparse del tiempo libre dirigido y las vacaciones pagadas ni de la antigua oposición, *licet-libet*. Reemplácese el “placer de jugar” por *el objetivo hedonístico* de las distracciones cuidándose de canturrear *Sobre dimanche* después de *Je hais les dimanches*. Reemplácese por último algunos juegos gratuitos por distracciones que *se despliegan fuera de toda finalidad utilitaria*, si se puede olvidar la jardinería de los obreros y empleados, hasta incluso el “bricolaje”» (*ibid.*).

- 18 Así, la mayor parte de los usos del término de inconsciente caen en el paralogismo de las «esencias ocultas» que consiste, según Wittgenstein, en sacar a las palabras de su contexto de uso y asignarles de este modo una significación sustancial (véase *infra*, *L. Wittgenstein*, texto n° 9, pág. 169).

res esfuerzos una apariencia de explicación¹⁹ [*G. Canguilhem, texto n° 16*]. Así, un psicoanálisis del espíritu sociológico podría, sin duda, encontrar en numerosas descripciones del proceso revolucionario, como explosión que sucede a la opresión, un esquema mecánico, apenas transpuesto. Asimismo, los estudios de difusión cultural recurren, a menudo de manera más inconsciente que consciente, al modelo de la mancha de aceite para intentar explicar la extensión y el ritmo de dispersión de un rasgo cultural. Analizar concretamente la lógica y las funciones de esquemas como el de «cambio de escala», por el cual se permite transferir al nivel de la sociedad global o mundial observaciones o enunciados válidos sólo en el nivel de grupos pequeños, sería contribuir a la purificación del espíritu científico; como el de la «manipulación» o del «complot» que, descansando en definitiva sobre la ilusión de la transparencia, tiene la falsa profundidad de una explicación oculta y proporciona las satisfacciones afectivas de la denuncia de las criptocracias; o incluso el de la «acción a distancia», que obliga a pensar en la acción de los medios modernos de comunicación según las categorías del pensamiento mágico.²⁰

Como se ve, la mayor parte de estos esquemas metafóricos son comunes a las declaraciones ingenuas y al discurso científico; de hecho, a esta doble pertenencia deben su eficacia pseudoexplicativa. Como dice Yvan Belaval, «si nos convencen, es porque nos hacen dudar y oscilar, sin que lo sepamos, entre la imagen y el pensamiento, entre lo concreto y lo abstracto. Aliado de la imaginación, el lenguaje trasplanta subrepticamente la certeza de la evidencia sensible a la certeza de la evidencia lógica».²¹ Ocultando su origen común bajo los oropeles de la jerga científica, esos esquemas mixtos evaden la refutación, ya sea porque proponen de inmediato una explicación global y evocan experiencias

19 No es otra cosa que pagar con la misma moneda: si la sociología padeció la importación incontrolada de esquemas e imágenes biológicas, la biología, en otra época, debió eliminar, no sin dificultad, de las nociones tales como la de «célula» o «tejido» sus connotaciones morales o políticas (véase *infra*, *G. Canguilhem, texto n° 16*, pág. 204).

20 Noam Chomsky muestra cómo el lenguaje de Skinner, que hace un uso metafórico de los términos técnicos, revela su inconsistencia cuando se lo somete a una crítica lógica o lingüística (Noam Chomsky, informe de B. F. Skinner, *Verbal Behavior, Language*, vol. 35, 1959, págs. 16-58).

21 Y. Belaval, *Les Philosophes et leur langage*, París, Gallimard, 1952, pág. 23.

cotidianas (el concepto de «sociedad de masas» que puede, por ejemplo, encontrar su paralelo en la experiencia de los embotellamientos de París, y el término «mutación», que a menudo refleja sólo la vulgar experiencia de lo insólito), ya sea porque remiten a una filosofía espontánea de la historia, como el esquema del retorno cíclico cuando considera sólo la sucesión de las estaciones, o como el esquema funcionalista cuando no tiene otro contenido que el «es estudiado por» del finalismo ingenuo, o bien porque tropiezan con esquemas científicos ya vulgarizados, como el de la comprensión del sociograma que reproduce, por ejemplo, la imagen oculta de los átomos encadenados. A propósito de la física, Duhem señalaba que el científico se expone siempre a hallar en las evidencias del sentido común residuos de teorías anteriores que la ciencia ya ha abandonado; dado que todo predispone a que los conceptos y teorías sociológicas pasen al dominio público, el sociólogo, más que cualquier otro científico, corre el riesgo de «retomar del fondo de conocimientos comunes, para volcarlos en la ciencia teórica, los elementos que ésta ya había depositado en ellos».²²

Sin duda que el rigor científico no impone que se renuncie a todos los esquemas analógicos de explicación o de comprensión, como lo confirman el uso que la física moderna hace de los paradigmas –incluso mecánicos– con fines pedagógicos o heurísticos, pero es preciso usarlos de manera científica y metódica. Así como las ciencias físicas debieran romper categóricamente con las representaciones animistas de la materia, y de la acción sobre ella, las ciencias sociales deben efectuar la «ruptura epistemológica» que diferencie la interpretación científica del funcionamiento social de aquellas artificialistas o antropomórficas: sólo a condición de someter a la prueba de la explicitación total²³ los esquemas utilizados por la explicación sociológica es como se evitará el contagio al que están expuestos los esquemas más depurados, cada vez que presenten una afinidad estructural con los esquemas comunes. Bachelard demuestra que la máquina de coser se inventó sólo cuando se dejó

22 P. Duhem, *La théorie physique, son objet, sa structure*, París, M. Rivière, 1954, 2ª ed. revisada y aumentada, pág. 397.

23 En esta tarea de control semántico, la sociología puede armarse no sólo de lo que Bachelard designaba como psicoanálisis del conocimiento o de una crítica puramente lógica y lingüística, sino también de una sociología del uso social de los esquemas de interpretación de lo social.

de imitar los movimientos de la costurera: la sociología obtendría sin duda sus mejores frutos de una adecuada representación de la epistemología de las ciencias de la naturaleza si se atuviera a verificar en cada momento que construye verdaderamente máquinas de coser, en lugar de trasplantar penosamente los movimientos espontáneos de la práctica ingenua.

5. LA TENTACIÓN DEL PROFETISMO

Actualmente, la sociología tiende a mantener con el público, nunca circunscripto al grupo de pares, una relación opaca que siempre corre el riesgo de encontrar su lógica en la relación entre el autor exitoso y su público, o incluso a veces entre el profeta y su auditorio, ello en virtud de que tiene más dificultades que cualquier otra ciencia en desprenderse de la ilusión de la transparencia y realizar irreversiblemente la ruptura con las prenociones y porque a menudo se le asigna, *volens nolen*, la tarea de responder a los interrogantes últimos sobre el porvenir de la civilización. Mucho más que cualquiera de los otros especialistas, el sociólogo está expuesto al veredicto ambiguo y ambivalente de los no especialistas que se creen autorizados a dar crédito a los análisis propuestos, siempre y cuando éstos descubran los supuestos de su sociología espontánea, pero que por eso mismo son inducidos a impugnar la validez de una ciencia que no aprueban sino en la medida en que se repita en el buen sentido. De hecho, cuando el sociólogo asume como propios los objetos de reflexión del sentido común y de la reflexión común sobre esos objetos, no tiene nada que oponer a la certeza común del derecho que tiene todo hombre de hablar de todo lo que es humano y juzgar todo discurso, incluso científico, sobre lo que es humano. ¿Cómo no sentirse un poco sociólogo cuando los análisis del «sociólogo» concuerdan perfectamente con las palabras de la charla cotidiana y el discurso del analista y las palabras analizadas están separadas nada más que por la frágil barrera de las comillas?²⁴ No es casualidad si la bandera del «humanismo», bajo la cual se reúnen quienes creen que basta con ser humano para ser sociólogo y los que llegan a la

²⁴ Preferimos dejar para cada lector la tarea de encontrar las ilustraciones de este análisis.

sociología para satisfacer una pasión demasiado humana de lo «humano», se utiliza como punto de concentración de todas las resistencias contra la sociología objetiva, apoyándose en la ilusión de la reflexividad o en la afirmación de los imprescriptibles derechos del hombre libre y creador.

El sociólogo que comulga con su objeto no está nunca exento de ceder a la complacencia cómplice de las expectativas escatológicas que el público intelectual tiende a transferir hoy sobre las «ciencias humanas», y que sería mucho mejor llamar ciencias del hombre. En tanto acepta determinar su objeto y las funciones de su discurso de acuerdo con los requerimientos de su público, y presenta a la antropología como un sistema de respuestas totales a los interrogantes últimos sobre el hombre y su destino, el sociólogo se vuelve profeta, aun si el estilo y la temática de su mensaje varían según —en cuanto «pequeño profeta acreditado por el Estado»— responda, cual si fuera dueño de la sabiduría, a las inquietudes de la salvación intelectual, cultural o política de un auditorio de estudiantes o, practicando la política teórica que Wright Mills concede a los «estadistas» de la ciencia, se esfuerce en unificar el pequeño reino de conceptos sobre los cuales y por los cuales cree reinar o, más aún, como pequeño profeta marginal, contribuya a forjar en el público en general la ilusión de acceder a los últimos secretos de las ciencias del hombre [*Max Weber, B. M. Berger, textos nos 17 y 18*].

El lenguaje sociológico que, incluso en sus usos más controlados, recurre siempre a palabras del léxico común tomadas en una acepción rigurosa y sistemática, y que, por este hecho, se vuelve equívoco en cuanto deja de dirigirse sólo a los especialistas, se presta, más que cualquier otro, a utilizaciones falsas: los juegos de la polisemia, permitidos por la secreta afinidad de los conceptos más depurados con los esquemas comunes, contribuyen al doble significado y a los malentendidos que aseguran, al doble juego profético, sus auditorios múltiples y a veces contradictorios. Si, como dice Bachelard, «todo químico debe luchar contra el alquimista que tiene dentro», todo sociólogo debe ahogar en sí mismo el profeta social que el público le pide encarnar. La elaboración, aparentemente científica, de las evidencias que son las que mejor construidas están para encontrar un público porque son evidencias públicas, y la utilización de una lengua de múltiples registros que yuxtapone las palabras comunes y las técnicas destinadas a servirles de garantía, proporciona al sociólogo su mejor disfraz cuando cree, a pe-

sar de todo, desconcertar a aquellos cuyas expectativas satisface dando una grandiosa orquestación a sus temas favoritos y ofreciéndoles un discurso cuya apariencia de esoterismo refleja en realidad las funciones esotéricas de una empresa profética. La sociología profética opera, por supuesto, con la lógica, según la cual el sentido común construye sus explicaciones cuando se contenta con sistematizar falsamente las respuestas que la sociología espontánea da a los problemas existenciales que la experiencia común encuentra en un orden disperso: de todas las explicaciones sencillas, las explicaciones por lo sencillo y por la gente sencilla son las más frecuentemente esgrimidas por los sociólogos proféticos que ven en fenómenos tan familiares como la televisión el principio explicativo de las «mutaciones planetarias». «Toda verdad –decía Nietzsche– es sencilla: ¿no es esto una doble mentira? Reducir algo desconocido a algo conocido alivia, tranquiliza el espíritu y además da cierta sensación de poder. Primer principio: una explicación cualquiera es preferible a una falta de explicación. Como en rigor, de lo que se trata es de deshacerse de las representaciones angustiosas, no nos exigimos demasiado para hallar medios de alcanzarla: la primera representación por la cual lo desconocido se declara conocido hace tanto bien que se la considera verdadera.»

Que este recurso a las explicaciones por lo sencillo tenga por función tranquilizar o inquietar, que haga uso de los paralogismos a la manera *pars pro toto*, de sistematizaciones por alusión y elipsis o de los poderes de la analogía espontánea, siempre el resorte explicativo reside en sus profundas afinidades con la sociología espontánea. Ya lo decía Marx: «Semejantes frases literarias, que, con arreglo a una analogía cualquiera clasifican todo dentro de todo, pueden hasta parecer ingeniosas cuando son dichas por primera vez, y tanto más cuanto más identifiquen cosas contradictorias entre sí. Repetidas, e incluso con presunción, como apotegmas de valor científico, son lisa y llanamente necias. Aptas sólo para cándidos literatos y charlatanes visionarios, que enchas-tran todas las ciencias con su empalagosa basura».²⁵

25 Karl Marx, *Fondements de la Critique de l'Économie politique*, t. 1 (trad. R. Dangeville), París, Anthropos, 1967, pág. 240 [hay ed. en esp.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, t. 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, pág. 233].

6. TEORÍA Y TRADICIÓN TEÓRICA

Al colocar su epistemología bajo el signo del «¿por qué no?» y la historia de la razón científica bajo el de la discontinuidad o, mejor, de la ruptura continuada, Bachelard niega a la ciencia la seguridad del saber definitivo para recordarle que no puede progresar si no es cuestionando constantemente los principios mismos de sus propias construcciones. Pero para que una experiencia como la de Michelson y Morley pueda desembocar en un cuestionamiento radical de los postulados fundamentales de la teoría, tiene que existir una teoría capaz de provocar tal experiencia y dar lugar a un desacuerdo tan sutil como el que hace surgir esta experiencia. La situación de la sociología no es tan favorable a esas proezas teóricas que, llevando la negación al corazón mismo de una teoría científica aparentemente acabada, hicieron posibles las geometrías no euclidianas o la física no newtoniana; el sociólogo está limitado a los oscuros esfuerzos que exigen las rupturas siempre repetidas y a las incitaciones del sentido común, ingenuo o científico: en efecto, cuando se vuelve hacia el pasado teórico de su disciplina, se enfrenta no con una teoría científica constituida sino con una *tradición*. Tal situación contribuye a dividir en dos el campo epistemológico, manteniendo ambos una relación contrapuesta con una misma representación de la teoría: igualmente incapaces de oponer a la imagen tradicional de la teoría otra que sea propiamente científica o, por lo menos, una teoría científica de la teoría científica, unos se lanzan a tontas y a locas a una práctica que busca encontrar en sí misma su propio fundamento teórico, otros siguen manteniendo con la tradición la típica relación que las comunidades de literatos están acostumbradas a conservar con un corpus en que los principios que se proclaman disimulan los supuestos tanto más inconscientes cuanto más esenciales son y en que la coherencia semántica o lógica puede no ser otra cosa que la expresión manifiesta de la última selección basada en una filosofía del hombre y de la historia más bien que en una axiomática conscientemente construida.

Los que se afanan en hacer la suma de las contribuciones teóricas heredadas de los «padres fundadores» de la sociología, ¿no acometen una empresa análoga a la de los teólogos o canonistas de la Edad Media, que reunían en sus enormes *Summæ* el conjunto de los argumentos y asuntos legados por las «autoridades», textos canónicos o Padres de la

Iglesia?²⁶ Los «teóricos» contemporáneos de la sociología estarían indudablemente de acuerdo con Whitehead en que «una ciencia debe olvidar a sus fundadores»; pero el caso es que esas síntesis podrían diferir menos de lo que parece de las compilaciones medievales: el imperativo de la «acumulación», al que manifiestamente se consagran, ¿es otra cosa, a menudo, que la reinterpretación, con referencia a otra tradición intelectual, del imperativo escolástico de la conciliación de los contrarios? Como lo señala E. Panofsky, los escolásticos «no podían dejar de advertir que las autoridades, y aun los diferentes pasajes de la Escritura, estaban frecuentemente en contradicción. No les quedaba otra cosa, entonces, que admitirlas a pesar de todo e interpretarlas y reinterpretarlas sin cesar hasta que estuviesen reconciliadas. Pues esto es lo que hacen los teólogos desde siempre».²⁷ Tal es, en esencia, la lógica de una «teoría» que, como la de Talcott Parsons, no es más que la reelaboración indefinida de los elementos teóricos artificialmente extraídos de un cuerpo escogido de autoridades,²⁸ o bien la lógica de un corpus doctrinal, como la obra de Georges Gurwitsch, que presenta, tanto en su tónica como en su procedimiento, todos los rasgos de las recolecciones canonistas medievales; vastas confrontaciones de autoridades contradictorias coronadas por las *concordantiae violentes* de las síntesis finales.²⁹

26 Esta clásica relación con una tradición se observa siempre en los primeros momentos de la historia de una ciencia. Bachelard señala que hay, en los libros científicos del siglo XVIII, una erudición parásita que refleja todavía la desorganización y dependencia de la fortaleza científica con relación a la sociedad mundana. Si «el Barón de Marivetz y Goussier, al tratar sobre el fuego en su célebre *Physique du Monde* (París, 1870), se consideraron en el deber y la gloria de examinar cuarenta y seis teorías diferentes antes de proponer una buena, la suya», es porque su ciencia no rompió con su pasado, incluso el más balbuceante, y también por lo que, carente de una organización propia y de normas autónomas, la discusión científica está siempre concebida sobre el modelo de la conversación mundana (*La formation de l'esprit scientifique* [véase ed. en esp.: *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972], *Contribution à une psychanalyse de la connaissance objective*, 4ª ed., París, Vrin, 1965, pág. 27). Véase *infra*, G. Bachelard, texto n° 43, pág. 347.

27 E. Panofsky, *Architecture gothique et pensée scolastique* (trad. P. Bourdieu), París, Éd. Minuit, 1967, pág. 118.

28 El tratamiento que hace de las doctrinas clásicas para hacerlas confesar su acumulación no es precisamente el aspecto menos artificial de una obra como *The Structure of Social Action*, de T. Parsons.

29 El tradicionalismo teórico quizá sobreviva por la oposición que encuentra en los practicantes más positivistas, incluso *en* lo que les oponen: ¿hay que

Nada se opone tan totalmente a la razón arquitectónica de las grandes teorías sociológicas, que abarcan todas las teorías, todas las críticas teóricas e incluso todas las empirias, como la razón polémica, la que «por sus dialécticas y sus críticas» condujo a las teorías modernas de la física; y en consecuencia, todo separa el «sobre-objeto», «resultado de una objetividad que no conserva del objeto sino lo que ha criticado», del sub-objeto, nacido de las concesiones y compromisos en virtud de los cuales surgen los grandes imperios de las teorías con pretensiones universalistas [G. Bachelard, *texto n° 19*].

Dado que la naturaleza de las obras que la comunidad de sociólogos reconoce como teóricas y sobre todo la forma de relación con esas teorías favorecida por la lógica de su transmisión (frecuentemente inseparable de la lógica de su producción), la ruptura con las teorías tradicionales y la típica relación con ellas no es más que un caso particular de la ruptura con la sociología espontánea: en efecto, cada sociólogo debe tener en cuenta los supuestos científicos que amenazan con imponerle sus problemáticas, sus temáticas y sus esquemas de pensamiento. Así, por ejemplo, hay problemas que los sociólogos omiten plantear porque la tradición profesional no los reconoce dignos de ser tenidos en cuenta, no ofrece los instrumentos conceptuales o las técnicas que permitirían tratarlos canónicamente; a la inversa, hay problemas que se exigen plantear porque ocupan un lugar destacado en la jerarquía consagrada de los temas de investigación. Asimismo, no hay denuncia ritual de las prenociones comunes que no termine rebajándose a una muy bien hecha prenoción escolar para desplazar del cuestionamiento las prenociones científicas.

Si es preciso emplear contra la teoría tradicional las mismas armas que contra la sociología espontánea, es porque las construcciones más eruditas toman de la lógica del sentido común no sólo sus esquemas de pensamiento sino también su proyecto fundamental: como en efecto lo señala Bachelard, no han efectuado la «ruptura», que caracteriza «al verdadero espíritu científico moderno», con «la simple idea de orden y clasificación». Cuando Whitehead señala que la lógica cla-

recordar, con Politzer, que «no se puede, sea cual fuere la sinceridad de la intención y la voluntad de precisión, transformar la física de Aristóteles en física experimental?» (G. Politzer, *Critique des fondements de la psychologie*, París, Rieder, 1928 pág. 6 [hay ed. en esp.]).

sificatoria, que se sitúa a mitad de camino entre la descripción del objeto concreto y la explicación sistemática que proporciona la teoría acabada, procede siempre de una «abstracción incompleta»,³⁰ caracteriza correctamente las teorías de la acción social de aspiraciones universales que, como la de Parsons, no consiguen presentar las apariencias de generalidad y exhaustividad sino en la medida que utilizan esquemas «abstractos-concretos» totalmente análogos en su empleo y funcionamiento a los géneros y especies de una clasificación aristotélica. Y Robert K. Merton, con su teoría de la «teoría del alcance medio», puede renunciar a las ambiciones, insostenibles en la actualidad, de una teoría general del sistema social, sin por ello cuestionar los supuestos lógicos de esas empresas de clasificación y esclarecimiento conceptual basadas en fines más bien pedagógicos que científicos: el proceso de cruzamiento –de elevado título: «substrucción del espacio de atributos»– es sin duda tan frecuente en la sociología universitaria (piénsese en la tipología mertoniana de la anomia o en las diversas tipologías de múltiples dimensiones de la sociología de Gurvitch) que hace posible la interfecundación indefinida de gran parte de la descendencia de los conceptos escolares. Querer sumar todos los conceptos heredados por la tradición y todas las teorías consagradas, o pretender resumir todo lo que existe en una suerte de casuística de lo real a costa de esos ejercicios didácticos de taxonomía universal que, como dice Jevons, son características de la edad aristotélica de la ciencia social y «están condenadas a derrumbarse en cuanto aparecen las similitudes ocultas que encubren los fenómenos»,³¹ es desconocer que la verdadera acumulación supone rupturas, que el progreso teórico implica la integración de nuevos datos a costa de un enjuiciamiento crítico de los fundamentos de la teoría que aquéllos ponen a prueba. En otros términos, si es cierto que toda teoría científica se atiene a lo dado como a un código históricamente constituido y provisorio que se erige para una época en el principio soberano de una distinción inequívoca entre lo verdadero y lo falso, la historia de una ciencia es siempre discontinua porque el refinamiento de la clave de desciframiento no con-

30 A. N. Whitehead, *Science and the Modern World*, Nueva York, Mentor Book, 1925, pág. 34.

31 W. S. Jevons, *The Principles of Science*, Londres, Methuen, 1892, pág. 691.

tinúa nunca hasta el infinito sino que concluye siempre en la sustitución lisa y llana de una clave por otra.

7. TEORÍA DEL CONOCIMIENTO SOCIOLOGICO Y TEORÍA DEL SISTEMA SOCIAL

Una teoría no es ni el más grande común denominador de todas las grandes teorías del pasado ni, *a fortiori*, esa parte del discurso sociológico que se opone a la empiria escapando lisa y llanamente al control experimental; no es ni la galería de las teorías canónicas en que éstas se reducen a la historia de la teoría, ni un sistema de conceptos que, al no reconocer otro criterio de cientificidad que el de la coherencia semántica, se refiere a sí mismo en lugar de medirse en los hechos, ni tampoco esa suma de pequeños hechos verdaderos o de relaciones demostradas acá y allá por unos u otros de modo disperso, que no es otra cosa que la reinterpretación positivista del ideal tradicional de la *Summa* sociológica.³² La representación tradicional de la teoría y la representación positivista, que no asigna a la teoría otra función que la de representar tan completa, sencilla y exactamente como sea posible un conjunto de leyes experimentales, tienen en común el despojar a la teoría de su función primordial, que es la de garantizar la ruptura epistemológica y concluir en el principio que explique las contradicciones, incoherencias o lagunas y que sólo él hace surgir en el sistema de leyes establecido.

Pero las precauciones contra la renuncia teórica del empirismo no podrían sin embargo legitimar la intimación terrorista de los teóricos

³² La comparación de las proposiciones consideradas como establecidas presenta un interés evidente si se trata de proporcionar un medio cómodo de movilizar la información adquirida (véase B. Berelson y G. A. Steiner, *Human Behavior: An inventory of Scientific Findings*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1964). Pero este tipo de compilación «mecánicamente empírica» de datos descontextualizados no podría ser presentado sin usurpación, según se lo hace a veces, como una teoría o como fragmento de una teoría futura, cuya realización está de hecho abandonada a las investigaciones también futuras. Asimismo, el trabajo teórico que consiste en probar la coherencia de un sistema de conceptos, incluso sin referencias a las investigaciones empíricas, tiene una función positiva, a condición, sin embargo, de que no se presente como la construcción misma de la teoría científica.

que, al excluir la posibilidad de teorías regionales, ahogan la investigación en la alternativa tipo todo o nada, del hiperempirismo puntillista o de la teoría universal y general del sistema social. Bajo la invocación de la urgencia de una teoría sociológica se confunden, en efecto, la insostenible exigencia de una teoría universal y general de las formaciones sociales con la inexorable demanda de una teoría del conocimiento sociológico. Hay que disipar esta confusión que fomentan las doctrinas sociológicas del siglo XIX, para reconocer la convergencia, evitando caer en el eclecticismo o el sincretismo de la tradición teórica, de los principios fundamentales que determinan la teoría del conocimiento sociológico de las grandes teorías clásicas como el fundamento de *teorías parciales*, limitadas a un orden definido de hechos. En las primeras frases de su introducción a los *Cambridge Economic Handbooks*, Keynes escribía: «La teoría económica no proporciona un cuerpo de conclusiones establecidas y de inmediato aplicables. Es un método más que una doctrina, un instrumento de la mente, una técnica de pensamiento, que ayuda a quien esté dispuesto a sacar conclusiones correctas». La teoría del conocimiento sociológico, como sistema de normas que regulan la producción de todos los actos y de todos los discursos sociológicos posibles, y sólo de éstos, es el principio generador de las diferentes teorías parciales de lo social (ya se trate, por ejemplo, de la teoría de los intercambios matrimoniales o de la teoría de la difusión cultural), y por ello el principio unificador del discurso propiamente sociológico que hay que cuidarse de confundir con una teoría unitaria de lo social.³³ Como lo señala Michael Polanyi, «si se considera a la ciencia de la naturaleza como un conocimiento de cosas y se diferencia la ciencia del conocimiento de la ciencia, es decir la metaciencia, se desemboca en la distinción de tres niveles lógicos: los objetos de la ciencia, la ciencia misma y la metaciencia, que incluye la lógica y la epistemología de la ciencia».³⁴ Confundir la teoría del conocimiento sociológico que es del orden de

33 La definición social de las relaciones entre la teoría y la práctica, que tiene afinidades con la oposición tradicional entre las tareas nobles del científico y la minuciosa paciencia del artesano y, por lo menos en Francia, con la oposición escolar entre el brillante y el serio, se refleja tanto en la reticencia en reconocer la teoría cuando se encarna en una investigación parcial como en la dificultad de actualizarla en la investigación.

34 M. Polanyi, *Personal Knowledge*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1958, pág. 344.

la metaciencia, con las teorías parciales de lo social que implican a los principios de la metaciencia sociológica en la organización sistemática de un conjunto de relaciones y de principios explicativos de esas relaciones es condenarse, ya sea a la renuncia a hacer ciencia, esperando una teoría de la metaciencia que reemplace a la ciencia, ya sea a considerar una síntesis necesariamente vacía de teorías generales (o incluso de teorías parciales) de lo social por la metaciencia, que es la condición de todo conocimiento científico posible.

Segunda parte

La construcción del objeto

II. EL HECHO SE CONSTRUYE: LAS FORMAS DE LA RENUNCIA EMPIRISTA

«El punto de vista –dice Saussure– crea el objeto.» Lo cual implica que una ciencia no podría definirse por un sector de lo real que le correspondería como propio. Como lo señala Marx, «la totalidad concreta, como totalidad del pensamiento, como un concreto del pensamiento es, de hecho, un producto del pensamiento y de la concepción [...]. El todo, tal como aparece en la mente, como todo del pensamiento, es un producto de la mente que piensa y que se apropia el mundo del único modo posible, modo que difiere de la apropiación de ese mundo en el arte, la religión, el espíritu práctico. El sujeto real mantiene, antes como después, su autonomía fuera de la mente [...]»¹ [*K. Marx, texto n° 20*]. Es el mismo principio epistemológico, instrumento de la ruptura con el realismo ingenuo, que formula Max Weber: «No son –dice Max Weber– las relaciones reales entre “cosas” lo que constituye el principio de delimitación de los diferentes campos científicos sino las relaciones conceptuales entre problemas. Una “ciencia” nueva nace sólo allí donde se aplica un método nuevo a nuevos problemas y donde, por lo tanto, se descubren nuevas perspectivas»² [*Max Weber, texto n° 21*].

Incluso si las ciencias físicas permiten a veces la división en subunidades determinadas, como la selenografía o la oceanografía, por la yuxta-

1 Karl Marx, *Introduction générale à la critique de l'économie politique* (trad. M. Rubel y L. Evrard), en *Obras*, t. 1, París, Gallimard, 1965, págs. 255-256. En español véase Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, vol. 1, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, pág. 22.

2 M. Weber, *Essais sur la théorie de la science*, *op. cit.*, pág. 146.

posición de diversas disciplinas referidas a un mismo sector de lo real, es sólo con fines pragmáticos: la investigación científica se organiza de hecho en torno de objetos contruidos que no tienen nada en común con aquellas unidades delimitadas por la percepción ingenua. Pueden verse los lazos que todavía vinculan a la sociología científica con las categorías de la sociología espontánea en el hecho de que a menudo se dedica a clasificaciones por sectores aparentes; por ejemplo, sociología de la familia, sociología del tiempo libre, sociología rural o urbana, sociología de la juventud o de la vejez. En general, la epistemología empirista concibe las relaciones entre ciencias vecinas, psicología y sociología por ejemplo, como conflictos de límites, porque se imagina la división científica del trabajo como división real de lo real.

Es posible ver en el principio durkheimiano según el cual «hay que considerar los hechos sociales como cosas» (se debe poner el acento en «considerar como») el equivalente específico del golpe de estado teórico por el cual Galileo construye el objeto de la física moderna como sistema de relaciones cuantificables, o de la decisión metodológica por la cual Saussure otorga a la lingüística su existencia y objeto distinguiendo la lengua de la palabra: en efecto, es una distinción semejante la que formula Durkheim cuando, explicitando totalmente la significación epistemológica de la regla cardinal de su método, afirma que ninguna de las reglas implícitas que obligan a los sujetos sociales «se encuentra íntegramente en las aplicaciones que de ellas hacen los particulares, ya que incluso pueden estar sin que las apliquen en acto».³ El segundo prefacio de *Las reglas* dice claramente que se trata de definir una actitud mental y no de asignar al objeto un estatus ontológico [*Émile Durkheim, texto n° 22*]. Y si esta suerte de tautología, por la cual la ciencia se constituye construyendo su objeto contra el sentido común –siguiendo los principios de construcción que la definen–, no se impone por su sola evidencia, es porque nada se opone más a las evidencias del sentido común que la diferencia entre objeto «real», preconstruido por la percepción, y objeto científico, como sistema de relaciones expresamente construido.⁴

3 Émile Durkheim, *Les règles de la méthode sociologique*, 2ª ed. revisada y aumentada, París, F. Alcan, 1901; citado según la 15ª ed. de PUF, París, 1963, pág. 9. [Hay ed. en esp.: *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Schapire, 1973.]

4 Sin duda, la argumentación polémica desplegada por los durkheimistas para imponer el principio de la «especificidad de los hechos sociales»

No es posible ahorrar esfuerzos en la tarea de construir el objeto si no se abandona la investigación de esos objetos preconstruidos, hechos sociales demarcados, percibidos y calificados por la sociología espontánea,⁵ o «problemas sociales» cuya aspiración a existir como problemas sociológicos es tanto mayor cuanto más realidad social tienen para la comunidad de sociólogos.⁶ No basta multiplicar el acoplamiento de criterios tomados de la experiencia común (piénsese en todos esos temas de investigación del tipo «el ocio de los adolescentes de un complejo urbano en la zona este de la periferia de París») para construir un objeto que, producto de una serie de divisiones reales, sigue siendo un objeto común y no accede a la dignidad de objeto científico por el solo hecho de prestarse a la aplicación de técnicas científicas. Sin duda que Allen H. Barton y Paul F. Lazarsfeld tienen razón cuando señalan que expresiones tales como «consumo opulento» o «*white-collar crime*» construyen objetos específicos que, irreductibles a los objetos comunes, toman en consideración hechos conocidos, los que por el simple efecto de aproximación, adquieren un sentido nuevo;⁷ pero la necesidad de construir denominaciones específicas que, aun compuestas con palabras del voca-

conserva, aun hoy, un valor que no es sólo arqueológico precisamente porque la situación de comienzo o de recomienzo se cuenta entre las más favorables a la explicitación de los principios de construcción que caracterizan una ciencia.

- 5 Muchos sociólogos principiantes obran como si bastara darse un objeto dotado de realidad social para poseer, al mismo tiempo, un objeto dotado de realidad sociológica: haciendo a un lado las innumerables monografías de aldea, podrían citarse todos esos temas de investigación que no tienen otra problemática que la pura y simple *designación* de grupos sociales o de problemas percibidos por la conciencia común, en un momento dado.
- 6 No es casualidad que ciertos sectores de la sociología, como por ejemplo el estudio de los medios de comunicación modernos o del tiempo libre, sean los más permeables a las problemáticas y esquemas de la sociología espontánea: fuera de que esos objetos existen ya como temas obligados de la conversación común sobre la sociedad moderna, deben su carga ideológica al hecho de que es también consigo mismo que se relaciona el intelectual cuando estudia la relación de las clases populares con la cultura. La relación del intelectual con la cultura encierra todo el problema de su relación con la condición de intelectual, nunca tan dramáticamente planteada como en el problema de su relación con las clases populares como clases desprovistas de cultura.
- 7 A. H. Barton y P. F. Lazarsfeld, «Some Functions of Qualitative Analysis in Social Research», en S. M. Lipset y N. J. Smelser (comps.), *Sociology: The Progress of a Decade*, Englewood Cliffs (N.J.), Prentice Hall, 1961, págs. 95-122.

bulario común, construyen nuevos objetos al establecer nuevas relaciones entre los aspectos de las cosas no es más que un indicio del primer grado de la ruptura epistemológica con los objetos preconstruidos de la sociología espontánea. En efecto, los conceptos que más pueden desorientar las nociones comunes no conservan aisladamente el poder de resistir sistemáticamente a la implacable lógica de la ideología: al rigor analítico y formal de los conceptos llamados «operatorios» se opone el rigor sintético y real de los conceptos que se han dado en llamar «sistémicos» porque su utilización supone la referencia permanente al sistema total de sus interrelaciones.⁸ Un objeto de investigación, por parcial y parcelario que sea, no puede ser definido y construido sino en función de una *problemática teórica* que permita someter a un examen sistemático todos los aspectos de la realidad puestos en relación por los problemas que le son planteados.

8 Los conceptos y proposiciones definidos exclusivamente por su carácter «operatorio» pueden no ser más que la formulación lógicamente irreprochable de prenaciones y, por este motivo, son a los conceptos sistemáticos y proposiciones teóricas lo que el objeto preconstruido es al objeto construido. Al poner el acento exclusivamente en el carácter operacional de las definiciones, se corre el peligro de tomar una simple terminología clasificatoria, como hace S. C. Dodd (*Dimensions of Society*, Nueva York, 1942, u «Operational Definitions Operationally Defined», *American Journal of Sociology*, XLVIII, 1942-19103, págs. 482-489) por una verdadera teoría, abandonando para una investigación ulterior el problema de la sistematicidad de los conceptos propuestos y aun de su fecundidad teórica. Como lo subraya C. G. Hempel, privilegiando las «definiciones operacionales» en detrimento de las exigencias teóricas, «la literatura metodológica consagrada a las ciencias sociales tiende a sugerir que la sociología, para preparar su porvenir de disciplina científica, tendría que proveerse de una gama tan amplia como posible de términos «operacionalmente definidos» y «de un empleo constante y unívoco», como si la formación de los conceptos científicos pudiera ser separada de la elaboración teórica. Es la formulación de sistemas conceptuales dotados de una pertinencia teórica lo que se emplea en el progreso científico: tales formulaciones exigen el descubrimiento teórico cuyo imperativo empirista u operacionalista de la pertinencia empírica [. . .] no podría darse por sí solo (C. G. Hempel, *Fundamentals of Concept Formation in Empirical Research*, Chicago, Londres, University of Chicago Press, 1952, pág. 47).

1. «LAS ABDICACIONES DEL EMPIRISMO»

En la actualidad se coincide demasiado fácilmente con toda la reflexión tradicional sobre la ciencia, en el sentido de que no hay observación o experimentación que no impliquen hipótesis. La definición del proceso científico como diálogo entre hipótesis y experiencia, sin embargo, puede rebajarse a la imagen antropomórfica de un intercambio en que los dos socios asumirían roles perfectamente simétricos e intercambiables; pero no hay que olvidar que lo real no tiene nunca la iniciativa puesto que sólo puede responder si se lo interroga. Bachelard sostenía, en otros términos, que el «vector epistemológico [...] va de lo racional a lo real y no a la inversa, de la realidad a lo general, como lo profesaban todos los filósofos desde Aristóteles hasta Bacon» [*Gaston Bachelard, texto n° 23*].

Si hay que recordar que «la teoría domina al trabajo experimental desde la misma concepción de partida hasta las últimas manipulaciones de laboratorio»,⁹ o aún más, que «sin teoría no es posible ajustar ningún instrumento ni interpretar una sola lectura»¹⁰ es porque la representación de la experiencia como protocolo de una comprobación libre de toda implicación teórica se deja traslucir en miles de indicios, por ejemplo en la convicción, todavía muy extendida, de que existen hechos que podrían trascender tal como son a la teoría para la cual y por la cual fueron creados. Sin embargo, el desafortunado destino de la noción de totemismo (que Lévi-Strauss compara con el de histeria) bastaría para destruir la creencia en la inmortalidad científica de los hechos: una vez abandonada la teoría que los unía, los hechos del totemismo vuelven a su estado de polvo de datos de donde una teoría los había sacado por un tiempo y de donde otra teoría no podrá sacarlos más que confiriéndoles otro sentido.¹¹

Basta con haber intentado una vez someter al análisis secundario un material recogido en función de otra problemática, por aparentemente neutral que se muestre, para saber que los *data* más ricos no podrían nunca responder completa y adecuadamente a los interrogantes para y por los cuales no han sido contruidos. No se trata de impugnar por

9 K. R. Popper, *The Logic of Scientific Discovery*, *op. cit.*, pág. 107.

10 P. Duhem, *La théorie physique*, París, Vrin, pág. 277.

11 Claude Lévi-Strauss, *Le totémisme aujourd'hui*, París, PUF, 1962, pág. 7 [hay ed. en esp.].

principio la validez de la utilización de un material de segunda mano sino de recordar las condiciones epistemológicas de ese trabajo de *retraducción*, que se refiere siempre a hechos contruidos (bien o mal) y no a datos. Tal trabajo de interpretación, cuyo ejemplo dio ya Durkheim en *El suicidio*, podría constituir incluso la mejor incitación a la vigilancia epistemológica en la medida en que exige una explicitación metódica de las problemáticas y principios de construcción del objeto que están comprendidos tanto en el material como en el nuevo tratamiento que se le aplica. Los que esperan milagros de la tríada mítica, *archivos*, *data* y *computers*, desconocen lo que separa a esos objetos contruidos llamados hechos científicos (recogidos por el cuestionario o por el inventario etnográfico) de los objetos reales que conservan los museos y que, por su «excedente concreto», ofrecen a la indagación posterior la posibilidad de construcciones indefinidamente renovadas. Al no tener en cuenta esos preliminares epistemológicos, se está expuesto a considerar de modo diferente lo idéntico y de idéntico modo lo diferente, a comparar lo incomparable y a omitir comparar lo comparable, por el hecho de que en sociología los «datos», aun los más objetivos, se obtienen por la aplicación de estadísticas (cuadros de edad, nivel de ingresos, etc.) que implican supuestos teóricos y por lo mismo dejan escapar una información que hubiera podido captar otra construcción de los hechos.¹² El positivismo, que considera los hechos como datos, se limita ya sea a reinterpretaciones inconsecuentes, porque éstas se desconocen como tales, ya sea a simples confirmaciones obtenidas en condiciones técnicas tan semejantes como sea posible: en todos los casos efectúa la reflexión metodológica sobre las condiciones de reiteración como un sustituto de la reflexión epistemológica sobre la reinterpretación secundaria.

Sólo una imagen mutilada del proceso experimental puede hacer de la «subordinación a los hechos» el imperativo único. Especialista de una ciencia impugnada, el sociólogo está particularmente inclinado a reafirmar el carácter científico de su disciplina sobrevalorando los aportes que ella ofrece a las ciencias de la naturaleza. Reinterpretado según

12 Véase P. Bourdieu y J. C. Passeron, «La comparabilité des systèmes d'éducation», en R. Castel y J. C. Passeron (comps.), *Éducation, démocratie et développement*, Cahiers du Centre de Sociologie Européenne, n° 4, París, La Haya, Mouton, 1967, págs. 20-58.

una lógica que no es otra que la de la herencia cultural, el imperativo científico de la subordinación al hecho desemboca en la renuncia lisa y llana ante el dato. A esos practicantes de las ciencias del hombre que tienen una fe poco común en lo que Nietzsche llamaba «el dogma de la inmaculada percepción», es preciso recordarles, con Alexandre Koyré, que «la experiencia, en el sentido de experiencia bruta, no desempeñó ningún papel, como no fuera el de obstáculo, en el nacimiento de la ciencia clásica». ¹³

En efecto, todo ocurre como si el empirismo radical propusiera como ideal al sociólogo que se anule como tal. La sociología sería menos vulnerable a las tentaciones del empirismo si bastase con recordarle, como decía Poincaré, que «los hechos no hablan». Quizá la maldición de las ciencias del hombre sea la de ocuparse de *un objeto que habla*. En efecto, cuando el sociólogo pretende sacar de los hechos la problemática y los conceptos teóricos que le permitan construirlos y analizarlos, siempre corre el riesgo de sacarlos de la boca de sus informantes. No basta con que el sociólogo escuche a los sujetos, registre fielmente sus palabras y razones, para explicar su conducta y aun las justificaciones que proponen: al hacer esto, corre el riesgo de sustituir lisa y llanamente sus propias prenociones por las prenociones de quienes estudia o por una mezcla falsamente científica y falsamente objetiva de la sociología espontánea del «científico» y de la sociología espontánea de su objeto.

Obligarse a mantener –para indagar lo real o los métodos de cuestionamiento de lo real– sólo aquellos elementos creados en realidad por una indagación que se desconoce y se niega como tal, es sin duda la mejor manera de exponerse, negando que la comprobación supone la construcción, a comprobar una nada que se ha construido a pesar de todo. Podrían darse cientos de ejemplos en que, creyendo sujetarse a la neutralidad al limitarse a sacar del discurso de los sujetos los elementos del cuestionario, el sociólogo propone, al juicio de éstos, juicios formulados por otros sujetos y termina por clasificarlos en relación con juicios que él mismo no sabe clasificar o a tomar por expresión de una actitud

13 A. Koyré, *Études Galiléennes*, I. *À l'aube de la science classique*, París, Hermann, 1940, pág. 7. Y agrega: «Las “experiencias” que reivindica o que reivindicará más tarde Galileo, aun las que ejecuta realmente, no son ni habrán de ser nunca más que experiencias de pensamiento» (*ibid.*, pág. 72).

profunda juicios superficialmente provocados por la necesidad de responder a preguntas innecesarias. Todavía más: el sociólogo que niega la construcción controlada y consciente de su distancia con lo real y de su acción sobre lo real, puede no sólo imponer a los sujetos preguntas que su experiencia no les plantea y omitir las que en efecto surgen de aquellas, sino incluso formularles, con toda ingenuidad, las preguntas que él se hace sobre ellos, mediante una confusión positivista entre las preguntas que surgen objetivamente y aquellas que se plantean conscientemente. El sociólogo no sabe qué hacer cuando, desorientado por una falsa filosofía de la objetividad, se propone anularse en tanto tal.

No es sorprendente que el hiperempirismo, que renuncia al deber y al derecho de la construcción teórica en provecho de la sociología espontánea, recupere la filosofía espontánea de la acción humana como expresión de una deliberación consciente y voluntaria, transparente en sí misma: numerosas encuestas de motivaciones (sobre todo retrospectivas) suponen que los sujetos puedan guardar en algún momento la verdad objetiva de su comportamiento (y que conservan continuamente una memoria adecuada), como si la representación que los sujetos se hacen de sus decisiones o de sus acciones no debiera nada a las racionalizaciones retrospectivas.¹⁴ A no dudarlo, se pueden y se deben recoger los discursos más irreales, pero a condición de ver en ellos no la explicación del comportamiento sino un aspecto de éste que debe explicarse. Cada vez que el sociólogo cree eludir la tarea de construir los hechos en función de una problemática teórica, es porque está dominado por una construcción que se desconoce y que él desconoce como tal, recogiendo al final nada más que los discursos ficticios que elaboran los sujetos para enfrentar la situación de encuestado y responder a preguntas artificiales o incluso al artificio por excelencia como es la ausencia de preguntas. Cuando el sociólogo renuncia al privilegio epistemológico es para caer siempre en la sociología espontánea.

14 La noción de opinión debe sin duda su éxito, práctico y teórico, a que concentra todas las ilusiones de la filosofía atomística del pensamiento y de la filosofía espontánea de las relaciones entre el pensamiento y la acción, comenzando por el papel privilegiado de la expresión verbal como indicador de las disposiciones en acto. Nada hay de sorprendente entonces si los sociólogos que ciegamente confían en los sondeos se exponen continuamente a confundir las declaraciones de acción, o peor aún las declaraciones de intención, con las probabilidades de acción.

2. HIPÓTESIS O SUPUESTOS

Sería fácil demostrar que toda práctica científica, incluso y sobre todo cuando obcecadamente invoca el empirismo más radical, implica supuestos teóricos y que el sociólogo no tiene más alternativa que moverse entre interrogantes inconscientes, por tanto incontrolados e incoherentes, y un cuerpo de hipótesis metódicamente construidas con miras a la prueba experimental. Negar la formulación explícita de un cuerpo de hipótesis basadas en una teoría es condenarse a la adopción de supuestos tales como las prenociones de la sociología espontánea y de la ideología, es decir los problemas y conceptos que se tienen en tanto sujeto social cuando no se los quiere tener como sociólogo. De este modo Elihu Katz demuestra cómo los autores de la encuesta publicada bajo el título *The People's Choice* no pudieron encontrar en una investigación basada en una prenoción, la de «masa» como público atomizado de receptores, los medios de captar empíricamente el fenómeno más importante en materia de difusión cultural, a saber, el «flujo en dos tiempos» (*two-step flow*), que no podía ser establecido sino a costa de una ruptura con la representación del público como masa desprovista de toda estructura¹⁵ [E. Katz, *texto n° 24*].

Aun cuando se liberara de los supuestos de la sociología espontánea, la práctica sociológica, sin embargo, no podría realizar nunca el ideal

15 E. Katz, «The Two-Step Flow of Communication: An Up-to-date Report on an Hypothesis», *Public Opinion Quarterly*, vol. 21, primavera de 1957, págs. 61-78: «De todas las ideas expuestas en *The People's Choice*, la hipótesis del flujo en dos tiempos es probablemente la menos apoyada en datos empíricos. La razón de ello es clara: el proyecto de investigación no anticipaba la importancia que revestirían en el análisis de los datos las relaciones interpersonales. Dado que la imagen de un público atomizado inspiraba tantas indagaciones sobre los *mass media*, lo más sorprendente es que las redes de influencia interpersonales pudieran llamar, por poco que sea, la atención de los investigadores». Para medir con qué fuerza una técnica puede excluir un aspecto del fenómeno, basta saber cómo, con otras problemáticas y otras técnicas, los sociólogos rurales y los etnólogos captaron desde tiempo atrás la lógica del *two-step-flow*. Los ejemplos de estos descubrimientos que hay que redescubrir abundan: es así como A. H. Barton y P. F. Lazarsfeld recuerdan que el problema de los «grupos informales», de los que hace mucho tiempo eran conscientes otros sociólogos, sólo aparecieron tardíamente y como un «descubrimiento sorprendente» a los investigadores de la Western Electric; véase «Some Functions of Qualitative Analysis in Social Research» (*loc. cit.*).

empirista del registro sin supuestos, aunque más no fuera por el hecho de que utiliza instrumentos y técnicas de registro. «Establecer un dispositivo con miras a una medición es plantear una pregunta a la naturaleza», decía Max Planck. La medida y los instrumentos de medición, y en general todas las operaciones de la práctica sociológica, desde la elaboración de los cuestionarios y la codificación hasta el análisis estadístico, son otras tantas teorías en acto, en calidad de procedimientos de construcción, conscientes o inconscientes, de los hechos y de las relaciones entre los hechos. La teoría implícita en una práctica, teoría del conocimiento del objeto y teoría del objeto, tiene tanto más posibilidades de ser mal controlada, y por tanto inadecuada al objeto en su especificidad, cuanto menos consciente sea. Al llamar metodología, como a menudo se hace, a lo que no es sino un decálogo de preceptos tecnológicos, se escamotea la cuestión metodológica propiamente dicha, la de la opción entre las técnicas (métricas o no) referentes a la significación epistemológica del tratamiento que las técnicas escogidas hacen experimentar al objeto y a la significación teórica de los problemas que se quieren plantear al objeto al cual se las aplica.

Por ejemplo, una técnica aparentemente tan irreproachable e inevitable como la del muestreo al azar puede aniquilar completamente el objeto de la investigación, toda vez que este objeto debe algo a la estructura de grupos que el muestreo al azar tiene justamente por resultado aniquilar. Así, Elihu Katz señala que «para estudiar esos canales del flujo de influencia que son los contactos entre individuos, el proyecto de investigación resultó inoperante por el hecho de que recurriría a un muestreo al azar de individuos abstraídos de su medio social [...]. Como cada individuo de un muestreo al azar no puede hablar más que por sí mismo, los líderes de opinión, en el padrón electoral de 1940, no podían ser identificados sino dando fe de su declaración». Y subraya, además, que esta técnica «no permite comparar los líderes con sus seguidores respectivos, sino sólo los líderes y los no líderes en general».¹⁶ Puede verse cómo la técnica aparentemente más neutral contiene una teoría implícita de lo social, la de un público concebido como una «masa atomizada», es decir en este caso, la teoría consciente o inconscientemente asumida en la investigación que, por una suerte de ar-

16 E. Katz, *loc. cit.*, pág. 64.

monía preestablecida, se armaba con esta técnica.¹⁷ Otra teoría del objeto, y al mismo tiempo otra definición de los objetivos de la investigación, habría recurrido al uso de otra técnica de muestreo, por ejemplo el sondeo por sectores: registrando el conjunto de miembros de ciertas unidades sociales extraídas al azar (un establecimiento industrial, una familia, un pueblo), se procura el medio de estudiar la red completa de relaciones de comunicación que pueden establecerse en el interior de esos grupos, comprendiendo que el método, particularmente adecuado al caso estudiado, tiene tanto menos eficacia cuanto más homogéneo es el sector y cuanto más depende el fenómeno cuyas variaciones se quieren estudiar del criterio según el cual está definido ese sector. Hay que someter a la interrogación epistemológica a todas las operaciones estadísticas: «A la mejor estadística (como también a la peor) no hay que exigirle ni hacerle decir más de lo que dice, y del modo y bajo las condiciones en que lo dice».¹⁸ Para obedecer verdaderamente al imperativo que formula Simiand y para no hacer decir a la estadística otra cosa que lo que dice, hay que preguntarse en cada caso lo que dice y puede decir, en qué límites y bajo qué condiciones [*F. Simiand, texto n° 25*].

3. LA FALSA NEUTRALIDAD DE LAS TÉCNICAS: OBJETO CONSTRUIDO O ARTEFACTO

El imperativo de la «neutralidad ética» que Max Weber oponía a la ingenuidad moralizante de la filosofía social tiende a transformarse hoy

17 C. Kerr y L. H. Fisher muestran que así como, en las investigaciones de la escuela de E. Mayo, la técnica y los supuestos son afines, la observación cotidiana de los contactos cara a cara y de las relaciones interpersonales dentro de la empresa implica la convicción dudosa de que «el pequeño grupo de trabajo es la célula esencial en la organización de la empresa, y que este grupo y sus miembros obedecen sustancialmente a determinaciones afectivas» [...]. «El sistema de Mayo deriva de dos opciones esenciales. Una vez cumplidas todo está dado, los métodos, el campo de interés, las prescripciones prácticas, los problemas reservados para la investigación» (y en particular) «la indiferencia a los problemas de clase, de ideología, de poder» («Plant Sociology: The Elite and the Aborigines», en M. Komarovsky comp., *Common Frontiers of the Social Sciences*, Glencoe, Illinois, The Free Press, 1957, págs. 281-309).

18 F. Simiand, *Statistique et expérience, remarques de méthode*, París, M. Rivière, 1922, pág. 24.

en un mandamiento rutinizado del catecismo sociológico. De creer en las representaciones más chatas del precepto weberiano, bastaría preverse de la parcialidad afectiva y las incitaciones ideológicas para librarse de toda interrogación epistemológica sobre la significación de los conceptos y la pertinencia de las técnicas. La ilusión de que las operaciones «axiológicamente neutras» son también «epistemológicamente neutras» limita la crítica del trabajo sociológico, el suyo o el de otros, al examen, casi siempre fácil y estéril, de sus supuestos ideológicos y al de sus valores últimos. El interminable debate sobre la «neutralidad axiológica» se utiliza a menudo como sustituto de la discusión propiamente epistemológica sobre la «neutralidad metodológica» de las técnicas y, por esa razón, proporciona una nueva garantía a la ilusión positivista. Por un efecto de *desplazamiento*, el interés por los supuestos éticos y por los valores o fines últimos aleja del examen crítico de la teoría del conocimiento sociológico que está implicada en los actos más elementales de la práctica.

Por ejemplo, ¿no es porque se presenta como la realización paradigmática de la neutralidad en la observación el que, entre todas las técnicas de recolección de datos, se sobrevalora frecuentemente la entrevista no dirigida, en detrimento de la observación etnográfica que, cuando emplea normas obligadas por la tradición, realiza más completamente el ideal del inventario sistemático efectuado en una situación real? Es posible sospechar de las razones del favor que goza esta técnica cuando se observa que ni los «teóricos» ni los metodólogos ni los usuarios del instrumento, nada mezquinos sin embargo en cuanto a consejos y consignas, se pusieron jamás a interrogarse metódicamente sobre las distorsiones específicas que produce una relación social tan profundamente artificial: cuando no se controlan sus supuestos implícitos y se enfrenta uno con sujetos sociales igualmente predispuestos a hablar libremente de cualquier cosa, y ante todo de ellos mismos, e igualmente dispuestos a adoptar una relación forzada e intemperante a la vez con el lenguaje, la entrevista no dirigida que rompe la reciprocidad del diálogo habitual (por otra parte no exigible por igual en cualquier medio y situación) incita a los sujetos a producir un *artefacto* verbal, por lo demás desigualmente artificial según la distancia entre la relación con el lenguaje favorecido por su clase social y la relación artificial con el lenguaje que se exige de ellos. Olvidar el cuestionamiento de las técnicas formalmente más neutrales significa no advertir, entre otras cosas, que las técnicas de

encuesta son también técnicas de sociabilidad socialmente calificadas [L. Schatzmann y A. Strauss, *texto n° 26*]. La observación etnográfica, que es a la experimentación social lo que la observación de los animales en su medio natural a la experimentación en laboratorio, hace notar el carácter ficticio y forzado de la mayor parte de las situaciones sociales creadas por un ejercicio rutinario de la sociología que llega a desconocer tanto más la «reacción de laboratorio» cuanto que sólo conoce el laboratorio y sus instrumentos, tests o cuestionarios.

Así como no hay registro perfectamente neutral, tampoco existe una pregunta neutral. El sociólogo que no somete sus propias interrogaciones a la interrogación sociológica no podría hacer un análisis verdaderamente neutral de las respuestas que provoca. Digamos una pregunta tan unívoca en apariencia como: «¿trabajó usted hoy?». El análisis estadístico demuestra que provoca respuestas diferentes de parte de los campesinos de Cabila o del sur argelino, los cuales si se refirieran a una definición «objetiva» del trabajo, es decir a la definición que una economía moderna tiende a dar de los agentes económicos, debieran dar respuestas semejantes. Sólo a condición de que se interroge sobre su propia pregunta, en lugar de pronunciarse precipitadamente por lo absurdo o la mala fe de las respuestas, el sociólogo tiene alguna posibilidad de descubrir que la definición de trabajo que implica su pregunta está desigualmente alejada de aquella que las dos categorías de sujetos dan en sus respuestas.¹⁹ Puede verse cómo una pregunta que no es transparente para el que la hace puede oscurecer el objeto que inevitablemente construye, aunque la misma no haya sido hecha expresamente para construirlo [J. H. Goldthorpe y D. Lockwood, *texto n° 27*]. Teniendo en cuenta que se puede preguntar cualquier cosa a cualquiera y que casi siempre cualquiera tiene la suficiente voluntad para responder cuando menos cualquier cosa a cualquier pregunta, hasta la más irreal, si quien interroga, carente de una teoría del cuestionario, no se plantea el problema del significado específico de sus preguntas, corre el peligro de encontrar con demasiada facilidad una garantía del realismo de sus preguntas en la realidad de las respuestas que recibe:²⁰ in-

19 P. Bourdieu, *Travail et travailleurs en Algérie*, 2ª parte, París, La Haya, Mouton, 1962, págs. 303-304.

20 Si el análisis secundario de los documentos proporcionados por la encuesta más ingenua es casi siempre posible, y legítimo, es porque resulta muy raro

terrogar, como lo hace D. Lerner, a subproletarios de países subdesarrollados sobre la inclinación a proyectarse en sus héroes cinematográficos preferidos, cuando no respecto de la lectura de la prensa, es estar expuesto evidentemente a recoger un *flatus vocis* que no tiene otra significación que la que le confiere el sociólogo tratándolos como un discurso signifiante.²¹ Siempre que el sociólogo es inconsciente de la problemática que incluye en sus preguntas, se impide la comprensión de aquella que los sujetos incluyen en sus respuestas: las condiciones están dadas, entonces, para que pase inadvertido el equívoco que lleva a la descripción, en términos de ausencia, de las realidades ocultas por el instrumento mismo de la observación y por la intención, socialmente condicionada, de quien utiliza el instrumento.

El cuestionario más cerrado no garantiza necesariamente la univocidad de las respuestas por el solo hecho de que someta a todos los sujetos a preguntas formalmente idénticas. Suponer que la misma pregunta tiene el mismo sentido para sujetos sociales distanciados por diferencias de cultura, pero asociados por pertenecer a una clase, es desconocer que las diferentes lenguas no difieren sólo por la extensión de su léxico o su grado de abstracción sino por la temática y problemática que transmiten. La crítica que hace Maxime Chastaing del «sofisma del psicó-

que los sujetos interrogados respondan verdaderamente cualquier cosa y no revelen algo en sus respuestas de lo que son: se sabe por ejemplo que las no respuestas y negarse a responder pueden ser interpretados en sí mismos. Sin embargo, la recuperación del sentido que contienen, a pesar de todo, supone un trabajo de rectificación, aunque más no fuera para saber cuál es la pregunta a la que verdaderamente respondieron y que no es necesariamente la que se les ha planteado.

- 21 D. Lerner, *The Passing of Traditional Society*, Nueva York, The Free Press of Glencoe, 1958. Sin entrar en una crítica sistemática de los supuestos ideológicos implicados en un cuestionario, que de 117 preguntas sólo contenía dos referentes al trabajo y al estatus económico (contra 87 sobre los *mass media*, cine, diarios, radio, televisión), puede observarse que una teoría que tome en cuenta las condiciones objetivas de existencia del subproletario y, en particular, la inestabilidad generalizada que lo caracteriza, puede explicar la aptitud del subproletario de imaginarse almacenero o periodista, y aun de la particular modalidad de esas «proyecciones», en tanto que la «teoría de la modernización», que propone Lerner, es impotente para explicar la relación que el subproletario mantiene con su trabajo o el porvenir. Aunque brutal y grosero, parece que este criterio permite distinguir un instrumento ideológico, condenado a producir un simple *artefacto* de un instrumento científico.

logo» es pertinente toda vez que se desconoce el problema de la significación diferencial que las preguntas y las respuestas asumen realmente según la condición y la posición social de las personas interrogadas: «El estudiante que confunde su perspectiva con la de los niños estudiados recoge su propia perspectiva en el estudio en que cree obtener la de los niños[...]. Cuando pregunta: “¿Trabajar y jugar es la misma cosa? ¿Qué diferencia hay entre trabajo y juego?”, impone, por los sustantivos que su pregunta contiene, la diferencia adulta que parecería cuestionar [...]. Cuando el encuestador clasifica las respuestas –no según las palabras que las constituyen sino de acuerdo con el sentido que les daría si él mismo las hubiera dado– en los tres órdenes del juego-facilidad, juego-inutilidad y juego-libertad, obliga a los pensamientos infantiles a entrar en esos compartimientos filosóficos».²² Para escapar a este etnocentrismo lingüístico no basta, como se ha visto, con someter al análisis de contenido las palabras obtenidas en la entrevista no dirigida, a riesgo de dejarse imponer las nociones y categorías de la lengua empleada por los sujetos: no es posible liberarse de las preconstrucciones del lenguaje, ya se trate del perteneciente al científico o del de su objeto, más que estableciendo la dialéctica que lleva a construcciones adecuadas por la confrontación metódica de dos sistemas de preconstrucciones ²³ [C. Lévi-Strauss, M. Mauss, B. Malinowski, *textos n^{os} 28, 29 y 30*].

No se han sacado todas las consecuencias metodológicas del hecho de que las técnicas más clásicas de la sociología empírica están condenadas, por su misma naturaleza, a crear situaciones de experimentación ficticias esencialmente diferentes de las experimentaciones sociales que continuamente produce la evolución de la vida social. Cuanto más dependen de la coyuntura las conductas y actitudes estudiadas, tanto más expuesta está la investigación, en la coyuntura particular que permite la situación de encuesta, a captar sólo las actitudes u opiniones que no valen más allá de los límites de esta situación. Así, las encuestas que tratan sobre las relaciones entre las clases y, más precisamente, sobre el as-

22 M. Chastaing, «Jouer n'est pas jouer», *loc. cit.*

23 De este modo, la entrevista no directiva y el análisis de contenido no podrían ser utilizados como una especie de patrón absoluto, pero deben proporcionar un medio de controlar continuamente tanto el sentido de las preguntas planteadas como las categorías según las cuales son analizadas e interpretadas las respuestas.

pecto político de esas relaciones, están casi inevitablemente condenadas a terminar con la agravación de los conflictos de clase porque las exigencias técnicas a las cuales se deben someter las obligan a excluir las situaciones críticas y, por ello mismo, se les vuelve difícil captar o prever las conductas que nacerían de una situación conflictiva. Como lo observa Marcel Maget, hay que «remitirse a la historia para descubrir las constantes (si es que existen) de reacciones a situaciones nuevas. La novedad histórica actúa como “reactivo” para revelar las virtualidades latentes. De allí la utilidad de seguir al grupo estudiado cuando se enfrenta a situaciones nuevas, cuya evocación no es nada más que un remedio para salir del paso, pues no se pueden multiplicar las preguntas hasta el infinito».²⁴

En efecto, contra la definición restrictiva de las técnicas de recolección de datos que confiere al cuestionario un privilegio indiscutido y la posibilidad de ver nada más que sustitutos aproximativos de la técnica real en métodos no obstante tan codificados y tan probados como los de la investigación etnográfica (con sus técnicas específicas, descripción morfológica, tecnología, cartografía, lexicografía, biografía, genealogía, etc.), hay que restituir a la observación metódica y sistemática su primado epistemológico.²⁵ Lejos de constituir la forma más neutral y controlada de la elaboración de datos, el cuestionario supone todo un conjunto de exclusiones, no todas escogidas, y que son tanto más perniciosas cuanto más inconscientes permanecen: para poder confeccionar un cuestionario y saber qué se puede hacer con los hechos que produce, hay que saber lo que hace el cuestionario, es decir entre otras cosas, lo que no puede hacer. Sin hablar de las preguntas que las normas sociales que regulan la situación de encuesta prohíben plantear, ni mencionar aquellas que el sociólogo omite hacer cuando acepta una definición social de la sociología, que no es sino el calco de la imagen pública de la sociología como referéndum, ni siquiera las preguntas más objetivas, las que se refieren a las conductas, no recogen sino el resultado de una observación efectuada por el sujeto sobre su propia

24 M. Maget, *Guide d'étude directe des comportements culturels*, París, C.N.R.S., 1950, pág. xxxi.

25 Se encontrará una exposición sistemática de esta metodología en la obra de Marcel Maget antes citada.

conducta. Por eso la interpretación sólo vale si se inspira en la intención expresa de discernir metódicamente de las acciones las intenciones confesadas y los actos declarados que pueden mantener con la acción relaciones que vayan desde la valoración exagerada, o la omisión por inclinación a lo secreto hasta las deformaciones, reinterpretaciones e incluso los «olvidos selectivos»; tal intención supone que se obtenga el medio de realizar científicamente esta distinción, sea por el cuestionario mismo, sea por un uso especial de esta técnica (piénsese en las encuestas sobre los supuestos o sobre los *budgets-temps* como cuasi-observación) o bien por la observación directa. Por tanto, uno se ve llevado a invertir la relación que ciertos metodólogos establecen entre el cuestionario, simple inventario de palabras, y la observación de tipo etnográfico como inventario sistemático de actos y objetos culturales:²⁶ el cuestionario no es nada más que uno de los instrumentos de la observación, cuyas ventajas metodológicas, como por ejemplo la capacidad de recoger datos homogéneos que también se inscriben en el campo de un análisis estadístico, no deben disimular sus límites epistemológicos; de manera que no sólo no es la técnica más económica para captar las conductas normalizadas, cuyos procesos rigurosamente «determinados» son altamente previsibles y pueden ser en consecuencia captados en virtud de la observación o la interrogación sagaz de algunos informantes, sino que se corre el peligro de desconocer ese aspecto de las conductas, en sus usos más ritualizados, e incluso, por un efecto de *desplazamiento*, a desvalorizar el proyecto mismo de su captación.²⁷

26 Al poner todas las técnicas etnográficas dentro de la categoría desvalorizada del *qualitative analysis*, los que privilegian absolutamente el «*quantitative analysis*» se condenan a ver en él sólo un recurso por una suerte de etnocentrismo metodológico que lleva a referirlos a la estadística como a su verdad, para terminar viendo nada más que una «cuasi-estadística» en la que se encuentran «cuasi-distribuciones», «cuasi-correlaciones» y «cuasi-datos empíricos»: «La reunión y el análisis de los cuasi-datos estadísticos sin duda pueden ser practicados más sistemáticamente de lo que lo han sido en el pasado, por lo menos si se piensa en la estructura lógica del análisis cuantitativo para tenerla presente y extraer precauciones y directivas generales» (A. H. Barton y P. F. Lazarsfeld, «Some Functions of Qualitative Analysis in Social Research», *loc. cit.*).

27 Inversamente, el interés preferente que los etnólogos conceden a los aspectos más determinados de la conducta, a menudo es paralelo con la indiferencia por el uso de la estadística, que es la única capaz de medir la distancia entre las normas y las conductas reales.

Los metodólogos suelen recomendar el recurso a las técnicas clásicas de la etnología, pero haciendo de la medición la medida de todas las cosas y de las técnicas de medición la medida de toda técnica, no pueden ver en ellas más que apoyos subalternos o recursos para «encontrar ideas» en las primeras fases de una investigación,²⁸ excluyendo por esto el problema propiamente epistemológico de las relaciones entre los métodos de la etnología y los de la sociología. El desconocimiento recíproco es tan perjudicial para el progreso de una y otra disciplina como el entusiasmo desmedido que puede provocar préstamos incontrolados; por otra parte las dos actitudes no son exclusivas. La restauración de la unidad de la antropología social (entendida en el pleno sentido del término y no como sinónimo de etnología) supone una reflexión epistemológica que intentaría determinar lo que las dos metodologías deben, en cada caso, a las tradiciones de cada una de las disciplinas y a las características de hecho de las sociedades que toman por objeto. Si no existen dudas de que la importación descontrolada de métodos y conceptos que han sido elaborados en el estudio de las sociedades sin escritura, sin tradiciones históricas, socialmente poco diferenciadas y sin tener muchos contactos con otras sociedades, pueden conducir a absurdos (piénsese por ejemplo en ciertos análisis «culturalistas» de las sociedades estratificadas), es obvio que hay que cuidarse de tomar las limitaciones condicionales por límites de validez inherentes a los métodos de la etnología: nada impide aplicar a las sociedades modernas los métodos de la etnología, mediante el sometimiento, en cada caso, a la reflexión epistemológica de los supuestos implícitos de esos métodos que se refieren a la estructura de la sociedad y a la lógica de sus transformaciones.²⁹

No hay operación por más elemental y, en apariencia, automática que sea de tratamiento de la información que no implique una elec-

28 Véase por ejemplo, A. H. Barton y P. F. Lazarsfeld, «Some Functions of Qualitative Analysis in Social Research», *loc. cit.* C. Selliz, M. Deutsch y S. W. Cook se propusieron definir las condiciones en las cuales podría realizarse una transposición fructífera de las técnicas de inspiración etnológica (*Research Methods in Social Relations*, Rev. vol. 1, Methuen, 1959, págs. 59-65).

29 Tal sustantivación del método etnológico es la que realiza R. Bierstedt en su artículo «The Limitation of Anthropological Method in Sociology», *American Journal of Sociology*, LXV, 1948-1949, págs. 23-30.

ción epistemológica e incluso una teoría del objeto. Es evidente, por ejemplo, que es toda una teoría, consciente o inconsciente, de la estratificación social lo que está en juego en la codificación de los indicadores de la posición social o en la demarcación de las categorías (ténganse presentes, por ejemplo, los diferentes índices entre los cuales se puede escoger para definir los grados de «cristalización del estatus»). Aquellos que, por omisión o imprudencia, se abstienen de sacar todas las consecuencias de esta evidencia se exponen a la crítica frecuentemente dirigida a las descripciones escolares que tienden a sugerir que el método experimental tiene por objeto descubrir relaciones entre «datos» o propiedades preestablecidas de esos «datos». «Nada hay de más engañoso –decía Dewey– que la aparente sencillez de la investigación científica tal como la describen los tratados de lógica»; esta sencillez especiosa alcanza su punto culminante cuando se utilizan las letras del alfabeto para representar la articulación del objeto: teniendo en un caso, ABCD, en otro BCFG, en un tercero CDEH y así sucesivamente, se concluye que es C el que evidentemente determina el fenómeno. Pero el uso de este simbolismo es «un medio muy eficaz de oscurecer el hecho de que los materiales en cuestión han sido ya estandarizados y de disimular por ello que toda la tarea de la investigación inductivo-deductiva descansa en realidad sobre operaciones en virtud de las cuales los materiales son homogeneizados».³⁰ Si los metodólogos están más atentos a las reglas que se deben observar en la manipulación de las categorías ya constituidas que a las operaciones que permiten construirlas, es porque el problema de la construcción del objeto no puede resolverse nunca de antemano y de una vez para siempre, ya se trate de dividir a una población en categorías sociales, por nivel de ingreso o según la edad. Por el hecho de que toda taxonomía implica una teoría, una división inconsciente de sus alternativas, se opera necesariamente en función de una teoría inconsciente, es decir casi siempre de una ideología. Por ejemplo, dado que los ingresos varían de una manera continua, la división de una población por nivel de ingresos implica necesariamente una teoría de la estratificación: «no se puede trazar una línea de separación absoluta entre los ricos y los pobres, entre los capitalistas terratenientes o inmobiliarios y los trabajadores. Algunos autores pretenden deducir

30 J. Dewey, *Logic: The Theory of Inquiry*, Nueva York, Holt, 1938, pág. 431, n. 1.

de este hecho la consecuencia de que en nuestra sociedad no cabe ya hablar de una clase capitalista, ni oponer la burguesía a los trabajadores». ³¹ Es tanto como decir, agrega Pareto, que no existen ancianos, puesto que no se sabe a qué edad, o sea en qué momento de la vida, comienza la vejez.

Habría que preguntarse, por último, si el método de análisis de datos que parece el más apto para aplicarse en todos los tipos de relaciones cuantificables, como es el análisis multivariado, no debe someterse siempre a la interrogación epistemológica; en efecto, partiendo de que se puede aislar por turno la acción de las diferentes variables del sistema completo de relaciones dentro del cual actúan, a fin de captar la eficacia propia de cada una de ellas, esta técnica no puede captar la eficacia que puede tener un factor al insertarse en una estructura e incluso la eficacia propiamente estructural del sistema de factores. Además, al obtener por un corte sincrónico un sistema definido por un equilibrio puntual, se está expuesto a dejar escapar lo que el sistema debe a su pasado y, por ejemplo, el sentido diferente que pueden tener dos elementos semejantes en el orden de las simultaneidades por su pertenencia a sistemas diferentes en el orden de la sucesión, es decir por ejemplo, en diferentes trayectorias biográficas. ³² Generalmente, una hábil utilización de todas las formas de cálculo que permite el análisis de un conjunto de relaciones supondría un conocimiento y una conciencia perfectamente claros de la teoría del hecho social, considerado en los procedimientos en virtud de los cuales cada uno de ellos selecciona y construye el tipo de relación entre variables que determinan su objeto.

Así como las reglas técnicas del uso de técnicas son fáciles de emplear en la codificación, así son difíciles de determinar los principios que permiten una utilización de cada técnica que tenga en cuenta conscientemente los supuestos lógicos o sociológicos de sus operaciones y, aún más, de plasmarse en la práctica. En cuanto a los principios de los prin-

31 V. Pareto, *Cours d'Économie politique*, t. II, Ginebra, Droz, pág. 385. Las técnicas más abstractas de división del material tienen por objeto justamente anular las unidades concretas como generación, biografía y carrera.

32 Véase P. Bourdieu, J. C. Passeron y M. de Saint-Martin, *Rapport pédagogique et communication*, Cahiers du Centre de Sociologie Européenne, n° 2, París, La Haya, Mouton, 1965, págs. 43-57.

cipios, los que rigen el uso correcto del método experimental en sociología, y por esa razón constituyen el fundamento de la teoría del conocimiento sociológico, están en este punto tan opuestos a la epistemología espontánea que pueden ser constantemente transgredidos en nombre mismo de preceptos o fórmulas de las cuales se cree sacar partido. De este modo, la misma intención metodológica de no atenerse sino a las expresiones conscientes, puede llegar a otorgar, a construcciones tales como el análisis jerárquico de opiniones, el poder de elevar las declaraciones, aun las más superficiales, a actitudes que son su principio, es decir de transmutar mágicamente lo consciente en inconsciente, o por un proceso idéntico, pero que fracasa por razones inversas, a buscar la estructura inconsciente del mensaje de prensa por medio de un análisis estructural que no puede otra cosa, en el mejor de los casos, que redescubrir penosamente algunas verdades primeras mantenidas conscientemente por los productores del mensaje.

Del mismo modo, el principio de la neutralidad ética, lugar común de todas las tradiciones metodológicas, paradójicamente puede incitar, en su forma rutinaria, al error epistemológico que aspira prevenir. Es en nombre de una concepción simplista del relativismo cultural como ciertos sociólogos de la «cultura popular» y de los medios modernos de comunicación pueden crearse la ilusión de actuar de acuerdo con la regla de oro de la ciencia etnológica al considerar todos los comportamientos culturales, desde la canción folclórica hasta una cantata de Bach, pasando por una cancioncilla de moda, como si el valor que los diferentes grupos les reconocen no formara parte de la realidad, como si no fuera preciso referir siempre las conductas culturales a los valores a los cuales se refieren objetivamente para restituirles su sentido propiamente cultural. El sociólogo que se propone ignorar las diferencias de valores que los sujetos sociales establecen entre las obras culturales, realiza de hecho una transposición ilegítima, en tanto incontrolada, del relativismo al cual se ve obligado el etnólogo cuando considera culturas correspondientes a sociedades diferentes: las diferentes «culturas» existentes en una misma sociedad estratificada están objetivamente situadas unas en relación con las otras, porque los diferentes grupos se sitúan unos en relación con otros, en particular cuando se refieren a ellas; por el contrario, la relación entre culturas correspondientes a sociedades diferentes puede existir sólo en y por la comparación que efectúa el etnólogo. El relativismo integral y mecánico desem-

boca en el mismo resultado que el etnocentrismo ético: en los dos casos el observador sustituye la relación con los valores que mantienen objetivamente aquellos que él observa, por su propia relación con los valores de éstos (y de ese modo con su valor).

«¿Cuál es el físico –pregunta Bachelard– que aceptaría gastar sus haberes en construir un aparato carente de todo significado teórico?» Numerosas encuestas sociológicas no resistirían tal interrogante. La renuncia pura y simple ante el dato de una práctica que reduce el cuerpo de hipótesis a una serie de anticipaciones fragmentarias y pasivas condena a las manipulaciones ciegas de una técnica que genera automáticamente *artefactos*, construcciones vergonzosas que son la caricatura del hecho metódica y conscientemente construido, es decir de un modo científico. Al negarse a ser el sujeto científico de su sociología, el sociólogo positivista se dedica, salvo por un milagro del inconsciente, a hacer una sociología sin objeto científico.

Olvidar que el hecho construido, según procedimientos formalmente irreprochables, pero inconscientes de sí mismos, puede no ser otra cosa que un *artefacto*, es admitir, sin más examen, la posibilidad de aplicar las técnicas a la realidad del objeto al que se las aplica. ¿No es sorprendente que los que sostienen que un objeto que no se puede captar ni medir por las técnicas disponibles no tiene existencia científica, se vean llevados, en su práctica, a no considerar como digno de ser conocido más que lo que puede ser medido o, peor, a conceder sólo la existencia científica a todo lo que es pasible de ser medido? Los que obran como si todos los objetos fueran apreciables por una sola y misma técnica, o indiferentemente por todas las técnicas, olvidan que las diferentes técnicas pueden contribuir, en medida variable y con desiguales rendimientos, al conocimiento del objeto, sólo si la utilización está controlada por una reflexión metódica sobre las condiciones y los límites de su validez, que depende en cada caso de su adecuación al objeto, es decir a la teoría del objeto.³³ Además, esta reflexión sólo puede permitir la reinención creadora que exige idealmente la aplicación de

33 El uso monomaniático de una técnica particular es el más frecuente y también el más frecuentemente denunciado: «Dad un martillo a un niño –dice Kaplan–, y se verá que todo le habrá de parecer merecedor de un martillazo» (*The Conduct of Inquiry*, *op. cit.*, pág. 112).

una técnica, «inteligencia muerta y que la mente debe resucitar», y *a fortiori*, la creación y aplicación de nuevas técnicas.

4. LA ANALOGÍA Y LA CONSTRUCCIÓN DE HIPÓTESIS

Para saber construir un objeto y al mismo tiempo conocer el objeto que se construye, hay que ser consciente de que todo objeto científico se construye deliberada y metódicamente y es preciso saber todo ello para preguntarse sobre las técnicas de construcción de los problemas planteados al objeto. Una metodología que no se planteara nunca el problema de la construcción de las hipótesis que se deben demostrar no puede, como lo señala Claude Bernard, «dar ideas nuevas y fecundas a aquellos que no las tienen; servirá solamente para dirigir las ideas en los que las tienen y para desarrollarlas a fin de sacar de ellas los mejores resultados posibles [...]. El método por sí mismo no engendra nada».³⁴

Contra el positivismo que tiende a ver en la hipótesis sólo el producto de una generación espontánea en un ambiente infecundo y que espera ingenuamente que el conocimiento de los hechos o, a lo sumo, la inducción a partir de los hechos, conduzca de modo automático a la formulación de hipótesis, el análisis eidético de Husserl, como el análisis histórico de Koyré demuestran, a propósito del procedimiento paradigmático de Galileo, que una hipótesis como la de la inercia no puede ser conquistada ni construida sino a costa de un golpe de estado teórico que, al no hallar ningún punto de apoyo en las sensaciones de la experiencia, no podía legitimarse más que por la coherencia del desafío imaginativo lanzado a los hechos y a las imágenes ingenuas o cultas de los hechos.³⁵

34 C. Bernard, *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*, *op. cit.*, cap. II, § 2.

35 E. Husserl, «Die Krissis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie: Eine Einleitung in die phänomenologische Philosophie» (trad. francesa E. Gerrer, «La crise des sciences européennes et la phénoménologie transcendantale», *Les Études Philosophiques*, n^{os} 2 y 40, París [hay ed. en esp.]). Koyré, más sensible que cualquier otro historiador de la ciencia a la ingeniosidad experimental de Galileo, no vacila sin embargo en observar en el prejuicio de construir una física arquimediana el principio motor de la revolución científica iniciada por Galileo. Es la teoría, vale decir, en este caso la intuición teórica del principio de inercia, que precede a la experiencia y la hace posible

Tal exploración de los múltiples aspectos, que supone un distanciamiento decisivo respecto de los hechos, queda expuesta a las facilidades del intuicionismo, del formalismo o de la pura especulación, al mismo tiempo que sólo puede evadirse ilusoriamente de los condicionamientos del lenguaje o de los controles de la ideología. Como lo subraya R. B. Braithwaite, «un pensamiento científico que recurre al modelo analógico es siempre un pensamiento al modo del “como si” (*as if thinking*) [...]; la contrapartida del recurso a los modelos es una vigilancia constante».³⁶ Al distinguir el *tipo ideal* como concepto genérico obtenido por inducción, de la «esencia» espiritual o de la copia impresionista de lo real, Weber sólo buscaba explicitar las reglas de funcionamiento y las condiciones de validez de un procedimiento que todo investigador, hasta el más positivista, utiliza consciente o inconscientemente, pero que no puede ser dominado más que si se utiliza con conocimiento de causa. Por oposición a las construcciones especulativas de la filosofía social, cuyos refinamientos lógicos no tienen otra finalidad que construir un sistema deductivo bien ordenado y que son irrefutables por ser inde demostrables, el tipo ideal como «guía para la construcción de hipótesis», según la expresión de Max Weber, es una ficción coherente «en la cual la situación o la acción es comparada y medida», una construcción concebida para confrontarse con lo real, una *construcción próxima* –a una distancia tal que permite medir y reducir– y no aproximada. El tipo ideal permite medir la realidad porque se mide con ella y se determina al determinar la distancia que lo separa de lo real [*M. Weber, texto n° 31*].

volviendo concebibles las experiencias susceptibles de validar la teoría.

Véase A. Koyré, *Études Galiléennes*, III, *Galilée et la loi d'inertie*, París, Hermann, 1966, págs. 226-227.

- 36 R. B. Braithwaite, *Scientific Explanation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1963, pág. 93. No es casual si, en ciencias que como la econometría, recurren desde hace tiempo a la construcción de modelos, la conciencia del peligro de «inmunización» contra la experiencia que es inherente a todo proceso formalista, es decir simplificador, es más acentuado que en sociología. H. Albert mostró la «coartada ilimitada» que significa el hábito de razonar *ceteris paribus*: La hipótesis se vuelve irrefutable desde el momento en que toda observación contraria de la misma puede imputarse a la variación de los factores que aquélla neutraliza suponiéndolos constantes (H. Albert, «Modell Platonismus», en E. Topitsch (comp.), *Logik der Sozialwissenschaften*, Berlín, Colonia, Kiepenheuer und Witsch, 1966, págs. 406-434).

Con la condición de prescindir de las ambigüedades que deja subsistir Weber al identificar el tipo ideal con el modelo, en el sentido de caso-ejemplo o caso-límite, construido o comprobado, el razonamiento como pasaje de los límites constituye una técnica irremplazable de construcción de hipótesis: el tipo ideal puede extenderse tanto en un caso teóricamente privilegiado en un grupo construido de transformaciones (recuérdese, por ejemplo, el papel que hacía representar Bouligand al triángulo rectángulo como soporte privilegiado de la demostración de la «pitagoridad»)³⁷ como en un caso paradigmático que puede ser, ya sea una pura ficción obtenida por el pasaje de los límites y por la «acentuación unilateral» de las propiedades pertinentes, ya sea un objeto realmente observable que presenta en el más alto grado el número mayor de propiedades del objeto construido. Para escapar a los peligros inherentes a este procedimiento, hay que considerar al tipo ideal, no en sí mismo ni por sí mismo –a la manera de una muestra reveladora que bastaría copiar para conocer la verdad de la colección íntegra–, sino como un elemento de un grupo de transformaciones refiriéndolos a todos los casos de la especie del cual es uno privilegiado. De este modo, construyendo por una ficción metodológica el sistema de conductas que pondrían los medios más racionales al servicio de fines racionalmente calculados, Max Weber obtiene un medio privilegiado para comprender la gama de conductas reales que el tipo ideal permite objetivar, objetivando su distancia diferencial con el tipo puro. Ni siquiera el tipo ideal en el sentido de muestra reveladora (*Instancia ostensiva*) –que haga ver lo que se busca, como lo indicaba Bacon, «al descubierto, bajo una forma agrandada o en su más alto grado de potencia»– no puede tornarse objeto de un uso riguroso: se puede evitar lo que se ha llamado «el paralogismo del ejemplo dramático», variante del «paralogismo de la *française rousse*» a condición de advertir en el caso extremo sometido a observación, el revelador del conjunto de casos isomorfos de la estructura del sistema;³⁸ es esta lógica lo

37 Véase G. Bachelard, *Le rationalisme appliqué*, *op. cit.*, págs. 91-97.

38 Así, Goffman concibe al hospital psiquiátrico reubicándolo en la serie de instituciones, cuarteles o internados: el caso privilegiado en la serie construida puede ser entonces aquel que, tomado aisladamente, mejor disimula por sus funciones oficialmente humanitarias la lógica del sistema de los casos isomorfos (véase E. Goffman, *Asiles*, París, Éd. de Minuit, 1968).

que hace a Mauss privilegiar el *pollatch* como «forma paroxística» de la familia de los cambios de tipo total y agonístico, o que permite ver en el estudiante literario parisiense de origen burgués y en su inclinación al diletantismo, un punto de partida privilegiado para construir el modelo de relaciones posibles entre la verdad sociológica de la condición de estudiante y su transfiguración ideológica.

El *ars inveniendi*, entonces, debe limitarse a proporcionar las técnicas de pensamiento que permitan conducir metódicamente el trabajo de construcción de hipótesis al mismo tiempo que disminuir, por la conciencia de los peligros que tal empresa implica, los riesgos que le son inherentes. El razonamiento por analogía que muchos epistemólogos consideran el principio primero del descubrimiento científico está llamado a desempeñar un papel específico en la ciencia sociológica que tiene por especificidad no poder constituir su objeto sino por el *procedimiento comparativo*.³⁹ Para liberarse de la consideración ideográfica de casos que no contienen en sí mismos su causa, el sociólogo debe multiplicar las hipótesis de analogías posibles hasta construir la especie de los casos que explican el caso considerado. Y para construir esas analogías mismas, es legítimo que se ayude con hipótesis de analogías de estructura entre los fenómenos sociales y los fenómenos ya establecidos por otras ciencias, comenzando por las más próximas, lingüística, etnología, o incluso biología. «No carece de interés —observa Durkheim— in-

39 Véase, por ejemplo, G. Polya, *Induction and Analogy in Mathematics*, Princeton (N.J.), Princeton University Press, 1954, ts. I y II. Durkheim sugería ya principios de una reflexión sobre el buen uso de la analogía. «El error de los sociólogos biólogos no es haberla usado (la analogía), sino haberla usado mal. Quisieron, no controlar las leyes de la sociología por las de la biología, sino deducir las primeras de las segundas. Pero tales deducciones carecen de valor; pues si las leyes de la vida se vuelven a encontrar en la sociedad, es bajo nuevas formas y con caracteres específicos que la analogía no permite conjeturar y que sólo puede alcanzarse por la observación directa. Pero si se hubiera comenzado a determinar, con ayuda de procedimientos sociológicos, ciertas condiciones de la organización social, habría sido perfectamente legítimo examinar luego si no presentaban similitudes parciales con las condiciones de la organización animal», tal como lo determina por su parte el biólogo. Puede verse incluso que toda organización debe tener caracteres comunes que no es inútil descubrir» (É. Durkheim, «Représentations individuelles et représentations collectives», *Revue de Métaphysique et de Morale*, t. VI, mayo de 1898, reproducido en: *Sociologie et philosophie*, París, F. Alcan, 1924, 3ª ed., París, PUF, 1963).

vestigar si una ley, establecida por un orden de hechos, no se encuentra en otra parte, *mutatis mutandis*; esta comparación puede incluso servir para confirmarla y comprender mejor su alcance. En suma, la analogía es una forma legítima de comparación y ésta es el único medio práctico del que disponemos para conseguir que las cosas se vuelvan inteligibles.»⁴⁰ En resumen, la comparación orientada por la hipótesis de las analogías constituye no sólo el instrumento privilegiado del corte con los datos preconstruidos, que pretenden insistentemente ser considerados en sí mismos y por sí mismos, sino también el principio de la construcción hipotética de relaciones entre las relaciones.

5. MODELO Y TEORÍA

Sólo a condición de negar la definición que los positivistas, usuarios privilegiados de la noción, dan de modelo, se le pueden conferir las propiedades y funciones comúnmente concedidas a la teoría.⁴¹ Sin duda, se puede designar por modelo cualquier sistema de relaciones entre propiedades seleccionadas, abstractas y simplificadas, construido conscientemente con fines de descripción, de explicación o previsión y, por ello, plenamente manejable; pero a condición de no emplear sinónimos de este término que den a entender que el modelo pueda ser, en este caso, otra cosa que una copia que actúa como un pleonismo con lo real y que, cuando es obtenida por un simple procedimiento de ajuste y extrapolación, no conduce en modo alguno al principio de la realidad que imita. Duhem criticaba los «modelos mecánicos» de Lord Kelvin por mantener con los hechos sólo una semejanza superficial. Simples «procedimientos de exposición» que hablan sólo a la imaginación, tales instrumentos no pueden guiar el descubrimiento puesto que no son sino, a lo sumo, otra cosa que una presentación de un saber previo y que tienden a imponer su lógica propia, evitando así investigar la lógica objetiva que se trata de construir para explicar teóricamente lo que no hacen más que representar.⁴² Ciertas formulaciones científicas de

40 É. Durkheim, *ibid.*

41 En este parágrafo, el vocablo teoría se tomará en el sentido de teoría parcial de lo social (véase *supra*, § 7, págs. 53-55).

42 Entre los modelos incontrolados que obstaculizan la captación de las analogías profundas, hay que tener en cuenta también los que transmite el

las prenociones del sentido común hacen pensar en esos autómatas que construían Vaucanson y Cat y que, en ausencia del conocimiento de los principios reales de funcionamiento, apelaban a mecanismos basados en otros principios para producir una simple reproducción de las propiedades más colosales: como lo subraya Georges Canguilhem, la utilización de modelos se reveló fecunda en biología en el momento en que se sustituyeron los modelos mecánicos, concebidos en la lógica de la producción y transmisión de energía, por modelos cibernéticos que descansan en la transmisión de información y llegan así a la lógica del funcionamiento de los circuitos nerviosos.⁴³ No es una casualidad si la indiferencia a los principios condena a un operacionalismo que limita sus ambiciones a «salvar las apariencias», sin perjuicio de proponer tantos modelos como fenómenos hay, o multiplicar para un mismo fenómeno modelos que ni siquiera son contradictorios porque, productos de un trabajo científico, están igualmente desprovistos de principios. La investigación aplicada puede contentarse, sin duda, con tales «verdades en un 40%», según la expresión de Boas, pero quienes confunden una restitución aproximada (y no próxima) del fenómeno con la teoría de los fenómenos se exponen a fracasos inexorables, y sin embargo incomprensibles, en tanto no se aclare el poder explicativo de coincidencia.

Jugando con la confusión entre la simple *semejanza* y la *analogía*, relación entre relaciones que debe ser conquistada contra las apariencias y construida por un verdadero trabajo de abstracción y por una comparación conscientemente realizada, los *modelos miméticos*, que no captan más que las semejanzas exteriores, se oponen a los *modelos analógicos*, que buscan la comprensión de los principios ocultos de las realidades que interpretan. «Razonar por analogía –dice la Academia– es formar un razonamiento fundado en las semejanzas o relaciones de una cosa con otra» o más bien, corrige Cournot, «fundado en las relaciones o semejanzas en tanto éstas muestren las relaciones. En efecto, la visión de

lenguaje en sus metáforas, aun las más muertas (véase *supra*, § 4, págs. 41-45).

43 G. Canguilhem, «Analogies and Models in Biological Discovery», *Scientific Change, Historical Studies in the Intellectual, Social and Technical Conditions for Scientific Discovery and Technical Invention, from Antiquity to the Present*, Symposium on the History of Science, Londres, Heinemann, 1963, págs. 507-520.

la mente, en el juicio analógico, se refiere únicamente a la razón de las semejanzas: éstas no tienen ningún valor desde el momento que no revelan las relaciones en el orden de hechos en que la analogía se aplica». ⁴⁴

Los diferentes procedimientos de construcción de hipótesis pueden aumentar su eficacia recurriendo a la formalización que, además de la función esclarecedora de una estenografía rigurosa de conceptos y la función crítica de una demostración lógica del rigor de las definiciones y de la coherencia del sistema de enunciados, también puede cumplir, bajo ciertas condiciones, una función heurística al permitir la exploración sistemática de lo posible y la construcción controlada de un cuerpo sistemático de hipótesis como esquema completo de las experiencias posibles. Pero si la eficacia mecánica, y metódica a la vez, de los símbolos y de los operadores de la lógica o de la matemática, «instrumentos de comparación por excelencia», según la expresión de Marc Barbut, permite llevar a su término la variación imaginaria, el razonamiento analógico puede cumplir también, incluso en ausencia de todo refinamiento formal, su función de instrumento de descubrimiento, aunque más trabajosamente y con menos seguridad. En su uso más corriente, el modelo proporciona el sustituto de una experimentación a menudo imposible en los hechos y da el medio de confrontar con la realidad las consecuencias que esta experiencia mental permite separar de manera completa, por ficticia: «Luego de Rousseau y bajo una forma decisiva, Marx enseñó —observa Claude Lévi-Strauss— que la ciencia social, así como la física no se construye a partir de los datos de la sensibilidad, no se construye en el plano de los acontecimientos: el objetivo es construir un modelo, estudiar sus propiedades y las diferentes maneras en que reacciona en el laboratorio, para aplicar seguidamente esas observaciones a la interpretación de lo que sucede empíricamente». ⁴⁵

Es en los principios de su construcción y no en su grado de formalización donde radica el valor explicativo de los modelos. Por cierto, como se ha demostrado a menudo de Leibniz a Russell, el recurso a «evidencias ciegas» de los símbolos constituye una excelente protección

44 A. Cournot, *Essais sur les fondements de nos connaissances et sur les caractères de la critique philosophique*, París, Hachette, 1912, pág. 68.

45 C. Lévi-Strauss, *Tristes tropiques*, París, Plon, 1956, pág. 49 [hay ed. en esp.].

contra las obcecadas evidencias de la intuición: «El simbolismo es útil, indiscutiblemente, porque torna las cosas difíciles. Queremos saber “qué puede ser deducido de qué”. Al principio todo es evidente por sí; y es muy difícil ver si una proposición evidente procede o no de otra. La evidencia es siempre enemiga del rigor. Inventemos un simbolismo tan difícil que nada parezca evidente. Luego establezcamos reglas para operar con los símbolos y todo se vuelve mecánico».⁴⁶ Pero los matemáticos tendrían menos razones que los sociólogos para recordar que la formalización puede consagrar evidencias del sentido común en lugar de condenarlas. Se puede, decía Leibniz, dar forma de ecuación a la curva que pasa por todos los puntos de una superficie. El objeto percibido no se transforma en un objeto construido como por un sencillo arte de magia matemática: peor, en la medida en que simboliza la ruptura con las apariencias, el simbolismo da al objeto preconstruido una respetabilidad usurpada, que lo resguarda de la crítica teórica. Si hay que precaverse de los falsos prestigios y prodigios de la formalización sin control epistemológico, es porque al dar las apariencias de la abstracción a proposiciones que pueden ser obcecadamente tomadas de la sociología espontánea o de la ideología, amenaza con inducir a que uno pueda abstenerse del trabajo de abstracción, que es el único capaz de romper con las semejanzas aparentes para construir las analogías ocultas.

La captación de las homologías estructurales no siempre tiene necesidad de apelar al formalismo para fundamentarse y para demostrar su rigor. Basta seguir el procedimiento que condujo a Panofsky a comparar la *Summa* de Tomás de Aquino y la catedral gótica para advertir las condiciones que hacen posible, legítima y fecunda tal operación: para acceder a la analogía oculta y escapar de esa curiosa mezcla de dogmatismo y empirismo, de misticismo y positivismo que caracteriza al intuicionismo, hay que renunciar a querer encontrar en los datos de la intuición sensible el principio que los unifique realmente y someter las realidades comparadas a un tratamiento que las hace igualmente disponibles para la comparación. La analogía no se establece entre la *Summa* y la *Catedral* tomadas, por así decirlo, en su valor facial, sino entre dos sistemas de relaciones inteligibles, no entre «cosas» que se ofrecerían a

46 B. Russell, *Mysticism and Logic, and Other Essays*, Doubleday, Nueva York, Anchor Books, 1957, pág. 73 (1ª publ. *Philosophical Essays*, Londres, George Allen & Unwin, 1910, 2ª ed., *Mysticism and Logic*, 1917 [hay ed. en esp.]).

la percepción ingenua sino entre objetos conquistados contra las apariencias inmediatas y contruidos mediante una elaboración metódica [*E. Panofsky, texto n° 32*].

De esta manera, es en su poder de ruptura y de generalización, ambos inseparables, donde se reconoce el *modelo teórico*: diseño formal de las relaciones entre aquellas que definen los objetos contruidos, puede ser transpuesto a órdenes de la realidad fenoménica muy diferentes y sugerir por analogía nuevas analogías, nuevos principios de construcción de objetos [*P. Duhem, texto n° 33*; *N. Campbell, texto n° 34*]. Así como el matemático encuentra en la definición de la recta como curva de curvatura nula el principio de una teoría general de las curvas, ya que la línea curva es un mejor generalizador que la recta, así la construcción de un modelo puro permite tratar diferentes formas sociales como otras tantas realizaciones de un mismo grupo de transformaciones y hacer surgir de ese modo propiedades ocultas que no se revelan sino en la puesta en relación de cada una de las realizaciones con todas las otras, es decir por referencia al sistema completo de relaciones en que se expresa el principio de su afinidad estructural.⁴⁷ Es éste el procedimiento que confiere su fecundidad, es decir su poder de generalización, a las comparaciones entre sociedades diferentes o entre subsistemas de una misma sociedad, por oposición a las simples comparaciones suscitadas por la semejanza de los contenidos. En la medida en que estas «metáforas científicas» conduzcan a los principios de las homologías estructurales que pudieran encontrarse sumergidas en las diferencias fenoménicas, son, como se ha dicho, «teorías en miniatura» puesto que, al formular los principios generadores y unificadores de un sistema de relaciones, satisfacen completamente las exigencias del rigor en el orden de la prueba y de la fecundidad en el del descubrimiento, que son las

47 Es el mismo procedimiento, que consiste en concebir el caso particular e incluso el conjunto de casos reales como casos particulares de un sistema ideal de composiciones lógicas, que en las operaciones más concretas de la práctica sociológica, como la interpretación de una relación estadística, puede terminar invirtiendo la significación de la noción de significatividad estadística: así como la matemática pudo considerar la ausencia de propiedades como una propiedad, del mismo modo una ausencia de relación estadística entre dos variables puede ser altamente significativa si se considera esta relación dentro del sistema completo de relaciones de la que forma parte.

que definen una construcción teórica: gramáticas generadoras de esquemas transportables proporcionan el principio de problemas y cuestionamientos indefinidamente renovables; realizaciones sistemáticas de un sistema de relaciones verificadas o por verificar, obligan a un procedimiento de verificación que no puede ser más que sistemático en sí mismo; productos conscientes de un distanciamiento por referencia a la realidad, remiten siempre a la realidad y permiten medir en la misma las propiedades que sólo su irrealdad posibilita descubrir completamente, por deducción.⁴⁸

48 Sería indispensable en ciencias sociales una educación del espíritu científico para que, por ejemplo en sus informes de encuesta, los sociólogos rompan más a menudo con el procedimiento inductivo que a lo sumo conduce a un balance recapitulativo (véase *infra*, § 2, pág. 97) para reorganizar en función de un principio unificador (o de varios), a fin de explicar sistemáticamente el conjunto de relaciones empíricamente comprobadas, es decir, para obedecer en su práctica a la exigencia teórica, así fuera al nivel de una problemática regional.

Tercera parte

El racionalismo aplicado

III. EL HECHO SE CONQUISTA, CONSTRUYE, COMPRUEBA: LA JERARQUÍA DE LOS ACTOS EPISTEMOLÓGICOS

El principio del error empirista, formalista o intuicionista radica en la desvinculación de los actos epistemológicos y en una representación mutilada de las operaciones técnicas de la que cada una supone actos de corte, construcción y comprobación. La discusión que surge a propósito de las virtudes intrínsecas de la teoría o de la medida, de la intuición o del formalismo, necesariamente es ficticio, porque descansa en la autonomización de operaciones cuyo sentido y fecundidad dependen de su inserción necesaria en un procedimiento unitario.

1. LA CONSECUENCIA DE LAS OPERACIONES Y LA JERARQUÍA DE LOS ACTOS EPISTEMOLÓGICOS

Aunque la representación más corriente de los procedimientos de investigación como un ciclo de fases sucesivas (observación, hipótesis, experimentación, teoría, observación, etc.) tenga una utilidad pedagógica, así no fuera sustituyendo una enumeración de tareas delimitadas según la lógica de la división burocrática del trabajo por la imagen de un encadenamiento de operaciones epistemológicamente calificadas, sigue siendo doblemente engañosa. Al proyectar en el espacio bajo forma de momentos exteriores, unas a otras, las fases del «ciclo experimental», recompone imperfectamente el desarrollo real de las operaciones, ya que, en realidad, en cada una de ellas está presente todo el ciclo; pero más profundamente, esta representación deja escapar el orden lógico de los actos epistemológicos, ruptura, construcción, prueba de los hechos, que nunca se reduce al orden cronológico de las operaciones concretas de la investigación. Decir que el hecho se conquista,

construye y comprueba, no significa decir que a cada uno de estos actos epistemológicos corresponden operaciones sucesivas, provistas de tal o cual instrumento específico.¹ De modo que, como ya se vio, el modelo teórico es inseparablemente construcción y ruptura, ya que fue preciso romper con las semejanzas fenoménicas para construir las analogías profundas, y porque la ruptura con las relaciones aparentes supone la construcción de nuevas relaciones entre las apariencias.

La diferencia entre los actos epistemológicos nunca se revela tan claramente como en la práctica errónea que, como se ha visto, se define precisamente por la omisión de tal o cual de los actos cuya integración jerárquica determina la práctica correcta. Al mostrar lo costoso que resulta escamotear alguno de los actos epistemológicos, el análisis del error y de las condiciones que lo hicieron posible permite definir la jerarquía de los riesgos epistemológicos que derivan del orden en el cual están implicados los actos epistemológicos, ruptura, construcción, comprobación: la experimentación vale lo que vale la construcción que pone a prueba, y el valor heurístico y probatorio de una construcción es función del grado en el cual permite romper con las apariencias y así conocer las apariencias, reconociéndolas como tales. De esto resulta que no hay contradicción ni eclecticismo en insistir simultáneamente en los riesgos y el valor de una operación tal como la formalización o incluso la intuición. El valor de un modelo formal es función del grado en que los *preliminares epistemológicos* de ruptura y construcción hayan sido satisfechos: si, como se vio, el simbolismo se torna peligroso al permitir y disimular la subordinación lisa y llana a la sociología espontánea, también puede contribuir, cuando ejerce su poder de control de relaciones construidas sobre relaciones aparentes, a cuidarse de recaídas en el sentido común.

No hay intuición que no pueda recibir una función científica cuando, controlada, sugiere hipótesis y aun contribuye al control epistemológico de las demás operaciones. Sin duda que es legítima la condena del intui-

1 Al asociar automáticamente tal o cual acto epistemológico a una técnica particular, por ejemplo la ruptura al poder de distanciamiento del vocabulario etnológico, la construcción al resultado propio del formalismo o la comprobación a las formas más estandarizadas del cuestionario, puede tenerse la ilusión de estar exento de todas las exigencias epistemológicas por haber empleado, aunque fuese mágicamente, el instrumento *ad hoc*.

cionismo cuando, al afirmarse en la convicción de que un sistema social expresa en cada una de sus partes la acción de un único y mismo principio, cree captar por una suerte de «intuición central» la lógica unitaria y única de una cultura, ahorrándose de ese modo, como tienden a hacerlo numerosas descripciones culturalistas, el estudio metódico de los diferentes subsistemas y la indagación de sus interrelaciones reales. Sin embargo, cuando la captación intuitiva, es decir *uno intuito*, de la unidad inmediatamente perceptible de una situación, de un estilo de vida o de una manera de ser, conduce a indagar en sus relaciones significantes propiedades y relaciones que no se presentan sino sucesivamente en el trabajo analítico, constituye una protección contra la atomización del objeto que resulta, por ejemplo, de recurrir a indicadores incapaces de objetivar las manifestaciones de una actitud o de un *ethos* sin fragmentarlas.² De esta forma, la intuición no sólo contribuye al descubrimiento, sino también al control epistemológico en la medida en que, controlada, recuerda a la investigación sociológica su objetivo de recomponer las interrelaciones que determinan las totalidades construidas. Así es como la reflexión epistemológica demuestra que no se puede desconocer la jerarquía de los actos epistemológicos sin caer en la disociación real de las operaciones de investigación que caracterizan al intuicionismo, el formalismo o el positivismo.

El racionalismo aplicado rompe con la epistemología espontánea fundamentalmente cuando invierte la relación entre teoría y experien-

2 No sería inútil reintroducir todo este conjunto de experiencias, actitudes y normas de observación resumidas por el imperativo etnológico del «trabajo sobre el terreno» en una práctica sociológica que, a medida que se burocratiza, tiende a interponer entre el que concibe la encuesta y aquellos a quienes estudia, el aparato de ejecutantes y el mecanográfico: la experiencia directa de los individuos y las situaciones concretas en las que viven, ya se trate del decorado cotidiano de la vivienda, del paisaje o de los gestos y entonaciones, no constituye sin duda de por sí un conocimiento, pero puede proporcionar el lazo intuitivo que a veces hace surgir la hipótesis de relaciones insólitas, pero sistemáticas, entre los datos. Más que el sociólogo, amenazado más bien por una distancia respecto de su objeto que no siempre es distanciamiento epistemológico, el etnólogo, como todos los que recurren a la observación participante, corre el peligro de tomar el «contacto humano» por un medio de conocimiento y, sensible a las exigencias y seducciones de su objeto que traicionan las evocaciones nostálgicas de lugares y gentes, debe realizar un esfuerzo particular para construir una problemática capaz de romper las configuraciones singulares que le proponen los objetos concretos.

cia. La más elemental de las operaciones, la observación, que describe el positivismo como un registro tanto más fiel cuanto menos supuestos teóricos implica, se hace cada vez más científica en tanto los principios teóricos que la sostienen son más conscientes y sistemáticos. Subrayando que «para la gramática es ya un primer triunfo presentar correctamente los datos primarios de la observación», Noam Chomsky agrega que «la determinación de los datos pertinentes depende de su posible inserción en una teoría sistemática, y que por tanto puede considerarse que el éxito de más humilde nivel no es más fácil de alcanzar que los otros [...]. La determinación de datos valederos y pertinentes no es fácil. Lo que a menudo se observa no es pertinente ni significativo, y lo que es pertinente y significativo es frecuentemente difícil de observar, tanto en lingüística como en un laboratorio de física o en cualquier otra ciencia».³ Por su lado, Freud señala que «aun en la etapa de la descripción, es imposible evitar que se apliquen ciertas nociones abstractas al material disponible, nociones cuyo origen no radica seguramente en la mera observación de los datos».⁴ Se puede encontrar una prueba de la inmanencia de la teoría de la observación pertinente en el hecho de que toda empresa de desciframiento sistemático, por ejemplo el análisis estructural de un corpus mítico, descubre necesariamente lagunas en una documentación reunida a ciegas, aun si los primeros observadores sólo buscaron, por un deseo de registro sin supuestos, una recolección exhaustiva. Más aún, sucede a veces que una lectura detenida hace aparecer «hechos» no advertidos por los mismos que los examinan; así es como Panofsky hizo resaltar en el plano del presbiterio de una cate-

3 N. Chomsky, *Current Issues in Linguistic Theory*, La Haya, Mouton, 1964, pág. 28.

4 Citado en K. M. Colby, *An Introduction to Psycho-analytic Research*, Nueva York, Basic Books, 1960. A. Comte mismo no era consciente del papel que complacientemente le adjudicaban sus adversarios a la teoría positivista: «Si, por una parte, toda teoría tiene que estar necesariamente basada en observaciones, por otra se aprecia igualmente que, para consagrarse a la observación, nuestro espíritu necesita una teoría cualquiera. Si al contemplar los fenómenos, no los relacionamos de inmediato con algunos principios, no sólo nos sería imposible combinar esas observaciones aisladas, y en consecuencia extraer algún provecho, sino que estaríamos totalmente incapacitados para conservarlas; y lo más seguro es que los hechos permanezcan inadvertidos a nuestra percepción» (A. Comte, *Cours de philosophie positive*, op. cit., t. 1, lección n° 1, págs. 14-15).

dral la expresión *inter se disputando*, miles de veces leída antes de él y típica de la dialéctica escolástica, sólo cuando la tomó como objeto de indagación a partir de la hipótesis teórica según la cual el mismo *habitus* de dialéctico podría expresarse en la arquitectura gótica y en la codificación escolástica de las *disputationes*.⁵

Lo que vale para la observación vale también para la experimentación, aunque las exposiciones clásicas del ciclo experimental presenten estas dos operaciones como punto de partida y punto de llegada de un proceso articulado en etapas distintas. No hay experimentación, se ha visto ya, que no implique principios o supuestos teóricos: «Una experiencia –escribe Max Planck– no es otra cosa que una pregunta dirigida a la naturaleza, y la medida, la lectura de la respuesta. Pero antes de realizar la experiencia, hay que pensarla, es decir formular la pregunta que se quiere dirigir a la naturaleza, y antes de sacar una conclusión de la medida, hay que interpretarla, o sea comprender la respuesta de la naturaleza. Estas dos tareas corresponden al teórico».⁶ Por su parte, sólo la experimentación exitosa como «razón confirmada» puede atestiguar el valor explicativo y el poder deductivo de una teoría, o sea, establecer su capacidad de generar un cuerpo sistemático de proposiciones susceptibles de encontrar confirmación o invalidación en la prueba de los hechos;⁷ pero no es en el acuerdo puro y simple con los hechos donde se basa el valor teórico de la experimentación: «Hay que poder

5 E. Panofsky, *Architecture gothique et pensée scolastique*, op. cit., pág. 130.

6 M. Planck, *L'image du monde dans la physique moderne*, París, Gonthier, 1963, pág. 38.

7 Si lo propio de la epistemología positivista consiste en separar la prueba de los hechos de la elaboración teórica de donde los hechos científicos extraen su sentido, va de suyo que la regla comtiana que prescribe «no idear nunca sino hipótesis susceptibles, por su naturaleza, de una verificación positiva, más o menos remota, pero siempre claramente inevitable» (A. Comte, *Cours de philosophie positive*, París, Bachelier, 1835, t. II, lección 28 [hay ed. en esp.]), distingue, al menos negativamente, el discurso científico de todos los demás. Puede encontrarse en Schuster, que afirmaba que «una teoría no vale nada cuando no se puede demostrar que es falsa» (citado por L. Brunschvicg, *L'expérience humaine et la causalité physique*, París, PUF, 1949, 3ª ed., pág. 432), y sobre todo en K. R. Popper, que hace de la «falsabilidad» de una teoría el principio de «demarcación» de la ciencia, la argumentación lógica que lleva a preferir la invalidación a la confirmación como forma de control experimental (véase «Falsifiability as a Criterion of Demarcation», *The Logic of Scientific Discovery*, op. cit., págs. 40-42 y 86-87).

establecer—como en efecto lo subraya Georges Canguilhem— que el acuerdo o desacuerdo entre una suposición y una comprobación, buscada a partir de la suposición tomada como principio, no se debe a una coincidencia, aunque sea reiterada, sino que es por los métodos incluidos en la hipótesis como se desembocó en el hecho observado»⁸ [G. Canguilhem, *texto n° 35*]. Lo cual implica que los hechos que convalidan la teoría valen lo que vale la teoría que validan. El mejor medio para que los hechos respondan a lo que se quiere hacerles decir es evidentemente indagarlos a partir de una «teoría» que produzca hechos que no quieren decir nada que valga la pena decirse; es el caso de esas elaboraciones falsamente rigurosas de las prenociones que sólo pueden encontrar hechos de algún modo a su medida, o de ciertos ejercicios metodológicos que crean datos hechos como a medida, o incluso ese trabajo teórico que no puede fundar la producción por partenogénesis de sus propios hechos teóricos más que en lo que habría que llamar, parafraseando a Nietzsche, el «dogma de la inmaculada concepción».⁹ El objeto, se ha dicho, es lo que objeta. La experiencia no cumple con su función sino en la medida en que establece una invocación permanente del principio de la realidad contra la tentación de abandonarse al principio del placer que inspira tanto las fantasías gratuitas de cierto formalismo como las ficciones demasiado complacientes del intuicionismo o los ejercicios de alta escuela de la teoría pura.

Cuando se somete la hipótesis a verificación, e incluso cuando está verificada o desmentida, no se ha terminado con la teoría ni tampoco con la construcción de hipótesis. Toda experiencia correctamente rea-

8 G. Canguilhem, *Leçons sur la méthode*, dadas en la Facultad de Letras de Estrasburgo y repetidas en Clermont-Ferrand en 1941-42 (inédito). Agradecemos a G. Canguilhem habernos autorizado a reproducir este texto.

9 Si hay que recordar que corresponde a todo sistema de proposiciones que pretende la validez científica ser evaluado por la prueba de la realidad, hay que prevenirse también contra la inclinación a identificar este imperativo epistemológico con el imperativo tecnológico que pretendería subordinar toda formulación teórica a la existencia en acto de técnicas que permiten verificarla en el momento mismo en que se expresa. Correlativamente, ninguna proposición teórica podría ser considerada como definitivamente establecida ya que, como lo subraya C. Hempel, «la posibilidad teórica exige que nuevos medios de prueba sean descubiertos para que cuestionen las observaciones actuales y lleven así al rechazo de la teoría que validan» (C. Hempel, *Fundamentals of Concept Formation in Empirical Research*, *op. cit.*, págs. 83-84).

lizada tiene por objeto intensificar la dialéctica de la razón y de la experiencia, pero sólo a condición de que se sepa pensar adecuadamente los resultados –aun los negativos– que produce e interrogarse sobre las razones que obligan a los hechos a decir no. Cuando Brunschvicg recuerda que «los puntos de detenimiento son puntos de reflexión»,¹⁰ no intenta sugerir que «el choque insuperable de la experiencia» pueda bastar para desatar mecánicamente la reflexión cuando se carece de la decisión de reflexionar y pensarse reflexionando. Como dice B. Russell: «Los méritos de una prueba radican en que infunde cierta duda sobre el resultado que produce; y cuando una proposición puede ser probada en ciertos casos, pero no en otros, se transforma en sospechosa de falsedad en esos otros casos».¹¹ La comprobación de un fracaso es tan decisiva como una confirmación, pero sólo a condición de que coincida con la reconstrucción del cuerpo sistemático de proposiciones teóricas en el cual adquiere un sentido positivo. «Es verdaderamente excepcional –dice Norman Campbell– que una nueva ley sea descubierta o sugerida por la experimentación, la observación y el examen de los resultados; la mayor parte de los progresos en la formulación de nuevas leyes resultan de la construcción de teorías que pueden explicar las leyes antiguas.»¹² En resumen, la dialéctica del proceso científico no puede ser reducida a una alternancia, incluso reiterada, de operaciones independientes, por ejemplo la verificación siguiendo a la hipótesis, sin mantener con ella otras relaciones que las de confrontación.

No existe operación, por parcial que sea, en la que no se encuentre la dialéctica entre la teoría y la verificación. Por ejemplo, con motivo de la elaboración de un código, las hipótesis implicadas por el cuestionario deben ser retomadas, especificadas y modificadas en contacto con los hechos que se trata de analizar, para ser sometidas a la prueba experimental de la codificación y del análisis estadístico: la fórmula tecnológica según la cual el código debe ser «establecido» al mismo tiempo que el cuestionario (a riesgo de convertir lo que es digno de ser cifrado

10 L. Brunschvicg, *Les étapes de la philosophie mathématique*, París, F. Alcan, 1912.

11 B. Russell, *Mysticism and Logic*, *op. cit.*, pág. 74.

12 N. Campbell, *What is Science*, Londres, Methuen, 1921, pág. 88. Véase también J. B. Conant, *Modern Science and Modern Man*, Nueva York, Columbia University Press, 1952, pág. 53.

en lo que es cifrable, es decir, a menudo precifrable) implícitamente encierra una epistemología fijista puesto que termina por hacer desaparecer una de las oportunidades de ajustar a los datos las categorías de la captación de datos. Asimismo, los procedimientos de sondeo más formalmente irreprochables pueden perder toda significación sociológica si la elección del método de muestreo no está manejada en función de las hipótesis y objetivos específicos de la investigación. Por lo general, la ilusión de que existen instrumentos para todos los fines estimula al investigador a ahorrarse el examen de las condiciones de validez de sus técnicas, en el caso particular en que debe utilizarlas; los controles tecnológicos se vuelven contra su intención cuando concluyen en la ilusión de que uno puede abstenerse del control de esos controles; fuera de que puede provocar la parálisis e incluso el error, la manía metodológica a menudo permite, no tanto ahorrar pensamiento, cosa que cualquier método permite, sino ahorrar el pensamiento sobre el método.¹³

Además de que las minucias rutinarias de la práctica siempre corren el peligro de abstenerse de considerar objetos que no valorarían la bondad del instrumento, también amenazan hacer olvidar que, para captar ciertos hechos, no se trata tanto de afinar el instrumento de observación y medida como de cuestionar el uso rutinario de los instrumentos. Si Uvarov hubiera dejado hacer a su asistente quien, preocupado por el orden de su laboratorio, todas las mañanas ponía en su lugar las *locusta migratoria*, de color gris, extraviadas del lado de los *locusta danica*, de color verde, no habría advertido el *hecho* de que esas dos especies no eran más que una y que la *locusta danica* se volvía gris cuando dejaba de estar sola: ¿no es acaso probable que muchas de las técnicas tradicionales, cuando son empleadas sin un control epistemológico, destruyen el hecho científico del mismo modo que el principio de orden del asistente de Uvarov? El deslumbramiento ejercido por el aparato técnico puede, tanto como el prestigio del aparato teórico, impedir una justa relación con los hechos y con la prueba por los hechos. La subordinación a los automatismos de pensamiento no es menos peligrosa que la ilusión de la creación sin apoyo ni control. El refinamiento de las técnicas de comprobación y de prueba puede, si no se acompaña de una redoblada vigilancia teórica, conducir a ver cada vez mejor en cada vez menos cosas,

13 Véase *infra*, G. Bachelard, texto n° 2, pág. 130.

o incluso a que falte lo esencial por uno de esos equívocos que hacen pareja funcional con la utilización ciega de las técnicas destinadas a aguzar y controlar la vista [C. W. Mills, *texto n° 36*].

2. SISTEMA DE PROPOSICIONES Y VERIFICACIÓN SISTEMÁTICA

Si las operaciones de la práctica valen lo que vale la teoría que las fundamenta, es porque la teoría debe su posición en la jerarquía de las operaciones al hecho de que actualiza el primado epistemológico de la razón sobre la experiencia. No sorprende por tanto que constituya la condición fundamental de la ruptura, de la construcción y de la experimentación, y esto en virtud de la sistematicidad que la caracteriza: sólo una teoría científica puede oponer a las exigencias de la sociología espontánea, y a las falsas sistematizaciones de la ideología, la resistencia organizada de un cuerpo sistemático de conceptos y relaciones determinado tanto por la coherencia de lo que excluye como por la coherencia de lo que establece;¹⁴ sólo ella puede construir el sistema de hechos entre los cuales establece una relación sistemática [L. Hjelmstev, *texto n° 37*]; sólo ella, por último, puede dar a la experimentación el pleno poder de desmentida al presentarle un cuerpo de hipótesis tan sistemático cuanto que está íntegramente expuesto en cada una de ellas.

Lo que Bachelard decía de la física experimental sería deseable que se dijera de la sociología: «El tiempo de las hipótesis deshilvanadas y cambiantes ya pasó, como también pasó la época de las experiencias raras y aisladas. Ahora la hipótesis es síntesis».¹⁵ De hecho, la verificación puntillista que somete a experimentaciones parciales una serie discontinua de hipótesis parcelarias no puede recibir nunca de la experiencia más que desmentidas sin grandes consecuencias. Piénsese, por ejemplo, en las facilidades que tiene el análisis de los resultados de una en-

14 Como el poder de las prenociones, sean populares o científicas, radica en el carácter sistemático de la inteligibilidad que proporcionan, es inútil esperar refutarlos uno por uno. Históricamente, siempre es una teoría sistemática la que pudo dar razón de las ilusiones igualmente sistemáticas, como lo hacen ver a propósito de la ciencia física T. S. Kuhn («The Function of Dogma in Scientific Research», en A. C. Crombie [comp.] *Scientific Change* [op. cit., pág. 347] y N. R. Hanson (*Patterns of Discovery*, Cambridge, Cambridge University Press, 1965).

15 G. Bachelard, *Le nouvel esprit scientifique*, op. cit., pág. 6.

cuesta cuando toma el cuadro estadístico como unidad de interpretación: al no plantear la pregunta de la articulación de las proposiciones que se desprenden de cada cuadro o de esas series de cuadros que desencadena cada uno tras de sí el comentario a medida que lo supera, se evita exponer todo un cuerpo sistemático de proposiciones a la desmentida que podría oponerle cada uno de esos cuadros. No hay nada más adecuado para preservar la buena conciencia positivista que el procedimiento que consiste en ir de una observación a otra, sin otra idea que aquella de que pueda surgir una, pues la prueba de la desmentida global en la que caía, por ejemplo, un modelo teórico, está constantemente rechazada y porque los hechos tomados uno a uno no tienen nada que oponer a la interrogación discontinua e incoactiva de estos estados crepusculares de la conciencia epistemológica en que se genera «el ni-siquiera-falso». El rigor aparente de las técnicas de prueba no tiene en este caso otra función que disimular una escapatoria: como el joven Horacio, el investigador se asegura una fácil victoria sobre los hechos, huyendo de ellos para poder enfrentarlos uno a uno.

Por el contrario, cuando la hipótesis implica una teoría sistemática de lo real, la experimentación, que hay que llamar entonces experimentación teórica, puede ejercer sistemáticamente su pleno poder de desmentida. Como lo señalaba Duhem, «una experiencia nunca puede condenar a una hipótesis aislada sino sólo a todo un conjunto teórico».¹⁶ Por oposición a una serie discontinua de hipótesis *ad hoc*, un sistema de hipótesis contiene su valor epistemológico en la coherencia que constituye su plena vulnerabilidad: por una parte un solo hecho puede cuestionarlo íntegramente y por la otra, construido a costa de una ruptura con las apariencias fenoménicas, no puede recibir la confirmación inmediata y fácil que proporcionarían los hechos tomados en su valor superficial o los documentos en forma literal. En efecto, al preferir exponerse a perder todo con el objeto de ganar todo, el científico confronta en todo momento con los hechos que interroga todo lo que compromete en su interrogación de los hechos. Si es verdad que en su forma más acabada, las proposiciones científicas se conquistan contra las apariencias fenoménicas y que éstas presuponen el acto teórico que tiene por función, según la expresión de Kant, «deletrear los fenóme-

16 P. Duhem, *La théorie physique, op. cit.*, pág. 278.

nos para poder leerlos como experiencias», se desprende que no pueden encontrar su prueba sino en la coherencia íntegra del sistema total de hechos creados por –y no para– las hipótesis teóricas que se trata de convalidar. Tal método de prueba, en que la coherencia del sistema construido de hechos inteligibles es en sí mismo su propia prueba, al mismo tiempo que el principio de la virtud probatoria de las pruebas parciales que el positivista manipula en orden disperso, supone evidentemente la decisión sistemática de interrogar a los hechos respecto de las relaciones que los constituyen como sistema. De este modo, cuando Erwin Panofsky presenta como un «elemento de prueba» el *inter se disputando* del *Album* de Villard de Honnecourt, no desconoce que esta inscripción no responde a una cuestión de hecho –por ejemplo la de la influencia directa de los escolásticos sobre los arquitectos–, como lo querría el historiógrafo positivista para quien la interrogación es un simple cuestionario al cual lo real respondería pregunta tras pregunta, por sí o por no; en realidad, este pequeño hecho extrae su fuerza probatoria de sus relaciones con otros hechos que, en sí mismos insignificantes mientras se los considere independientemente de las relaciones que el sistema de hipótesis establece entre ellos, alcanzan todo su valor sólo como términos organizados de una serie: «Ya se trate de fenómenos históricos o naturales, la observación particular presenta el carácter de un “hecho” sólo cuando puede ser relacionada con otras observaciones análogas, de modo tal que el conjunto de la serie “adquiera sentido”; el “sentido” por tanto puede ser legítimamente utilizado, a modo de control, para interpretar una nueva observación particular dentro del mismo orden de fenómenos. Si no obstante esta nueva observación particular se niega, indiscutiblemente, a ser interpretada conforme al sentido de la serie, y si está probado que no existe error posible, el “sentido” de la serie deberá ser reformulado de manera que incluya la nueva observación»¹⁷ [*E. Wind, texto n° 38*]. Es el mismo movimiento circular que realiza el sociólogo, preocupado por no imponer al dato sus propios supuestos cuando, en el examen de una encuesta, descifra a partir del conjunto de respuestas al cuestionario el sentido de cada una de las preguntas por las cuales provocó y construyó

17 E. Panofsky, «Iconography and iconology», *Meaning in the Visual Arts*, Nueva York, Doubleday, 1955, pág. 35.

esas respuestas, reformulando el sentido del conjunto en función de lo que aprende de cada una de ellas. Duhem no empleaba otro lenguaje para describir la lógica del progreso de la ciencia física, «cuadro simbólico al cual continuos retoques dan cada vez más extensión y unidad [...] mientras que cada detalle del conjunto, desprendido y aislado del todo, pierde toda significación y no representa ya nada», y donde una visión ingenua no vería más que «un monstruoso fárrago de peticiones de principio y círculos viciosos».¹⁸

La prueba por la coherencia del sistema de pruebas condena al *círculo metódico* en el que sería demasiado fácil denunciar un círculo vicioso: al reinterpretar esta lógica de la prueba por referencia a una definición analítica de la verificación, el positivismo no puede ver en esta construcción sistemática de hechos otra cosa que el resultado de una manipulación de datos inspirada por la idea de sistema. Es la misma ceguera que lleva a algunos a ver en el análisis estructural de un mito la proyección de las categorías de pensamiento del investigador o incluso el protocolo de un test proyectivo, y un efecto del prejuicio en la decisión metódica de interpretar cada una de las relaciones estadísticas establecidas por un análisis multivariado en función del sistema de relaciones entre aquellas en las que cada una conserva su significación. La fuerza probatoria de una relación empíricamente comprobada no sólo radica en la fuerza de la conexión estadística: la probabilidad compuesta de la hipótesis puesta a prueba está en función del sistema total de proposiciones establecidas (ya se trate de relaciones estadísticas o de regularidades de otro tipo), es decir de esas «concatenaciones de pruebas», según la expresión de Reichenbach, que «pueden ser más fuertes que su eslabón más débil e incluso que el más fuerte»,¹⁹ porque la validez de tal sistema de pruebas se mide no sólo en la sencillez y coherencia de los principios aplicados, sino además en la extensión y diversidad de los hechos que abarca y, por último, en la multiplicidad de las consecuencias imprevistas en las cuales desemboca [*Ch. Darwin, texto n° 39*].

18 P. Duhem, *La théorie physique, op. cit.*, pág. 311,

19 A. Kaplan, *The Conduct of Inquiry, op. cit.*, pág. 245.

3. LAS PAREJAS EPISTEMOLÓGICAS

Bachelard manifiesta que las filosofías de las ciencias de la naturaleza se distribuyen naturalmente a la manera de un espectro, cuyo idealismo y realismo constituyen los dos extremos y que tiene como punto central el «racionalismo aplicado», el único capaz de restablecer totalmente la verdad de la práctica científica vinculando íntimamente los «valores de la coherencia» y la «fidelidad a lo real»: «por tanto es en el cruce de caminos entre el realismo y el racionalismo donde debe mantenerse el epistemólogo. Es allí donde puede captar el nuevo dinamismo de esas filosofías contrarias, el doble movimiento por el cual la ciencia simplifica lo real y complica la razón» [*G. Bachelard, texto n° 40; G. Canguilhem, texto n° 41*].

A las formas ficticias o fecundas del diálogo entre las filosofías simétricas, que describe Bachelard a propósito de la física, sería fácil hacerles corresponder las filosofías implícitas de las ciencias del hombre que, organizadas también ellas en parejas de posiciones epistemológicas, se sirven tanto más fácilmente de pretextos y establecen un diálogo tan estéril, por apasionado que sea, cuanto más alejadas están de la «posición central», es decir de la práctica científica donde se establece la dialéctica más estrecha entre la razón y la experiencia. Se vería entonces que las tomas de posición que se oponen en las polémicas científicas más brillantes en realidad son complementarias: el debate con el adversario exige en efecto de mantener en la práctica científica la discusión con él, es decir consigo mismo. Así es como la retórica académica o profética de la filosofía social ve en la pululación desordenada de las monografías y encuestas parciales, con todos los renunciamentos que implican, la justificación de sus ambiciones universales y de su desdén por la prueba, mientras que el ciego hiperempirismo encuentra una justificación *a contrario* en la denuncia de las síntesis vacías de la ideología. Del mismo modo, el positivismo puede permitirse la condena ritual del intuicionismo para someterse al automatismo de las técnicas, y aun paradójicamente, a la intuición, mientras que el intuicionismo puede encontrar en la sequedad y puntillismo de las investigaciones burocráticas del positivismo el pretexto de sus variaciones literarias más impresionistas sobre las totalidades indefinidas de imprecisos contornos²⁰ [*É. Durkheim, texto n° 42*].

20 G. Politzer ponía ya en evidencia las relaciones de complementariedad y complicidad que unían en la psicología experimental de la preguerra el recurso tecnomaniaco de los métodos de laboratorio y la fidelidad a un

La conexión entre los términos de esas parejas es tan fuerte, a pesar de las apariencias, que no es raro que los investigadores más firmemente ligados a una u otra de esas posiciones polares traicionen, en su nostalgia o en sus *lapses* epistemológicamente significativos, la idea de que las opciones epistemológicas, buenas o malas, conscientes o inconscientes, formen un sistema, de manera que la autonomización de una de las operaciones de la práctica científica obliga a recurrir al sustituto, inconsciente o vergonzoso, de las operaciones rechazadas. De modo que, por limitar el control de su práctica al control técnico de los instrumentos, el positivismo emula al intuicionismo en aquellas fases de la investigación que mejor se prestan al refinamiento tecnológico sin ver que, por privarse de los recursos de las teorías, se limita a tomar de la sociología espontánea las nociones que refleja en indicios refinados así como en los conceptos en los que esconde los más sutiles resultados de sus manipulaciones (liberalismo, conformismo, empatía, satisfacción o participación, etc.).²¹ Pródigos en preceptos y fórmulas para la confección y administración del cuestionario, los manuales de metodología abren la puerta a la intuición, a veces a la más riesgosa, cuando se trata de formular los principios de la concepción de las hipótesis o de los esquemas de interpretación de los resultados cuantitativos. La oposición que se proclama no debe ocultar la solidaridad profunda entre el positivismo y el intuicionismo que, extrayendo a menudo de la misma fuente el fundamento de sus explicaciones y el principio de sus hipótesis, sólo divergen por sus técnicas de verificación: la lectura de algunos clásicos de la sociología positivista bastaría para convencer de que el in-

tradicionalismo teórico. Ese ciclo infernal de la introspección y el experimentalismo no carece de analogías con la pareja que forman en sociología la fidelidad a las intuiciones de la sociología espontánea y el recurso a la aterradora magia de un simbolismo mal comprendido.

- 21 Es muy en general como puede verse que las operaciones que son objeto de una exclusión de principio se reintroducen, sin control, en el procedimiento científico. Simiand señalaba que los economistas que pretenden atenerse a la deducción de las propiedades formales de un modelo se valen en ocasiones de una observación «consciente o inconsciente», por ejemplo para elegir entre varias eventualidades, de modo que «el recurso al método experimental no está rodeado, en ese caso, de ninguna de las precauciones y garantías necesarias para hacer de él un empleo acertado y convincente» (F. Simiand, «La méthode positive en science économique», *Revue de Métaphysique et de Morale*, t. XVI, n° 6, 1908, págs. 889-904).

tuicionismo es la verdad del positivismo porque expone lo que éste tiende a disimular bajo el refinamiento tecnológico.²² Por su lado el intuicionismo, que cree poder cortar camino y evitar rodeos en el análisis científico captando directamente las totalidades reales y empleando modelos de pensamiento tomados de la sociología popular o semicientífica, no desconoce el gusto del «verdadero hecho pequeño» y, por una suerte de homenaje del vicio a la virtud, a veces busca en una caricatura de la prueba experimental la prueba de su capacidad para proporcionar pruebas.

Contra la epistemología espontánea, donde se afirman el positivismo y el intuicionismo y se ahoga toda actividad intelectual en la alternativa de la audacia sin rigor o del rigor sin audacia, el proyecto propiamente científico se sitúa de entrada en condiciones en que todo aumento de audacia en las ambiciones teóricas obliga a un aumento de rigor en el establecimiento de las pruebas a las que se debe someter. Nada obliga a la sociología a vacilar, como lo hace hoy demasiado a menudo, entre la «teoría social» sin fundamentos empíricos y la empiria sin orientación teórica, entre la temeridad sin riesgos del intuicionismo y la minucia sin exigencias del positivismo. Nada, salvo una imagen mutilada, caricaturesca o exagerada de las ciencias de la naturaleza. Una vez superado el entusiasmo por los aspectos exteriores del método experimental o por los prodigios del instrumento matemático, la sociología podrá encontrar, sin duda, en la resolución en acto de la oposición entre el racionalismo y el empirismo, el medio de superarse, es decir progresar en el sentido de la coherencia teórica y de la fidelidad a lo real, al mismo tiempo.

22 Sucede incluso que los adversarios más metódicos de la intuición hacen la consagración suprema de un nombre de pila metodológico de los procedimientos más arriesgados del intuicionismo, por ejemplo el que condujo a Ruth Benedict a resumir cierto número de caracteres impresionistas sobre el estilo global de una cultura por el «esquema apolíneo»: «Semejante fórmula, capaz de resumir en un solo concepto descriptivo una enorme riqueza de observaciones particulares, puede ser llamada una fórmula madre (*matrix formula*). Esta definición oculta las nociones de esquema fundamental de una cultura (*basic pattern*), de tema, de *ethos*, de signo de los tiempos, de carácter nacional y al nivel individual, de tipo de personalidad» (A. H. Barton y P. F. Lazarsfeld, «Some Functions of Qualitative Analysis in Social Research», *loc. cit.*).

Conclusión

Sociología del conocimiento y epistemología

Todos los análisis precedentes concluyen en negar a la sociología un estatus epistemológico de excepción. Sin embargo, por el hecho de que los límites entre el saber común y la ciencia son, en sociología, más imprecisos que en cualquier otra disciplina, la necesidad de la ruptura epistemológica se impone con particular urgencia. Pero el error no puede desvincularse, y es a veces inevitable, de las condiciones sociales que lo hacen posible; por ello habría que tener una fe ingenua en las virtudes de la predicación epistemológica para omitir preguntarse sobre las condiciones sociales que harían posible o incluso inevitable la ruptura con la sociología espontánea y la ideología, haciendo de la vigilancia epistemológica una institución del campo sociológico.

No es una casualidad que Bachelard use el lenguaje del sociólogo para describir la interpenetración del mundo científico y del de su público mundano, que caracterizaba a la física del siglo XVIII [*G. Bachelard, texto n° 43*]. El sociólogo de la sociología no tendría dificultad en encontrar el equivalente de estos juegos de buena sociedad a los cuales dieron lugar, en otra época, las *curiosas* de la física: el psicoanálisis, la etnología e incluso la sociología tienen hoy sus «besos eléctricos». Es en la sociología del conocimiento sociológico donde el sociólogo encuentra el instrumento que permite dar toda su fuerza y forma específicas a la crítica epistemológica, tratando de poner al día los supuestos inconscientes y las peticiones de principio de una tradición teórica, más que cuestionar los principios de una teoría constituida.

Si en sociología el empirismo ocupa, aquí y ahora, la cumbre de la jerarquía de los peligros epistemológicos, esto no se refiere solamente a la particular naturaleza del objeto sociológico como sujeto que propone la interpretación verbal de sus propias conductas, sino también a las condiciones históricas y sociales en las que se cumple la práctica sociológica. Hay que cuidarse entonces de otorgar una realidad transhis-

tórica a la estructura del campo epistemológico como espectro de posiciones filosóficas opuestas por parejas, en la medida que, entre otras razones, las diferentes ciencias aparecidas en fechas, condiciones históricas y sociales diferentes no recorren, según un orden ya preestablecido, las mismas etapas de una misma historia de la razón epistemológica.

ESBOZO DE UNA SOCIOLOGÍA DE LA TENTACIÓN POSITIVISTA EN SOCIOLOGÍA

En la sociología francesa de hoy, la atracción que ejerce el empirismo quizá se relacione menos con las seducciones intrínsecas de esa chata filosofía de la práctica científica, o con el lugar que ocuparía la sociología en un esquema de evolución valedero para todas las ciencias, que con un conjunto de condiciones sociales e intelectuales, que no pueden desvincularse del origen de su historia, en particular con el desarrollo, la rutinización y la declinación del durkheimismo entre las dos guerras: por el hecho de que la sociología empírica tomó en Francia un nuevo auge después de 1945, en un campo ideológico dominado por la filosofía, y con más precisión por la filosofía existencialista, concluyó tomando partido ciegamente por la sociología norteamericana más empirista, a costa de una negación elegida u obligada, del pasado teórico de la sociología europea.¹ La ilusión del comienzo absoluto y la utopía de una práctica que tendría en sí misma su propio fundamento epistemológico no hubieran podido imponerse con tanta fuerza a la generación de los «años 50» sino en virtud de la situación particular en que se encontraba respecto de la generación intelectual de 1939 que, ligada a

1 Las polémicas sobre los supuestos filosóficos de las diferentes orientaciones de la investigación sociológica no podrían reemplazar la reflexión epistemológica, y a menudo sólo contribuyen a ocultar su ausencia: piénsese por ejemplo en el carácter académico o mundano del debate sobre la o las «filosofías estructuralistas». El abanico de actitudes filosóficas que la coyuntura intelectual plantea a los sociólogos para dar cuenta de su práctica no expresa la epistemología que realmente implica el trabajo científico. Bachelard veía en el eclecticismo filosófico de la mayor parte de los científicos una manera de negar la pureza abstracta de sistemas filosóficos atrasados respecto de la ciencia en nombre de «la impureza filosófica» de la ciencia.

la tradición filosófica, pero separada de la práctica empírica por un conjunto de condiciones históricas de las cuales la menor no es la insuficiencia de apoyo institucional a la investigación, debió postergar por la guerra la tarea de reconciliar la investigación empírica y la teoría. Para mostrar, contra el esquema evolucionista, lo que el devenir de las diferentes ciencias debe a la estructura del campo en el cual coexisten, bastaría con subrayar que, lejos de beneficiarse con la ventaja que significa su situación de recién llegada, capaz de quemar etapas ahorrándose los errores que sus predecesores encontraron en el camino y utilizando los jalones que éstas dejaron, la sociología paradójicamente cae, no sólo en las faltas epistemológicas que las ciencias de la naturaleza ya no cometen, sino también en errores específicos que surgen de la confrontación permanente con la imagen aplastante de las ciencias más acabadas. Con más precisión, podría verse lo que la relación que cada sociólogo mantiene con la imagen de la cientificidad de su propia práctica debe al campo de conjunto en el cual se cumple: una ciencia preocupada por su reconocimiento científico se interroga sin cesar sobre las condiciones de su propia cientificidad, y, en esta búsqueda angustiada del *reaseguro*, adopta con complacencia los signos más llamativos y a menudo más ingenuos de la legitimidad científica. No es una casualidad si, como lo decía Poincaré, las ciencias de la naturaleza hablan de sus resultados pero las del hombre de sus métodos. La manía metodológica o el gusto apresurado por los últimos refinamientos del análisis componencial, de la teoría de los grafos o del cálculo matricial, asumen la misma función ampulosa que el recurso a las denominaciones prestigiosas o la adhesión deslumbrada por los instrumentos mejor contruidos, para simbolizar la especificidad del oficio y su cualidad científica, ya se trate del cuestionario o del ordenador.

Además, la división técnica del trabajo y la organización social de la profesión suponen muchas presiones que inducen al investigador hacia los automatismos burocráticos, que acompañan siempre a una filosofía empirista de la ciencia. Muchos rasgos de la producción sociológica norteamericana, tales como la proliferación redundante de pequeñas monografías empíricas o la proliferación de *text-books* y obras de vulgarización, sin duda obedecen en mucho a las características de la organización universitaria estadounidense, donde el cuerpo universitario está dividido en administradores e investigadores especializados y en que los mecanismos concurrenciales someten la carrera académica a la ley del

mercado.² La profesionalización de la investigación, que está ligada a la utilización de importantes créditos, a la multiplicación de los puestos de investigador, y en consecuencia a la aparición de grandes unidades de investigación, condujo a una división técnica del trabajo que debe su especificidad a la ideología de la autonomía de las operaciones que ha generado. Es así como, según se ha visto, el recorte de las operaciones de la investigación utilizada como paradigma, al menos inconsciente, en la mayor parte de los investigadores, no es otra cosa que la proyección en el espacio epistemológico de un organigrama burocrático.³ A las presiones de la organización se le agregan aquellas que imponen los instrumentos técnicos: por ejemplo, al verse obligado a concebir de golpe y de antemano el programa de las operaciones de análisis, la utilización de los ordenadores amenaza desalentar, salvo si se aumenta la vigilancia, el ir y venir incesantes entre la hipótesis y la verificación que impone el examen manual de las encuestas. Si por último se agrega que la representación popular del autómatas taumaturgo consigue im-

2 La organización de la vida universitaria norteamericana, que reserva un gran espacio a los mecanismos de abierta competencia, no contiene en sí el poder de favorecer la investigación, como benévolamente se supone en Francia. Así, puesto que la sociología debe responder a una demanda extrínseca (comanditarios, fundadores, etc.) y porque el juicio sobre las obras, que decide las carreras, corresponde más a los gestores de la investigación que al grupo de pares, los criterios de apreciación científica que se ponen en primer plano son tomados de una imagen pública de las ciencias de la naturaleza y no resultan finalmente más apropiados a la especificidad de la investigación que los criterios tradicionales sobre los que descansan las carreras universitarias en el sistema francés: la dispersión de la investigación en pequeñas unidades fragmentarias y la multiplicación de temas ficticios, o el ciego abandono al aparato estadístico y la carrera por la publicación atestiguan que la organización burocrática de la producción no bastan para garantizar la calidad del trabajo científico.

W. Mills mostró el proceso por el cual se encuentran interiorizadas como *ethos* burocrático las exigencias institucionales de las organizaciones de investigación, ya que los criterios extrínsecos de apreciación requeridos por el ejercicio burocráticamente controlado de la sociología conducen a valorar las delimitaciones estrictas de competencia y el interés exclusivo por las técnicas rutinizadas.

3 Véase la presentación enumerativa de las fases de la encuesta tal como la practican la mayoría de los manuales, por ejemplo, A. A. Campbell y G. Katona, «L'enquête sur échantillon: technique de recherches socio-psychologiques», en L. Festinger y D. Katz, *Les méthodes de recherche dans les sciences sociales* (trad. H. Lesage), París, PUF, 1963, págs. 51-53.

ponerse a muchos investigadores, propensos a declinar la responsabilidad de las operaciones en provecho de la máquina, y que por otra parte los generales de la investigación tienden a dejar en los soldados el grueso de la batalla, es decir el contacto con los hechos (y entre otras cosas, con los encuestados) para reservarse las grandes decisiones estratégicas, tales como la elección de muestras, la redacción del cuestionario o del informe, se aprecia que todo contribuye en favor de la dicotomía entre el empirismo ciego y la teoría sin control, la magia formalista y el ritual de los actos subalternos de la encuesta.

El afán por la proeza metodológica, alentado por la ansiosa relación con el modelo de las ciencias exactas, sin duda debe sus características más patológicas a la dualidad de las formaciones literarias y científicas y a la carencia de una formación sociológica específica y completa: hasta que el instrumento estadístico no hubo sido despojado, por su difusión misma, de las funciones de protección que le correspondían en el período de titubeos y monopolio, muchos investigadores hicieron de ese instrumento, que sólo habían adquirido tardíamente y como autodidactas, un empleo terrorista que suponía el terror mal superado del neófito deslumbrado.

De este modo las oposiciones epistemológicas no adquieren todo su sentido sino cuando se las relaciona con el sistema de posiciones y oposiciones que se establecen entre instituciones, grupos o sectores diferentemente ubicados en el campo intelectual. El conjunto de las características que definen a cada investigador, a saber, su tipo de formación (científica o literaria, canónica o ecléctica, acabada o parcial, etc.), su estatus en la universidad o en relación con la universidad, su dependencia de instituciones, sus inclinaciones de interés y su participación en grupos de presión propiamente intelectuales (revistas científicas o extracientíficas, comisiones y comités, etc.) concurren a determinar sus oportunidades de ocupar tal o cual posición, es decir adherir a esta u otra posición, en el campo epistemológico. Se es empirista, formalista, teórico, o nada de esto, mucho menos por vocación que por destino, en la medida en que el sentido de su propia práctica le llega a cada uno bajo la forma de un sistema de posibilidades e imposibilidades definidas por las condiciones sociales de su práctica intelectual. Puede ser útil, como se ve, considerar por una decisión metódica a las profesiones de fe epistemológicas como ideologías profesionales que buscan, en última instancia, justificar no tanto a la ciencia como al investigador, me-

nos a la práctica real que a los límites impuestos a la práctica por la posición y el pasado del investigador. Si las diferentes formas del error epistemológico y de las ideologías que las justifican deben su fuerza genérica a la coyuntura teórica con sus dominancias y lagunas, éstas no se distribuyen al azar entre los sociólogos. El sistema de justificaciones ideológicas que tienden a transformar las limitaciones de hecho en límites de derecho podría constituir el principio de las resistencias de la lucidez epistemológica. Si la sociología que cada sociólogo puede hacer de las condiciones sociales de su práctica sociológica y de su relación con la sociología no puede, por sí misma, reemplazar a la reflexión epistemológica, constituye la condición previa de la explicación de los supuestos inconscientes y, al mismo tiempo, de la interiorización más completa de una epistemología más acabada.

EL ARRAIGO SOCIAL DEL SOCIÓLOGO

Entre los supuestos que el sociólogo debe al hecho de ser un sujeto social, el más fundamental es, sin duda, el de la ausencia de supuestos que caracteriza al etnocentrismo; en efecto, sólo cuando se desconoce como sujeto producto de una cultura particular y no subordina toda su práctica a un cuestionamiento continuo de este arraigo, el sociólogo se vuelve (más que el etnólogo) vulnerable a la ilusión de la evidencia inmediata o a la tentación de universalizar inconscientemente una experiencia singular.⁴ Pero las precauciones contra el etnocentrismo son de poco peso si no se reavivan y reinterpretan de manera incesante por la vigilancia epistemológica. En efecto, la lógica del etnocentrismo es lo que regula todavía, en el seno de una misma sociedad, las relaciones entre los grupos: el código que utiliza el sociólogo para descifrar las conductas de los sujetos sociales se constituye en el curso de aprendizajes socialmente calificados y participa siempre del código cultural de los diferentes grupos de los cuales forma parte. Entre todos los supuestos culturales que el investigador arriesga implicar en sus interpretaciones,

4 Véase el análisis de C. Lévi-Strauss sobre el evolucionismo como etnocentrismo científico (*Race et Histoire*, París, Unesco, 1952, cap. III, págs. 11-15).

el *ethos* de clase, principio a partir del cual se organiza la adquisición de los otros modelos inconscientes, ejerce su acción de la manera más larvada y sistemática. Por el hecho de que las diferentes clases sociales toman los principios fundamentales de su ideología del funcionamiento y el devenir de la sociedad de una experiencia originaria de lo social en que, entre otras cosas, los determinismos se prueban más o menos brutalmente, el sociólogo que no hiciera la sociología de la relación con la sociedad característica de su clase social de origen arriesgaría reintroducir en su relación científica con el objeto los supuestos inconscientes de su primera experiencia de lo social o, más sutilmente, las racionalizaciones que permiten a un intelectual reinterpretar su experiencia según una lógica que siempre debe mucho a la posición que ocupa en el campo intelectual. Si, por ejemplo, se observa que las clases populares expresan más fácilmente una experiencia directamente sometida a los determinismos económicos y sociales en el lenguaje del destino, mientras que la evocación de los determinismos que pesan sobre las elecciones, en apariencia las más justas en simbolizar la libertad de la persona, por ejemplo en materia de gusto artístico o de experiencia religiosa, tropieza con la incredulidad indignada de las clases cultas, puede sospecharse de la neutralidad sociológica de tantos debates sobre los determinismos sociales y la libertad humana.

Pero la vigilancia epistemológica no terminó nunca con el etnocentrismo: la denuncia intelectual del etnocentrismo de clase puede utilizarse como pretexto para el etnocentrismo intelectual o profesional. En efecto, en tanto que intelectual el sociólogo pertenece a un grupo que llega a admitir como natural los intereses, los esquemas de pensamiento, las problemáticas, en síntesis, todo el sistema de supuestos que está ligado a la clase intelectual como grupo de referencia privilegiado. No es casual que, cuando algunos intelectuales denuncian el desprecio que las clases cultas u otros intelectuales tienen por la «cultura de masas», concluyen teniendo con las clases populares una relación con ese tipo de bienes culturales que no es otro que el suyo, o –lo que es lo mismo– su contrario. Si el etnocentrismo del intelectual es particularmente insidioso, se debe a que la sociología espontánea o semi-científica que segrega la clase intelectual y que transmiten hebdomadarios, revistas o conversaciones de intelectuales, se critica menos fácilmente como precientífica que las formulaciones populares de los mismos lugares comunes, y porque de ese modo amenaza con cargar a

la investigación de prenociones indiscutidas y de problemas obligados: un medio tan fuertemente integrado se hace sentir sobre los que en él se desempeñan, o quizá más aún, sobre los que, como los estudiantes, esperan ingresar en él, un sistema de presiones tanto más eficaces cuanto que se presentan como las normas implícitas del buen tono o del buen gusto. Para resistir a las insinuaciones insidiosas y a las persuasiones clandestinas de un *consensus* intelectual que se disimula bajo las apariencias del *dissensus* y para «separar resueltamente todas las prenociones», que no tienen el mismo asidero en los intelectuales según los escuchen en el café de Flore o en el «bar de la esquina», no hay que temer estimular, contra una representación ingenua de la neutralidad ética como benevolencia universal, el prejuicio de atacar todas las ideas recibidas de la moda y hacer de la rebelión contra el signo de los tiempos una norma para la dirección del espíritu sociológico.

FORTALEZA CIENTÍFICA Y VIGILANCIA EPISTEMOLÓGICA

De modo que la sociología del conocimiento, de la que a menudo nos hemos servido para relativizar la validez del saber y, con más precisión, la sociología de la sociología, en la que se ha querido ver sólo el rechazo por el absurdo de las absurdas pretensiones del sociologismo, constituyen instrumentos particularmente eficaces del control epistemológico de la práctica sociológica. Si, para pensarse reflexionando, cada sociólogo debe recurrir a la sociología del conocimiento sociológico, no puede esperar escapar a la relativización por un esfuerzo, necesariamente estéril, por desprenderse completamente de todas las determinaciones que caracterizan su situación social y para acceder al sitio social del conocimiento verdadero en que Mannheim ubicaba a sus «intelectuales sin ataduras ni raíces». Hay pues que alejar la esperanza utópica de que cada uno pueda liberarse de las ideologías que inciden en su investigación por la sola virtud de reformar decisivamente un juicio que está socialmente condicionado o por un «auto-socio-análisis» que no tendría otro fin que el autosatisfacerse en y por el socioanálisis de otros. La objetividad de la ciencia no podría descansar en un fundamento tan incierto como la objetividad de los científicos. El saber de la reflexión epistemológica no podría plasmarse realmente en la práctica sino una vez establecidas las condiciones sociales de un control episte-

mológico, es decir, de un intercambio generalizado de críticas provistas, entre otras cosas, de la sociología de las prácticas sociológicas [M. Maget, *texto n° 44*].

Toda comunidad científica es un microcosmos social, con sus instituciones de control, de presión y formación, autoridades universitarias, jurados, tribunas críticas, comisiones, instancias de cooptación, etc., que determinan las normas de la competencia profesional y tienden a inculcar los valores que expresan.⁵ De tal modo, las oportunidades de que se produzcan obras científicas no dependen sólo de la fuerza de la resistencia que la comunidad científica es capaz de oponer, en cuanto tal, a las demandas más extrínsecas, ya se trate de lo que espera el gran público intelectual, de las presiones indirectas o explícitas de los usuarios y proveedores de fondos o de las exigencias de las ideologías políticas o religiosas, sino también del grado de conformidad con las normas científicas que la organización misma de la comunidad mantiene. Los sociólogos científicos que ponen el acento exclusivamente en la inercia del mundo científico como sociedad organizada a menudo no hacen más que trasplantar uno de los lugares comunes de la hagiografía científica, el de las miserias del descubridor: reduciendo un problema específico a las generalidades de las resistencias a la innovación, olvidan distinguir los efectos opuestos que puede producir el control de la comunidad científica, según que las minuciosas presiones de un tradicionalismo erudito ahoguen la investigación en la conformidad de una tradición teórica, o que la institucionalización de una vigilancia estimulante favorezca la ruptura continua con todas las tradiciones.⁶ La

5 Como lo subraya Duhem, la normatividad lógica no es suficiente, así como tampoco el conocimiento de las relaciones experimentalmente establecidas, para asegurar las condiciones de la renovación teórica: «La contemplación de un conjunto de leyes no basta para sugerir al físico qué hipótesis debe escoger para dar de esas leyes una representación teórica; también es preciso que los pensamientos habituales de aquellos en cuyo medio vive, y las tendencias que imprimió a su propia mente en sus estudios anteriores, terminen por guiarlo y restringir la libertad demasiado grande que las reglas de la lógica dejan a sus procedimientos» (P. Duhem, *La théorie physique, op. cit.*, pág. 388).

6 Se encontrará un ejemplo de este tipo de análisis que relaciona el misonismo de las comunidades científicas con factores tan genéricos como el espíritu de cuerpo o la inercia de los organismos académicos, en los trabajos de B. Barber (véase, por ejemplo, «Resistance by Scientists to Scientific Discovery», *Science*, vol. 34, n° 3479, 1 sep. de 1961, págs. 596-602).

pregunta referida a si la sociología es o no una ciencia, y una ciencia como las otras, debe sustituirse entonces por la pregunta sobre el tipo de organización y funcionamiento de la fortaleza científica, más favorable a la aparición y desarrollo de una investigación sometida a controles estrictamente científicos. A esta nueva pregunta no se la puede responder en términos de todo o nada: es preciso analizar, en cada caso, los múltiples efectos de los variados factores que concurren a determinar las oportunidades de aparición de una producción más o menos científica y distinguir, con más precisión, los factores que contribuyen a aumentar las oportunidades de científicidad de una comunidad científica en su conjunto y las posibilidades que cada científico tiene de beneficiarse con ellas en función de la posición que ocupa dentro de la comunidad científica.⁷

Se estará de acuerdo fácilmente en que todo lo que signifique intensificar el intercambio de informaciones y críticas, romper el aislamiento epistemológico mantenido por la división en compartimientos de las instituciones y reducir los obstáculos de la comunicación que se refieren a la jerarquía de las notoriedades o los estatus, la diversidad de las formaciones y las carreras, la proliferación de círculos encerrados en sí mismos para entrar en competencia o en conflicto declarado, contribuye a acercar a la comunidad científica, sometida a la inercia de las instituciones que debe darse para existir como tal, a la fortaleza ideal de

7 Para ver cómo las oportunidades individuales de descubrimientos dependen de aquellas vinculadas con la colectividad de la que forma parte el científico, basta mencionar fenómenos tan conocidos como las invenciones prematuras o las invenciones simultáneas. Es sabido que muchos descubrimientos no fueron considerados como tales sino retrospectivamente, por referencia a un cuadro teórico que faltaba en el momento de su aparición. La frecuencia de descubrimientos simultáneos no puede explicarse sino a condición de reubicar la invención respecto de un estado de la teoría, es decir, entre otras cosas, a un estado de la comunidad científica y de sus técnicas de control y comunicación en un momento dado. A propósito del principio de conservación de la energía, T. S. Kuhn dice que la convergencia de los descubrimientos no puede aparecer sino *a posteriori*, cuando los elementos dispersos han sido integrados en y por una teoría científica que, cuando es unánimemente reconocida, surge, por una cuasi-ilusión retrospectiva, como el desenlace necesario de descubrimientos convergentes (T. S. Kuhn, «Energy Conservation as an Example of Simultaneous Discovery», en *Critical Problems in the History of Science*, M. Clagett [comp.], Madison, University of Wisconsin Press, 1959, págs. 321-356).

los científicos en que podrían establecerse todas las comunicaciones científicas exigidas por la ciencia y su progreso y sólo éstas. Se puede apreciar qué alejada está de esta situación ideal la comunidad de sociólogos: muchas polémicas revelan frecuentemente oposiciones que radican sobre todo en adhesiones externas, pues parten del reconocimiento de los mismos valores científicos. Además, la eficacia científica de la crítica depende de la forma y estructura de los intercambios en los cuales se cumple: todo induce a considerar que el intercambio generalizado de críticas donde, como en el sistema de intercambios matrimoniales del mismo nombre, A criticaría a B que criticaría a C que criticaría a A, constituye un modelo más favorable para una integración orgánica del medio científico que, por ejemplo, el club de admiradores mutuos como intercambio restringido de buenos procedimientos o lo que casi no es mucho mejor, el intercambio de polémicas rituales por las cuales los adversarios cómplices consolidan mutuamente su estatus. En efecto, mientras que el intercambio restringido se satisface con la comunión en los supuestos implícitos, el intercambio generalizado obliga a multiplicar y diversificar los tipos de comunicación y de ese modo favorece la explicitación de los postulados epistemológicos. Además, como lo señala Michael Polanyi, tal «red de crítica continua» asegura la conformidad de todos a las normas comunes de la científicidad instituyendo, por la «transitividad de los juicios emitidos sobre los vecinos inmediatos», el control de cada uno sobre algunos (a saber lo que puede y debe juzgar como especialista) y por algunos (a saber los que pueden y deben juzgarlo como especialistas) [*M. Polanyi, texto n.º 45*]. Confrontando continuamente a cada científico con una explicitación crítica de sus operaciones científicas y de los supuestos que implican y obligándolo por este medio a hacer de esta explicitación el acompañante obligado de su práctica y de la comunicación de sus descubrimientos, este «sistema de controles cruzados» tiende a constituir y reforzar sin cesar en cada uno la aptitud de vigilancia epistemológica.⁸

Los efectos de la colaboración interdisciplinaria, frecuentemente presentada como una panacea científica, tampoco podrían ser desvinculados de las características sociales e intelectuales de la comunidad

8 Se encontrará un análisis de la función de control social en la construcción científica en G. Bachelard, *La formación del espíritu científico*, op. cit., cap. XII.

científica. Al igual que los contactos entre sociedades de tradiciones diferentes son oportunidades en que los supuestos inconscientes de algún modo se ven obligados a explicitarse, las discusiones entre especialistas de disciplinas diferentes pueden constituir la mejor medida del tradicionalismo de un cuerpo de científicos, es decir del grado en el que éste excluye inconscientemente de la discusión habitual los supuestos que hacen posible la misma. Los encuentros interdisciplinarios que, en el caso de las ciencias humanas, dan lugar frecuentemente a simples intercambios de «datos» o, lo que es lo mismo, de problemas no resueltos, hacen pensar en ese tipo arcaico de transacciones en que dos grupos ponen a disposición, uno del otro, los productos que pueden adueñarse sin siquiera verse.⁹

Es decir que la comunidad científica debe darse formas de sociabilidad específicas y que puede verse, como lo dice Durkheim, un síntoma de su heteronomía en el hecho de que en Francia, al menos, y aún hoy, se entrega muy a menudo a la complacencia de la mundanalidad intelectual: «Creemos –escribía Durkheim al final de *Las reglas del método sociológico*– que ha llegado el momento para la sociología de renunciar a los éxitos mundanos, por decirlo de algún modo, y adoptar el carácter esotérico que conviene a toda ciencia. Ganará así en dignidad y autoridad lo que pierda quizás en popularidad».¹⁰

9 Para darse cuenta de todo lo que el lenguaje, en el que un grupo de especialistas expresa sus problemáticas, debe a la tradición, en gran parte inconsciente, de la disciplina, basta pensar en los malentendidos que se producen en los diálogos entre especialistas, aun de disciplinas cercanas: ver, como a menudo se hace, el principio de todas las dificultades de comunicación entre las disciplinas, en la diversidad de lenguajes, es abstenerse de descubrir que los interlocutores se encierran en su lenguaje porque los sistemas de expresión son al mismo tiempo los esquemas de percepción y de pensamiento que hace existir a los objetos sobre los cuales vale la pena hablar.

10 É. Durkheim, *Les règles de la méthode sociologique*, op. cit., pág. 144.

Textos ilustrativos

Nota sobre la selección de los textos

Si para ilustrar los principios de la ciencia sociológica hemos recurrido a autores en otros sentidos muy distanciados, a riesgo de mostrarnos interesados en textos privados de su contexto, lo hicimos convencidos de que es posible definir los principios del conocimiento de lo social, independientemente de las teorías de lo social que separan las escuelas y las tradiciones teóricas. Por otro lado, si a menudo recurrimos a textos consagrados a las ciencias de la naturaleza para colmar lagunas de la reflexión propiamente epistemológica referida a la sociología, lo hicimos con la intención de aplicar, *mutatis mutandis*, los análisis clásicos de la filosofía de la ciencia a esa ciencia como las demás que es o que quisiera ser la sociología. Por último, si hemos tomado muchos textos sociológicos de la obra de los fundadores de la sociología, y en particular de la escuela durkheimiana, es porque creemos que el distraído reconocimiento que se concede hoy día a la metodología de Durkheim neutraliza sus logros epistemológicos más eficazmente de lo que lo haría un rechazo deliberado; y, más profundamente, porque la situación de comienzo es la más favorable para la explicitación de los principios que hacen posible un nuevo tipo de discurso científico.

Prólogo

SOBRE UNA EPISTEMOLOGÍA CONCORDATARIA

Es preciso situar explícitamente el pensamiento de Bachelard con respecto a la tradición de la filosofía del conocimiento y de la teoría de las ciencias, y en particular con respecto al realismo de Meyerson y al idealismo de Brunschvicg, para advertir la significación sintética de la *filosofía del no*, que integra y supera los logros de la reflexión anterior, constituyendo a la epistemología como reflexión sobre la ciencia en vías de realización. Al colocarse en el centro epistemológico de las oscilaciones, características de todo pensamiento científico, entre el poder de rectificación que corresponde a la experiencia y el poder de ruptura y de creación que corresponde a la razón, Bachelard puede definir como *racionalismo aplicado y materialismo racional* a la filosofía que se actualiza en «la acción polémica incesante de la Razón». Esta epistemología rechaza el formalismo y el fijismo de una Razón una e indivisible en favor de un pluralismo de los racionalismos ligados a los ámbitos científicos que racionalizan, y, asentando como axioma primero el «primado teórico del error», define el progreso del conocimiento como rectificación incesante: hay, pues, en ella una predisposición a suministrar un lenguaje y una asistencia teórica a las ciencias sociales que, para constituir su racionalismo regional, deben vencer obstáculos epistemológicos particularmente considerables.

1. G. CANGUILHEM

[...] En *La dialectique de la durée*, Bachelard declara que acepta casi todo el bergsonismo, menos la continuidad.¹ Creemos que esta profesión de fe es más sincera en lo que niega que en lo que afirma. Resueltamente hostil a la idea de continuidad, pero moderadamente bergsoniano, Bachelard no admite que la percepción y la ciencia sean funciones pragmáticas en continuidad. Pero lo que aquí le disgusta es más la continuidad que el pragmatismo, pues tampoco admite, con Émile Meyerson, que percepción y ciencia sean funciones especulativas en continuidad de esfuerzo para la identificación de lo diverso.² Seguramente está más cerca de una posición a la que cabría llamar, con precaución, cartesiana –pensando en la distinción entre entendimiento e imaginación–, posición común, en cierto sentido, a Alain y a Léon Brunschvicg, según la cual la ciencia se constituye en ruptura con la percepción y como crítica de ésta. Pero más cerca de Brunschvicg que de Alain, al inclinarse a aceptar y celebrar, como el primero, la subordinación de la razón a la ciencia, la instrucción de la razón por la ciencia,³ Bachelard, sin embargo, se aparta de aquél al acentuar la forma polémica, el aspecto dialéctico de la superación constitutiva del saber, en el que Léon Brunschvicg veía más bien el efecto de un progreso continuo, de corrección, sin duda, pero que, bien considerado, sólo requiere de la inteligencia una toma de conciencia de su norma propia, una «capacidad de transformarse por la atención que se presta a sí misma» [...].⁴

Pero situar la postura epistemológica de Bachelard por su relación con algunas otras no nos debe desviar de lo esencial, que es hacer comprender a quienes no vivieron el acontecimiento, precisamente qué acontecimiento fue, en 1927, la aparición, en la esfera de la filosofía francesa, de un estilo insólito –por no ser en absoluto mundano–, de un estilo a la vez denso, recio y sutil, madurado en el trabajo solitario, alejado de las modas y los modelos universitarios o académicos, de un estilo filosófico rural. Ahora bien, el primer imperativo de este estilo es enunciar las cosas como se las ve o como se las conoce, sin preocuparse

1 Véase pág. 16.

2 *Le rationalisme appliqué*, págs. 176-177.

3 *La philosophie du non*, pág. 144.

4 *Les âges de l'intelligence*, pág. 147.

por lograr aprobación mediante el empleo de la atenuación, de la concesión, del «si se quiere» o «en rigor». Con el «en rigor» se sacrifica muy pronto todo rigor y es esto lo que Bachelard no quiere sacrificar. Por eso, al afirmar que «la ciencia no es el pleonismo de la experiencia»,⁵ que aquélla se hace contra la experiencia, contra la percepción, contra toda actividad técnica usual, Bachelard, consciente de que de esta manera pone a la ciencia en extraña situación, se preocupa muy poco por saber si los hábitos intelectuales de sus contemporáneos les permitirán avenirse a sus tesis. La ciencia pasa a ser una operación específicamente intelectual que tiene una historia, pero no orígenes. Es la Génesis de lo Real, pero no se podría relatar su propia génesis. Puede ser descrita como re-comienzo, pero nunca captada en su balbuceo. No es la fructificación de un pre-saber. Una arqueología de la ciencia es un proyecto que tiene sentido; una prehistoria de la ciencia es un absurdo.

No para simplificar esta epistemología, sino para experimentar mejor su coherencia, quisiéramos extraer de ella un cuerpo de axiomas, cuya duplicación en código de normas intelectuales nos revela que su índole no es la de evidencias inmediatamente claras, sino más bien la de instrucciones laboriosamente recogidas y experimentadas [...].

El primer axioma se refiere al *Primado teórico del error*. «La verdad sólo tiene pleno sentido al cabo de una polémica. No podría haber aquí una verdad primera. Sólo hay errores primeros.»⁶ Observemos de pasada el estilo pitagórico y cartesiano de la forma gramatical. Verdad primera está en singular, errores primeros en plural. El mismo axioma se anuncia, más lapidariamente, así: «Una verdad sobre un fondo de error, ésa es la forma del pensamiento científico».⁷

El segundo axioma se refiere a la *Depreciación especulativa de la intuición*. «Las intuiciones son muy útiles: sirven para ser destruidas.»⁸ Este axioma se convierte en norma de confirmación según dos fórmulas. «En todas las circunstancias, lo *inmediato* debe dar paso a lo *construido*».⁹ «Todo dato debe ser recuperado como un resultado.»¹⁰

5 *Le rationalisme appliqué*, pág. 38.

6 «Idéalisme discursif», en: *Recherches philosophiques*, 1934-1935, pág. 22.

[Artículo reeditado en *Études*, París, Vrin, 1970, pág. 89].

7 *Le rationalisme appliqué*, pág. 48.

8 *La philosophie du non*, pág. 139.

9 *Ibid.*, pág. 144.

10 *Le matérialisme rationnel*, pág. 57.

El tercer axioma se refiere a la *Posición del objeto como perspectiva de las ideas*.¹¹ «Comprendemos lo real en la misma medida en que la necesidad lo organiza [...] Nuestro pensamiento va hacia lo real, no parte de éste.»¹²

Conviene insistir en el alcance de estos tres axiomas. En primer lugar, en un sentido es una trivialidad decir que la ciencia expulsa al error, que reemplaza a la ignorancia. No obstante, fue muy frecuente que filósofos o sabios vieran el error como un accidente lamentable, una torpeza que un poco menos de precipitación o de prevención nos habría evitado, y a la ignorancia como una privación del saber correspondiente. Todavía nadie había dicho con la insistente convicción de Bachelard que el espíritu es ante todo por sí mismo puro poder de error, que el error tiene una función positiva en la génesis del saber y que la ignorancia no es una especie de laguna o de ausencia, sino que tiene la estructura y la vitalidad del instinto.¹³ Igualmente, la toma de conciencia del carácter necesariamente hipotético-deductivo de toda ciencia había inclinado a los filósofos, desde fines del siglo XIX, a considerar insuficiente la noción de principios intuitivos, evidencias, datos o gracias, sensibles o intelectuales. Pero todavía nadie había consagrado tanta energía y obstinación como Bachelard en afirmar que la ciencia se hace contra lo inmediato, contra las sensaciones,¹⁴ que «la evidencia primera no es una verdad fundamental»,¹⁵ que el fenómeno inmediato no es el fenómeno importante.¹⁶ La malevolencia crítica no es una penosa necesidad que el sabio podría querer sortear, pues no es una consecuencia de la ciencia sino su esencia. La ruptura con el pasado de los conceptos, la polémica, la dialéctica, es todo lo que encontramos al término del análisis de los medios del saber. Sin exageración pero no sin paradoja, Bachelard ve en el rechazo el resorte propulsor del conoci-

11 Esta expresión figura en el *Essai sur la connaissance approchée*, pág. 246.

12 *La valeur inductive de la relativité*, págs. 240-241.

13 *La philosophie du non*, pág. 8; *La formation de l'esprit scientifique*, pág. 15. [Hay ed. en esp.: *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires, Argos, 1948, pág. 17. Reedición: Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.]

14 *La formation de l'esprit scientifique*, pág. 250 1ª ed. en esp., pág. 295].

15 *La psychanalyse du feu*, pág. 9. [Hay ed. en esp.: *El psicoanálisis del fuego*, Madrid, Alianza Editorial, 1966, pág. 7.]

16 *Les intuitions atomistiques*, pág. 160.

miento. Pero sobre todo nadie, como él, puso tanta paciencia, ingenio, cultura en multiplicar los ejemplos invocados en apoyo de esta tesis: creemos que el modelo de esta clase de ejercicio está en el pasaje en el que se apela al ejemplo del atomismo para probar que el beneficio del conocimiento reside únicamente en aquello que la rectificación de un concepto «suprime»¹⁷ en una intuición o en una imagen inicial. «El átomo es exactamente la *suma de las críticas* a las que se somete su imagen primera.»¹⁸ Y también: «El esquema del átomo propuesto por Bohr hace un cuarto de siglo se ha desempeñado, en este sentido, como una buena imagen; ya no queda nada de él.»¹⁹ Ya en una obra en la que se mostraba menos severo con el esquema de Bohr, Bachelard había denunciado el «carácter ilusorio de nuestras intuiciones primeras».²⁰ Para un filósofo según el cual «lo real no es jamás lo que podría creerse, sino siempre lo que debería haberse pensado»,²¹ la verdad no puede ser sino el «límite de las ilusiones perdidas».²²

No puede asombrar, entonces, que ningún realismo, y en particular el realismo empírico, resulte aceptable como teoría del conocimiento, en opinión de Bachelard. No hay realidad antes de la ciencia y fuera de ella. La ciencia no capta ni captura lo real, sino que indica la dirección y la organización intelectuales, según las cuales «se puede tener la seguridad de que nos acercamos a lo real».²³ Así como no son catálogos de sensaciones, los conceptos científicos tampoco son réplicas mentales de esencias. «La esencia es una función de la relación.»²⁴ Habiendo justificado, desde el *Essai sur la connaissance approchée*,²⁵ la subordinación del concepto al juicio, Bachelard retorna y consolida este planteo en ocasión de su examen de la física relativista. El juicio de inherencia aparece como un caso singular del juicio de relación, el atributo como una función de los modos, el ser como coincidente con las relaciones. «Es la re-

17 *La philosophie du non*, pág. 139.

18 *Ibid.*, pág. 139.

19 *Ibid.*, pág. 140.

20 *Les intuitions atomistiques*, pág. 193.

21 *La formation de l'esprit scientifique*, pág. 13 [1ª ed. en esp., pág. 15].

22 «Idéalisme discursif», en *op. cit.*

23 *La valeur inductive de la relativité*, pág. 203.

24 *Ibid.*, pág. 208.

25 Cap. 11: «La rectification des concepts».

lación la que dice todo, la que prueba todo, la que contiene todo.»²⁶ Es en el camino de la verdad donde el pensamiento encuentra lo real. En el orden de los juicios de modalidad «debe colocarse [...] al asertórico mucho después del apodíctico».²⁷ Por consiguiente, poco le importa a Bachelard que los aficionados a las clasificaciones escolares o los censores de ideologías heterodoxas coloquen etiquetas a un sistema que no es el suyo; sólo le importa su línea de pensamiento. Si se lo llama idealista cuando aborda la ciencia por la vía real de la física matemática, responde: *Idealismo discursivo*, es decir laborioso en su dialéctica y jamás triunfante sin vicisitudes. Si se lo llama materialista cuando penetra en el laboratorio del químico, responde: *Materialismo racional*, es decir instruido y no ingenuo, operante y no dócil; en una palabra: materialismo que no recibe su materia sino que la establece, que «piensa y trabaja a partir de un mundo recommencado».²⁸

Es que la realidad del mundo debe retomarse siempre cuando está bajo la responsabilidad de la razón. Y la razón nunca termina de ser desrazonable para tratar de ser cada vez más racional. Si la razón sólo fuera razonable, terminaría un día por satisfacerse con sus logros, por decir sí a su activo. Pero es siempre no y no. ¿Cómo explicarse este poder de negación permanentemente disparado? En una admirable fórmula, Bachelard dijo un día que «tenemos el poder de despertar a las fuentes».²⁹ Ahora bien, en el corazón del hombre hay una fuente que no se agota nunca, y a la cual, por tanto, nunca hace falta despertar: es la fuente misma de aquello a lo que la filosofía rindió homenaje desde antiguo en el soñar del cuerpo y del espíritu, la fuente de los sueños, de las imágenes, de las ilusiones. La permanencia de ese poder originario, literalmente poético, obliga a la razón a su esfuerzo permanente de negación, de crítica, de reducción. La dialéctica racional, la ingratitud esencial de la razón para con sus logros sucesivos no hacen más que designar la presencia, en la conciencia, de una fuerza infatigable de diversión de lo real, de una fuerza que acompaña siempre al pensamiento científico, pero no como una sombra, sino como una contra-luz [...].

26 *La valeur inductive de la relativité*, pág. 270.

27 *Ibid.*, pág. 245.

28 *Le matérialisme rationnel*, pág. 22.

29 *Essai sur la connaissance approché*, pág. 290.

Es preciso, pues, que el espíritu sea visión para que la razón sea revisión, que el espíritu sea poético para que la razón sea analítica en su técnica, y el racionalismo psicoanalítico en su intención. A veces llamé la atención que se denominara psicoanálisis a un proyecto filosófico aparentemente tan conforme a la actitud constante del racionalismo. Pero es porque se trata de algo muy distinto de la vocación optimista de la filosofía de las luces o del positivismo. No se trata de creerse o de llamarse racionalista. «¿Racionalistas? –dice Bachelard–. Tratamos de llegar a serlo.»³⁰ Y se explica así: «Pudo sorprender que un filósofo racionalista otorgue tanta atención a ilusiones y a errores, y que a cada paso necesite representar los valores racionales y las imágenes claras como rectificaciones de datos falsos».³¹ Pero ocurre que, contrariamente a lo que pudieron creer los racionalistas de los siglos XVIII y XIX, el error no es una debilidad sino una fuerza, la ensoñación no es un humo sino un fuego. Y como el fuego, se recupera sin cesar. «Consagraremos una parte de nuestros esfuerzos a mostrar que la ensoñación retoma sin cesar los temas primitivos y trabaja continuamente como un alma primitiva, a despecho de los logros del pensamiento elaborado, contra la propia instrucción de las experiencias científicas.»³²

Se pudo confiar en una reducción definitiva de las imágenes sensibles efectuada por la razón insensible, mientras no se sospechó hasta qué punto la imaginación sensualista puede tener la vivacidad profunda y renaciente de la sensualidad [...].

Los sentidos, en todos los sentidos de la palabra, fabulan. Reléase a este respecto, y a propósito de las primeras investigaciones sobre la electricidad, las reflexiones de nuestro filósofo sobre el carácter sensual del conocimiento concreto³³ y su conclusión sobre la inmutabilidad de los valores inconscientes.³⁴ Por tanto, ser racionalista no es tan sencillo como lo creyeron los hombres de la *Aufklärung*. El racionalismo es una filosofía costosa, una filosofía que no concluye, ya que se trata de «una filosofía que no ha tenido comienzo».³⁵

³⁰ *Ibid.*, pág. 10.

³¹ *Ibid.*, pág. 9.

³² *La psychanalyse du feu*, pág. 14 [ed. en esp., pág. 12].

³³ *Le rationalisme appliqué*, pág. 141.

³⁴ *Ibid.*, nota.

³⁵ *Le rationalisme appliqué*, pág. 123.

Al describir las sutilezas dialécticas de la razón como réplica a la profusa abundancia de los obstáculos epistemológicos, Bachelard ha logrado lo que tantos otros epistemólogos no consiguieron: comprender la anticiencia. Émile Meyerson, en suma, eludía con poco riesgo las dificultades que planteaba a la inteligencia filosófica la resistencia que la experiencia calificada, que el universo de la vida oponen al esfuerzo racional por la identidad de lo real. Llamando «irracional» a ese núcleo rebelde, Meyerson trataba de despreciarlo; pero al justificar que la razón lo «sacrificara», le reconocía, implícitamente, cierto valor que no dudaba en llamar también realidad. ¡Pero ya es demasiado dos realidades! De hecho la epistemología meyerersoniana se mantenía a base de maniqueísmo, incapaz de distinguir entre lo negativo y la nada. Tal es el destino inevitable de toda epistemología que importa a la filosofía los valores que sólo son propios de la ciencia y que considera absolutamente descalificada a la anticiencia por estar descalificada por y para la ciencia. Bachelard, por su parte, aunque tan ligado –pero diferentemente– a la ciencia como a la poesía, a la razón como a la imaginación, no tiene nada de maniqueo. Se decidió a asumir el papel y el riesgo de un «filósofo concordatario».³⁶ Cuando pone de manifiesto los arquetipos latentes de la imaginación imaginante, fomentando para la razón, es decir contra ella, los obstáculos a la ciencia que son los objetos de la ciencia, las objeciones a la ciencia, Bachelard no se constituye en abogado del diablo; se sabe cómplice del Creador. Con él, nuevamente, después de Bergson, la creación continua cambia de sentido. No sólo su epistemología no es cartesiana,³⁷ sino también, y ante todo, su ontología. La creación continua no es la garantía de la identidad del Ser o de su hábito, sino de su ingenuidad, de su renovación. «Los instantes son distintos porque son fecundos.»³⁸

GEORGES CANGUILHEM

«Sur une épistémologie concordataire»

36 *L'activité rationaliste de la physique contemporaine*, pág. 56.

37 *Le nouvel esprit scientifique*, pág. 135.

38 *L'intuition de l'instant*, pág. 112.

LOS TRES GRADOS DE LA VIGILANCIA

La vigilancia del primer grado, como espera de lo esperado o aun como atención a lo inesperado, es una actitud del espíritu empirista. La vigilancia del segundo grado supone la explicitación de los métodos y la vigilancia metódica indispensable para la aplicación metódica de los métodos; en este nivel se implanta el control mutuo del racionalismo y el empirismo mediante el ejercicio de un racionalismo aplicado que es la condición de la explicitación de las relaciones adecuadas entre la teoría y la experiencia. Con la vigilancia del tercer grado aparece la interrogación propiamente epistemológica, la única capaz de romper con el «absoluto del método» como sistema de las «censuras de la Razón», y con los falsos absolutos de la cultura tradicional que puede seguir actuando en la vigilancia del segundo grado. La libertad, tanto respecto de la cultura tradicional como de la historia empírica de las ciencias, obtenida por esta «crítica aguda», conduce a un «pragmatismo sobrenaturalizante» que busca en una historia recompuesta de los métodos y las teorías un medio para superar los métodos y las teorías. Como se ve, la sociología del conocimiento y de la cultura y, en particular, la sociología de la enseñanza de las ciencias, es un instrumento casi indispensable de la vigilancia del tercer grado.

2. G. BACHELARD

Se puede definir un cantón particular del superyó, al que se podría llamar el *superyó intelectual* [...].

La función de autovigilancia adopta, en los esfuerzos de cultura científica, formas compuestas muy aptas para mostrarnos la acción psíquica de la racionalidad. Estudiándola con más detenimiento tendremos una nueva prueba del carácter específicamente secundario del racionalismo. No estamos verdaderamente instalados en la filosofía de lo racional sino cuando comprendemos que comprendemos, cuando podemos denunciar con seguridad los errores y las apariencias de comprensión. Para que una autovigilancia sea completamente confiable, es preciso, de algún modo, que ella misma sea vigilada. Comienzan a aparecer así formas de *vigilancia de vigilancia*, lo que, para aligerar el lenguaje, designaremos con la notación exponencial: (vigilancia)². Incluso presentaremos los elementos de una vigilancia de vigilancia de vigilancia, o dicho de otro modo: de (vigilancia)³. Sobre este problema de la disciplina del espíritu es incluso bastante fácil captar el sentido de una psicología exponencial y apreciar cómo esta psicología exponencial puede contribuir al ordenamiento de los elementos dinámicos de la convicción experimental y de la convicción teórica. El encadenamiento de los hechos psicológicos obedece a causalidades muy diversas según el plan de su organización. Este encadenamiento no puede exponerse en el tiempo continuo de la vida. La explicación de encadenamientos tan diversos requiere una jerarquía. Esta jerarquía está acompañada de un psicoanálisis de lo inútil, de lo inerte, de lo superfluo, de lo inoperante [...].

Un físico vigila su técnica en el plano de la vigilancia de sus pensamientos. Constantemente necesita *confiar* en la marcha *normal* de sus aparatos. Permanentemente se cerciora de su buen funcionamiento. Lo mismo se aplica a los aparatos completamente psíquicos del pensamiento justo.

Pero después de haber sugerido la complicación del problema de la vigilancia por un pensamiento preciso, veamos cómo se instituye la vigilancia de vigilancia.

La vigilancia intelectual, en su forma simple, es la espera de un hecho *definido*, la localización de un acontecimiento *caracterizado*. No se vigila cualquier cosa. La vigilancia se dirige a un objeto más o menos bien designado, pero que, por lo menos, es pasible de un tipo de designa-

ción. No hay nada nuevo para un sujeto vigilante. La fenomenología de la novedad pura en el objeto no podría eliminar la fenomenología de la *sorpres*a en el sujeto. La vigilancia es, pues, conciencia de un sujeto que tiene un objeto, y conciencia tan clara que el sujeto y su objeto adquieren precisión juntos, uniéndose de una manera tanto más estrecha cuanto más exactamente prepare el racionalismo del sujeto la técnica de vigilancia del objeto examinado. La conciencia de la espera de un acontecimiento bien definido debe duplicarse dialécticamente con una conciencia de la disponibilidad de espíritu de modo que la vigilancia de un acontecimiento bien designado es, en realidad, una especie de ritmo-análisis de la atención central y de la atención periférica. Por muy alerta y atenta que esté, la vigilancia simple es, a primera vista, una actitud del espíritu empirista. En esta perspectiva, un hecho es un hecho, nada más que un hecho. La toma de conocimiento respeta la contingencia de los hechos.

La función de vigilancia de vigilancia sólo puede aparecer después de «un discurso del método», cuando la conducta o el pensamiento han encontrado métodos, cuando han valorizado métodos. Entonces, el respeto del método así valorizado impone actitudes de vigilancia que una vigilancia especial debe mantener. La vigilancia así vigilada es, en ese caso, al mismo tiempo conciencia de una forma y conciencia de una información. El racionalismo aplicado aparece con este «doblete». En efecto, se trata de aprehender *hechos formados*, hechos que actualizan los *principios de información*.

Por otro lado, podemos comprobar en esta ocasión cuán numerosos son los documentos que una enseñanza del pensamiento científico aporta a una psicología exponencial. Una educación del pensamiento científico ganaría en explicitar esta vigilancia de la vigilancia que es la nítida conciencia de la aplicación rigurosa de un método. Aquí, el método bien designado desempeña el papel de un *superyó* bien psicoanalizado en el sentido de que las faltas aparecen en una atmósfera serena; no son dolorosas, sino más bien educativas. Hay que haberlas cometido para poder alertar a la vigilancia de vigilancia, para poder instruirla. El psicoanálisis del conocimiento objetivo y del conocimiento racional trabaja en este nivel esclareciendo las relaciones de la teoría y la experiencia, de la forma y de la materia, de lo riguroso y lo aproximado, de lo cierto y lo probable, dialécticas todas que requieren *cen*suras *es*peciales para no pasar sin precauciones de un término al otro. Aquí se tendrá

ocasión a menudo de romper los bloqueos filosóficos; en efecto, son muchas las filosofías que se presentan con la pretensión de imponer un superyó a la cultura científica. En nombre del realismo, del positivismo, del racionalismo, a veces nos despojamos de la censura que debe garantizar los límites y las relaciones de lo racional y lo experimental. Apoyarse constantemente en una filosofía como en un absoluto es realizar una censura cuya legalidad no siempre se ha estudiado. La vigilancia de vigilancia, al trabajar sobre los dos extremos del empirismo y del racionalismo es, en muchos aspectos, un psicoanálisis mutuo de las dos filosofías. Las censuras del racionalismo y de la experiencia científica son correlativas.

¿En qué circunstancias podremos ver aparecer la (vigilancia)³? Evidentemente, cuando no sólo se vigile la aplicación del método, sino el método mismo. La (vigilancia)³ requerirá que se ponga a prueba el *método*, pedirá que se arriesguen en la experiencia las certidumbres racionales o que sobrevenga una crisis de interpretación de fenómenos debidamente comprobados. El superyó activo ejerce entonces, en uno o en otro sentido, una crítica aguda. Impugna no solamente al yo de cultura, sino a las formas antecedentes del superyó de cultura; en primer lugar, desde luego, la crítica se dirige a la cultura ofrecida por la enseñanza tradicional, y luego a la cultura razonada, a la historia misma de la racionalización de los conocimientos. De una manera más condensada, se puede decir que la actividad de la (vigilancia)³ se declara absolutamente libre con respecto a toda historicidad de cultura. La historia del pensamiento científico deja de ser una avenida necesaria; no es más que una gimnasia de aprendiz que debe ofrecernos ejemplos de emergencias intelectuales. Incluso cuando parece la continuación de una evolución histórica, la cultura vigilada en que pensamos recompone por recurrencia una historia bien ordenada que de ningún modo corresponde a la historia efectiva. En esta historia recompuesta, todo es valor. El (superyó)³ encuentra condensaciones más rápidas que los ejemplos diluidos sobre el tiempo histórico. Piensa la historia, sabiendo bien las dolencias que acarrearía el revivirla.

¿Haremos notar que la (vigilancia)³ capta relaciones entre la forma y el fin? ¿Que destruye lo absoluto del método? ¿Que juzga que el método es un momento de los progresos de método? A nivel de la (vigilancia)³ desaparece el pragmatismo fragmentado. Es preciso que el método haga la prueba de una finalidad racional que nada tiene que ver

con una utilidad pasajera. O, por lo menos, hay que encarar una especie de pragmatismo sobrenaturalizante, un pragmatismo designado como un ejercicio espiritual anagógico, un pragmatismo que buscaría motivos de superación, de trascendencia, y que se preguntaría si las reglas de la razón no son también censuras que hay que infringir.

GASTÓN BACHELARD

Le rationalisme appliqué

Introducción

Epistemología y metodología

EPISTEMOLOGÍA Y LÓGICA RECONSTRUIDA

Los sociólogos de la ciencia observan que la relación entre el científico y su práctica, por lo menos tal como él la reconstruye cuando la relata o la describe, está casi siempre mediada por representaciones sociales inspiradas en filosofías muy alejadas, a menudo, de la realidad del acto científico. En el caso de las ciencias sociales, la reinterpretación de los actos de la investigación se efectúa casi siempre de acuerdo con los cánones de la metodología como lógica reconstruida, muy alejada de la «lógica-en-acto» que orienta el procedimiento real de la invención.

Si la reconstrucción del procedimiento es uno de los medios de controlar el rigor lógico de una investigación,* puede tener consecuencias contrarias cuando se presenta como el reflejo del procedimiento real. De esta manera, podría ratificar la dicotomía entre los procedimientos reales, librados a la intuición y al azar, y el rigor ideal, que se puede actualizar con más facilidad en ejercicios formales o en reiteraciones de encuestas.** Así, pues, recordar la diferencia entre la lógica en acto del procedimiento científico y la lógica ideal de las reconstrucciones *post festum* no es favorecer la abdicación del hiperempirismo o la aventura del intuicionismo, sino reclamar una vigilancia epistemológica, mostrando que la inven-

* Véase *supra*, § 1, pág. 31, e *infra*, J. H. Goldthorpe y D. Lockwood, texto n° 6, pág. 148.

** Véase *supra*, § 1, pág. 61.

ción puede tener una lógica propia, diferente de la lógica de la exposición o de la demostración.

3. A. KAPLAN

Una lógica reconstruida no podría tener la pretensión de representar fielmente los procedimientos reales del científico, por dos razones. En primer lugar, puesto que la lógica efectúa evaluaciones, a menudo se interesa menos por lo que el científico hace que por lo que no hace. No obstante, la formulación y el perfeccionamiento de las hipótesis científicas ponen en juego operaciones que, después de todo, tienen su coherencia y no se las puede llamar ilógicas o extralógicas. Mi crítica, por tanto, se puede formular así: en la reconstrucción «hipotético-deductiva», los acontecimientos más decisivos del drama científico se representan entre bastidores. Los procesos en los cuales se genera realmente el conocimiento son, sin ninguna duda, determinantes para el proyecto científico, incluso desde un estricto punto de vista lógico. Ahora bien, la reconstrucción clásica pone en escena el desenlace, sin permitirnos conocer la intriga.

En segundo lugar, una lógica reconstruida no se presenta como una descripción, sino más bien como una idealización de la práctica científica. Ni el científico más cabal expresa sus procedimientos de una manera entera e irreprochablemente lógica; y las más bellas investigaciones traicionan todavía, en ciertos apartados, su carácter «demasiado humano». La lógica-en-acto está mezclada con los desechos de una *α*-lógica-en-acto y aun de una *il*ógica-en-acto. La reconstrucción idealiza la lógica de la ciencia porque sólo nos muestra lo que ésta *debería* ser si se consiguiera separarla de los actos reales y refinarla hasta su extremo grado de pureza.

Sin duda es legítimo defender la lógica reconstruida, pero solamente hasta cierto punto. Puede suceder que se lleve tan lejos la idealización que ya sólo tenga interés para el desarrollo de la misma ciencia lógica, sin ayudarnos mayormente a comprender y a juzgar la práctica científica real. Algunas reconstrucciones han sido idealizadas hasta tal punto que, como observaba Max Weber con cierta amargura, «a menudo es difícil que las disciplinas especializadas se reconozcan en ellas a simple

vista». En el peor de los casos, el lógico puede llegar a enfrascarse tanto en el arte de refinar la potencia y la belleza de su instrumento que pierde de vista el material al que debería aplicarlo. En el mejor, debe abandonarse a un platonismo dudoso, postulando que la manera adecuada de analizar y de comprender un fenómeno consiste en referirse a su arquetipo, es decir a su forma pura, abstraída de toda aplicación concreta. Éste, desde luego, es *un* procedimiento posible, pero no estoy seguro de que sea siempre el mejor.

El mayor peligro en cuanto a la confusión de la lógica-en-acto con una lógica reconstruida, y muy en particular con una lógica fuertemente idealizada, reside en que, sutilmente, se suprime la autonomía de la ciencia. El poder normativo de la lógica no tiene necesariamente el efecto de mejorar la lógica-en-acto; puede conducirla a conformarse estrechamente con las estipulaciones de la lógica reconstruida. Frecuentemente se dice que las ciencias del hombre deberían dejar de afanarse por imitar a las ciencias físicas. Creo que esta recomendación constituye un error: hay que mantener un prejuicio favorable a las operaciones de conocimiento que ya han dado pruebas de eficacia en la búsqueda de la verdad. Lo importante, en mi opinión, es que las ciencias del hombre dejen de querer imitar la imagen de las ciencias físicas que pretenden imponer ciertas reconstrucciones particulares.

ABRAHAM KAPLAN

*The Conduct of Inquiry, Methodology
for Behavioral Science*

1. La ruptura

1. Prenociones y técnicas de ruptura

LAS PRENOCIONES COMO OBSTÁCULO EPISTEMOLÓGICO

La impugnación de las «verdades» del sentido común se ha convertido en un lugar común del discurso metodológico, lo que puede hacerle perder toda su fuerza crítica. Bachelard y Durkheim demuestran que la impugnación punto por punto de los prejuicios del sentido común no puede reemplazar al cuestionamiento radical de los principios en los que se asienta: «Frente a lo real, lo que cree saberse claramente ofusca lo que debiera saberse. Cuando se presenta, ante la cultura científica, el espíritu jamás es joven. Hasta es muy viejo, pues tiene la edad de sus prejuicios. [...] La opinión piensa mal; no piensa; traduce necesidades en conocimientos. Al designar a los objetos por su utilidad se prohíbe el conocerlos. [...] No es suficiente, por ejemplo, rectificarla en casos particulares, manteniendo, como una especie de moral provisional, un conocimiento vulgar provisional. El espíritu científico nos impide tener opinión sobre cuestiones que no comprendemos, sobre cuestiones que no sabemos formular claramente».* Las tardanzas o los errores del conocimiento sociológico no se deben solamente a causas extrínsecas, tales como la complejidad y la fugacidad de los fenómenos considerados, sino a las funciones sociales de las prenociones que obstaculizan la ciencia sociológica: las opiniones primeras deben su fuerza no sólo al hecho de que se presentan como una tentativa de explicación sistemática, sino también al hecho de

* G. Bachelard, *La formation de l'esprit scientifique*, op. cit., pág. 14 (véase ed. en esp., pág. 16).

que las funciones que cumplen constituyen en sí mismas un sistema.

4. É. DURKHEIM

Cuando un nuevo orden de fenómenos se hace objeto de una ciencia, ellos ya se encuentran representados en el espíritu, no sólo por imágenes sensibles, sino por especies de conceptos groseramente formados. Antes de los primeros rudimentos de física y química, los hombres ya tenían nociones sobre los fenómenos físico-químicos, que superaban a la pura percepción. Pueden servir como ejemplo las que encontramos mezcladas en todas las religiones. Es porque, en efecto, la reflexión es anterior a la ciencia, que sólo se sirve de ella con un método mejor. El hombre no puede vivir en medio de las cosas sin formularse sus ideas sobre ellas, a las cuales ajusta su conducta. [...] En efecto, estas nociones o conceptos, como quiera llamárselos, no son sustitutos legítimos de las cosas. Productos de la experiencia vulgar, tienen por objeto, ante todo, armonizar nuestras acciones con el mundo que nos rodea; están estructuradas por la práctica y para ella. Ahora bien: una representación puede estar en condiciones de desempeñar útilmente este papel, siendo teóricamente falsa. Hace ya muchos siglos que Copérnico dispuso las ilusiones de nuestros sentidos, tocantes al movimiento de los astros; sin embargo, todavía ordenamos corrientemente la distribución de nuestro tiempo de acuerdo con estas ilusiones. Para que una idea suscite adecuadamente los movimientos que reclama la naturaleza de una cosa, no es preciso que exprese fielmente esta naturaleza; basta que nos haga sentir lo que la cosa tiene de útil o de desventajoso, cómo puede servirnos y cómo puede dañarnos. Y aun las nociones así formadas sólo presentan esta justeza práctica en forma aproximativa y solamente en la generalidad de los casos. ¡Cuántas veces son tan peligrosas como inadecuadas! No es, pues, elaborándolas, de la manera que sea, como se llegará jamás a descubrir las leyes de la realidad. Por el contrario, son como un velo que se interpone entre las cosas y nosotros, que nos las disfrazan tanto mejor cuanto más transparente lo creemos [...].

Las nociones a que acabamos de referirnos son las *nociones vulgares* o *prenociones* que señala en la base de todas las ciencias como ocupando el

lugar de los hechos. Son los *ídola*, especie de fantasmas que nos desfiguran el verdadero aspecto de las cosas y que sin embargo tomamos por las cosas mismas. Y como este medio imaginario no ofrece resistencia alguna al espíritu, al no sentirse éste contenido por nada se abandona a ambiciones sin límite y cree posible construir, o mejor dicho, reconstruir el mundo con sus propias fuerzas y a la medida de sus deseos.

Si así fue para las ciencias naturales, con mayor razón debía suceder en sociología. Los hombres no han esperado el surgimiento de la ciencia social para formarse sus ideas respecto del derecho, la moral, la familia, el Estado y aun la sociedad, pues les eran imprescindibles para vivir. Ahora bien, es precisamente en sociología donde esas prenociones, para retomar la expresión de Bacon, están en condiciones de dominar los espíritus y sustituir a las cosas. En efecto, las cosas sociales sólo se realizan a través de los hombres; son un producto de la actividad humana. No parecen ser ninguna otra cosa que la puesta en práctica de ideas, innatas o no, que llevamos en nosotros, y su aplicación a las diversas circunstancias que acompañan a las relaciones de los hombres entre sí. [...]

Lo que termina por acreditar este punto de vista es que, como la vida social en todo su detalle desborda ampliamente los límites de la conciencia, ésta no puede tener una percepción suficientemente intensa de ella como para sentir su realidad. Al no tener una ligazón lo bastante cercana ni próxima a nosotros, todo eso nos impresiona fácilmente como una materia medio irreal e indefinidamente plástica, que no se sostiene en nada y flota en el vacío. Es por esto que tantos pensadores sólo han visto en las coordinaciones sociales combinaciones artificiales, más o menos arbitrarias. Pero si bien se nos escapan los detalles, las formas concretas y particulares, nos representamos por lo menos los aspectos más generales de la existencia colectiva y, aunque sea en forma grosera y aproximada, son precisamente estas representaciones esquemáticas y sumarias las que constituyen las prenociones de que nos servimos para los usos corrientes de la vida. Por lo tanto, no podemos ni soñar en poner en duda su existencia, ya que la percibimos al mismo tiempo que la nuestra propia. No sólo están en nosotros, sino que, siendo un producto de repetidas experiencias, tienen una especie de ascendiente y autoridad surgidas de esa misma repetición y del hábito resultante. Sentimos su resistencia en cuanto buscamos liberarnos de ellas; y no podemos dejar de considerar como real a lo que se nos

opone. Todo contribuye, pues, a hacernos ver en ellas la verdadera realidad social. [...]

Estas nociones vulgares no se encuentran sólo en la base de la ciencia, sino también, y con gran frecuencia, en la trama de los razonamientos. En el estado actual de nuestros conocimientos, no sabemos con certeza lo que es el Estado, la soberanía, la libertad política, la democracia, el socialismo, el comunismo, etcétera; por razones de método debería, pues, prohibirse todo uso de estos conceptos, en tanto no estén científicamente constituidos. Y, sin embargo, las palabras que los expresan aparecen sin cesar en las discusiones de los sociólogos. Se las emplea corrientemente y con seguridad, como si correspondieran a cosas bien conocidas y definidas, mientras que sólo despiertan en nosotros nociones confusas, mezclas indiferenciadas de impresiones vagas, de prejuicios y pasiones. Nos burlamos hoy de los singulares razonamientos que los médicos medievales construían con las nociones del calor, del frío, de lo húmedo, lo seco, etcétera, y no advertimos que continuamos aplicando ese mismo método respecto de cierto orden de fenómenos que lo supone menos que ninguno, a raíz de su extrema complejidad.

Este carácter ideológico es todavía más adecuado en las ramas especiales de la sociología.

De la misma manera, todos los problemas que habitualmente se plantea la ética ya no tienen relación con cosas, sino con ideas; se trata de saber en qué consiste la idea del derecho, la idea de la moral, no cuál es la naturaleza del derecho y de la moral tomados en sí mismos. Los moralistas no han llegado todavía a la sencillísima concepción de que, así como nuestra representación de las cosas sensibles viene de las cosas mismas y las expresa más o menos exactamente, nuestra representación de la moral proviene del espectáculo mismo de las reglas que funcionan ante nuestros ojos y las representan esquemáticamente; que, por consiguiente, son estas reglas y no nuestra sumaria visión de ellas la que constituye la materia de la ciencia, de la misma manera que la física tiene por objeto los cuerpos tal como existen y no la idea que de ellos se hace el vulgo. Resulta de ello que se toma por base de la moral lo que sólo es su cúspide, o sea la forma en que se prolonga en las conciencias individuales y el eco que encuentra en ellas. [...]

Hay que descartar sistemáticamente todas las prenociones. No es preciso dar una especial demostración de esta regla; ello resulta de todo lo ya dicho. Por otra parte, esta regla es la base de todo método científico. La

duda metódica de Descartes, en el fondo, es sólo una aplicación de ella. Si en el momento de fundar la ciencia Descartes se impone como ley poner en duda todas las ideas recibidas anteriormente, es porque sólo quiere emplear conceptos científicamente elaborados, es decir, contruidos según el método que instituye; todos los que tengan otro origen deben ser rechazados, por lo menos provisionalmente. Ya hemos visto que la teoría de los ídolos, en Bacon, tiene el mismo sentido. Las dos grandes doctrinas que tan a menudo se han querido oponer, concuerdan con este punto esencial. Es necesario, pues, que el sociólogo, ya sea en el momento en que determina el objeto de sus investigaciones o en el curso de sus demostraciones, se prohíba resueltamente el empleo de esos conceptos formados fuera de la ciencia y para necesidades para nada científicas. Es preciso que se libere de esas falsas evidencias que dominan el espíritu del vulgo; que sacuda, de una vez por todas, el yugo de esas categorías empíricas que una larga costumbre acaba a menudo por transformar en tiránicas. Si alguna vez la necesidad lo obliga a recurrir a ellas, que por lo menos lo haga teniendo conciencia de su poco valor, para no dejarlas desempeñar en su doctrina un papel del que son tan poco dignas.

ÉMILE DURKHEIM

Las reglas del método sociológico

LA DEFINICIÓN PROVISIONAL COMO INSTRUMENTO DE RUPTURA

La exigencia durkheimiana de la definición previa, tan frecuentemente condenada como momento obligado del ritual de la exposición escolar, y que ha sido recientemente objeto de una rehabilitación «operacionalista» que tampoco le hace justicia, tiene como función primordial descartar las prenociones, es decir las preconstrucciones de la sociología espontánea, construyendo el sistema de relaciones que define al hecho científico.

5. M. MAUSS

Nos resta determinar el método que conviene más a nuestro objeto. Aunque pensemos que no es necesario agitar continuamente los problemas de metodología, sin embargo, creemos que tiene interés explicar ahora los procedimientos de definición, de observación, de análisis que se aplicarán en el curso de este trabajo. Así podrá hacerse con más facilidad la crítica de cada uno de nuestros pasos y comprobar sus resultados.

Partiendo de que la oración, elemento integrante del ritual, es una institución social, el estudio tiene una materia, un objeto, algo a lo que podemos y debemos entregarnos. En efecto, mientras que para los filósofos y los teólogos, el ritual es un lenguaje convencional a través del cual se expresa, de modo imperfecto, el juego de las imágenes y de los sentimientos íntimos, para nosotros constituye la realidad misma.

Puesto que contiene todo lo que hay de activo y de vivo en la oración: guarda en reserva todo lo que tuvo sentido en las palabras, contiene en germen todo lo que podremos deducir, a través de síntesis nuevas: las prácticas y las creencias sociales que se encuentran condensadas en él están cargadas del pasado y del presente y preñadas de porvenir. Por lo tanto, cuando se estudia la oración desde este aspecto, deja de ser algo inexpresable e inaccesible. Se transforma en una realidad definida, en un dato concreto, en algo preciso, consistente y polarizador de la atención del observador.

Definición. –Si ya sabemos que existe en alguna parte un sistema de hechos denominados oraciones, no obstante, tenemos todavía de ello una idea confusa: no conocemos su amplitud ni sus límites exactos. Así pues, necesitaremos, ante todo, transformar esta impresión indecisa y flotante en una noción distinta. Éste es el objeto de la definición. No se trata, entendámonos bien, de definir en conjunto la sustancia misma de los hechos. Tal definición sólo puede venir al término de la ciencia; lo que vamos a hacer al principio no puede pasar de provisional. Está destinado exclusivamente a emprender la investigación, a determinar a la cosa que ha de estudiarse, sin hacer anticipaciones acerca de los resultados del estudio. Se trata de saber qué hechos merecen ser calificados como oraciones. Pero, a pesar de su provisionalidad, esta definición habrá de hacerse con el máximo cuidado, ya que va a determinar el proceso del trabajo. Facilita, en efecto, la investigación, puesto que delimita el campo de la observación. Al mismo tiempo, da metodividad a la verificación de las hipótesis. Gracias a ella, podemos escapar de lo arbitrario, nos obliga a considerar todos los hechos de la oración y sólo estos hechos. A partir de aquí, la crítica puede hacerse de acuerdo con reglas precisas. Para discutir una proposición, hay que ver: que la definición era incorrecta y viciada toda la secuencia del razonamiento, o que se ha descuidado determinado hecho que entraba en la definición, o bien, resumiendo, que se hace entrar en el campo de investigación a hechos que no se habían considerado.

Por el contrario, cuando la nomenclatura no está delimitada, el autor pasa insensiblemente de un orden de hechos a otro, o bien, un mismo orden de hechos ostenta diferentes nombres según los autores. Los inconvenientes derivados de la ausencia de definición son particularmente sensibles en la ciencia de las religiones, en la que no ha habido

excesiva preocupación por definir. Por ejemplo, los etnógrafos, después de decir que esa u otra sociedad desconoce la oración, citan «cantos religiosos» sacados de numerosos textos rituales que han observado. Una definición previa nos ahorrará estas deplorables oscilaciones y estos interminables debates entre autores que, sobre el mismo objeto, hablan de cosas distintas. Dado que esta definición aparece al comienzo de la investigación, es decir, en un momento en el que los hechos solamente son conocidos desde fuera, no puede hacerse más que por medio de signos exteriores. Se trata, exclusivamente de delimitar el objeto de estudio y, en consecuencia, señalar sus contornos. Necesitamos encontrar algunos caracteres aparentes, lo bastante sensibles como para que nos permitan reconocer, casi a primera vista, todo lo que es oración. Pero, por otro lado, esos mismos caracteres deben ser objetivos. No hay que fiarse de nuestras impresiones, ni de nuestras preconcepciones, ni tampoco de las de los campos observados. Nos cuidaremos muy bien de decir que un acto religioso es una oración por el simple hecho de que así nos lo parezca a nosotros, o porque los fieles de esta o aquella religión lo denominen así. Del mismo modo que el físico define el calor por la dilatación de los cuerpos y no por la impresión de la temperatura, nosotros buscaremos el carácter en el que debe expresarse la oración, en las cosas mismas. Definir según las impresiones es igual que no definir; pues nada hay más inestable que una impresión: cambia de un individuo a otro y de un pueblo a otro; varía, en un individuo, como en un pueblo, según el estado de ánimo en que éste se encuentra. Así, cuando en vez de constituir –arbitrariamente, supongamos, pero con la preocupación de la lógica y con el sentido de lo concreto– la noción científica de la oración, la componemos con la ayuda de elementos tan inconsistentes como el sentimiento de los individuos, la vemos oscilar entre los contrarios, en detrimento del trabajo. Se denomina oraciones a las cosas más dispares, en un mismo trabajo y por un mismo autor, o bien siguiendo a autores que dan al término sentidos diversos o, por último, según las civilizaciones estudiadas. De esta manera, se acaba oponiendo como contradictorios hechos que se deducen de un mismo género, o bien acabamos confundiendo hechos que necesitamos distinguir. Por la misma razón que la antigua física atribuía dos naturalezas diferentes al calor y al frío, un idealista todavía hoy se resistirá a admitir que existía alguna clase de parentesco entre la oración y el grosero encantamiento mágico. El único medio de escapar de distinciones tan arbitrarias,

como ciertas confusiones, es prescindir, de una vez, de todas esas prenociones subjetivas e ir directamente a la institución misma. Con tal condición, esta definición inicial constituirá ya un primer beneficio para la investigación. [...]

Cuando nosotros decimos «la oración», no consideramos que exista en algún lugar una entidad social que merezca ese nombre, y acerca de la cual vayamos a ponernos inmediatamente a especular. Una institución no es una unidad indivisible, distinta de los hechos que la expresan; una institución es el sistema de los hechos. «La religión» no sólo no existe, sino que únicamente hay religiones particulares, e incluso cada una de éstas no es sino un conjunto más o menos organizado de creencias y de prácticas religiosas. Del mismo modo, la palabra oración es, en rigor, un sustantivo con el que significamos un conjunto de fenómenos, cada uno de los cuales constituye individualmente una oración. Lo que pasa, en realidad, es que todos ellos tienen en común ciertos caracteres propios que podemos deducir por medio de una abstracción. En consecuencia, podemos reunirlos bajo un mismo nombre que los designe a todos y cada uno de ellos.

Ahora bien, no hemos de forzarnos inútilmente si, para constituir esta noción, nos desvinculamos por completo de las ideas corrientes. De ningún modo se trata de emplear en un sentido totalmente nuevo una palabra que utiliza todo el mundo, sino de sustituir el confuso concepto usual por una idea más clara y distinta. El físico no desfigura el sentido de la expresión calor cuando la define por la dilatación. El sociólogo tampoco desfiguraría el sentido de la palabra oración cuando delimite su extensión y su alcance. Su único fin es sustituir sus impresiones personales por un signo objetivo que disipe las anfibologías y las confusiones y nos prevenga de los juegos de palabras, al tiempo que evite los neologismos.

MARCEL MAUSS

«La oración»

EL ANÁLISIS LÓGICO COMO COADYUVANTE DE LA VIGILANCIA EPISTEMOLÓGICA

La clarificación de los conceptos y la formulación de las proposiciones y de las hipótesis, en una forma tal que sean susceptibles de una verificación experimental, es una de las condiciones fundamentales del rigor y uno de los instrumentos más eficaces de la vigilancia epistemológica. Conceptos tomados del lenguaje común tales como «conformismo»* o «aburguesamiento» requieren muy particularmente un examen destinado a explicitar sus supuestos, probar su coherencia y determinar las consecuencias de las proposiciones que implican. Seguramente sería esperar demasiado de los automatismos de la abstracción clasificatoria (véase *supra*, § 6, pág. 49) el ver en el esquema formalizado propuesto por los autores un plan *omnibus* para la verificación experimental; pero por lo menos el análisis lógico que permite desarrollar pone bien de manifiesto las ambigüedades que encubre la noción semicientífica de «aburguesamiento».

6. J. H. GOLDTHORPE Y D. LOCKWOOD

El enriquecimiento de la clase obrera ha hecho decir que la estructura de la sociedad británica se transforma. Muchos autores sostienen que la clase obrera, o por lo menos su fracción más próspera, está a punto de

* Puede encontrarse otro ejemplo de este estilo de análisis en M. Jahoda, «Conformity and Independence», *Human Relations*, abril de 1959, págs. 99 y sigs.

perder su identidad fundiéndose en la clase media. En otras palabras, se pretende que hay numerosos trabajadores manuales asalariados a los que, desde el punto de vista social, ya no se puede distinguir de los miembros de otros grupos –por ejemplo, empleados de oficina, artesanos calificados o técnicos subalternos– que hasta hace poco eran socialmente superiores a ellos.

Obsérvese que, en este caso, se trataría de una transformación de las estructuras sociales mucho más rápida y de un alcance mucho mayor que la que resultaría de la evolución tendencial que afecta a la distribución de los empleos, la distribución general de los ingresos y las riquezas, o las tasas de movilidad social de una generación a otra: en efecto, se afirma que, en el período de una vida, grupos numéricamente importantes hacen la experiencia, no solamente de un nítido aumento de su nivel de vida, sino también de una transformación fundamental de su modo de vida y de su posición en la escala social con relación a otros grupos sociales con los cuales están habitualmente en contacto. Esto implica, pues, además de las transformaciones económicas, otras que afectan a los valores, las actitudes y las aspiraciones, los modelos de conducta, y la estructura de las relaciones que forman la trama de la vida social. [...]

Todas las transformaciones tendenciales de largo plazo que acabamos de mencionar fueron invocadas, en un momento u otro, como elementos de explicación de los cambios observados en la clientela de los partidos políticos, y en particular, claro está, de la extinción del electorado laborista desde hace diez o más años. Pero sobre todo a la tesis del *«embourgeoisement»** de la clase obrera se le adjudicó una significación política cuando el partido laborista fue derrotado, por tercera vez consecutiva, en las elecciones de 1959. Por ejemplo, en su estudio sobre esas elecciones, Butler y Rose han afirmado que los resultados «establecen claramente que no se puede pasar por alto el desplazamiento hacia los conservadores, como si sólo se tratara de un cambio pasajero del viento electoral. También entran en juego factores de largo plazo. El incremento regular de la prosperidad ha afectado las actitudes tradicionales de la clase obrera...». Según la opinión de estos autores, gran cantidad de trabajadores manuales están, por lo menos, «en el umbral de

* En francés en el texto original.

la clase media». El mismo tema fue retomado por «revisionistas» del partido laborista, como Crosland: «Aunque el movimiento que se esboza contra el *Labour* no sea de una gran importancia numérica —escribe—, hay que tomarlo en serio porque refleja claramente una corriente de largo plazo. Además, parece estar determinado por ciertas transformaciones económicas y sociales subyacentes que no sólo son irreversibles, sino que aún no han concluido». Las fuerzas de la transformación «hacen tambalear poco a poco las barreras entre la clase obrera y la burguesía...» y el apoyo al partido laborista se debilita en virtud de una crisis de la identificación social: «Gente a la que objetivamente se ubicaría en la clase obrera por su oficio o por su pertenencia familiar ha alcanzado los ingresos, el modo de consumo y a veces la psicología de la clase media».

Nuestra intención en este trabajo no es determinar si, y en qué medida, la orientación electoral antilaborista está realmente ligada con procesos de cambio irreversibles. Pero pensamos que de ningún modo se puede considerar decisivas a estas interpretaciones de la declinación del partido laborista. En primer lugar, es posible invocar razones muy distintas para explicar la derrota del partido laborista, sin recurrir a la tesis del aburguesamiento de los obreros. En segundo lugar, antes de que se pueda introducir útilmente esta tesis confiriéndole una función explicativa, una precaución elemental consiste en hacerse una idea clara de lo que implica y también, naturalmente, probar su valor confrontándola con los hechos. Ahora bien, en esta situación y aún sin hablar de la prueba de los hechos, esa tesis no llega a satisfacer las exigencias de la claridad.

Desde el punto de vista sociológico, la tesis según la cual la fracción acomodada de los trabajadores manuales de un país se diluye en la clase media implicaría esencialmente lo siguiente:

a) Que esos trabajadores y sus familias adquieren un nivel de vida, en términos de ingresos y de bienes materiales, que los sitúa en un plano de igualdad por lo menos con la capa inferior de la clase media. En este caso, se señalan algunos aspectos específicamente económicos de la estratificación social.

b) Que esos mismos trabajadores adquieren también nuevas perspectivas sociales y normas de conducta que son más características de la clase media que de la clase obrera. En este caso, se señala lo que se puede llamar el aspecto normativo de la clase.

c) Que teniendo una posición económica y una orientación normativa similares a las de numerosas personas de la clase media, esos trabajadores manuales son tratados por éstas en un pie de igualdad en todas las relaciones sociales, desde las más ritualizadas a las más espontáneas. Esto es lo que se podría llamar el aspecto relacional de la clase. [...]

Para las exigencias del razonamiento, supondremos en primer lugar realizada la igualdad económica entre los grupos de la clase obrera y los de la clase media, para prestar atención a los otros dos aspectos que hemos distinguido: los aspectos relacional y normativo. Estos dos aspectos de la clase social (ya que así los hemos considerado) pueden ser conectados directamente con los conceptos de «grupo de pertenencia» y de «grupo de referencia». [...]

El caso que aquí nos interesa es aquel en el que progresivamente una persona se aparta, o de hecho se encuentra apartada, de las normas de su grupo de pertenencia, y toma como grupo de referencia a otro grupo en el que, según los casos, es o no es aceptada. Tales son, en nuestra opinión, los ejes a los que, en última instancia, hay que referirse para comprender los cambios de estructura social, entendidos en un sentido más amplio que el simple sentido económico, y comprendidos como una forma específica del proceso general según el cual los individuos se vinculan con un grupo social o se desvinculan de él.

Interpretado en términos de clase, el análisis –propuesto por Merton– del paso del grupo de pertenencia al grupo de referencia indica claramente que el problema del aburguesamiento del obrero implica un proceso complejo de transformación *social* más que una reacción espontánea del individuo en condiciones económicas modificadas. Es muy posible que cierto nivel de desahogo material sea una condición previa del aburguesamiento de la clase obrera, ya que ése es el medio esencial para asegurarse el estilo de vida de la clase media e ingresar en ella. Pero es un error adherir a un determinismo económico ingenuo, como aparentemente han hecho algunos autores, e imaginarse que la prosperidad de la clase obrera constituye, por sí sola, la condición *suficiente* de su *embourgeoisement*. Sólo podría considerarse que esta posibilidad es real, creemos nosotros, si se cumplen las siguientes condiciones particulares:

a) Cuando hay individuos de la clase obrera que tienen una razón para rechazar las normas de su clase y se sienten predispuestos e inclinados a hacer suyas las miras de la clase media.

b) Cuando, además, son capaces de resistir la presión del conformismo dentro del grupo obrero –su grupo de pertenencia–, ya sea porque se alejan de él, o porque dicho grupo, por una u otra razón, pierde su cohesión y por lo tanto su autoridad sobre sus miembros.

c) Cuando se les ofrecen reales posibilidades de hacerse aceptar por los grupos de la clase media a los que aspiran pertenecer.

En ese caso el proceso real de transición puede representarse en la forma del Cuadro I, cuyos cuatro compartimientos resultan de la combinación del aspecto relacional y del aspecto normativo de la clase:

CUADRO I. *Asimilación por aspiración*

	<i>Grupo de referencia</i>	
	(a)	(b)
	Adhesión a las normas de la clase obrera	Adhesión a las normas de la clase media
<i>Grupo de pertenencia</i>	(d) Posición «no integrada»	C Obrero que aspira a una promoción social
	(c) Posición «integrada»	D Obrero asimilado
	A Obrero tradicional	

Las dos alternativas que pueden permitir caracterizar la situación social del obrero se establecen como sigue:

- 1º: a) Se refiere a normas que son esencialmente del tipo «clase obrera», o bien
b) Se refiere a normas que son esencialmente del tipo «clase media».

- 2º: a) Está integrado a un grupo de pertenencia de la clase cuyas normas comparte, o bien
 b) No está integrado a un grupo de pertenencia de la clase cuyas normas comparte.

Así, comprendido por referencia a este cuadro, el proceso de *embourgeoisement* se descompone en tres movimientos: de A a B, de B a C y de C a D.

Un cuadro como éste permite formalizar de una manera relativamente sistemática y no ambigua la tesis del *embourgeoisement*, y encarar su verificación experimental. Este tipo de presentación esquemática permite hacer resaltar, en la base de esta tesis, diferentes supuestos y postulados que, ante el examen, se muestran carentes de fundamento y de un simplismo inadmisibles. Hay varios, pero sin duda el fundamental consiste en la idea, implícita hasta ahora en todas las discusiones sobre el aburguesamiento, de que ese proceso implica la *asimilación* de las personas de la clase obrera a la sociedad de las clases medias y a su estilo de vida, una y otro considerados como «dados». Hay por lo menos dos puntos, en relación con este postulado, que requieren un comentario.

En primer lugar, la tesis del aburguesamiento presentada de este modo supone, entre otras cosas, que la «nueva» clase obrera progresa hacia una clase media inmutable y homogénea. Pero ésta es una idea que, apenas enunciada, se revela insostenible. Sin hablar de la gran distinción «vertical» entre los empresarios y las profesiones liberales, por un lado, y los trabajadores asalariados por otro, es bien evidente que la estratificación está extremadamente desarrollada en la clase media, pero al mismo tiempo es rica en matices y cualquier cosa menos estática. Es, pues, importante, como hemos tratado de sugerir, que la investigación futura se dedique a estudiar las relaciones entre la clase obrera y los grupos de la clase media específicamente definidos por la débil distancia que los separa de los obreros. Hay, por ejemplo, razones para pensar que entre los empleados subalternos la tendencia individualista a la que antes nos referimos es menos pronunciada que antes en ese grupo o que ahora en otros grupos de la clase media. Si así fuera, y si es con esta parte de la clase media con la que el obrero ávido de promoción social tiende a identificarse, en ese caso el fenómeno del *embourgeoisement* es mucho más plausible: ciertamente más plausible que si el «aburguesamiento» implicara un cam-

bio radical de horizonte social, un paso del polo colectivista al polo individualista.

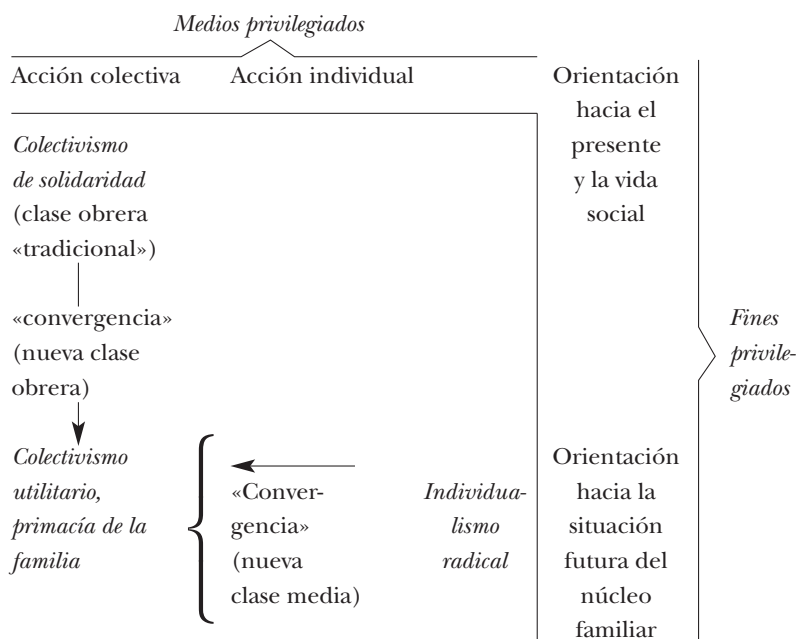
No obstante, si se admite que ciertas partes de la clase media pueden tener una mentalidad social que se aparta del individualismo, considerado como característica del conjunto de la clase, esto entraña otra consecuencia más importante: es preciso considerar que la idea de *embourgeoisement*, en la medida en que supone un proceso de «asimilación por aspiración» a los valores y las normas de la clase media, no es más que una de las interpretaciones posibles de las modificaciones que afectan actualmente a la frontera entre las clases. De acuerdo con otra hipótesis, este cambio podría ser una *convergencia independiente* entre la «nueva» clase obrera y la «nueva» clase media más bien que una absorción de una por otra.

Varias consideraciones podrían confirmar este punto de vista. En primer lugar, como ya dijimos, no se ha establecido que las actitudes y el comportamiento de la «nueva» clase obrera están ligados a una aspiración hacia un estatus de clase media. En segundo lugar, ningún ejemplo ha demostrado en forma convincente cómo de tales aspiraciones podrían originarse relaciones sociales en las que participen los obreros en cuestión. En tercer lugar, hay hechos, como el persistente vigor del sindicalismo obrero, o el crecimiento del sindicalismo, en particular entre los empleados, que no es fácil incorporar al cuadro de la concepción del *embourgeoisement* que se ha desarrollado hasta ahora. Por el contrario, si se adopta la tesis de la «convergencia», no sólo ésta explica muy fácilmente esos hechos, sino que la falta de interés manifiesto de los obreros por pertenecer a la clase media no le afecta en nada. Si quisiéramos explicitar aún más esta tesis, diríamos que la convergencia de las actitudes y de los comportamientos entre ciertos grupos de la clase obrera y de la clase media deriva esencialmente de cambios en las instituciones económicas y en las condiciones de la vida urbana, que han debilitado simultáneamente el «colectivismo» de unos y el «individualismo» de otros. Del lado de la clase obrera, veinte años de casi pleno empleo, la desaparición progresiva de la comunidad tradicional fundada en el trabajo, la burocratización creciente del sindicalismo y la institucionalización de los conflictos del trabajo, son factores que han actuado todos en el mismo sentido conduciendo a un progresivo debilitamiento de la solidaridad natural que animaba a las agrupaciones locales y a la acción colectiva. Al mismo tiempo, en el terreno del

consumo, de la utilización del ocio y del nivel general de las aspiraciones, se abrió un campo más amplio a los progresos de la mentalidad individualista. Por otro lado, en el grupo de los empleados se esbozó una corriente de sentido inverso. Bajo el efecto del aumento de los precios, del creciente gigantismo de las administraciones y de la reducción de las oportunidades de promoción profesionales, los empleados subalternos, por lo menos, ya no tienen, manifiestamente, una fe ciega en las virtudes del «individualismo» y se sienten más inclinados a una acción colectiva, sindical, de tipo deliberadamente apolítico y utilitario; y tanto más por cuanto la filosofía sindical de numerosos trabajadores manuales no deja de evolucionar para acercarse a aquella que ellos mismos juzgan aceptable.

Para aclarar mejor la idea de «convergencia», modificaremos nuestra dicotomía original entre individualismo y colectivismo para introducir ahora una distinción entre los medios privilegiados y los fines privilegiados. Los medios prioritarios pueden ser, o bien la acción colectiva, o bien el esfuerzo individual; las aspiraciones pueden tener como fin prioritario ya el presente y la vida social local, ya la situación futura del núcleo familiar. Las perspectivas típico-ideales originales aparecen ahora designadas con los nombres de «colectivismo de solidaridad» e «individualismo radical».

En este contexto, el término «colectivismo de solidaridad» designa, pues, un colectivismo (apoyo mutuo) concebido como fin y no como simple medio. Se caracteriza por una adhesión sentimental a un grupo social local que se opone a la adhesión interesada a una asociación con objetivos específicamente económicos, característica de lo que hemos llamado «colectivismo utilitario». En este último caso, el medio es siempre la acción colectiva, pero ésta está subordinada al objetivo principal que es la promoción económica y social de cada núcleo familiar. Desde luego, el desplazamiento del centro de gravedad hacia la familia, y más especialmente la modificación de perspectiva sobre la promoción, que ya no es concebida en términos simplemente económicos sino sociales, podrá adoptar formas variadas. Pero, de una manera general, puede ser definida como una orientación hacia el consumo (de bienes, del tiempo, de las posibilidades de instrucción, etc.) que implica que la familia pasa a ser, cuando se trata de su porvenir, un centro de decisión independiente.

CUADRO II. *Convergencia normativa*

De este modo, aunque se pueda afirmar que las perspectivas sociales de la «nueva» clase obrera y de la «nueva» clase media tienden a converger de la manera indicada, hay que cuidarse aquí de no confundir convergencia e identidad. Se puede, razonablemente, pensar que en estas dos capas sociales el colectivismo utilitario y la primacía de la familia están igualmente presentes; pero también razonablemente se puede esperar que la importancia relativa adjudicada a cada uno de esos elementos difiera de una capa a otra. Esto es así porque convergencia significa, para la «nueva» clase obrera, adaptación de los fines y, para la «nueva» clase media, adaptación de los medios. En el primer caso, la convergencia consiste esencialmente en una atenuación del colectivismo de solidaridad, y la primacía naciente de la familia sólo aparece aquí como un subproducto. En el segundo caso, el subproducto es el colectivismo instrumental, como resultado de la atenuación del individualismo radical. De esta manera, aunque el nuevo «individualismo» de la clase obrera y el nuevo «colectivismo» de la clase media acerque a estas dos capas sociales, hay muchas posibilidades de que tanto uno como

otro sigan siendo, de manera más o menos sutil, diferentes, respectivamente, del individualismo atenuado de la clase media y del colectivismo atenuado de la clase obrera.

Tal vez esto sea más cierto para el individualismo, pues, según todas las apariencias, la transformación de las aspiraciones en la clase obrera será más progresiva que la transformación de los medios que simétricamente se produce en la clase media. Así, pues, es posible esperar que, en la zona de convergencia, la diferencia esencial resida en que el nuevo individualismo de los grupos de la clase obrera adoptará, sobre todo, la forma de un deseo de progreso *económico* del núcleo familiar, mientras que el individualismo atenuado de los grupos de la clase media se distinguirá del precedente por una mayor sensibilidad a los estatus *sociales* de los grupos a los que adhieren o de los que se apartan.

Volvamos ahora a la distinción que antes hicimos entre el obrero «que aspira a una promoción social» y el obrero «desvinculado de su medio». Se recordará que el criterio de la distinción es la adopción, por parte del obrero aislado del medio tradicional de su clase, de las normas de un grupo de estatus social de «clase media». En el segundo cuadro, tanto el obrero desvinculado de su medio como el obrero ávido de promoción social corresponden ambos al casillero de abajo a la izquierda; tanto en un caso como en otro, se ve que sus perspectivas sociales convergen con las de la «clase media». No obstante, sugerimos distinguirlos por la naturaleza de su individualismo. En el caso del obrero desvinculado de su medio, se puede considerar que la mentalidad individualista que ha adquirido es el resultado de factores negativos (la atenuación del colectivismo de solidaridad) y por consiguiente está más centrada en el progreso económico individual, concebido en términos de consumo y de confort. En el caso del obrero ávido de promoción social, se agrega una adhesión positiva al individualismo de la clase media que lo hace más consciente y más preocupado por los efectos de diferenciación y de ascenso de estatus social producidos por su estilo general de vida. Para concluir, reuniendo los diferentes elementos de nuestra tesis, quisiéramos formular hipótesis, que no son otra cosa que hipótesis, sobre los efectos probables, al día de hoy, del enriquecimiento de la clase obrera sobre la estructura social británica.

a) El cambio principal, sin duda, podría definirse más adecuadamente como un proceso de convergencia normativa entre ciertas partes de la clase obrera y de la clase media, siendo el centro de la convergen-

cia lo que hemos llamado el «colectivismo utilitario» y la «primacía de la familia». Al menos por ahora, casi no tiene fundamento la tesis del aburguesamiento, si con este término se entiende la adhesión en gran escala de los trabajadores manuales y de sus familias a los estilos de vida de la clase media y, de una manera general, su absorción por esa sociedad. En particular, es imposible establecer de manera rigurosa que los trabajadores manuales aspiren conscientemente a la sociedad de clase media, y tampoco que ésta se esté abriendo a ellos.

b) No podemos limitarnos a distinguir a los grupos que vemos orientados al proceso de convergencia normativa en términos puramente económicos. Sin ninguna duda, del lado de la clase obrera no se puede considerar al enriquecimiento en sí mismo como la razón suficiente de la atenuación del colectivismo de solidaridad. Más bien hay que considerar que el proceso de convergencia está estrechamente ligado con cambios estructurales que afectan a las relaciones sociales en la vida industrial, local y familiar, cambios vinculados no sólo con el incremento de la prosperidad sino también con los progresos realizados en la industria desde el punto de vista de la organización y de la tecnología, con el proceso de urbanización, tendencias de la evolución demográfica, y con la evolución de los medios de comunicación de masa y de la «cultura de masa».

e) Aun entre los grupos de la «nueva» clase obrera, en los que se manifiestan el colectivismo utilitario y la primacía de la familia, los objetivos de estatus social son mucho menos marcados que los objetivos económicos: en otras palabras, el obrero «desvinculado de su medio» constituiría un tipo mucho más difundido que el obrero «que aspira a una promoción social». Comparadas con las condiciones que favorecen la aparición de una mentalidad más individualista, se puede considerar que las que hacen posible el surgimiento de aspiraciones hacia otro estatus social son muy particulares. Nos inclinamos así a la idea de que la convergencia normativa, bien considerada, no entraña por el momento sino una modificación muy limitada de la frontera entre las clases.

d) Finalmente, está en la lógica de las consideraciones precedentes el pensar que, al menos por ahora, las consecuencias políticas del enriquecimiento de la clase obrera son indeterminadas.

El enlace entre «enriquecimiento» y «sufragio» está mediatizado por la situación social del obrero enriquecido. Si, como creemos, esta situación se caracteriza muy frecuentemente por la desvinculación con el

medio obrero, y si las actitudes predominantes corresponden al «colectivismo utilitario» y a la «primacía de la familia», es más probable que la elección del partido al cual adherirá el obrero (para retomar aquí a Duverger) se funde más en la asociación que en la comunidad. Es decir que es muy probable que su actitud utilitaria hacia el sindicalismo se extienda a la política, y que su voto se oriente al mejor postor. Es probable que en esta parte de la clase obrera votar por los conservadores signifique, en las circunstancias actuales, «votar por la prosperidad». Pero un voto tan calculado y oportunista implica adhesiones políticas muy frágiles y casi no hace falta agitar el espanto de la desocupación generalizada para mostrar de qué manera esas adhesiones se pueden dislocar. En efecto, una vez que el obrero ha hecho la experiencia de un nivel de vida creciente, considera que es legítimo esperar que en el futuro continúe la mejoría. Por eso, su fidelidad política presente puede invertirse rápidamente si asocia la no realización de sus esperanzas a la política realizada por el gobierno. La misma lógica de «frustración relativa» puede actuar en el caso del obrero que aspira a una promoción social, aunque la naturaleza de sus aspiraciones sea sensiblemente diferente. Pero, en la medida en que sus aspiraciones hacia una mejoría de su estatus social (y no simplemente del nivel de vida) no son reconocidas por los grupos a cuyo estatus pretende acceder, la revisión de sus ideas políticas es una de las consecuencias posibles de su enriquecimiento y de sus aspiraciones, que hay que tener en cuenta para evaluar la futura fisonomía de la clientela de los partidos.

JOHN H. GOLDTHORPE Y DAVID LOCKWOOD

«Affluence and the British Class Structure»

2. La ilusión de la transparencia y el principio de la no-conciencia

LA FILOSOFÍA ARTIFICIALISTA COMO FUNDAMENTO DE LA ILUSIÓN DE LA REFLEXIVIDAD

La ilusión de la transparencia se origina en la idea de que, para explicar y comprender las instituciones, bastaría reencontrar las intenciones de las que ellas son producto. Esta idea del sentido común debe una parte de su fuerza a las actitudes comunes que permite: etnocentrismo o moralismo; la ilusión artificialista conduce a la ilusión del tecnócrata, que cree poder constituir o transformar las instituciones por decreto, o a la ilusión del evolucionista, para quien el pasado sólo puede suministrar el ejemplo de formas inferiores a las formas actuales. Esto sirve para ilustrar el motor principal de la sociología espontánea, que debe su coherencia psicológica al carácter sistemático de las ilusiones que suscita.* Contra estas ilusiones, Durkheim recuerda la complejidad de las determinaciones que una institución social debe a su pasado y al sistema de instituciones en el que se inserta.

7. É. DURKHEIM

Si comenzamos por preguntarnos así cuál debe ser la educación ideal, hecha abstracción de toda condición de tiempo y de lugar, es porque admitimos implícitamente que un sistema educativo no tiene nada de real por sí mismo. Sólo se ve en él un conjunto de prácticas y de insti-

* Véase *supra*, É. Durkheim, texto n° 4, pág. 140.

tuciones que se han organizado lentamente, con el correr del tiempo, que son solidarias de todas las demás instituciones sociales y que las expresan, y que, en consecuencia, como la propia estructura de la sociedad, no pueden ser cambiadas a voluntad, sino que parecen ser un puro sistema de conceptos realizados; en ese sentido, el mismo parece derivar únicamente de la lógica. Se imagina que los hombres de cada época la organizan voluntariamente para realizar un fin determinado, y que, si tal organización no es la misma en todas partes, es porque ha habido error sobre la naturaleza del objetivo que conviene perseguir, o sobre la de los medios que permiten alcanzarlo. Desde ese punto de vista, las educaciones del pasado aparecen como otros tantos errores, totales o parciales. No hay que tenerlas, pues, en cuenta; no debemos solidarizarnos con las fallas de observación o de lógica que hayan podido hacer nuestros predecesores; sino que podemos y debemos plantearnos el problema, sin ocuparnos de las soluciones que se le han dado, es decir que, dejando de lado lo que ha sido, sólo tenemos que preguntarnos por lo que debe ser. Las enseñanzas de la historia pueden, a lo sumo, servirnos para ahorrarnos la recaída en los errores que ya han sido cometidos.

Pero, de hecho, cada sociedad, considerada en un momento determinado de su desarrollo, tiene un sistema de educación que se impone a los individuos con una fuerza generalmente irresistible. Es vano creer que podemos educar a nuestros hijos como queremos. Hay costumbres que estamos obligados a aceptar; si nos apartamos de ellas demasiado gravemente, se vengan sobre nuestros hijos. Éstos, cuando llegan a ser adultos, no se encuentran en condiciones de vivir entre sus contemporáneos, con quienes no están en armonía. Que hayan sido educados según ideas arcaicas o demasiado prematuras, no importa; tanto en un caso como en el otro, no son de su tiempo y, en consecuencia, no están en condiciones de vida normal. Hay, pues, en cada momento, un tipo regulador de educación del que no podemos apartarnos sin chocar con vivas resistencias que sirven para contener las veleidades de disidencia.

Ahora bien, no somos nosotros, individualmente, quienes hicimos las costumbres y las ideas que determinan dicho tipo. Son el producto de la vida en común y expresan las necesidades de ésta. Son incluso, en su mayor parte, obra de las generaciones anteriores. Todo el pasado de la humanidad ha contribuido a hacer ese conjunto de máximas que dirigen la educación de hoy; toda nuestra historia ha dejado allí sus rastros,

e incluso la historia de los pueblos que nos han precedido. Del mismo modo que los organismos superiores llevan en sí como un eco de toda la evolución biológica cuya culminación constituyen. Cuando se estudia históricamente la manera como se han formado y desarrollado los sistemas de educación, se ve que ellos dependen de la religión, de la organización política, del grado de desarrollo de las ciencias, del estado de la industria, etc. Si se los separa de todas esas causas históricas, se vuelven incomprensibles. ¿Cómo puede el individuo, por lo tanto, pretender reconstruir, por el solo esfuerzo de su reflexión privada, lo que no es obra del pensamiento individual? No se encuentra frente a una tabla rasa sobre la que puede edificar lo que quiere sino a realidades existentes que no puede crear ni destruir ni transformar a voluntad. Sólo puede actuar sobre ellas en la medida en que ha aprendido a conocerlas, en que sabe cuáles son su naturaleza y las condiciones de que dependen; y sólo puede llegar a saberlo si entra en su escuela, si comienza por observarlas, como el físico observa la materia bruta y el biólogo los cuerpos vivos.

ÉMILE DURKHEIM

Educación y sociología

LA IGNORANCIA METÓDICA

Para luchar metódicamente contra la ilusión de un saber inmediato que funde la familiaridad con el mundo social, el sociólogo debe tener presente que para él el mundo social es tan desconocido como lo era el mundo biológico para el biólogo antes de que se constituyera la biología. La exterioridad de los fenómenos sociales respecto del observador individual proviene de la extensión y la opacidad del pasado del que han surgido, al mismo tiempo que de la multiplicidad de actores que esos fenómenos abarcan. Por consiguiente, hay que postular, aunque fuera decisoriamamente, la extrañeza del universo social, lo cual supone, además del reconocimiento epistemológico del carácter ilusorio de las prenociones, la convicción, intelectual y ética a la vez, de que los descubrimientos científicos no son fáciles ni verosímiles: la decisión de ignorar surge como una precaución metodológica indispensable en una situación epistemológica en la que es tan difícil saber que no se sabe y lo que no se sabe.

8. É. DURKHEIM

En efecto, no decimos que los hechos sociales sean cosas materiales, sino que son cosas, tanto como lo son las cosas materiales, aunque de otra manera.

En efecto: ¿qué es una cosa? La cosa se opone a la idea como lo que se conoce desde afuera a lo que se conoce desde adentro. Es una cosa

todo objeto de conocimiento que no sea naturalmente aprehensible por la inteligencia, todo aquello de lo que no podemos tener una noción adecuada por un simple procedimiento de análisis mental, todo lo que el espíritu sólo puede llegar a comprender a condición de salir de sí mismo a través de observaciones y experimentaciones, pasando progresivamente desde los caracteres más exteriores e inmediatamente accesibles hasta los menos visibles y más profundos. Tratar como cosas a los hechos de un cierto orden no significa clasificarlos en cierta categoría de la realidad, sino enfrentarlos con cierta actitud mental. Es abordar su estudio tomando por principio que se las ignora absolutamente y que tanto sus propiedades características como las causas desconocidas de las que dependen, no podrían ser descubiertas aun por la más atenta introspección.

Ya definidos los términos de esta manera, lejos de ser paradójica nuestra afirmación, hasta podría pasar por tautológica si no fuera aún demasiado desconocida en las ciencias humanas y sobre todo en sociología. En efecto, en este sentido puede decirse que todo objeto de la ciencia es una cosa, salvo, quizás, los objetos matemáticos; ya que en lo que se refiere a estos últimos, dado que son contruidos por nosotros mismos, desde los más simples hasta los más complejos, es suficiente para conocerlos mirar dentro de nosotros y analizar interiormente el proceso mental del que resultan. Pero desde que se trata de hechos propiamente dichos, en el momento en que emprendemos la construcción de una ciencia de ellos, son para nosotros desconocidos, cosas ignoradas, ya que las representaciones que hayamos podido hacernos de ellos en el curso de nuestra vida, por haber sido formadas sin método ni crítica, carecen de valor científico y deben ser descartadas. Aun los hechos de la psicología individual presentan este carácter y deben ser considerados bajo este ángulo. En efecto, aunque nos sean interiores por definición, la conciencia que tenemos de ellos no nos revela su naturaleza interna ni su génesis. Ella nos los hace conocer, es verdad, pero hasta cierto punto, sólo como las sensaciones nos hacen conocer el color o la luz, el sonido o la electricidad; nos da de ellos impresiones confusas, pasajeras, subjetivas, pero nunca nociones claras y distintas, conceptos explicativos. Precisamente por eso es que en el curso de este siglo se fundó una psicología objetiva, cuya regla fundamental consiste en estudiar los hechos mentales desde fuera, o sea como cosas. Con mayor razón debe hacerse lo mismo con los hechos sociales, ya que la con-

ciencia jamás podría ser más competente para conocer estos hechos que para conocer su propia vida. Se nos objetará que, siendo obra nuestra, no tenemos más que tomar conciencia de nosotros mismos para saber qué hemos puesto en ellos y cómo los hemos formado. Pero, ante todo, la mayoría de las instituciones sociales nos han sido legadas ya hechas por las generaciones anteriores, sin que hayamos tomado parte en su formación y, en consecuencia, no es interrogándonos acerca de su formación como podríamos descubrir las causas que las engendraron. Además, aunque hayamos colaborado en su génesis, apenas si entreveamos confusamente y de manera inexacta, las verdaderas razones que nos han llevado a obrar y la naturaleza de nuestra acción. Ya cuando se trata simplemente de nuestro proceder privado sabemos bastante mal cuáles son los móviles relativamente simples que nos guían; nos creemos desinteresados mientras actuamos como egoístas, creemos obedecer al odio cuando cedemos al amor, a la razón cuando somos esclavos de prejuicios irracionales, etc. ¿Cómo podríamos tener entonces la facultad de discernir más claramente las causas —mucho más complejas— a que obedecen las conductas colectivas? Pues cada uno participa en una ínfima parte de ellas; tenemos una multitud de colaboradores y todo lo que sucede en las otras conciencias se nos escapa.

Por lo tanto, nuestra regla no implica ninguna concepción metafísica, ninguna especulación sobre el fondo de los seres. Lo único que reclama es que el sociólogo se ponga en el mismo estado de espíritu que los físicos, químicos, fisiólogos, cuando se introducen en una región aún inexplorada de su dominio científico. Es necesario que al penetrar en el mundo social, tenga conciencia de que se aventura en lo desconocido; es necesario que se sienta en presencia de hechos cuyas leyes son tan insospechadas como podían ser las de la vida cuando la biología no estaba aún estructurada; es preciso que se sienta dispuesto a hacer descubrimientos que lo sorprenderán y lo desconcertarán. Ahora, para ello es indispensable que la sociología haya llegado a ese grado de madurez intelectual. Mientras que el sabio que estudia la naturaleza física tiene el vivo sentimiento de las resistencias que ella le opone y que tanto esfuerzo le requiere vencer, en verdad parecería que el sociólogo se moviera en medio de cosas inmediatamente transparentes al espíritu, tal es la soltura con la que se lo ve resolver los problemas más oscuros. En el estado actual de la ciencia, no sabemos todavía en verdad qué son hasta las principales instituciones sociales, como el Estado o la

familia, el derecho de propiedad o el contrato, la pena y la responsabilidad; ignoramos casi completamente las causas de que dependen, las funciones que cumplen, las leyes de su evolución; apenas si comenzamos a entrever algunos destellos acerca de algunos puntos. No obstante, basta recorrer las obras de sociología para ver lo excepcional que es el sentimiento de esta ignorancia y de estas dificultades. No sólo se considera obligatorio dogmatizar sobre todos los problemas a la vez, sino que se cree posible alcanzar la esencia misma de los fenómenos más complejos en algunas páginas o en algunas frases. O sea que teorías semejantes no expresan los hechos, que no podrían ser agotados con tal rapidez, sino las nociones previas que el autor poseía de ellos antes de toda investigación.

ÉMILE DURKHEIM

Las reglas del método sociológico

EL INCONSCIENTE: DEL SUSTANTIVO A LA SUSTANCIA

Hablar de inconsciente, como hoy se hace habitualmente en etnología por analogía con la lingüística, es exponerse a los peligros que implica la polisemia de una palabra utilizada en otra tradición y con otro sentido por los psicoanalistas y, más profundamente, a la ilusión cosista que se origina en la tendencia a inferir la sustancia del sustantivo. Decir «tengo inconscientemente un dolor de muelas» o «tengo un dolor de muelas sin saberlo» en vez de «tengo un dolor de muelas inconsciente» es ponerse también a salvo de la ilusión de haber hecho «un asombroso descubrimiento, un descubrimiento pasmoso»; esta ilusión suscita ciertos usos de la palabra inconsciente en las ciencias del hombre, y el ejercicio de traducción al que invita Wittgenstein puede tener en ese caso la misma virtud de «desencanto», con los diferentes sentidos que Max Weber daba a esta palabra. Por eso es de buen método negarse a hablar del inconsciente de los sujetos sociales, y decir, más simplemente: «los sujetos sociales asumen significaciones sin saberlo, o inconscientemente», o también «los sujetos sociales no tienen una conciencia clara de los esquemas de acción o de pensamiento que actualizan»: se puede esperar, así, que el lenguaje sociológico gane en rigor y precisión lo que pierde en magia y en hechizo.*

* Durkheim ya había marcado la diferencia que separa la afirmación metodológica de que existen en las conductas regularidades no conscientes, de la afirmación de un «inconsciente» como instancia psíquica particular. De esta manera, sugiere el papel del lenguaje en la tendencia a

9. L. WITTGENSTEIN

Puede resultar cómodo utilizar la expresión «dolor de muelas inconsciente» para describir una caries dental que no va acompañada de una sensación dolorosa; podríamos decir en ese caso que «teníamos dolor de muelas sin saberlo». Exactamente en este sentido el psicoanálisis habla de pensamientos inconscientes, de «voliciones», etc. ¿Y qué me impide decir, en ese sentido, que me duelen las muelas sin saberlo? Podría decirse así, sabiendo que se trata de una terminología nueva que se puede explicar utilizando el lenguaje corriente. Por otro lado, es evidente que aquí la palabra «saber» está empleada de una manera des acostumbrada. Para advertirlo mejor, haría falta que nos preguntáramos: «¿Mediante qué procesos se llega a saber en esos casos?» «¿Qué queremos decir con “llegar a saber” o “descubrir”?»

Podríamos muy bien decir, según los términos de esta nueva convención: «Tengo inconscientemente un dolor de muelas», pues lo que podemos esperar de una expresión es que nos permita distinguir entre una muela enferma dolorosa y una muela enferma indolora. No obstante, la nueva expresión suscita representaciones y analogías que hacen difícil atenerse estrictamente a los términos de la convención. Haría falta tener la mente constantemente alerta para suprimir las imágenes de esta clase, particularmente en el pensamiento filosófico, que se esfuerza por contemplar lo que se dice a propósito de las cosas. La expresión «dolor de muelas inconsciente» podría, entonces, hacernos pensar que se acaba de hacer un asombroso descubrimiento, un

«realizar» niveles de conciencia distinguidos en el análisis. Hay términos que requieren un complemento, verbos que necesitan un sujeto, por tanto una sustancia, etimologías que sugieren significaciones laterales. «En el fondo, la noción de una representación inconsciente y la de una conciencia sin yo que capta, son equivalentes. Pues cuando decimos que un hecho psíquico es inconsciente, sólo entendemos que no es captado. Toda la cuestión consiste en saber qué expresión es más conveniente. Desde el punto de vista de la imaginación, tanto una como otra tienen el mismo inconveniente. No nos resulta más fácil imaginar una representación sin sujeto que se represente, que una representación sin conciencia» (É. Durkheim, «Représentations individuelles et représentations collectives», publicado primero en *Revue de Métaphysique et de Morale*, t. VI, mayo de 1898, y reproducido en *Sociologie et Philosophie*, París, PUF, 3ª ed., 1967, pág. 25 [hay ed. en esp.].)

descubrimiento de algún modo pasmoso para nuestra comprensión; o tal vez nos provoque un gran asombro esa expresión (ese famoso asombro del filósofo), y nos preguntemos: «¿Un dolor de muelas inconsciente? ¿Cómo es posible algo así?». Entonces nos inclinaremos a afirmar que es imposible ese «dolor de muelas inconsciente», pero un hombre de ciencia nos dirá que eso existe, y que está comprobado; y agregará: «Veamos, la cosa es simple: hay innumerables hechos que ustedes no conocen, y existe ese dolor de muelas que no conocían, justamente se lo acaba de descubrir». Con lo cual no nos quedaremos satisfechos, pero no sabremos cómo responder. Son problemas de este tipo los que enfrentan constantemente a filósofos y científicos.

LUDWIG WITTGENSTEIN

*Le Cahier bleu et le cahier brun.
Études préliminaires aux investigations philosophiques*

EL PRINCIPIO DEL DETERMINISMO COMO NEGACIÓN DE LA ILUSIÓN DE LA TRANSPARENCIA

«Para que pudiera existir una verdadera ciencia de los hechos sociales, fue preciso que se llegara a ver en las sociedades realidades comparables a las que constituyen los demás reinos, y a comprender que tienen una naturaleza que no podemos modificar arbitrariamente y leyes que derivan necesariamente de esa naturaleza. En otros términos, la sociología sólo pudo nacer cuando la idea determinista, sólidamente establecida en las ciencias físicas y naturales, se extendió finalmente al orden social.»* Fue preciso, sin duda, el ejemplo de las demás ciencias para lograr superar el tenaz prejuicio, en virtud del cual se concedía al mundo social un tratamiento de excepción: el organicismo surgió como un esfuerzo para extender el determinismo, ya admitido en biología, al «reino social», donde se lo impugnaba, y para salvar el abismo, tanto tiempo aceptado, entre las sociedades y el resto del universo.** Esta evocación histórica de la dificultad que tuvo el principio del determinismo para imponerse en el estudio del «reino social» debe facilitar el análisis y la liquidación de las formas sutiles en las que todavía sobrevive la ilusión de la transparencia, haciendo ver, bajo la forma simple y tosca que asumían en otras épocas, los verdaderos fundamentos de esta ilusión recurrente.

* É. Durkheim, «La sociologie», en *La science française*, *op. cit.*, pág. 39.

** *Ibid.*, pág. 43.

10. É. DURKHEIM

La sociología no pudo surgir hasta que no se aceptó que las sociedades, como el resto del mundo, están sometidas a leyes que derivan necesariamente de su naturaleza y que la expresan. Ahora bien, esta concepción se formó muy lentamente. Durante siglos los hombres creyeron que ni los minerales estaban regidos por leyes definidas, ya que podían asumir todas las formas y todas las propiedades posibles siempre que una voluntad suficientemente poderosa se lo propusiera. Se creía que ciertas fórmulas o ciertos gestos tenían la virtud de transformar a un cuerpo bruto en un ser vivo, a un hombre en un animal o una planta, e inversamente. Esta ilusión, para la que tenemos una especie de inclinación instintiva, debía, naturalmente, subsistir mucho más tiempo en el ámbito de los hechos sociales. [...]

Solamente a fines del siglo XVIII se comenzó a vislumbrar la idea de que el reino social tiene sus propias leyes, como los demás reinos de la naturaleza. Al declarar que «las leyes son las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas», Montesquieu comprendió que esta excelente definición de la ley natural se aplicaba tanto a las cosas sociales como a las demás; precisamente *El espíritu de las leyes* tiene por objeto mostrar que las instituciones jurídicas se fundan en la naturaleza de los hombres y de sus medios. Poco después, Condorcet se proponía descubrir el orden según el cual se habían realizado los progresos de la humanidad; ésa era la mejor manera de demostrar que en ellos no hubo nada fortuito, ni caprichoso, y que dependían de causas determinadas. Al mismo tiempo, los economistas enseñaban que los hechos de la vida industrial y comercial están regidos por leyes, que incluso creyeron descubrir.

No obstante, aunque esos diferentes pensadores prepararon el camino a la concepción en la que se basa la sociología, su visión de lo que eran las leyes de la vida social seguía siendo ambigua y fluctuante. En efecto, no postulaban que los hechos sociales se encadenan entre sí de acuerdo con relaciones de causa a efecto, definidas e invariables, que el sabio trata de observar mediante procedimientos análogos a los que se emplean en las ciencias de la naturaleza. Sólo entendían que, como la naturaleza del hombre estaba dada, había un solo camino natural que la humanidad debía seguir *si quería estar de acuerdo consigo misma y realizar sus destinos*; pero también era posible que se apartara de ese camino. [...]

Sólo a comienzos del siglo XIX comenzó a afirmarse una nueva concepción, impulsada por Saint-Simon y sobre todo por su discípulo, Auguste Comte.

Al efectuar, en su *Cours de philosophie positive*, una revisión sintética de todas las ciencias constituidas de su tiempo, Comte comprobó que todas ellas se basaban en el axioma de que los hechos estudiados están ligados entre sí por relaciones necesarias, es decir, de acuerdo con el principio determinista; su conclusión fue que la validez de este principio, ya verificada en los demás reinos de la naturaleza –desde el ámbito de las magnitudes matemáticas hasta el de la vida– debía extenderse también al reino social. Las resistencias que hoy se oponen a esta nueva extensión de la idea determinista no deben detener al filósofo, pues han surgido cada vez que se trató de extender a un nuevo reino ese postulado fundamental y siempre fueron vencidas. Hubo un tiempo en el que se discutió su vigencia, incluso en el mundo de los cuerpos brutos, a pesar de lo cual logró establecerse en él. Luego se lo negó en el mundo de los seres vivos y pensantes, donde hoy es incontrovertible.

Por consiguiente, podemos estar seguros de que los mismos prejuicios que debe enfrentar su aplicación en el mundo social no subsistirán durante mucho tiempo. Por otra parte, si el mismo Comte postulaba como una verdad evidente –verdad actualmente indiscutida– que la vida mental del individuo está sometida a leyes necesarias, ¿cómo no estarían sometidas a la misma necesidad las acciones y reacciones que intercambian entre sí las conciencias individuales cuando están asociadas?

Desde este punto de vista, las sociedades dejarían de ser para nosotros esa especie de materia indefinidamente maleable y plástica que los hombres pueden, por así decir, modelar a voluntad, para mostrárenos, más bien, como realidades cuya naturaleza se nos impone y que sólo se pueden modificar, como todas las cosas naturales, con arreglo a las leyes que las rigen. Las instituciones de los pueblos ya no serían vistas como el producto de la voluntad, más o menos esclarecida, de los príncipes, hombres de Estado, legisladores, sino como las resultantes necesarias de causas determinadas que las implicaban físicamente. Dada la forma de composición de un pueblo en un momento de su historia, y el correspondiente estado de su civilización en la misma época, se deriva una organización social que se caracteriza de una u otra manera, del mismo modo como las propiedades de un cuerpo derivan de

su constitución molecular. Nos encontramos entonces ante un orden de cosas estable, inmutable; para describirlo y explicarlo, para enunciar sus características y las causas de las que éstas dependen, se hace a la vez posible y necesaria una ciencia pura. [...]

Hasta ayer se pensaba que en este campo todo era arbitrario, contingente; que los legisladores o los reyes podían, como los antiguos alquimistas, cambiar el aspecto de las sociedades, hacerlas pasar de un tipo a otro. En realidad, esos supuestos milagros eran ilusorios, y esta ilusión, aún bastante difundida, dio lugar a graves equívocos. [...]

Al mismo tiempo que proclaman la necesidad de las cosas, las ciencias nos ponen en las manos los medios para dominarlas. Comte señala con insistencia que, entre todos los fenómenos naturales, los sociales son los más maleables, los más susceptibles de variaciones, de cambios, por ser los más complejos. Es decir que la sociología de ningún modo impone al hombre una actitud pasivamente conservadora; por el contrario, extiende el campo de nuestra acción por el solo hecho de extender el campo de nuestra ciencia. Sólo nos aparta de los proyectos irreflexivos y estériles, inspirados en la creencia de que nos es posible cambiar, a voluntad, el orden social, sin tener en cuenta los hábitos, las tradiciones, la constitución mental del hombre y de las sociedades.

ÉMILE DURKHEIM

«Sociologie et Sciences sociales»

EL CÓDIGO Y EL DOCUMENTO

En la polémica entablada por Simiand contra el positivismo de historiadores como Seignobos no debe interesarnos tanto las críticas a una concepción de la historia fáctica ya superada, sino más bien los principios de una sociología científica. Al negarse a encerrar a la sociología en una problemática de las intenciones subjetivas que haría de ella, contra toda lógica, una ciencia de lo accidental, Simiand muestra que solamente la hipótesis de la «no-conciencia» permite realizar un estudio de las relaciones objetivas entre los fenómenos. Mediante esta decisión de método, la sociología postula un objeto propio, la *institución*, y, al mismo tiempo, transforma el tipo de preguntas que se le han de hacer al material, que ya no es tratado como *documento*, o sea como testimonio subjetivo sobre las intenciones de actores históricos, sino como un conjunto de *indicios* a partir de los cuales la interrogación científica puede constituir objetos de estudio específicos, «costumbres, representaciones colectivas, formas sociales»: éstos son los verdaderos hechos científicos del sociólogo, ya que no son hechos registrados conscientemente, es decir arbitrariamente, por el autor del documento.*

* Esta definición del hecho social está entre aquellos principios de Durkheim que más han marcado a sus émulos o a sus discípulos, permitiéndoles, a la mayoría de ellos, los resultados científicos más positivos. Granet, por ejemplo, en su obra de sinólogo trató de superar la distinción entre el documento «auténtico» y el documento «inauténtico» o reinterpretado; Granet pudo desembarazarse de esta discusión, históricamente

11. F. SIMIAND

Una última oposición, basada en las condiciones mismas del conocimiento en la materia estudiada, se enfrenta al hecho de que [la sociología] se constituya siguiendo el modelo de las demás [ciencias]: *a) el documento*, ese intermediario entre la mente que estudia y el hecho estudiado, es, como se vio, muy diferente de una observación científica: está hecho sin un método definido y con fines distintos del científico: tiene, pues, como se dice, un carácter *subjetivo*. Seguramente por eso la ciencia social está en una condición de inferioridad; pero es importante observar que en este caso, como en la cuestión de la contingencia, la fuerza de la objeción se basa más en la orientación mental del historiador que en la naturaleza de las cosas. Si al documento se le pide, como lo hace el historiador tradicional, acontecimientos individuales, o más bien explicaciones a partir de motivos, acciones, pensamientos individuales cuyo conocimiento necesariamente se obtiene sólo por intermedio de una mente, el documento no es, en efecto, materia de trabajo científico adecuada. Pero si en vez de orientarse al «acontecimiento», la investigación se orienta a la «institución», a las relaciones objetivas entre los fenómenos y no a las intenciones y los fines proyectados, a menudo sucede, en realidad, que se llega hasta el hecho estudiado no por intermedio de una mente, sino *directamente*. El hecho de que, en una lengua, palabras diferentes designen al tío paterno y al tío materno es una *huella directa* de una forma de familia diferente de nuestra familia actual: un código no es un «documento» en el sentido de la historia, sino una comprobación de hecho directa e inmediata, si el objeto de estudio es justamente la regla jurídica. Costumbres, representaciones colectivas, formas sociales, quedan registradas a veces inconscientemente o dejan automáticamente huellas en lo que el historiador llama documentos. En ellos los fenómenos sociales se pueden captar mediante

«desesperada» en el caso de la tradición china, cuando tomó por objeto (objeto en segundo grado, es decir objeto construido) los «esquemas» y los «estereotipos» según los cuales el material ritual o histórico está presentado en las obras chinas clásicas; Granet rindió homenaje a la enseñanza de Durkheim por inspirarle esa idea metodológica (M. Granet, *Danses et légendes de la Chine ancienne*, París, PUF, 1959, tomo I, introducción, págs. 25-37).

una verdadera observación, hecha por el *autor de la investigación*, observación a veces inmediata, pero frecuentemente mediata (es decir observación de los efectos o las huellas del fenómeno), pero no, en todo caso, por vía indirecta, o sea por intermedio del *autor del documento*. La crítica del conocimiento, realizada por los metodólogos de la historia y aplicada por ellos sin alteración a la ciencia social, sólo es plenamente válida para el objeto y la práctica de la historia tradicional; para que abarque toda la práctica de la ciencia social positiva incluyendo asimismo su parte mejor y más fecunda, habría que *rehacerla por completo*, modificarla considerablemente y completarla en gran medida.

FRANÇOIS SIMIAND

«Méthode historique et Sciences Sociales»

3. Naturaleza y cultura: sustancia y sistema de relaciones

NATURALEZA E HISTORIA

Marx demostró repetidamente que cuando las propiedades o las consecuencias de un sistema social son atribuidas a la «naturaleza» es porque se olvida su génesis y sus funciones históricas, es decir todo aquello que lo constituye como sistema de relaciones; más exactamente, Marx señala que el hecho de que este error de método sea tan frecuente se debe a las funciones ideológicas que cumple al lograr, por lo menos imaginariamente, «eliminar la historia». Así, al afirmar el carácter «natural» de las instituciones burguesas y de las relaciones burguesas de producción, los economistas clásicos justificaban el orden burgués al mismo tiempo que inmunizaban a la clase dominante contra la idea del carácter histórico, por tanto transitorio, de su dominación.

12. K. MARX

Los economistas tienen una singular manera de proceder. Para ellos no hay más que dos tipos de instituciones, las artificiales y las naturales. Las instituciones del feudalismo son artificiales, y las de la burguesía son naturales. En esto se parecen a los teólogos, que, también ellos, establecen dos tipos de religiones. Cualquier religión que no es la suya es una invención de los hombres, mientras que su propia religión es una emanación de Dios. Al decir que las relaciones actuales –las relaciones de la producción burguesa– son naturales, los economistas dan a entender que se trata de las relaciones en las cuales se crea la riqueza y se desarro-

llan las fuerzas productivas con arreglo a las leyes de la naturaleza. En consecuencia, esas relaciones son a su vez leyes naturales independientes de la influencia del tiempo. Se trata de las leyes eternas que siempre deben regir la sociedad. Del mismo modo que hubo historia, pero ya no la hay. Hubo historia porque existieron instituciones del feudalismo, y porque en esas instituciones del feudalismo se encuentran relaciones de producción totalmente diferentes de aquellas de la sociedad burguesa, que los economistas quieren hacer pasar por naturales y, por lo tanto, eternas.

KARL MARX

Misère de la philosophie

Nuestro objeto actual es ante todo la *producción*. Naturalmente, el punto de partida son individuos que producen en sociedad, en consecuencia una producción de individuos socialmente determinada. El cazador y el pescador aislados, esos ejemplares únicos del que parten Smith y Ricardo, forman parte de las ficciones pobremente imaginadas del siglo XVIII, de esas robinsonadas que, por poco que le guste a tales historiadores de la civilización, en modo alguno expresan una simple reacción contra los excesos de refinamiento y un retorno a lo que muy equivocadamente se figura uno como el estado natural. El “contrato social” de Rousseau, que establece relaciones y lazos entre sujetos independientes por naturaleza, tampoco descansa en tal naturalismo. Aquí no tenemos más que la apariencia, apariencia puramente estética, de las grandes y pequeñas robinsonadas. Se trata más bien de una anticipación de la “sociedad civil”, que se preparaba desde el siglo XVI y que, en el XVIII, marchaba a pasos de gigante hacia su madurez. En esta sociedad de libre competencia, cada individuo se presenta como separado de los lazos naturales, etc., que, en épocas anteriores, lo convertían en el ingrediente de un conglomerado humano determinado y limitado. Ese individuo del siglo XVIII es un producto, por un lado, de la disolución de las formas de sociedades feudales, y por el otro de las fuerzas productivas nuevas surgidas desde el siglo XVI. A los profetas del siglo XVIII que cargan sobre sus hombros a todo Smith y a todo Ricardo se les aparece

como un ideal cuya *existencia la situaban en el pasado*. Para ellos era, no un desenlace histórico, sino el punto de partida de la historia. Ocurre que, según la idea que se hacían de la naturaleza humana, el individuo está de acuerdo con la naturaleza como ser surgido de ella y no como fruto de la historia. Esta ilusión fue hasta ahora lo propio de toda época nueva. Stewart, que en muchas ocasiones se opone al siglo XVIII y, como aristócrata, se mantiene más en el terreno histórico, supo evitar ese error ingenuo.

Cuanto más nos remontamos en la historia, tanto más el individuo –y como consecuencia también el individuo productor– aparece como un ser dependiente en parte de un conjunto mayor: ante todo y de manera muy natural en la familia y en el clan, que no es más que una familia ampliada; más tarde, en las comunidades de formas diversas, surgidas del antagonismo y de la fusión de los clanes. Sólo en el siglo XVIII, en la “sociedad burguesa”, las diferentes formas de conexión social se presentan al individuo como un simple medio de lograr sus fines personales, como una necesidad exterior. Sin embargo, la época que asistió al nacimiento de esta concepción, esta idea del individuo en singular, es precisamente aquella en que las relaciones sociales (generales según este punto de vista) alcanzaron su mayor desarrollo. El hombre es, en el sentido más literal del término, un ζῷον πολιτικόν; es no sólo un animal social, sino un animal que no puede individualizarse sino en la sociedad. La idea de una producción realizada por un individuo aislado, que viva fuera de la sociedad –hecho raro que bien puede ocurrir a un hombre civilizado, extraviado por azar en una comarca salvaje y que virtualmente posea las fuerzas de la sociedad– no es menos absurda que la de un desarrollo del lenguaje sin que haya individuos que vivan y hablen juntos. No hay ninguna necesidad de detenerse más tiempo en esto. Si tocamos este punto es porque la necedad, que tenía un sentido razonable entre la gente del siglo XVIII, fue reintroducida, muy seriamente, en plena economía moderna, por Bastiat, Carey, Proudhon, etc. A todas luces es muy cómodo para Proudhon, entre otros, hacer el análisis histórico-filosófico de un fenómeno económico cuya génesis histórica ignora; por eso recurre a un mito: la idea se le habría ocurrido ya lista a Adán o a Prometeo, y luego habría sido introducida, etc. Nada más fastidioso y árido que el lugar común en el delirio.

Cuando hablamos de producción, siempre se trata de la producción en una fase determinada de la evolución social, de la producción de in-

dividuos que viven en sociedad. A partir de entonces podría parecer que, para hablar de la producción como tal, fuera necesario, o bien observar el proceso del desarrollo histórico en sus diferentes fases, o bien declarar previamente que nos ocupamos de una época determinada, por ejemplo de la producción burguesa moderna; de hecho, ése es nuestro tema propiamente dicho. No obstante, todas las épocas de la producción se distinguen por ciertos rasgos comunes, por ciertas particularidades. La *producción en general* es una abstracción, pero una abstracción razonada, en la medida en que realmente pone de manifiesto los elementos comunes, los fija, y así nos ahorra la repetición. Sin embargo, esos caracteres generales o esos elementos comunes, deslindados por comparación, se articulan de muy diversa manera y se despliegan en determinaciones variadas. Algunos de esos caracteres son de todos los tiempos, otros no pertenecen sino a ciertas épocas. Tales determinaciones serán comunes a la época más moderna como a la más antigua. Sin ellas, ninguna producción es conveniente. Por cierto, las lenguas más evolucionadas comparten con las menos desarrolladas algunas leyes y propiedades, pero lo que constituye su desarrollo son precisamente los elementos que no son generales, y que no poseen en común con las otras lenguas; hay que deslindar las determinaciones que valen para la producción en general, para no perder de vista la diferencia esencial no viendo más que la unidad: ésta resulta del hecho de que el sujeto, la humanidad, y el objeto, la naturaleza, son idénticos. En este olvido reside, por ejemplo, toda la sabiduría de los economistas modernos, que se encarnizan en demostrar la eternidad y armonía de las condiciones sociales existentes. Por ejemplo, ninguna producción es posible sin un instrumento de producción, así no fuera este instrumento más que la mano; ninguna, sin un trabajo hecho, acumulado, así este trabajo no fuera más que la habilidad adquirida y concentrada en la mano del salvaje por el ejercicio repetido. El capital, entre otras cosas, también es un instrumento de producción, también es un trabajo hecho, materializado. Por consiguiente, el capital es una institución natural, universal y eterna; en verdad, es todo eso, a condición de descuidar el carácter específico, el elemento que, del “instrumento de producción”, del “trabajo acumulado”, hace un capital. Así es como toda la historia de las relaciones de producción aparece, por ejemplo en Carey, como una falsificación suscitada por la malevolencia de los gobiernos. Si no hay producción en general, tampoco hay pro-

ducción general. La producción siempre es una rama particular de la producción, por ejemplo la agricultura, la cría de ganado, la manufactura, etc.; o bien es totalidad. No obstante, la economía política no es la tecnología. En otra parte desarrollaremos la relación entre las determinaciones generales de la producción en un nivel social determinado y las formas particulares de la producción. Por último, la producción no es tampoco únicamente particularizada; por el contrario, es siempre un cuerpo social determinado, un sujeto social, que ejerce su actividad en un conjunto más o menos grande, más o menos rico, de esferas de la producción. [...]

En economía política es usual comenzar por un capítulo de generalidades; precisamente aquel que figura bajo el título “producción” (véase, por ejemplo, J. St. Mill), donde se trata acerca de las *condiciones generales* de toda producción. Esta parte general estudia o supuestamente debe estudiar:

1º Las condiciones sin las cuales no puede haber producción, vale decir, que no hacen sino caracterizar los aspectos esenciales de toda producción. Sin embargo, como lo veremos, este método se reduce a un pequeño número de caracteres muy simples, que se infla con ayuda de insípidas tautologías;

2º Las condiciones que hacen avanzar más o menos la producción, como, por ejemplo, el estado progresivo o estancado de la sociedad en Adam Smith. Sus apreciaciones son preciosas, pero para darles un valor científico habría que entregarse a investigaciones sobre los períodos que marcan los *niveles de la productividad* en la evolución de cada pueblo, y esas investigaciones exceden el cuadro propiamente dicho de nuestro tema; en la medida en que a él se refieran, tendrán su lugar en el análisis de la competencia, de la acumulación, etc. Expresada en términos generales, la respuesta desemboca en la idea general siguiente: la producción de un pueblo está en su apogeo en el mismo momento en que alcanza su apogeo histórico a secas. De hecho, un pueblo se encuentra en su apogeo industrial en la medida en que no sea todavía la ganancia como tal, sino la pasión de ganar, lo que constituya para él lo esencial. Ésta es la superioridad de los yanquis sobre los ingleses. O incluso esta idea: tales razas, tales disposiciones, tales climas, tales condiciones naturales –proximidad del mar, fertilidad del suelo, etc.– son más favorables que otras para la producción. Una vez más se desemboca en esta tautología: la riqueza se crea con tanta mayor facilidad

cuanto más elevado sea el grado en el que existan sus elementos subjetivos y objetivos.

Sin embargo, todavía no es lo que importa a los economistas en esta parte general. Como lo muestra el ejemplo de Mill, es mucho más importante presentar la producción, a diferencia de la distribución, como sometida a las leyes eternas de la naturaleza, independientes de la historia: buena ocasión para insinuar que en la sociedad, tomada *in abstracto*, las instituciones *burguesas* son leyes naturales inmutables. Tal es el objetivo al que este método tiende más o menos conscientemente.

KARL MARX

Introduction générale à la critique de l'économie politique

**LA NATURALEZA COMO INVARIANTE PSICOLÓGICA
Y EL PARALOGISMO DE LA INVERSIÓN DEL EFECTO
Y DE LA CAUSA**

Recurrir a las explicaciones psicológicas detiene el análisis porque provoca sin mayor esfuerzo el sentimiento de la evidencia inmediata: si invocamos esas «naturalezas simples» que son las «propensiones», los «instintos» o las «tendencias» de una naturaleza humana, nos exponemos a considerar como explicación aquello mismo que hay que explicar y, en particular, a encontrar los principios de instituciones como la familia o la magia en los sentimientos que suscitan las propias instituciones: «No hay que presentar a la vida social, con Spencer, como una simple resultante de las naturalezas individuales, ya que, por el contrario, éstas derivan de aquélla. Los hechos sociales no son el simple desarrollo de los hechos psíquicos, sino que estos últimos son, en gran parte, la prolongación de los primeros en el interior de las conciencias [...]. El punto de vista contrario expone a cada instante al sociólogo a tomar la causa por el efecto, y recíprocamente. Por ejemplo, si, como es muy frecuente, se ve en la organización de la familia la expresión lógicamente necesaria de sentimientos humanos inherentes a toda conciencia, se invierte el orden real de los hechos; por el contrario, la organización social de las relaciones de parentesco ha determinado las relaciones respectivas de padres e hijos. Éstas habrían sido muy distintas si la estructura social hubiera sido diferente, y la prueba es que, en efecto, en una multitud de sociedades el amor paternal es descono-

cido».* Durkheim muestra que sólo a condición de tratar a la *natura naturans* –invocada por el discurso precientífico como *natura naturata*– como *naturaleza cultivada* se la puede comprender en su especificidad.

13. É. DURKHEIM

Una explicación puramente psicológica de los hechos sociales siempre dejará escapar, pues, todo lo que tienen de específico, es decir de social.

Lo que ha ocultado a los ojos de tantos sociólogos la insuficiencia de este método es que, al tomar el efecto por la causa, a menudo les sucedió asignar como condiciones determinantes de los fenómenos sociales ciertos estados psíquicos, relativamente definidos y especiales, pero que, en realidad, son su consecuencia. De esta manera, se consideró como innato del hombre cierto sentimiento de religiosidad, cierto *minimum* de celos sexuales, de piedad filial, de amor paternal, etcétera, y es a su través que se quiso explicar la religión, el matrimonio, la familia. Pero la historia demuestra que, lejos de ser inherentes a la naturaleza humana, esas inclinaciones faltan totalmente en ciertas circunstancias sociales, o presentan tales variaciones de una sociedad a otra, que el residuo obtenido al eliminar todas estas diferencias, que es el único que puede ser considerado de origen psicológico, se reduce a algo vago y esquemático que deja a infinita distancia los hechos que se tratan de explicar. Por lo tanto, sucede que esos sentimientos resultan de la organización colectiva, en lugar de ser su base. Ni siquiera se ha probado en absoluto que la tendencia a la sociabilidad haya sido un instinto congénito del género humano desde sus orígenes. Es mucho más natural ver en ella un producto de la vida social, que se ha organizado lentamente en nosotros; ya que es un hecho observado que los animales son sociales o no, según las disposiciones de sus *hábitats* los obliguen o los desvíen de la vida común. Y todavía habría que agregar que, aun entre esas

* É. Durkheim, *De la division du travail social*, 1ª ed., París, F. Alcan, 1893; citado según la 7ª ed., París, PUF, 1960, pág. 341. [Hay ed. en esp.: *De la división del trabajo social*, Buenos Aires, Schapire, 1973, pág. 296.]

inclinaciones más determinadas y la realidad social, la distancia sigue siendo considerable.

Por otra parte, existe un medio para aislar más o menos completamente el factor psicológico de modo de poder precisar el alcance de su acción, y es buscar de qué manera afecta la raza a la evolución social. En efecto, las características étnicas son de orden orgánico-psíquico. Por lo tanto, la vida social debe variar cuando varían, si es que los fenómenos psicológicos tienen la eficacia causal que se les atribuye sobre la sociedad. Ahora bien: no conocemos ningún fenómeno social que dependa indiscutiblemente de la raza. No cabe duda de que no podríamos atribuir a esta afirmación el valor de una ley; por lo menos podemos afirmarlo como un hecho constante de nuestra práctica. Las formas de organización más diversas se encuentran en sociedades de la misma raza, mientras que entre sociedades de distintas razas se encuentran similitudes sorprendentes. La ciudad existió entre los fenicios, así como entre los romanos y los griegos; se la encuentra en vías de formación entre los kabilas. La familia patriarcal estaba casi tan desarrollada entre los judíos como entre los hindúes, pero no se encuentra entre los eslavos que, sin embargo, son de raza aria. En cambio, el tipo de familia que encontramos entre ellos existe también entre los árabes. La familia matriarcal y el clan se observan en todas partes. El detalle de las pruebas judiciales y de las ceremonias nupciales son los mismos en los pueblos más disímiles desde el punto de vista étnico. Si es así, es porque el aporte psíquico es demasiado general como para determinar el curso de los fenómenos sociales. Como no implica una forma social preferentemente a otra, no puede explicar ninguna. Es verdad que hay cierta cantidad de hechos que se suele atribuir a la influencia de la raza. Por ello se explica, especialmente, cómo fue tan rápido e intenso el desarrollo de las artes y las letras en Atenas y tan lento y mediocre en Roma. Pero esta interpretación de los hechos, por ser clásica, nunca fue demostrada metódicamente; antes bien parece tomar más o menos toda su autoridad de la tradición solamente. Ni siquiera se ha probado ver si era posible una explicación sociológica de los mismos fenómenos, y estamos convencidos de que podría hacerse exitosamente. En resumen, cuando se relaciona tan ligeramente con facultades estéticas congénitas el carácter artístico de la civilización ateniense, se procede más o menos como hacía la Edad Media cuando explicaba el fuego por el flogisto y los efectos del opio por su virtud dormitiva.

Finalmente, si la evolución social tuviera verdaderamente su origen en la constitución psicológica del hombre, no se comprende cómo hubiera podido producirse. Ya que en tal caso habría que admitir que tiene por motor algún resorte intrínseco a la naturaleza humana. ¿Pero cuál podría ser ese resorte? ¿Sería esa especie de instinto del que hablaba Comte, que impulsa al hombre a realizar cada vez más su naturaleza? Pero es responder a la pregunta con la pregunta y explicar el progreso por una tendencia innata al progreso, verdadera entidad metafísica cuya existencia, por lo demás, nada demuestra, ya que las especies animales, hasta las más elevadas, no se ven en absoluto acuciadas por la necesidad de progresar, y aun entre las sociedades humanas, las hay que se placen en permanecer indefinidamente estacionarias. ¿Sería, como parece creerlo Spencer, la necesidad de una mayor felicidad por la que las formas cada vez más complejas de la civilización estarían destinadas a realizar cada vez más completamente? Entonces habría que establecer que la felicidad se acrecienta con la civilización, y ya hemos expuesto en otra parte todas las dificultades que presenta esta hipótesis. Pero hay más todavía; aun cuando tuviera que ser admitido uno de estos dos postulados, no por ello se habría hecho inteligible el desarrollo histórico; ya que la explicación que de ello resultara sería puramente finalista, y ya hemos demostrado más arriba que los hechos sociales, como todos los fenómenos naturales, no se explican por el solo hecho de demostrar que sirven a algún fin. Cuando se haya probado perfectamente que las organizaciones sociales cada vez más inteligentes que se han sucedido en el curso de la historia han permitido la satisfacción cada vez mayor de tal o cual de nuestras inclinaciones fundamentales, ello todavía no permite comprender cómo se han producido. El hecho de que eran útiles no nos demuestra su causa. Aunque se explicara cómo hemos llegado a imaginarlas, a planificarlas por adelantado de manera de representarnos los servicios que podríamos esperar de ellas –y el problema es ya difícil–, los anhelos de que podrían así ser objeto tampoco tendrían la virtud de crearlas de la nada. En una palabra, aunque se admita que son los medios necesarios para alcanzar el fin perseguido, el problema sigue en pie: ¿cómo, es decir, de qué y por qué se han constituido estos medios?

Llegamos, entonces, a la siguiente regla: *La causa determinante de un hecho social debe ser buscada entre los hechos sociales antecedentes, y no entre los estados de la conciencia individual.* Por otra parte, se concibe fácilmente

que todo lo precedente se aplica tanto a la determinación de la causa, como de la función. La función de un hecho social sólo puede ser social, es decir que consiste en la producción de efectos socialmente útiles. Sin duda, puede darse, y en efecto sucede, que como contrapartida también sirva al individuo. Pero este feliz resultado no es su razón de ser inmediata. Por lo tanto, podemos completar la proposición precedente diciendo que: *La función de un hecho social siempre debe ser buscada en la relación que sostiene con algún fin social.*

ÉMILE DURKHEIM

Las reglas del método sociológico

**LA ESTERILIDAD DE LA EXPLICACIÓN DE LAS
ESPECIFICIDADES HISTÓRICAS POR TENDENCIAS
UNIVERSALES**

La práctica del análisis histórico y la apelación constante al método comparativo hicieron a Max Weber particularmente sensible al verbalismo tautológico de las explicaciones psicológicas por las tendencias de la naturaleza humana, cuando se trataba de explicar «constelaciones históricas particulares». La explicación de la conducta capitalista por una *aura sacra fames* que habría alcanzado su grado de intensidad más alto con la época moderna, combina, contradictoriamente, dos tipos de reducción histórica: el desmenuzamiento de las totalidades reales en una multitud de hechos aislados de su contexto y destinados a ilustrar una explicación transhistórica; la reducción evolucionista de un sistema específico de comportamiento a una institución originaria respecto a la cual no aportaría ninguna novedad esencial.

Sería posible oponer a este texto, en el que Weber construye sistemáticamente los rasgos específicos del capitalismo moderno, los análisis de Sombart, quien, después de admitir que «el espíritu de la vida económica puede variar al infinito, o en otras palabras: las cualidades psíquicas que requiere la realización de actos económicos pueden variar de un caso a otro, en la misma medida que las ideas rectoras y los principios generales que presiden el conjunto de la actividad económica», cede no obstante a la tentación de explicar una formación histórica singular por una «generalidad» cara al sentido común: según Sombart, «la pasión del oro y el amor al di-

nero» constituyen el origen común de las muy diversas formas históricas desarrolladas por los pueblos germano-eslavo-célticos. «Se puede admitir [...] que los jóvenes pueblos de Europa, o por lo menos sus capas superiores, experimentaron tempranamente una ardiente pasión por el oro y se sintieron impulsados por fuerzas irresistibles a la búsqueda y la conquista del precioso metal.»* Por lo tanto, una gran parte de su método consiste en buscar, a través de recuerdos anecdóticos que ilustran la inclinación al atesoramiento, o protestas morales que vituperan la «mamonización de todos los aspectos de la vida», huellas de ese amor al oro y al dinero, el cual, en formas diversas, sería un factor constante de la vida económica.

14. M. WEBER

El «afán de lucro», la «búsqueda de la ganancia», del dinero, de la mayor cantidad de dinero posible, no tienen en sí mismos nada que ver con el capitalismo. Mozos, médicos, cocheros, artistas, *cocottes*, funcionarios venales, soldados, ladrones, cruzados, timberos, mendigos, todos pueden verse poseídos por ese mismo afán, como pudieron estarlo o lo estuvieron gentes de condiciones variadas en todas las épocas y en cualquier lugar, en todas partes donde existen o existieron de alguna manera las condiciones objetivas de tal estado de cosas. En los manuales de historia de la civilización para uso de las clases infantiles se debería enseñar a renunciar a esa imagen ingenua. La avidez por una ganancia sin límites en nada implica al capitalismo, y mucho menos a su «espíritu». El capitalismo se identificaría más bien con el *dominio* [*Bändigung*], por lo menos con la moderación racional de ese impulso irracional. Sin duda, el capitalismo es idéntico a la búsqueda de la ganancia, de una ganancia siempre *renovada*, en una empresa continua, racional y capitalista; es búsqueda de la *rentabilidad*. Está obligado a eso. Ahí donde toda la economía está sometida al orden capitalista, una em-

* W. Sombart, *Le Bourgeois* (trad. S. Jankelevitch), París, Payot, 1926. [Hay ed. en esp.: *El burgués*, Buenos Aires, Ediciones Oresme, 1953.]

presa capitalista individual que no estuviera animada [*orientiert*] por la búsqueda de la rentabilidad estaría condenada a desaparecer. [...]

Un estado de ánimo semejante al que se expresa en Benjamin Franklin obtuvo la aprobación de todo un pueblo.* Tanto en la Antigüedad como en la Edad Media lisa y llanamente habría sido proscrito como actitud carente de dignidad y manifestación de una sórdida avaricia. Otro tanto ocurre, todavía en nuestros días, con todos los grupos sociales que se encuentran no tan directamente bajo la férula del capitalismo moderno, o que no están tan adaptados a él. Quizá no –como ya se dijo a menudo– porque en las épocas precapitalistas el afán de lucro habría sido aún desconocido o no tan intenso. Ni porque la *auri sacra fame*, la avidez por el oro, habría sido menor antaño –o lo fuera ahora– en el exterior de los medios del capitalismo burgués que en el interior de su esfera particular, así como están dispuestos a creerlo algunos modernos románticos llenos de ilusiones. No, no es ahí donde radica la diferencia entre el espíritu capitalista y el espíritu precapitalista. La avidez del mandarín chino, la del aristócrata de la antigua Roma, la del campesino moderno, pueden sostener todas las comparaciones. Y la *auri sacra fame* del cochero napolitano, del *barcaiuolo*, la de los representantes asiáticos de oficios análogos, así como la del artesano de la Europa del Sur o del Asia, se revelará –como cualquiera pudo comprobarlo– extraordinariamente más intensa, y en particular mucho menos escrupulosa que, digamos, la de un inglés colocado en idénticas circunstancias.

La falta absoluta de escrúpulos, el egoísmo interesado, la avidez y la codicia de ganancia fueron precisamente los rasgos salientes de los países cuyo desarrollo capitalista burgués –medido a escala occidental– estaba retrasado. Cualquier empleador lo dirá: la falta de *coscienziosità* de los obreros de esos países –por ejemplo Italia, comparada con Alemania– fue, y en cierta medida sigue siendo, uno de los principales obstáculos a su desarrollo capitalista. El capitalismo no puede utilizar el trabajo de aquellos que practican la doctrina del *liberum arbitrium* indis-

* Max Weber acaba de citar textos que considera como una expresión del «espíritu del capitalismo»: B. Franklin predica una moral ascética para la que el fin supremo es producir cada vez más dinero a costa de una vida dominada por el cálculo y el afán de hacer rendir al dinero, «naturalmente generador y prolífico».

ciplinado, así como tampoco puede emplear –como nos lo mostró Franklin– a un hombre de negocios absolutamente sin escrúpulos. La diferencia no es, por lo tanto, una cuestión de grado en el afán de lucro pecuniario. La *auri sacra fame* es tan vieja como la historia de la humanidad. Pero veremos que quienes se someten a ella sin medida –como el capitán holandés que «iría hasta el Infierno para ganar dinero, así tuviera que chamuscar sus velas»– bajo ningún concepto podrían ser considerados como testigos del «espíritu» específicamente moderno del capitalismo considerado como *fenómeno de masas*; y eso es lo único que importa. En todas las épocas de la historia, esa fiebre adquisitiva despiadada, sin relación con ninguna norma moral, tuvo el camino expedito cada vez que le resultó posible. [...]

No obstante, fue en Occidente donde el capitalismo encontró su mayor extensión y conoció tipos, formas, tendencias, que jamás se presentaron en otra parte. En todo el mundo hubo comerciantes: mayoristas o minoristas, que comerciaban sobre el terreno o en otras partes. Existieron préstamos de todo tipo; algunos bancos se dedicaron a las operaciones más variadas, por lo menos comparables a las de nuestro siglo XVI. Los préstamos marítimos [*Seedarleben*], las *commenda*, las asociaciones y sociedades en comandita fueron ampliamente extendidos y hasta en ocasiones adoptaron una forma permanente. En todas partes donde existieron créditos de funcionamiento para las instituciones públicas, aparecieron los prestamistas: en Babilonia, en Grecia, en la India, en China, en Roma. Financiaron guerras, la piratería, los mercados de abastecimiento, las operaciones inmobiliarias de todo tipo.

En la política de ultramar desempeñaron el papel de empresarios coloniales, de plantadores poseedores de esclavos, utilizando el trabajo forzado. Tomaron en arriendo dominios y cargos, con una preferencia por la recaudación de los impuestos. Financiaron a los jefes de partidos en período de elecciones, y a los *condottieri* en tiempos de guerras civiles. En resumidas cuentas, fueron *especuladores* en busca de todas las ocasiones de realizar una ganancia pecuniaria. Esta variedad de empresarios, los *aventureros* capitalistas, existió en todas partes. Con excepción del comercio o de las operaciones de crédito y de banca, sus actividades adoptaron un carácter irracional y especulativo, o bien se orientaron hacia la adquisición por la violencia, ante todo mediante saqueos: ya sea directamente, por la guerra, o indirectamente, bajo la forma permanente del botín fiscal, es decir, por la explotación de los sujetos. Otras

tantas características que a menudo se encuentran todavía en el capitalismo del Occidente moderno: capitalismo de los filibusteros de la finanza, de los grandes especuladores, de los cazadores de concesiones coloniales, de los grandes financistas. Y sobre todo en el que se vincula más especialmente con la explotación de las *guerras* con la que resulta relacionada, hoy y siempre, una parte, pero solamente una parte, del gran comercio internacional.

Pero en los tiempos *modernos*, el Occidente conoció en forma exclusiva otra forma de capitalismo: la organización racional capitalista del *trabajo* (formalmente) *libre*, de la que en otras partes no se encuentran más que vagos esbozos. En la Antigüedad, la organización del trabajo servil sólo alcanzó cierto nivel de racionalización en las plantaciones y, en un grado menor, en las *ergasteria*. Al comienzo de los tiempos modernos, la racionalización fue todavía más restringida en las granjas y los talleres señoriales, así como en las industrias domésticas de los dominios señoriales que utilizan el trabajo servil. Las verdaderas industrias domésticas, que recurrían al trabajo libre, no existieron fuera de Occidente sino de manera aislada; el hecho está probado. Sin embargo, el uso muy difundido de jornaleros sólo excepcionalmente condujo a la instalación de manufacturas –y en formas muy diferentes de la organización industrial (monopolios de Estado)–, en todo caso nunca a una organización del aprendizaje del oficio a la manera de nuestra Edad Media.

Pero la organización racional de la empresa, ligada con las previsiones de un mercado regular y no con las ocasiones irracionales o políticas de especular, no es la única particularidad del capitalismo occidental. Ella no habría sido posible sin otros dos factores importantes: *la separación de lo doméstico [Haushalt] y de la empresa [Betrieb]*, que domina toda la vida económica moderna; y la *contabilidad* racional, que le está íntimamente ligada. En otras partes también encontramos la separación en el espacio de la vivienda y el taller (o la tienda); ejemplos: el bazar oriental y las *ergasteria* de algunas civilizaciones. De igual modo, en el Levante, en Extremo Oriente, en la Antigüedad, algunas asociaciones capitalistas tienen su contabilidad independiente. Pero respecto de la independencia moderna de las empresas éstas no son más que tentativas modestas. Ante todo, porque las condiciones indispensables de esta independencia, o sea, nuestra contabilidad racional y nuestra separación legal de la propiedad de las empresas y de la propiedad perso-

nal, están totalmente ausentes, o bien sólo están en sus comienzos. En cualquier otra parte, las empresas que persiguen la ganancia tuvieron una tendencia a desarrollarse a partir de una gran economía familiar, ya sea principesca o patrimonial (el *oikos*); como bien lo vio Rodbertus, presentan, junto a parentescos superficiales con la economía moderna, un desarrollo divergente, hasta opuesto.

No obstante, en último análisis, todas estas particularidades del capitalismo occidental no recibieron su significación moderna sino por su asociación con la organización capitalista del trabajo. Lo que en general se llama la “comercialización”, el incremento de los títulos negociables, y la bolsa, que es la racionalización de la especulación, también están ligados a ella. Sin la organización racional del trabajo capitalista, todos estos hechos –admitiendo que sigan siendo posibles– distarían mucho de tener la misma significación, sobre todo por lo que respecta a la estructura social y todos los problemas propios del Occidente moderno que le son conexos. El cálculo exacto, fundamento de todo el resto, sólo es posible sobre la base del trabajo libre.

MAX WEBER

L'éthique protestante et l'esprit du capitalisme

4. La sociología espontánea y los poderes del lenguaje

LA NOSOGRAFÍA DEL LENGUAJE

Nosotros –decía aproximadamente Bacon– creemos que gobernamos nuestras palabras cuando en realidad son éstas las que nos gobiernan sin que lo sepamos, y nos enredan insidiosamente en los engaños de sus falsas apariencias. No es suficiente, como lo pretende la tradición racionalista de la *Lingua universalis* o de la *Characteristica generalis*, sustituir las incertidumbres del lenguaje común, ese *idolum fori*, por la lógica perfecta de un lenguaje construido: es necesario analizar la lógica del lenguaje corriente, que por ser corriente pasa inadvertido. Sólo una crítica de esta clase puede poner de manifiesto las falsas problemáticas y las categorías falaces que vehiculiza el lenguaje y que siempre amenazan con reintroducirse bajo el disfraz científico de la lengua más formalizada.

15. M. CHASTAING

Wittgenstein trata a los filósofos como enfermos e inventa un *nuevo método* [II, 26]¹ que los curará de sus dolencias. ¿De qué manera? *Calmándolos*. ¿Cómo disipará su inquietud? ¿Resolviendo sus problemas? No: disolviéndolos [48, 51, 91, 155].

1 Las cifras entre corchetes remiten a las *Philosophical Investigations*, Oxford, 1953; las cifras precedidas de I y II designan las páginas del estudio de G. E. Moore, «Wittgenstein's Lectures», *Mind*, 1954 y 1955.

¿De qué están enfermos? De malas maneras de hablar [47]. Sin duda emplean palabras que nosotros utilizamos: *conocimiento*, *ser*, *yo*, *objeto*, etc. [48], pero no las emplean como nosotros, ni como ellos mismos cuando utilizan *humildemente* las palabras *mesa*, *cocina* o *tenis* [44]. Cuando preguntan: «¿Un coronel piensa?», ¿hacen la pregunta que a veces lamentablemente nosotros nos hacemos [126]? Cuando confiesan: «No puedo conocer sus sentimientos», ¿les diremos: «Traten de hacerlo»? O interpretan *extravagantemente* nuestras expresiones corrientes [19], o su extravagancia se expresa mediante giros extraordinarios [47]. O, en su desorden, ya no comprenden nuestro lenguaje cotidiano, ni tampoco el suyo,² o inventan un lenguaje tan incomprensible como el de un loco que pide: *Leche a mi azúcar* [138]. Sus problemas nacen de sus desenfrenos lingüísticos [51]. Precisamente: de no respetar las reglas de los *juegos de palabras*.³

Ahora bien, *el sentido de una palabra o de un conjunto de palabras está determinado por el sistema de reglas que fijan su empleo*,⁴ [I, 298]. Los enunciadados filosóficos no tienen, por consiguiente, sentido⁵ [48]. Y cada filósofo, perdido en la bruma [222] de sus absurdos, no hace más que repetir: «Soy un extraviado».⁶

Principales síntomas de su extravío:

1º El «fuera de juego». Los enfermos privan a las palabras de los textos en los que las utilizamos, extraen a las frases de sus contextos usuales; pronuncian, así, palabras fuera de uso a las que otorgan una significación absoluta, mientras que nuestras palabras sólo tienen significación

2 Cuando filosofamos, nos parecemos a los salvajes, a los primitivos que oyen hablar a los civilizados, interpretan mal sus palabras y sacan extrañas conclusiones de su interpretación [79]. MacDonald traduce: los filósofos «emplean palabras corrientes al mismo tiempo que las privan de su función corriente» («The philosopher's use of analogy», *Logic and Language*, Oxford, 1955, I, pág. 82).

3 Wittgenstein utiliza la expresión *Sprachspiel* (lenguaje-juego) para designar a veces el *sistema* (I, 6) de una lengua, otras el uso de esa lengua, es decir el habla, y otras más el habla y los actos con los que ésta se confunde [5]. Ilustra esta expresión comparando, como Saussure, el lenguaje con el juego de ajedrez.

4 Fórmula de Schlick que éste atribuye a Wittgenstein («Meaning and Verification», *Phi. Rev.*, 1936, pág. 341).

5 Véase B. A. Farrell, «An appraisal of therapeutic positivism», *Mind*, 1946.

6 *Ein philosophisches Problem hat die Form: «Ich kenne mich nicht aus»* [49].

en relación con las condiciones –verbales o no– en las que aprendimos a jugar con ellas [6, 10, 20, 24, 36, 44, 65, 73, 220]. Plantean, por ejemplo, fuera de todos los *juegos* en los que sus palabras tienen una función, por tanto fuera de todo lenguaje,⁷ preguntas como: «¿Esto es simple o complejo?», «¿Esto es un estado mental?» [21, 61].

Algunos signos diagnósticos:

a) Las *contradicciones* [50]. Un hombre que pregunta: «¿Se puede jugar al ajedrez sin la reina?», «¿Puedo sentir tu dolor de muelas?», «¿Un tigre sin rayas es un tigre?»,⁸ es un filósofo. Si ha aprendido a decir «tigre» para denominar a un animal carnívoros de piel rayada, ¿no se contradice, en efecto, cuando habla de un tigre sin piel rayada?

b) Las *esencias ocultas* [43]. El filósofo que busca dientes en el pico de una gallina encuentra en él dientes invisibles: busca el sentido de las palabras «ser» y «objeto»; ahora bien, al privarlas de todo sentido visible, separándolas de las *circunstancias* en las que surgieron y de las que son, manifiestamente, signos,⁹ debe imaginar que el sentido buscado se *oculta* en ideas o *esencias* espirituales que las palabras significan¹⁰ (como una incisión en una piedra significa un tesoro enterrado), y luego inventar una *intuición* [84] que le permita descubrir *de una vez* [80] la esencia secreta de los seres y de los objetos [48].

c) Las *definiciones* [73]. Cuando un buscador de esencias ocultas le pregunta: «¿Qué es el juego?», ¿acaso no espera que usted le dé una *respuesta definitiva* [43]? Cuando los filósofos preguntan, buscan definiciones. Pero ¿cómo decirles dónde termina el juego, o dónde comienza [33-6]?¹¹ ¿Acaso no aprendimos a hablar de juegos infantiles, de Juegos

7 Sólo dentro de un lenguaje puedo significar algo por algo [18]. Fórmula muy «saussuriana».

8 Ejemplos de Wittgenstein (J. Wisdom, «Other minds», *Mind*, 1940, págs. 370-372).

9 La significación de una palabra está, pues, «mediatizada» por las circunstancias en las que se la utiliza. P. F. Strawson ve en «la hostilidad a la doctrina de la intermediación» una de las constantes de las *Philosophical Investigations* (*Mind*, 1951, págs. 92, 98).

10 Véase *Wo unsere Sprache uns einen Körper vermuten lässt, und kein Körper ist, dort möchten wir sagen, sei ein GEIST* [18].

11 Algunos lingüistas hablan exactamente como Wittgenstein: «¿Dónde comienza y dónde termina el género “olla” o el género “marmita”?» (A. Dauzat, *La géographie linguistique*, París, 1922, pág. 123).

Olímpicos, de juegos matemáticos, de juegos de palabras, etc.? ¿No aprendimos, por consiguiente, a ampliar indefinidamente el ámbito de los juegos? Nuestro *concepto* «juego» parece *ilimitado* [31-3].¹²

El remedio: restituir a las palabras y las frases *su propio ámbito*, es decir el de las situaciones en las que se las utiliza [48, 155]. Posología: en caso de crisis filosófica, detectar las palabras críticas y preguntarse: «¿En qué circunstancia las pronunciamos?» [48, 61, 188; II, 19].

2º El denominador común. Los enfermos se defienden: pretenden definir, en toda circunstancia, *lo que es común* a todo juego; quisieran contemplar la esencia del Arte en la que comulgan todas las artes. Y entonces atacan: para que apliquemos un nombre común, como «juego» o «arte», a diferentes actividades, *es preciso* que esas actividades tengan un denominador común.

¿Esto quiere decir que para hablar en francés de *vol* el vuelo [vol] de un aviador debe tener *algo en común* con el robo [vol] de un malhechor? Nuestros antepasados cazadores pasaron de un robo [vol] a otro por intermedio de animales voladores [volátiles] y ladrones [voleurs] de la caza. Nosotros pasamos *gradualmente* de un modo de empleo de la palabra «oficina» a otro, sin pensar en una Idea de Oficina de la que participarían una bayeta, un mueble, un local, una sociedad y un establecimiento público.* La semasiología de las *transiciones graduales* disipa el misterio de las Ideas demasiado generales [II, 17].

Por consiguiente, el remedio es: *No digan*: «Deben tener algo en común» todas las sustancias, cualidades o acciones que designa una misma palabra; *más bien* observen y vean *si tienen algo en común*. Observen el *funcionamiento* de la palabra «ocupación» y vean si la «ocupación de un obrero» tiene algo en común con la «ocupación de un lugar». Si un golpe es «seco» como un terreno y un terreno «seco» como el champagne.¹³ Si la vida del verbo «tomar» es tan uniforme como la del verbo «roturar».

12 Véase M. Chastaing, «Jouer n'est pas jouer», *J. Psy.*, 1959.

* Todos estos usos corresponden o correspondieron a la palabra «*bureau*». [N. del T.]

13 Véase R. Wells, «Meaning and use», *Word*, agosto de 1951, pág. 24. En este número de *Word* la filosofía de Wittgenstein confluye con la lingüística estructural (véase S. Ullmann, «The concept of meaning in linguistics», *Archivum Ling.*, 1956, págs. 18-20). Pero confluencia no es influencia. ¿Wittgenstein ha recibido la influencia de los lingüistas? ¿Ha influido él sobre la lingüística?

Aprendan a conocer, mediante *ejemplos*, cómo *trabajan* las palabras [31-2, 51, 109]. Tomen, eventualmente, algunas dosis de ejemplos en tratados de semántica. .

3° La *dieta parcial* [155].¹⁴ Sin duda, hay filósofos que se abstienen de alimentar sus especulaciones por medio de ejemplos; pero otros *sólo alimentan sus pensamientos con una especie de ejemplos*. Estos últimos filósofos terminan por olvidar la existencia de especies diferentes. Universalizan, por tanto, maneras particulares de hablar: de «algunos» hacen «todos»; de una parte, la totalidad [3, 13, 18, 37, 110, 155]. Obsérvenlos: metafísicos que sustituyen «semejante» por «idéntico», aunque estos dos términos sólo sean ocasionalmente sinónimos [91], o psicólogos que suponen que *un motivo es el motivo* [II, 19]. A menudo filósofos del lenguaje, tienen la costumbre de tratar a todas las palabras como nombres y a todos los nombres como nombres propios [18-20; I, 9].

El remedio: la especificación explícita. Formulen las condiciones especiales en las que las palabras *X* tienen una significación *Y*, *limitando* así *expresamente* esa significación con condiciones ejemplificatorias. «En ese caso [...]» «En esos casos [...]» A veces bastará decir: «En un gran número de casos [...]».

Para preparar este remedio, completen la fórmula ya prescrita: «¿En qué circunstancias decimos que...?» con la pregunta: «¿No hay circunstancias en las que hablamos de manera distinta?». Si, por ejemplo, se sienten inclinados a considerar que los juegos son competiciones, no sólo deben preguntar: «¿Qué juegos?», sino también: «¿Existen juegos sin competidores? ¿Cuáles?» Con estas preguntas aprenderán a *comparar* los diversos modos de empleo de la palabra «juego» [3, 20, 30, 32, 50].

4° «El error de categoría».¹⁵ Como los filósofos no tienen la práctica de comparar los campos semánticos de sus vocablos, cometen el error de confundir esos campos [24, 13]. Su lenguaje se parece entonces a un tenis en el que se busquen los «objetivos» del fútbol, a un ring en el que combatieran boxeadores de diferentes categorías [231]. ¿Imitarán a esos humoristas para los cuales el «error de categoría» es una ley? No. Ellos no proponen como bromas sus *bromas gramaticales* [47]. Con mu-

¹⁴ *Einseitige Diät*.

¹⁵ Véase G. Ryle, *The Concept of Mind*, Cambridge, 1951, págs. 16-18 [hay ed. en esp.].

cha seriedad hacen de la psicología otra física [151], o del pensamiento otra palabra [217], dicen que la señorita Durand tiene un «yo» así como tiene cabellos rubios¹⁶ o que el espíritu tiene opiniones como las tiene el señor Martín [151], y asimilan las *razones* del soñar a las *causas* del sueño [II, 20-1], nuestro lenguaje a una lengua lógica [46] o la significación de la palabra a la palabra misma [49]. Con mucha seriedad toman por proposiciones empíricas *maneras figuradas de hablar* [100-1] y, por expresiones corrientes, metáforas en las que las palabras pasan de su campo semántico a un campo distinto [1, 5, 295].

El remedio: algunos ejercicios de «conmutación».¹⁷ Practiquen este tipo de preguntas: «En las circunstancias en que digo A, ¿puedo conmutar A por B? ¿Puedo decir ya sea A o B, ya sea A y B?». Pregunten, por ejemplo: «¿Puedo decir «¿sufro?» como digo «¿amo?» y «siento durante algunos segundos una violenta aflicción» como «siento durante algunos segundos un violento dolor»?» Y de esta manera ya no cederán a la tentación de introducir el amor y la aflicción en la categoría de las *sensaciones* en las que ponen el dolor y hasta el sufrimiento [61, 154, 174]. Pregunten: «¿Puedo decir que hablo con palabras y frases?»¹⁸ ¿O que un jugador de ajedrez utiliza piezas y gambitos?». Y ya no se sentirán inclinados a poner a los nombres *en el mismo nivel* que las proposiciones [24].

Aprendan, pues, mediante preguntas en las que *emplean una frase en contraste con otras*, un vocablo en oposición a otros [9, 90], a reconocer a la vez las diferencias semánticas que establece sistemáticamente el lenguaje habitual y los errores de los filósofos que violan el «sistema de diferencias»¹⁹ de su lengua.

Este remedio, como los anteriores, deriva así de un psicoanálisis cuyo reglamento es el siguiente: para que los filósofos se curen, hacerlos

16 J. E. Thompson, «The argument from analogy and our knowledge of other minds», *Mind*, 1951, pág. 343.

17 Vocablo caro a los «glosemáticos». Justificado por la vigésima nota en la que, como ellos, Wittgenstein considera a la palabra la «unidad de conmutación» más pequeña que puede tener un valor de frase (8, 9), y por la nota 558, en la que Wittgenstein emplea el famoso «substitution test» para identificar el sentido de una palabra (véase L. Hjelmlev, *Prolegomena to a study of language*, Indiana, 1953, pág. 66).

18 Véase G. Ryle, «Ordinary language», *Phi. Rev.*, 1953.

19 Fórmula de Saussure.

conscientes de sus excentricidades verbales;²⁰ para hacerlos conscientes de esas excentricidades, recordarles el lenguaje corriente, que, por ser corriente, pasa inadvertido [43-9]. *Llamarlos* [50] al orden lingüístico, mediante una *clara* exposición de nuestras maneras de hablar [6, 51, 133, 167]. El terapeuta, que, como Descartes, ama el orden y la claridad,²¹ como Sócrates, no enseña nada: exponente del lenguaje cotidiano, nunca propone más que *trivialidades* [42, 47, 50; II, 27].²²

MAXIME CHASTAING

«Wittgenstein et les problèmes de la connaissance d'autrui»

20 *Los problemas filosóficos nacen cuando el lenguaje se emancipa* [19].

21 Ya Malebranche practicaba el método wittgensteiniano (*Recherche de la vérité*, VI, 2, 7).

22 *Sie stellt nur fest, was Jeder ihr zugibt* [156], dice Wittgenstein de su filosofía.

LOS ESQUEMAS METAFÓRICOS EN BIOLOGÍA

Los esquemas comunes –imágenes o analogías– tienen el poder de obstaculizar, por la comprensión global e inmediata que suscitan, el desarrollo del conocimiento científico de los fenómenos. Para liberar las virtudes heurísticas de nociones como «célula» o «tejido», fue preciso que el pensamiento biológico lograra neutralizar las connotaciones afectivas o sociales que esas palabras conservaban de su uso corriente. Muy a menudo, como en el caso de Harvey, que debió rechazar la imagen de la «irrigación» para poder formular la hipótesis de la circulación de la sangre, hay que saber romper radicalmente con un sistema de imágenes que impide la formulación de una teoría coherente. Más generalmente, recurrir a una analogía, aunque no sea absolutamente adecuada, puede permitir que se adviertan las ambigüedades de una analogía menos adecuada, siempre que se lo haga con el control de una intención teórica: la metáfora del organismo concebido como una sociedad permitió que la biología rompiera con la representación tecnológica del cuerpo; pero esta analogía fue a su vez rectificada por el desarrollo de la teoría biológica.

16. G. CANGUILHEM

Con la célula, estamos ante un objeto biológico cuya sobredeterminación afectiva es indiscutible y considerable. El psicoanálisis del cono-

cimiento ya cuenta con afortunados resultados que le permiten aspirar a la dignidad de un género al que se puede aportar, aunque sin intención sistemática, algunas contribuciones. Cada uno encontrará en sus recuerdos de las lecciones de historia natural la imagen de la estructura celular de los seres vivos. Esta imagen tiene una constancia casi canónica. La representación esquemática de un epitelio es la imagen de un pastelillo de miel. Célula es una palabra que no nos hace pensar en el monje o en el prisionero, sino que nos evoca la abeja.* Haeckel ha hecho notar que las celdillas de cera llenas de miel constituyen una réplica completa de las células vegetales llenas de jugo celular. No obstante, no creemos que esta correspondencia integral explique la influencia que tiene sobre el pensamiento la noción de célula. Quién sabe si, al adoptar conscientemente el término célula de la colmena de las abejas para designar el elemento del organismo vivo, el espíritu humano no ha adoptado también, inconscientemente, la noción de trabajo cooperativo cuyo producto es el panal de miel. Así como el alvéolo es el elemento de un edificio, las abejas son, según la expresión de Maeterlinck, individuos enteramente absorbidos por la república. En realidad, la célula es una noción anatómica y funcional a la vez, la noción de un material elemental y de un trabajo individual, parcial y subordinado. Lo cierto es que hay valores afectivos y sociales de cooperación y de asociación que se ciernen de cerca o de lejos sobre el desarrollo de la teoría celular. [...]

El término tejido merece algunas consideraciones. Como se sabe, *tissu* [tejido] viene de *tistre*, forma arcaica del verbo *tisser* [tejer]. Vimos que el vocablo célula estaba recargado de significaciones implícitas de orden afectivo y social; el vocablo tejido no está menos cargado de implicaciones extrateóricas. Célula nos hace pensar en la abeja y no en el hombre. Tejido nos hace pensar en el hombre y no en la araña. El tejido es, por excelencia, obra humana. La célula, provista de su forma hexagonal canónica, es la imagen de un todo cerrado sobre sí mismo. Pero el tejido es la imagen de una continuidad en la que toda interrupción es arbitraria, en la que el producto deriva de una actividad siempre abierta a una continuación. Se lo puede delimitar aquí o allá, según las necesidades. Además, una célula es algo frágil, que está hecho para que

* Célula, celdilla y celda se dicen igual en francés: *cellule*. [N. del T.]

lo admiremos, para ser mirado sin tocar so pena de destrucción. En cambio se debe tocar, palpar, estrujar un tejido para apreciar su trama, su suavidad, su delicadeza. Se pliega, se despliega un tejido, se lo desenrolla en ondas superpuestas sobre el mostrador. [...]

La sangre, la savia, fluyen como el agua. El agua canalizada irriga el suelo; también la sangre y la savia deben irrigar. Fue Aristóteles quien asimiló la distribución de la sangre a partir del corazón y la irrigación de un jardín por medio de canales. Y Galeno no pensaba de otro modo. Pero irrigar el suelo es, finalmente, perderse en el suelo. Y éste es exactamente el principal obstáculo para la comprensión de la circulación. Se honra a Harvey por haber hecho la experiencia de la ligadura de las venas del brazo, cuya hinchazón debajo del punto de contracción es una de las pruebas experimentales de la circulación. Ahora bien, esta experiencia ya había sido hecha en 1603 por Fabricio de Aquapendente –y es muy posible que todavía se remonte más lejos–, quien estableció como conclusión el papel regulador de las válvulas de las venas, aunque pensaba que la función de éstas era impedir que la sangre se acumulara en los miembros y las partes inclinadas. Lo que Harvey añadió a la suma de comprobaciones hechas antes que él es este hecho a la vez simple y decisivo: en una hora, el ventrículo izquierdo envía al cuerpo, por la aorta, un peso de sangre que es el triple del peso del cuerpo. ¿De dónde viene y adónde puede ir tanta sangre? Y por lo demás, si se abre una arteria, el organismo se desangra por completo. Así nace la idea de un posible circuito cerrado. «Me he preguntado –dice Harvey– si todo no se explicará por un movimiento circular de la sangre.» Fue entonces cuando, repitiendo la experiencia de la ligadura, Harvey logra dar un sentido coherente a todas las observaciones y experiencias. Se ve así cómo el descubrimiento de la circulación de la sangre consiste, ante todo, y quizás esencialmente, en postular un concepto destinado a «dar coherencia» a observaciones precisas hechas sobre el organismo en diversos puntos y en diferentes momentos para suplantar a otro concepto, el de irrigación, directamente importado a la biología del campo de la técnica humana. La realidad del concepto biológico presupone el abandono de la comodidad del concepto técnico de irrigación.

GEORGES CANGUILHEM

La Connaissance de la vie

* * *

Es la fisiología la que da la clave de la totalización orgánica, clave que no había podido suministrar la anatomía. Los órganos, los sistemas de un organismo altamente diferenciado no existen para sí mismos, ni los unos para los otros en cuanto órganos o sistemas; existen para las células, para los innumerables radicales anatómicos, creándoles el medio interno, de composición constante por compensación de desviaciones, que les es necesario. De manera que su asociación, o sea su relación de tipo social, suministra a los elementos el medio colectivo de vivir una vida separada: «Si se pudiera realizar a cada instante un medio idéntico a aquel que la acción de las partes contiguas crea continuamente a un organismo elemental dado, éste *viviría en libertad exactamente como en sociedad.*» La parte depende de un todo que sólo se ha constituido para su mantenimiento. Llevando a la escala de la célula el estudio de todas las funciones, la fisiología general explica el hecho de que la estructura del organismo total esté subordinada a las funciones de la parte. Hecho de células, el organismo está hecho para las células, para partes que son en sí mismas conjuntos de menor complicación.

La utilización de un modelo económico y político suministró a los biólogos del siglo XIX el medio de comprender lo que la utilización de un modelo tecnológico no había conseguido antes. La relación de las partes con el todo es una relación de *integración* –este último concepto se afirmó en fisiología nerviosa– cuyo fin es la parte, pues la parte ya no es una pieza o un instrumento, sino un individuo. En el período en el que lo que más adelante sería muy positivamente la teoría celular dependía tanto de la especulación filosófica como de la exploración microscópica, el término mónada fue utilizado a menudo para designar el elemento anatómico, antes que se prefiriera general y definitivamente el término célula. Con el nombre de mónada, en particular, Auguste Comte rechazó la teoría celular. La influencia indirecta, pero real, de la filosofía leibniziana sobre los primeros filósofos y biólogos románticos que meditaron sobre la teoría celular, nos autoriza a decir de la célula lo que Leibniz dijo de la mónada, o sea que es *pars totalis*. No es un instrumento, un útil, sino un individuo, un sujeto de funciones. El término armonía vuelve frecuentemente a la pluma de Claude Bernard para dar una idea de lo que entiende por totalidad orgánica. No es difícil reconocer allí un eco debilitado del discurso leibniziano. De este

modo, con el reconocimiento de la forma celular como elemento morfológico de todo cuerpo organizado, el concepto de organización cambia de sentido. El todo ya no es el resultado de un ajuste de órganos; es una totalización de individuos. En el siglo XIX, paralela y simultáneamente, el término «parte» pierde su sentido aritmético tradicional, debido a la constitución de la teoría de los conjuntos, y su sentido anatómico tradicional, debido a la constitución de la teoría celular.

Unos treinta años después de la muerte de Claude Bernard la técnica del cultivo *in vitro* de células trasplantadas, perfeccionada por A. Carrel en 1910, pero inventada por J. Jolly en 1903, ¿suministró la prueba experimental de que el organismo está construido como una sociedad de tipo liberal –pues Claude Bernard toma como modelo la sociedad de su tiempo– en la que las condiciones de vida individual son respetadas y podrían ser prolongadas fuera de la asociación, siempre que se las provea artificialmente de un medio apropiado? De hecho, para que el elemento en libertad, es decir liberado de las inhibiciones y los estímulos que sufre por estar integrado al todo, viva en libertad como en sociedad, es preciso que el medio que se le suministra envejezca paralelamente a él mismo, lo que implica hacer que la vida elemental sea lateral respecto al todo cuyo equivalente está constituido por el medio artificial; lateral y no independiente. Además, la vida en libertad impide el retorno al estado de sociedad, lo que es una prueba de que la parte liberada ha perdido irreversiblemente su carácter de parte. Como lo ha hecho notar Etienne Wolff: «Nunca la asociación de células previamente disociadas ha conducido a la reconstitución de la unidad estructural. La síntesis nunca siguió al análisis. Por un uso ilógico del lenguaje se da a menudo el nombre de *cultivos de tejidos* a proliferaciones celulares anárquicas que no respetan ni la estructura ni la cohesión del tejido del que provienen». Es decir que un elemento orgánico sólo puede recibir el nombre de elemento en estado no separado. En este sentido es válida la fórmula hegeliana según la cual el todo realiza la relación de las partes entre sí como partes, de modo que fuera del todo no hay partes.

Es decir que en este punto la embriología y la citología experimentales han rectificado el concepto de la estructura orgánica demasiado estrechamente asociado por C. Bernard a un modelo social que no era quizás, en definitiva, más que una metáfora. Reaccionando contra el uso de los modelos mecánicos en fisiología, Claude Bernard escri-

bió un día: «La laringe es una laringe y el cristalino un cristalino, o sea que sus condiciones mecánicas o físicas no se realizan en ninguna parte fuera del organismo vivo». Con los modelos sociales en biología sucede como con los modelos mecánicos. Si el concepto de totalidad reguladora del desarrollo y del funcionamiento orgánico siguió siendo, desde la época en que, precursoramente, C. Bernard verificó su eficacia experimental, un concepto invariante, por lo menos formalmente, del pensamiento biológico, hay que reconocer sin embargo que su suerte ya no está ligada con la del modelo social que, en principio, lo sostuvo. El organismo no es una sociedad, aunque presente, como una sociedad, una estructura de organización. La organización, en el sentido más general, es la solución de un problema que concierne a la conversión de una competencia en compatibilidad. Ahora bien, para el organismo la organización es un hecho; para la sociedad, un problema. Así como C. Bernard decía que «la laringe es una laringe», nosotros podemos decir que el modelo del organismo es el organismo mismo.

GEORGES CANGUILHEM

«Le tout et la partie dans la pensée biologique»

5. La tentación del profetismo

EL PROFETISMO DEL PROFESOR Y DEL INTELLECTUAL

Si la situación del profesor requerido por las expectativas de un público de adolescentes, y más ansioso de las «notas personales» que atento a las reglas ingratas de la tarea científica, suscita particularmente la tentación profética y un tipo particular de profecía, el análisis weberiano permite comprender también, *mutatis mutandis*, cómo el sociólogo se halla expuesto a traicionar las exigencias de la investigación cada vez que, intelectual más que sociólogo, acepta, consciente o inconscientemente, responder a las solicitudes de un público intelectual que espera de la sociología respuestas totales a problemas humanos que pertenecen, por derecho, a todo hombre, especialmente intelectual.

A la luz del análisis de Weber hay que leer el texto de Benet M. Berger: la desilusión suscitada entre los intelectuales por los sociólogos que, encerrándose en su especialidad, se niegan a ser intelectuales, ilustra *a contrario* la incitación al profetismo que implican las expectativas del gran público intelectual, ansioso de enfoques de conjunto que «hagan pensar», de compromisos sobre los valores últimos, de consideraciones sobre los «grandes problemas», o de sistematizaciones abusiva y alusivamente dramáticas, muy adecuadas para provocar el temblor existencial.

17. M. WEBER

Tal vez, un examen de conciencia podría mostrar que es muy particularmente difícil satisfacer ese postulado [vale decir, renunciar a dar «evaluaciones prácticas» en los cursos] porque sólo a regañadientes *renunciamos* a entrar en el juego tan interesante de las evaluaciones, máxime cuando nos dan la oportunidad de añadir nuestra tan excitante «nota personal». Todo docente podrá comprobar que la cara de los estudiantes se ilumina y sus rasgos se tensan no bien éste comienza a «hacer alarde» de su doctrina personal, o incluso que la cantidad de auditores a su curso crece de una manera extremadamente ventajosa cuando los estudiantes tienen la expectativa de que hable de tal modo. Además, cualquier profesor sabe que la competencia en la frecuentación de los cursos hace que la universidad a menudo dé la preferencia a un profeta, por pequeño que sea, que llena los anfiteatros, y descarta al erudito, por grande que sea, que se *atiene a su materia*, a menos que la profecía se aleje en exceso de las evaluaciones que usualmente son consideradas normales desde el punto de vista de las convenciones o de la política. [...]

Sea como fuere, es una situación sin precedentes ver a muchos profetas acreditados por el Estado que, en vez de predicar su doctrina en la calle, en las iglesias y otros sitios públicos, o bien en privado, en grupúsculos de creyentes escogidos personalmente y que se reconocen como tales, se arrojan el derecho a despachar desde lo alto de una cátedra, en «nombre de la ciencia», veredictos decisivos sobre cuestiones atinentes a la concepción del mundo, aprovechando que, por un privilegio del Estado, la sala del curso le garantiza un silencio supuestamente objetivo, incontrolable, que los pone cuidadosamente a resguardo de la discusión y como consecuencia de la contradicción. Hay un viejo principio, del que Schmoller un día se convirtió en el ardiente defensor, que exige que lo que ocurre en un curso debe escapar a la discusión pública. Aunque sea posible que esta manera de ver traiga aparejado incidentalmente algunos inconvenientes, en apariencia se admite, y en lo personal yo comparto esa opinión, que el «curso» [479] *debería* ser otra cosa que un «discurso», y que la severidad imparcial, la objetividad y la lucidez de una lección profesoral sólo podrían resentirse, desde el punto de vista pedagógico, por la intervención de la publicidad, por ejemplo del género periodístico. En todo caso, pareciera que el privilegio de la ausencia de

control no puede convenir sino en el ámbito exclusivo de la pura calificación del profesor como *especialista*. Sin embargo, no hay ninguna calificación de especialista en profecías personales, y por consiguiente ese privilegio, en este caso, pierde su razón de ser. Pero, ante todo, la ausencia de control no debe servir para explotar la condición del estudiante que, a causa de su porvenir, está *forzado* a frecuentar ciertos establecimientos escolares y seguir las lecciones de los profesores que allí enseñan, para tratar de inculcarle, al abrigo de toda contradicción, además de los elementos que necesita para su carrera (atención y formación de sus dotes de inteligencia y de su pensamiento, y también adquisición de conocimientos), una supuesta «concepción del mundo» personal del profesor, que ciertamente en ocasiones es muy interesante (pero a menudo también perfectamente insubstancial).

Al igual que cualquiera, el profesor dispone de otros medios para propagar sus ideales prácticos, y si no los posee, puede procurárselos con facilidad, en las formas apropiadas, si lealmente quiere tomarse el trabajo de hacerlo, así como la experiencia lo indica. Pero el profesor *en cuanto* profesor no debería tener la pretensión de querer llevar en su cartuchera el bastón de mariscal del hombre de Estado (o de reformador cultural), como ocurre cuando aprovecha su cátedra, a resguardo de cualquier tormenta, para expresar sus sentimientos de político (o de política cultural). Puede (y debe) hacer lo que su Dios o demonio le ordene, por las vías de la prensa, de las reuniones públicas, de las asociaciones o del ensayo literario, en suma en una forma que sea también accesible a cualquier otro ciudadano.

MAX WEBER

Essais sur la théorie de la science

18. B. M. BERGER

La mayoría de las críticas que se les hacen a los sociólogos están inspiradas en la idea de que la función esencial de los intelectuales, en la tradición occidental, consiste en comentar e interpretar la significación de la experiencia contemporánea. [...]

Si la imagen contemporánea del intelectual es, esencialmente, la de un hombre de letras, no es porque la calidad estética de las novelas, de las obras de teatro, de los ensayos o de la crítica literaria califique a sus autores como intelectuales, sino porque, al escribir esas obras, uno se presenta como comentador de la cultura de la época y como intérprete de la experiencia contemporánea. [...]

Los hombres de letras han monopolizado el papel de intelectual porque (a) están liberados por completo de las exigencias que impone la especialización técnica; (b) son libres (dentro de los límites de su posición de hombres de letras) de emitir juicios de valor generales e intransigentes; (c) están totalmente eximidos de las coerciones que impone una institución.

ESPECIALIZACIÓN

Los intelectuales son críticos, liberales o conservadores, radicales o reaccionarios, de la vida de la época. Su competencia es ilimitada; abarca nada menos que el conjunto de la vida cultural de un pueblo. [...] Para quien estudia las humanidades, y particularmente la historia literaria, ser especialista es tener una competencia particular a propósito de un período histórico dado y a propósito de los personajes importantes asociados a este período: el doctor Johnson ante la literatura inglesa del siglo XVIII, la significación de Gide en la literatura francesa del siglo XX, el príncipe Metternich y la historia de Europa después de 1815; Kant, Hegel y el idealismo alemán entre 1750 y 1820. Ser especialista en tales temas no es obstáculo para desempeñar el papel de intelectual, ya que la tradición de los estudios humanísticos orienta hacia los enfoques de conjunto y estimula a discutir e interpretar el marco social, cultural, intelectual, espiritual de aquel campo del que declara ser «conocedor». Las humanidades –y particularmente la historia de la literatura– ofrecen así a los intelectuales un estatus profesional que no puede impedirles que desempeñen su función de intelectuales. [...]

JUICIOS DE VALOR

En sus comentarios de la cultura contemporánea, en sus interpretaciones de la experiencia contemporánea, los intelectuales no están excesivamente sometidos a la obligación del «desapego» y de la «obje-

tividad». A diferencia del sociólogo, sometido a la regla de una estricta separación entre los hechos y los valores, del intelectual se espera que juzgue y valore, que elogie y condene, que trate de conquistar a la gente para su punto de vista y que defienda su posición contra sus adversarios.

Esta función, que adopta la forma de la polémica en los libres debates entre intelectuales, se realiza, en los medios universitarios, a través de la oposición entre «corrientes de pensamiento» divergentes. Mientras que en sociología la existencia de corrientes de pensamiento desconcierta a todos, porque pone de manifiesto la insuficiencia de los conocimientos (en el campo científico, las conjeturas sólo se admiten a propósito de temas en los que no se cuenta con hechos bien establecidos), en el terreno de las humanidades se admite y se espera que existan corrientes de pensamiento divergentes porque según las normas de estas disciplinas deben emitirse juicios de valor, desarrollar puntos de vista personales y proponer interpretaciones divergentes.

LIBERTAD DE LAS IMPOSICIONES INSTITUCIONALES

Los hombres de letras han sabido, más que los miembros de otras profesiones intelectuales, resistir el movimiento de burocratización de la vida intelectual, gracias a que en los Estados Unidos existe un gran mercado para la literatura de ficción y gracias a las posibilidades de vender comentarios y artículos críticos a revistas de mediano o de gran porte. [...]

Los escritores independientes que pueden subsistir sin depender del salario asegurado por una universidad u otra gran organización tienen garantizada la mayor libertad en la crítica de la vida de la época. No cuentan con esas posibilidades los sociólogos en cuanto tales. Por lo demás, la investigación sociológica importante se realiza, cada vez más, dentro de equipos, mientras que la investigación en historia literaria o en el campo de las humanidades todavía está, en gran medida, a cargo de investigadores que trabajan individualmente. Es evidente que el trabajo colectivo impone límites a los comentarios y las interpretaciones personales de los autores, mientras que el investigador individual, especialista en las disciplinas humanísticas, que sólo es responsable ante sí mismo, está liberado de las limitaciones impuestas por la investigación colectiva.

[...] Aunque la sociología se haya atribuido una especie de derecho de experticia en lo referente a la sociedad y la cultura, las tradiciones de

la ciencia (estricta especialización, objetividad, investigación en equipo) se oponen a que los sociólogos desempeñen el papel de intelectuales. [...] Cuando el sociólogo pretende conocer como especialista la situación de sus contemporáneos, se piensa que lo que está afirmando, en realidad, es que conoce mejor que el intelectual la situación correspondiente. Por ese solo hecho, esa pretensión implícita se presenta a los intelectuales como un nuevo objeto al que dirigir la crítica, lo que harán más gustosamente en la medida en que esa afirmación parece impugnar su derecho a ocupar la posición que ocupan como intelectuales.

[Incluso los intelectuales favorables a la sociología esperan que los sociólogos «se consagren a los grandes problemas». A esta expectativa se oponen los imperativos del trabajo científico y las exigencias de las instituciones de investigación. «Pues exhortar al sociólogo, como hace el intelectual, a “consagrarse a los grandes problemas” es, en realidad, pedirle que no sea un científico, sino un humanista, un intelectual.»]

La acogida, si no completamente favorable, al menos llena de consideración, que los intelectuales brindaron a los trabajos de Riesman y de Mills (los menos abarrotados de tecnicismos científicos) y su total hostilidad a trabajos como *The American Soldier*, plagado de metodología científica, refuerzan este estímulo implícito.

[El autor observa en otro lugar de su texto que «con la publicación de *La muchedumbre solitaria* y la acogida que tuvo, David Riesman se desbarazó, ante la comunidad intelectual, de la condición de sociólogo, convirtiéndose por ello en un intelectual».]

Otra causa de hostilidad hacia la sociología es que, como toda ciencia, se percibe que la sociología «desencanta» el mundo, mientras que la tradición del humanismo y del arte «se basa en la idea de que el mundo está “encantado” y de que el hombre es el misterio de los misterios».

Los intelectuales que viven en esta tradición creen, al parecer, que la realización de los fines que se proponen las ciencias sociales implica necesariamente que los poderes de creación del hombre serán objeto de explicaciones reductoras, que se negará su libertad, se mecanizará su «naturaleza», y se reducirá a fórmulas todo lo que en él hay de «milagroso»; que «el individuo cuya infinitud es conmovedora» (para hablar como Cummings)¹ será rebajado a la condición de un «producto so-

1 E. E. Cummings, *Six Non-Lectures*, Cambridge, Harvard University Press, 1955, págs. 110-111.

cial» limitado y determinado en el que cada misterio, cada cualidad trascendente puede ser, si no precisamente denominada, al menos formulada en los términos de una teoría sociológica cualquiera. No puede sorprender que una visión tan inquietante suscite la doble convicción de que una ciencia de la sociedad es a la vez imposible y nociva.

BENNET M. BERGER

«Sociology and the Intellectuals: An Analysis of a Stereotype»

6. Teoría y tradición teórica

RAZÓN ARQUITECTÓNICA Y RAZÓN POLÉMICA

La teoría científica progresa por rectificaciones, es decir por la integración de las críticas que tienden a destruir la imaginaria de los primeros comienzos. Decir que el conocimiento coherente es producto de la razón polémica y no de la razón arquitectónica es recordar que no se puede prescindir del trabajo de crítica y de síntesis dialéctica sin caer en las falsas conciliaciones de las síntesis tradicionales.

19. G. BACHELARD

Pero tratemos de encontrar principios de coherencia en la actividad de la filosofía del no.

Nadie comprendió mejor que Eddington el valor de las rectificaciones sucesivas de los diversos esquemas atómicos. Tras haber evocado el esquema propuesto por Bohr, quien asimilaba el sistema atómico a un sistema planetario en miniatura, Eddington advierte que no se debe tomar demasiado literalmente esta descripción:¹ «Las órbitas difícilmente pueden referirse a un movimiento real en el espacio, pues generalmente se admite que la noción habitual de espacio deja de aplicarse dentro del átomo; y en nuestros días nadie tiene el menor deseo de insistir en el carácter de instantaneidad o de discontinuidad que implica la palabra *salto*. Asimismo se verifica que no se puede localizar el

¹ Eddington, *Nouveaux sentiers de la science*, trad. fr., pág. 337. [Hay ed. en esp.]

electrón de la manera que implicaría esa imagen. En resumidas cuentas, el físico diseña un esmerado plano del átomo y luego el juego de su espíritu crítico lo conduce a suprimir, uno tras otro, cada detalle. ¡Lo que subsiste es el átomo de la física moderna!» Nosotros expresaríamos de otro modo las mismas ideas. No creemos, en efecto, que sea posible comprender el átomo de la física moderna sin evocar la historia de su imaginación, sin recapitular las formas realistas y las formas racionales, sin explicitar su perfil epistemológico. La historia de los diversos esquemas es, en este caso, un plan pedagógico ineluctable. Por cualquier lado, lo que se quita a la imagen debe encontrarse en el concepto rectificado. Diríamos, pues, de buena gana que el átomo es exactamente la *suma de las críticas* a las que se sometió su primera imagen. El conocimiento coherente no es un producto de la razón arquitectónica, sino de la razón polémica. Por sus dialécticas y sus críticas, el sobreracionalismo determina de algún modo un *sobreobjeto*. El sobreobjeto es el resultado de una objetivación crítica, de una objetividad que sólo retiene del objeto aquello que ha criticado. Tal como aparece en la microfísica contemporánea, el átomo es el tipo mismo del sobreobjeto. En sus relaciones con las imágenes, el sobreobjeto es, muy exactamente, la no-imagen. Las intuiciones son muy útiles: sirven para que las destruyamos. Al destruir sus imágenes primeras, el pensamiento científico descubre sus leyes orgánicas. El nómeno se revela dialectizando uno a uno todos los principios del fenómeno. El esquema del átomo propuesto por Bohr hace un cuarto de siglo ha actuado, en este sentido, como una buena imagen: ya no queda nada de él. Pero ha sugerido numerosos *no*, de modo que conserva un valor pedagógico indispensable en toda iniciación. Afortunadamente, esos *no* se han coordinado y constituyen, en verdad, la microfísica contemporánea.

GASTÓN BACHELARD

La philosophie du non

2. La construcción del objeto

EL MÉTODO DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Al resumir, en la *Introducción general* de 1857, los principios de su proceder, Marx rechaza a la vez «la ilusión de Hegel» que considera a «lo real como el resultado del pensamiento que se reabsorbe en sí mismo», y la ingenuidad de los empiristas que toman por objeto científico el objeto «real» en su totalidad concreta, por ejemplo la población de una sociedad real, sin advertir que este procedimiento no hace más que asumir las abstracciones del sentido común negándose a realizar el trabajo de abstracción científica que implica siempre una problemática histórica y socialmente constituida. Lo «concreto pensado», que la investigación reconstruye al término de su trabajo, es distinto del «sujeto real que subsiste, tanto antes como después, en su autonomía fuera del espíritu».

20. K. MARX

Cuando consideramos un país determinado desde el punto de vista de la economía política, comenzamos por su población: su distribución en las clases, en las ciudades, el campo, los mares, las diferentes ramas de producción, la exportación y la importación, la producción y el consumo anuales, los precios de las mercancías, etcétera.

Aparentemente es un buen método comenzar por lo real y lo concreto, la suposición verdadera; por consiguiente, en la economía, por la población que es la base y el sujeto del acto social de la producción en su conjunto. No obstante, si miramos de cerca, este método es falso. La

población es una abstracción si yo hago a un lado, por ejemplo, las clases de las que se compone. A su vez, estas clases son una palabra carente de sentido si ignoro los elementos sobre los cuales descansan, por ejemplo el trabajo asalariado, el capital, etc. Éstos suponen el intercambio, la división del trabajo, el precio, etc. Si por lo tanto comenzara por la población, me haría una representación caótica del conjunto; luego, a través de una determinación más precisa, procediendo por análisis, desembocaría en conceptos cada vez más simples; una vez alcanzado este punto habría que desandar el camino, y desembocaría de nuevo en la población. Esta vez, no tendría bajo mi mirada un montón caótico, sino una totalidad rica en determinaciones y en relaciones complejas. Históricamente, es el primer camino seguido por la economía naciente. Los economistas del siglo XVII, por ejemplo, siempre comienzan por el conjunto vivo, la población, la nación, el Estado, varios Estados, etc.; pero siempre terminan por descubrir, mediante el análisis, cierta cantidad de relaciones generales abstractas, que son determinantes, como la división del trabajo, el dinero, el valor, etc. No bien esos momentos particulares fueron más o menos fijados y abstraídos, se vieron surgir los sistemas económicos que se elevan de lo simple, como trabajo, división del trabajo, necesidad, valor de cambio, hasta el Estado, el intercambio entre las naciones y el mercado mundial. Este último método es a todas luces el método científico exacto. Lo concreto es concreto, porque es la síntesis de numerosas determinaciones, por tanto unidad de la diversidad. Por eso lo concreto aparece en el pensamiento como el proceso de la síntesis, como resultado, y no como punto de partida, aunque sea el verdadero punto de partida, y como consecuencia también el punto de partida de la intuición y la representación. En el primer método, la representación plena es volatilizada en una determinación abstracta; en el segundo, las determinaciones abstractas desembocan en la reproducción de lo concreto por la vía del pensamiento. Por eso Hegel cayó en la ilusión de concebir lo real como el resultado del pensamiento que se reabsorbe en sí, se profundiza en sí, se mueve por sí mismo, mientras que el método de elevarse de lo abstracto a lo concreto no es para el pensamiento más que la manera de apropiarse de lo concreto, de reproducirlo como concreto pensado. Pero de ninguna manera es esto el proceso de la génesis de lo concreto mismo. Por ejemplo, la categoría económica más simple, digamos el valor de cambio, supone una población que produce en condiciones determinadas y, además, cierto tipo

de familia o de comuna, o de Estado, etc. Jamás puede existir de otra manera que en cuanto relación unilateral, abstracta, de un conjunto concreto, viviente, ya dado. El valor de cambio, empero, como categoría, posee una existencia antediluviana. De tal modo, para la conciencia (y la conciencia filosófica así está hecha) el pensamiento que concibe es el hombre real, y lo real es el mundo una vez concebido como tal; el movimiento de las categorías se le aparece como el verdadero acto de producción (el cual, por fastidioso que sea, sólo recibe impulso desde afuera) cuyo resultado es el mundo; es exacto –pero no es más que otra tautología, en la medida en que la totalidad concreta como totalidad pensada, concreto pensado, es de hecho un producto del pensamiento, del acto de concebir; por lo tanto en modo alguno es el producto del concepto que se engendraría a sí mismo, que pensaría fuera y por encima de la percepción y de la representación, sino un producto de la elaboración de las percepciones y de las representaciones en conceptos. La totalidad, tal y como aparece en el espíritu como un todo pensado, es un producto del cerebro pensante, que se apropia el mundo de la única manera posible, manera que difiere de la apropiación de ese mundo en el arte, la religión, el espíritu práctico. El sujeto real subsiste, tanto antes como después, en su autonomía fuera del espíritu, por lo menos en la misma medida en que el espíritu no actúa sino de manera especulativa, teórica. Por consiguiente, también en el método teórico, es preciso que el sujeto, la sociedad, esté constantemente presente para el espíritu como premisa.

KARL MARX

Introduction générale à la critique de l'économie politique

LA ILUSIÓN POSITIVISTA DE UNA CIENCIA SIN SUPUESTOS

Si la concepción weberiana de la construcción del objeto de investigación se refiere a una representación de la función epistemológica de los valores, que da a su teoría del conocimiento de lo social un carácter y expectativas específicos, la crítica de la ilusión según la cual el sabio podría determinar, independientemente de todo supuesto teórico, lo que es «esencial» y lo que es «accidental» en un fenómeno, hace resaltar con vigor las contradicciones metodológicas de la imagen positivista del objeto científico: además de que el conocimiento de las regularidades, instrumento irremplazable, no suministra por sí mismo la explicación de las configuraciones históricas singulares consideradas en su especificidad, la aprehensión de las regularidades se realiza en función de una problemática que determina lo «accidental» y lo «esencial» respecto de los problemas planteados, sin que nunca se pueda dar una definición realista de estos dos términos.

21. M. WEBER

El análisis *unilateral* de la realidad cultural desde ciertos «puntos de vista» específicos –en este caso desde el de su condicionalidad económica– ante todo se justifica de manera puramente metodológica por el hecho de que la educación del ojo en la observación del efecto de categorías de causas cualitativamente semejantes, así como la utilización constante del mismo aparato conceptual y metodológico, ofrecen todas

las ventajas de la división del trabajo. Este análisis nada tiene de «arbitrario» [*willkürlich*] mientras el suceso hable en su favor, lo que significa mientras aporte un conocimiento de relaciones que resultan *preciosas* para la imputación de acontecimientos históricos concretos. Así, la *unilateralidad* y la irrealidad de la interpretación meramente económica, en suma, no son sino un caso especial de un principio de validez muy general para el conocimiento científico de la realidad cultural. [...]

No existe absolutamente ningún análisis científico «objetivo» de la vida cultural o –para emplear una expresión cuyo sentido es más estrecho, aunque, con seguridad, no significa nada esencialmente diferente por lo que respecta a nuestro objetivo– de las «manifestaciones sociales», que sea *independiente* de los puntos de vista especiales y unilaterales, gracias a los cuales dichas manifestaciones se dejan seleccionar, de manera explícita o implícita, consciente o inconsciente, para convertirse en el objeto de la investigación, o analizar y organizar con miras a la exposición. La razón de esto hay que buscarla en la particularidad del objetivo del conocimiento de toda investigación en las ciencias sociales, en la medida que se proponen superar la mera consideración formal de normas –jurídicas o convencionales– de la coexistencia social [*sozialen Beieinandersein*].

La ciencia social que nos proponemos practicar es una *ciencia de la realidad* [*Wirklichkeitswissenschaft*]. Nosotros tratamos de comprender la originalidad de la realidad de la vida que nos rodea y en cuyo seno estamos ubicados, para deslindar por un lado la estructura actual de las relaciones y de la significación cultural de sus diversas manifestaciones, y por el otro las razones que hicieron que históricamente se haya desarrollado en esta forma y no en otra [*ihres so-und-nicht-anders-Gewordenseins*]. Ahora bien, en cuanto tratamos de tomar conciencia de la manera en que la vida se presenta a nosotros en forma inmediata, comprobamos que se manifiesta «en» nosotros y «fuera» de nosotros a través de una diversidad absolutamente infinita de coexistencias y sucesiones de acontecimientos que aparecen y desaparecen. Incluso cuando consideramos aisladamente un «objeto» singular –por ejemplo un acto de intercambio concreto– la absoluta profusión de esta diversidad en modo alguno disminuye su fuerza, no bien tratamos seriamente de describir de una manera *exhaustiva* su singularidad en la totalidad de sus elementos individuales y, con mayor razón, no bien queremos captar su condicionalidad causal. Todo conocimiento reflexivo [*denkende Erkenntnis*] de

la realidad infinita por un espíritu humano finito tiene en consecuencia por base el supuesto implícito siguiente: únicamente un *fragmento* limitado de la realidad puede constituir cada vez el objeto de la aprehensión [*Erfassung*] científica, y únicamente él es «esencial», en el sentido en que merece ser conocido. ¿Según qué principios se opera la selección de este fragmento? Incesantemente se siguió creyendo que, en último análisis, se podría encontrar el criterio decisivo, incluso en las ciencias de la cultura, en la repetición legal [*gesetzgemässige*] de ciertas conexiones causales. Según esta concepción, el contenido de las «leyes» que podemos discernir en el curso de la diversidad infinita de los fenómenos es lo único que debería ser observado como «esencial» desde el punto de vista científico. Por eso, en cuanto se probó por los medios de la inducción amplificadora histórica que la «legalidad» de una conexión causal vale sin excepciones, o incluso en cuanto se estableció por la experiencia íntima su evidencia inmediatamente intuitiva, se admite que todos los casos semejantes, cualquiera que sea su número, se subordinan a la fórmula así encontrada. La porción de la realidad individual que resiste cada vez a la selección de lo legal se convierte entonces, o bien en un residuo que todavía no fue elaborado científicamente, pero que habrá que integrar al sistema de las leyes a medida que se perfeccione, o bien en algo «accidental» que por esa razón es desdeñable como desprovisto de toda importancia desde el punto de vista científico, justamente porque es «ininteligible legalmente» y por eso no entra en el «tipo» del proceso, de manera que no puede ser otra cosa que el objeto de una «curiosidad ociosa».

En consecuencia siempre reaparece –incluso entre los representantes de la escuela histórica– la opinión según la cual el ideal hacia el que tiende o podría tender todo conocimiento, incluso las ciencias de la cultura, así fuera en un porvenir alejado, consistiría en un sistema de proposiciones a partir de las cuales sería posible «deducir» la realidad. Es sabido que uno de los maestros de las ciencias de la naturaleza creyó incluso que era posible caracterizar el objetivo ideal (prácticamente irrealizable) de tal elaboración de la realidad cultural como un conocimiento «astronómico» de los fenómenos de la vida. Aunque estas cuestiones ya hayan sido objeto de muchas discusiones, no dejaremos de tomarnos el trabajo de volver a considerarlas, a nuestra vez. En principio, salta a la vista que el conocimiento «astronómico» en el que se piensa en este caso en modo alguno es un conocimiento de leyes; por el con-

trario, toma en préstamo a otras disciplinas, por ejemplo a la mecánica, las «leyes» que utiliza en calidad de supuestos de su propio trabajo. En cuanto a la astronomía, ésta se interesa en la siguiente pregunta: ¿cuál es el efecto *singular* que la acción de esas leyes produce sobre una constelación *singular*, debido a que son esas constelaciones singulares las que, en nuestra opinión, tienen *importancia*? Cada una de esas constelaciones singulares que nos «explica» o que prevé evidentemente no se deja explicar causalmente sino como una consecuencia de otra constelación antecedente igualmente singular. Y, en la medida en que nos es posible remontarnos en la bruma grisácea del pasado más lejano, la realidad a la que se aplican dichas leyes también sigue siendo singular e igualmente *refractaria a una deducción* a partir de leyes. Un «estado original» [*Urzustand*] cósmico que no tuviera un carácter singular, o que lo fuera en un grado menor que la realidad cósmica del mundo presente, a todas luces sería un pensamiento desprovisto de sentido [*sinnloser Gedanke*]. En nuestra disciplina, empero, un resto de representaciones análogas, ¿no asedia las suposiciones concernientes a los «estados originales» de orden económico y social, despojados de todo «accidente» histórico, que se infiere ora del derecho natural, ora de las observaciones verificadas sobre los «pueblos primitivos», por ejemplo las suposiciones referentes al «comunismo agrario primitivo», la «promiscuidad sexual», etc., de las cuales procedería el desarrollo histórico singular por una suerte de caída en lo concreto [*Sündenfall ins Konkrete*]? [...]

Supongamos que por el canal de la psicología o por cualquier otra vía se pueda llegar un día a analizar, según algunos factores simples y últimos cualesquiera, todas las conexiones causales de la coexistencia humana, tanto aquellas que ya se observaron como esas otras que será posible establecer todavía en los tiempos venideros, y que se logre aprehenderlas exhaustivamente en una formidable casuística de conceptos y de reglas con la validez rigurosa de leyes, ¿qué significaría un resultado semejante para el conocimiento del mundo de la cultura dado *históricamente* o incluso para aquel de un fenómeno particular cualquiera, por ejemplo el del desarrollo y la significación cultural del capitalismo? En cuanto *medio* del conocimiento no significa ni más ni menos que lo que una enciclopedia de las combinaciones de la química orgánica significa para el conocimiento biogenético del mundo de la fauna y la flora. Tanto en un caso como en el otro, se habrá realizado un trabajo preparatorio ciertamente importante y útil. Pero ni en un

caso ni en el otro se podría *deducir* jamás de esas «leyes» y «factores» la realidad de la vida. No porque en los fenómenos vitales subsistieran eventuales «fuerzas» superiores y misteriosas (como las «dominantes», las «entelequias» y otras fuerzas de ese tipo) –lo que por otra parte constituye un problema en sí– sino muy sencillamente porque, en el conocimiento de la realidad, lo único que nos importa es la *constelación* en la cual esos «factores» (hipotéticos) se encuentran agrupados en un fenómeno cultural históricamente *significativo* a nuestro modo de ver; luego porque, si quisiéramos «explicar causalmente» ese agrupamiento singular, nos veríamos obligados a remontarnos sin cesar hacia otros agrupamientos igualmente singulares a partir de los cuales tendríamos que «explicarlos», evidentemente con ayuda de esos conceptos (hipotéticos) llamados «leyes».

El establecimiento de esas «leyes» y «factores» (hipotéticos) jamás constituiría sino la *primera* de las múltiples operaciones a las que nos conduciría el conocimiento que nos esforzamos por alcanzar. El análisis y la exposición metódica del agrupamiento singular de esos «factores» dados cada vez históricamente, así como su combinación concreta, *significativa* a su manera, resultante, y sobre todo el esfuerzo para tornar inteligible [*Verständlichmachung*] el fundamento y la naturaleza de esta significación, constituirían la segunda operación, que sin embargo no es posible llevar a buen término sin la ayuda del precedente trabajo preparatorio, aunque constituya, con relación a él, una tarea totalmente nueva e independiente. La tercera operación consistiría en remontarnos tan lejos como fuera posible en el pasado, para ver cómo se desarrollaron las diversas características singulares de los agrupamientos que son significativos para el *mundo actual*, y para dar de ello una explicación histórica a partir de esas constelaciones anteriores igualmente singulares. Por último, es posible concebir una cuarta operación, que recaería en la evaluación de las constelaciones posibles en el futuro.

Para todos estos fines, la disponibilidad de conceptos claros y el conocimiento de esas «leyes» (hipotéticas) serían manifiestamente de una gran ventaja como *medios* heurísticos, pero tan sólo como tales. Para ello son incluso lisa y llanamente indispensables. No obstante, hasta reducidos a tal función, inmediatamente pueden verse en un punto decisivo los límites de su alcance, y esta comprobación nos conduce a examinar la particularidad determinante del método en las ciencias de la cultura. Llamamos «ciencias de la cultura» a las disciplinas que se es-

fuerzan por conocer la *significación cultural* de los fenómenos de la vida. La *significación* de la estructura de un fenómeno cultural y el fundamento de esta significación no se dejan extraer de ningún sistema de leyes, por perfecto que sea, así como tampoco encuentran allí su justificación o su inteligibilidad, porque suponen la relación de los fenómenos culturales con *ideas de valor* [*Beziehung auf Wertideen*]. El concepto de cultura es un *concepto de valor*. La realidad empírica es para nosotros cultura porque, y en la medida en que la refiramos a ideas de valor, abarca los elementos de la realidad y *exclusivamente* esa suerte de elementos que adquieren una *significación* para nosotros por esa relación con los valores. Una ínfima parte de la realidad singular que se examina cada vez se deja colorear por nuestro interés determinado por esas ideas de valor; sólo esa parte adquiere una significación para nosotros, y la tiene porque revela relaciones que son *importantes* [*wichtig*] como consecuencia de su ligazón con ideas de valor. Precisamente por ello, y en la medida en que es así, vale la pena conocerla en su singularidad [*individuelle Eigenart*]. Jamás sería posible deducir de un estudio sin supuestos [*voraussetzungslos*] del dato empírico lo que adquiere una significación para nosotros. Por el contrario, la comprobación de esta significación es el supuesto que hace que algo se convierta en *objeto* de la investigación. Naturalmente, lo significativo como tal no coincide con ninguna ley como tal, y tanto menos cuanto que la validez de la ley de marras es más general. En efecto, la significación que tiene para nosotros un fragmento de la realidad a todas luces no consiste en las relaciones que le son tan comunes como sea posible con muchos otros elementos. La relación de la realidad con ideas de valor que le confieren una significación, así como el procedimiento que consiste en poner de manifiesto y ordenar los elementos de lo real coloreados por esa relación desde la perspectiva de su *significación cultural*, son puntos de vista absolutamente diferentes y distintos del análisis de la realidad hecho con miras a descubrir sus leyes y ordenarla en conceptos generales. Estas dos especies de métodos del pensamiento que ordena lo real de ningún modo tienen entre ellos relaciones lógicamente necesarias. En ciertas circunstancias, pueden coincidir en un caso particular, pero las consecuencias serán de las más funestas si esta coincidencia accidental nos engaña acerca de su heterogeneidad de *principio*.

La *significación cultural* de un fenómeno, por ejemplo la del intercambio monetario, puede consistir en el hecho de que se presenta

como un fenómeno de masas, lo que por otra parte constituye uno de los elementos fundamentales de la civilización moderna. Pero entonces es justamente el hecho histórico que desempeña ese papel lo que hay que comprender desde el punto de vista de su *significación* cultural, y lo que hay que explicar causalmente desde el punto de vista de su formación histórica. La investigación que recae sobre la esencia *general* del intercambio y de la *técnica* del tráfico comercial es un trabajo *preliminar*, extremadamente importante e indispensable. Sin embargo, todo eso no nos da todavía una respuesta a la pregunta: ¿cómo llegó históricamente el intercambio a la significación fundamental que tiene en nuestros días?; ni sobre todo a esa otra que nos importa en último análisis: ¿cuál es la *significación* de la economía financiera para la cultura? Porque es únicamente a causa de ella como nos interesamos en la descripción de la técnica del intercambio, así como es a causa de ella como hoy existe una ciencia que se ocupa de esta técnica. En todo caso, no deriva de ninguna de esas especies de «leyes». Los *caracteres genéricos* del intercambio, de la compra, etc., interesan al jurista, pero lo que a nosotros, economistas, nos importa, es el análisis de la *significación cultural* de la situación *histórica* que hace que en nuestros días el intercambio sea un fenómeno de masas. Cuando tenemos que explicar este hecho, cuando queremos comprender lo que por ejemplo diferencia nuestra civilización económica y social de aquella de la Antigüedad, donde el intercambio presentaba exactamente los mismos caracteres genéricos que hoy; en suma, cuando queremos saber en qué consiste la significación de la «economía financiera», entonces se introducen en la investigación un número de principios lógicos de origen radicalmente heterogéneo. Emplearemos los conceptos que la búsqueda de los elementos genéricos de los fenómenos económicos de masa nos aporta como *medios* de la descripción, en la medida en que implican elementos significativos para nuestra civilización. Sin embargo, cuando hayamos deslindado, con toda la precisión posible, tales conceptos y tales leyes, no sólo no habremos alcanzado todavía el objetivo de nuestro trabajo, sino que la cuestión referente a lo que debe constituir el objeto de la formación de conceptos genéricos no estará desprovista de supuestos, porque precisamente fue resuelta en función de la *significación* que algunos elementos de la diversidad infinita que llamamos «tráfico» presentan para la civilización. Lo que tratamos de alcanzar es precisamente el conocimiento de un fenómeno histórico, es decir, *significativo en su singulari-*

dad. El punto decisivo en todo esto es que la idea de un conocimiento de los fenómenos *singulares* en general carece de sentido lógico, salvo que admitamos el supuesto de que *sólo una parte finita* de la multitud infinita de los fenómenos *posee una significación*. Aunque tuviéramos el conocimiento más completo posible de la *totalidad* de las «leyes» del devenir, estaríamos desamparados ante la pregunta: ¿cómo una *explicación causal* de un hecho *singular* es posible en general?, teniendo en cuenta que hasta la *descripción* del más pequeño fragmento de la realidad jamás puede ser pensado de manera exhaustiva. La cantidad y la naturaleza de las causas que determinaron un acontecimiento singular cualquiera siempre son *infinitas*, y no hay en las cosas mismas ningún tipo de criterio que permita seleccionar una fracción de ellas como la única que debe ser considerada.

El ensayo de un conocimiento de la realidad desprovisto de cualquier supuesto no desembocaría en otra cosa más que en un caos de «juicios existenciales» [*Existenzialurteile*] que recaen sobre innumerables percepciones particulares. E incluso ese resultado sólo sería posible en apariencia, pues la realidad de cada percepción particular siempre presenta, si se la examina más de cerca, una multitud infinita de elementos singulares que no se dejan expresar de manera exhaustiva en los juicios de percepción. Lo único que pone orden en este caos es el hecho de que, en cada caso, solamente una *porción* de la realidad singular adquiere interés y *significación* a nuestro modo de ver, porque sólo esa porción está en relación con las *ideas de valor culturales* con las que encaramos la realidad concreta. En consecuencia, son sólo algunos aspectos de la diversidad siempre infinita de los fenómenos singulares, a saber, aquellos a los que atribuimos una *significación general para la cultura*, los que merecen ser conocidos [*wissenswert*]; y también, solamente ellos son objeto de la explicación causal.

MAX WEBER

Essais sur la théorie de la science

«HAY QUE TRATAR A LOS HECHOS SOCIALES COMO COSAS»

Protestando contra los errores de lectura cometidos a propósito de este precepto, Durkheim demuestra que al enunciarlo no pretendía postular el primer principio de una filosofía social, sino la regla metodológica que es la condición *sine qua non* de la construcción del objeto sociológico. Ése es realmente el sentido de los análisis con los que trata de evitar que el análisis sociológico ceda a las tentaciones de la sociología espontánea, invitando al investigador a orientarse preferentemente hacia los aspectos morfológicos o institucionales, es decir a las formas más objetivadas de la vida social. Si hay que tener presente este texto, es porque desde el comienzo dio lugar a lecturas que, siendo contradictorias, eran igualmente inexactas y también porque, ya clásico, está expuesto a que se lo mire sin leerlo.

22. É. DURKHEIM

La primera regla y la más fundamental es *considerar los hechos sociales como cosas*. [...]

Y sin embargo, los fenómenos sociales son cosas y deben ser tratados como cosas. Para demostrar esta proposición, no es preciso filosofar acerca de su naturaleza ni discutir las analogías que presentan con los fenómenos de reinos inferiores. Es suficiente comprobar que son el único *datum* que se le ofrece al sociólogo. Efectivamente, es cosa todo lo que está dado, todo lo que se ofrece o, más bien, se impone a la observación. Tratar los fenómenos sociales como cosas es tratarlos en ca-

lidad de *data*, que constituyen el punto de partida de la ciencia. Los fenómenos sociales presentan indiscutiblemente este carácter. Lo que nos es dado no es la idea que los hombres se hacen del valor, ya que ésta es inaccesible: son los valores que se intercambian realmente en el curso de las relaciones económicas. No es tal o cual concepción del ideal moral, sino el conjunto de reglas que determinan efectivamente la conducta. No es la idea de lo útil o de la riqueza, sino todo el detalle de la organización económica. Es posible que la vida social sólo sea el desarrollo de ciertas nociones; pero, suponiendo que así sea, estas nociones no son dadas inmediatamente. Por lo tanto, no se las puede alcanzar directamente, sino sólo a través de la realidad fenoménica que las expresa. No sabemos *a priori* cuáles son las ideas que están en el origen de las diversas corrientes entre las que se divide la vida social, ni si existen; sólo después de haberlas remontado hasta sus fuentes sabremos de dónde provienen.

Nos es preciso, pues, considerar los fenómenos sociales en sí mismos, abstraídos de las representaciones que de ellos tienen los sujetos conscientes; hay que estudiarlos desde afuera como cosas exteriores; ya que es en su realidad de tales como se nos presentan. Si esta exterioridad es sólo aparente, la ilusión se disipará a medida que la ciencia avance y se verá, digámoslo así, lo exterior volverse interior. Pero la solución no puede ser prejuzgada y, aunque finalmente no tuvieron todos los caracteres intrínsecos de la cosa, hay que tratarlos al principio como si los tuvieran. Esta regla se aplica, pues, a la realidad social íntegra, sin que pueda realizarse ninguna excepción. Hasta los fenómenos que más parezcan consistir en coordinaciones artificiales deben ser considerados desde este punto de vista. *El carácter convencional de una práctica o de una institución jamás debe ser presumido*. Si, por otra parte, se nos permite invocar nuestra experiencia personal, creemos poder asegurar que, procediendo así, a menudo se obtendrá la satisfacción de ver a los hechos aparentemente más arbitrarios presentar, después de una observación más atenta, caracteres de constancia y de regularidad, síntomas de su objetividad. [...]

Es este mismo progreso el que debe efectuar la sociología. Es necesario que pase del estado subjetivo, que aún no ha superado, a la fase objetiva.

Por otra parte, este pasaje puede efectuarse mucho más fácilmente que en psicología. En efecto, los hechos psíquicos se dan naturalmente

como estados del sujeto, del que ni siquiera parecen separables. Interiores por definición, parece que sólo podría tratárselos como exteriores violentando su naturaleza. No sólo se necesita un esfuerzo de abstracción, sino todo un conjunto de procedimientos y artificios para llegar a considerarlos desde este punto de vista. Por el contrario, los hechos sociales tienen más natural e inmediatamente todos los caracteres de la cosa. El derecho existe en los códigos, los movimientos de la vida cotidiana se inscriben en las cifras estadísticas, en los monumentos históricos, las modas en los trajes, los gustos en las obras de arte. En virtud de su índole misma, tienden a constituirse fuera de las conciencias individuales, puesto que las dominan. Para verlos bajo su aspecto de cosas, no es necesario, pues, torturarlos ingeniosamente.

ÉMILE DURKHEIM

Las reglas del método sociológico

La proposición según la cual los hechos sociales deben ser tratados como cosas –afirmación fundamental de nuestro método– es quizá la que ha sido más discutida. Se encontró paradójico y escandaloso que asimiláramos las realidades de la vida social a las del mundo exterior. Singular equivocación acerca del sentido y alcance de esta asimilación, cuyo objeto no es rebajar las formas superiores del ser a sus formas inferiores, sino por el contrario, reivindicar para las primeras un grado de realidad por lo menos igual al que todo el mundo reconoce a las segundas. En efecto, no decimos que los hechos sociales sean cosas materiales, sino que son cosas, tanto como lo son las cosas materiales, aunque de otra manera.

En efecto: ¿qué es una cosa? La cosa se opone a la idea como lo que se conoce desde afuera a lo que se conoce desde adentro. Es una cosa todo objeto de conocimiento que no sea naturalmente aprehensible por la inteligencia, todo aquello de lo que no podemos tener una noción adecuada por un simple procedimiento de análisis mental, todo lo que el espíritu sólo puede llegar a comprender a condición de salir de sí mismo a través de observaciones y experimentaciones, pasando progresivamente desde los caracteres más exteriores e inmediatamente ac-

cesibles hasta los menos visibles y más profundos. Tratar como cosas a los hechos de un cierto orden no significa clasificarlos en cierta categoría de la realidad, sino enfrentarlos con cierta actitud mental. Es abordar su estudio tomando por principio que se los ignora absolutamente y que tanto sus propiedades características como las causas desconocidas de las que dependen no podrían ser descubiertas aun por la más atenta introspección.

ÉMILE DURKHEIM

Ibid., prefacio a la segunda edición

1. Las abdicaciones del empirismo

EL VECTOR EPISTEMOLÓGICO

Invirtiendo el proyecto de la filosofía clásica de las ciencias que tendía a hacer entrar obligatoriamente el trabajo del investigador en un juego de alternativas preformadas, Bachelard impone al filósofo la necesidad de «matizar su lenguaje para traducir el pensamiento contemporáneo en su fineza y movilidad». De esta manera, en lugar de ver en el «apacible eclecticismo» de los sabios un índice de la inconciencia filosófica de la ciencia, Bachelard toma como objeto de reflexión epistemológica la «impureza metafísica» de la actividad científica y por este camino rechaza la pretensión de los «metafísicos intuitivos» de superar el racionalismo científico. El «racionalismo rectificado» de la ciencia testimonia que un «racionalismo que corrigió juicios a priori, como ocurrió con las nuevas extensiones de la geometría, ya no puede ser un racionalismo cerrado».

23. G. BACHELARD

Desde William James se ha repetido con frecuencia que todo hombre cultivado sigue fatalmente una metafísica. Creemos más exacto decir que todo hombre, en su esfuerzo de cultura científica, no se apoya en una sino en dos metafísicas, y estas dos metafísicas, naturales y convincentes, implícitas y tenaces, son contradictorias. Para otorgarles rápidamente un nombre provisorio, designamos estas dos actitudes filosóficas fundamentales, asociadas sin dificultad en un espíritu científico moderno, con las etiquetas clásicas de racionalismo y realismo. ¿Que-

remos una prueba inmediata de este amable eclecticismo? Meditemos el siguiente postulado de filosofía científica: «La ciencia es un producto del espíritu humano, producido de acuerdo con las leyes de nuestro pensamiento y adaptado al mundo exterior. Ofrece, pues, dos aspectos: uno subjetivo, otro objetivo, ambos igualmente necesarios, pues cambiar cualquier aspecto de las leyes de nuestro espíritu resulta tan imposible como cambiar las leyes del mundo». Extraña declaración metafísica que puede conducir, tanto a una especie de racionalismo redoblado que encontraría en las leyes del Mundo las leyes de nuestro espíritu, como a un realismo universal que impone la invariabilidad absoluta «a las leyes de nuestro espíritu», concebidas como una parte de las leyes del Mundo.

La filosofía científica, en realidad, no se ha depurado desde la declaración de Bouty. No sería demasiado difícil mostrar que, por una parte, el racionalista más decidido acepta cotidianamente, en sus juicios científicos, las enseñanzas de una realidad que no conoce a fondo y, por otra, el realista más intransigente procede a realizar simplificaciones inmediatas, exactamente como si admitiera los principios que plantea el racionalismo. Todo esto significa que para la filosofía científica no existen ni realismo ni racionalismo absolutos y que no se puede partir de una actitud filosófica general para juzgar el pensamiento científico. Tarde o temprano, el tema fundamental de la polémica filosófica será el pensamiento científico; este pensamiento llevará a sustituir las metafísicas intuitivas e inmediatas por las metafísicas discursivas, objetivamente rectificadas. Siguiendo estas rectificaciones, uno se convence, por ejemplo, de que un realismo que ha encontrado la duda científica ya no pertenece a la misma especie que el realismo inmediato. De la misma manera, uno se convence de que un racionalismo que corrigió juicios *a priori*, como ocurrió con las nuevas extensiones de la geometría, ya no puede ser un racionalismo cerrado. Creemos que sería interesante tomar la filosofía científica en sí misma, juzgada sin ideas preconcebidas, al margen incluso de las obligaciones demasiado estrictas del vocabulario filosófico tradicional. En realidad, la ciencia crea filosofía. El filósofo, por lo tanto, debe matizar su lenguaje para traducir el pensamiento contemporáneo en su fineza y movilidad. Debe, igualmente, respetar esa sorprendente ambigüedad por la cual todo pensamiento científico tiende a interpretarse a la vez en lenguaje realista y en lenguaje racionalista. Es posible, pues, que debamos tomar, como pri-

mera lección para meditar, como hecho que merece explicación, esa impureza metafísica arrastrada por el doble sentido de la prueba científica, que se afirma tanto en la experiencia como en el razonamiento, en contacto con la realidad tanto como en referencia a la razón.

Por otra parte, parecería que se puede ofrecer sin demasiados inconvenientes una razón de esta base dualista de toda filosofía científica: por el hecho de ser una filosofía que se *aplica*, la filosofía de la ciencia no puede mantener la pureza y la unidad de una filosofía especulativa. Cualquiera que sea el punto de partida de la actividad científica, esta actividad puede convencer totalmente sólo si abandona el dominio de base: *si experimenta, es preciso razonar; si razona, es necesario experimentar*. Toda aplicación es trascendencia. Mostraremos cómo en la más simple actividad científica se puede rescatar una dualidad, especie de polarización epistemológica que tiende a clasificar la fenomenología bajo la doble categoría de lo pintoresco y de lo comprensible, es decir, bajo la doble etiqueta del realismo y del racionalismo. Si, en realidad con la psicología del espíritu científico, supiéramos colocarnos en la frontera misma del conocimiento científico, veríamos que la ciencia contemporánea se encuentra abocada a una verdadera síntesis de las contradicciones metafísicas. De todas maneras, el sentido del *vector* epistemológico lo consideramos perfectamente nítido. Se mueve sin duda de lo racional a lo real y, de ninguna manera, a la inversa, de la realidad a lo general, como lo sostenían todos los filósofos, desde Aristóteles hasta Bacon. Dicho de otra manera, la aplicación del pensamiento científico nos parece esencialmente «realizante». A lo largo de esta obra intentaremos mostrar lo que llamaremos la realización de lo racional o, más genéricamente, la realización de lo matemático.

GASTON BACHELARD

Le nouvel esprit scientifique

2. Hipótesis o supuestos

EL INSTRUMENTO ES UNA TEORÍA EN ACTO

Tomada al pie de la letra, la comparación de las técnicas con herramientas podría llevar a una crítica puramente técnica de las técnicas. El análisis que hace E. Katz de la elaboración progresiva de la hipótesis, según la cual la transmisión de las informaciones difundidas por los medios de comunicación modernos se efectúa en dos tiempos, muestra, en cambio, que las limitaciones de las técnicas constituyen otras tantas incitaciones clandestinas a orientar el análisis en un sentido determinado, y que las omisiones son al mismo tiempo indicaciones. Por eso, el hecho de que el muestreo al azar y el sondeo de opinión captan sujetos separados de la red de relaciones en que actúan y se comunican hace que esas técnicas lleven a hipostasiar un *artefacto* obtenido por abstracción: al trabajar con individuos de algún modo «desocializados», la autoridad de los *líderes* sólo puede explicarse por cualidades psicológicas. Para anular las indicaciones subrepticias que sugieren los supuestos de una técnica, no es suficiente el refinamiento tecnológico: los estudios que se proponen recuperar la red total de comunicaciones, a partir de las relaciones que unen a los sujetos de dos en dos, siguen siendo prisioneras de la obstrucción inicial. Sólo una ruptura con los automatismos metodológicos pudo llevar a estudiar en una comunidad completa el conjunto de las relaciones sociales, del que se deduce tan cómodamente la red de influencias que ya no es necesario pedir a los sujetos que la determinen en lugar del sociólogo.

24. E. KATZ

El análisis del proceso de la toma de decisiones en el transcurso de una campaña electoral condujo a los autores de *The People's Choice*¹ a la hipótesis de que las informaciones difundidas por los medios de comunicación de masa se transmiten quizá menos directamente de lo que habitualmente se supone. Se puede pensar que la influencia de los medios de comunicación masivos llega primero a los líderes de opinión, quienes, a su vez, transmiten lo que han leído y escuchado a aquel sector de su medio sobre el que ejercen influencia: tal es la hipótesis de la «comunicación en dos tiempos».

Teniendo en cuenta el funcionamiento de la sociedad moderna, la hipótesis implica en particular que los intercambios cotidianos entre los individuos eran los que más influían y que la influencia de los medios de comunicación de masa, por su parte, era menos automática y menos fuerte de lo que se suponía. En cuanto a la teoría social y a la orientación de la investigación sobre la comunicación, la hipótesis sugería que la imagen de la sociedad urbana moderna requería una revisión. La imagen del público como masa de individuos separados, ligados solamente a los diversos medios de comunicación y sin relaciones entre sí, se contradecía con la idea de un flujo de comunicación en dos tiempos, pues ésta implicaba que los medios de comunicación de masa difundían sus informaciones a través de redes de individuos vinculados entre sí.

Si, entre todas las ideas que se encuentran en *The People's Choice*, la del flujo en dos tiempos es probablemente la menos confirmada por hechos experimentales, es porque el estudio no preveía la importancia que adquirirían las relaciones interpersonales en el análisis de los datos. Lo sorprendente, cuando se conoce la imagen de un público atomizado que inspiraba tantas investigaciones sobre los medios de comunicación, es que la influencia interpersonal haya logrado atraer la atención de los sociólogos.

[...] Los descubrimientos principales de *The People's Choice* se referían a: a) «la acción de la influencia personal, [...] que se ejerce más frecuentemente y es más eficaz que los medios de comunicación de masa

1 P. Lazarsfeld, B. Berelson, H. Gaudet, *El pueblo elige. Cómo decide el pueblo en una campaña electoral*, Buenos Aires, Ediciones Tres.

en la determinación de los comportamientos electorales»; *b*) el flujo de la influencia personal: «los líderes de opinión se encuentran en todos los niveles de la sociedad y son, sin ninguna duda, muy semejantes a las personas en quienes influyen»; *c*) los líderes de opinión y los medios de comunicación de masa: éstos parecen más receptivos a la radio, los diarios, las revistas, en una palabra, a los medios de comunicación como tales.

Así pues, la hipótesis que se presentaba era que «las ideas pasan a menudo de la radio y los impresos a los líderes de opinión, quienes las retransmiten hacia grupos menos activos de la población».

El método adoptado por el estudio de *The People's Choice* presentaba varias ventajas para observar por qué canales sufrían influencia las decisiones en curso de elaboración. Más particularmente, el método del *panel* permitía localizar los cambios desde su aparición y ponerlos en correlación con las influencias que se ejercían sobre el que tomaba las decisiones. Por otro lado, el resultado (la decisión) era un indicador tangible de cambio, fácilmente registrable. Pero, para estudiar los canales de influencia que son los contactos individuales, el método se mostraba insuficiente porque se basaba en una muestra recogida al azar de individuos desvinculados de su entorno social: ésa fue la razón por la cual hizo falta una ruptura para pasar de los datos disponibles a la hipótesis de una comunicación en dos tiempos.

Como cada sujeto, en una muestra recogida al azar, no puede hablar sino de sí mismo, en el estudio de los comportamientos electorales, realizado en 1940, los líderes de opinión debían designarse a sí mismos, es decir por sus propias respuestas a las dos preguntas en las que se les consultaba si a veces daban consejos. En realidad, se les pedía simplemente a los encuestados que se declararan a sí mismos líderes de opinión o no. Además de que esa técnica de autodesignación es de validez dudosa, también impide comparar a los líderes con sus respectivos partidarios y sólo autoriza una confrontación entre líderes y no líderes en general. En otros términos: los datos consisten solamente en dos categorías estadísticas: individuos que declaran dar consejos e individuos que declaran lo contrario. Por consiguiente, el interés más marcado que los líderes tenían en la elección no prueba que la comunicación vaya de los individuos más interesados a los individuos menos interesados, ya que, con todo rigor, podría ocurrir incluso que los líderes sólo ejerzan influencia entre ellos mismos, mientras los no líderes no intere-

sados se hallan completamente fuera del campo de influencia. Sin embargo, es muy grande la tentación –y el estudio, a pesar de muchas precauciones, cede a ella– de presumir que los no líderes siguen a los líderes. [...] Los mismos autores observan que hubiera valido más preguntar a cada uno de quién tomaba consejo para luego estudiar las relaciones entre los que daban consejos y los que los recibían. Pero este procedimiento presenta muchas dificultades, dada la improbabilidad de que líderes y «seguidores» estén incluidos al mismo tiempo en la muestra: tal es el problema inicial que los estudios siguientes trataron de resolver.

[El autor presenta a continuación otros tres estudios que permitieron tratar los problemas que había suscitado la encuesta de *The People's Choice*. La primera encuesta, realizada en una pequeña ciudad, consideraba *líderes de opinión* a las personas mencionadas varias veces en las respuestas de los sujetos interrogados, «remontándose así de las personas influidas a las personas influyentes», localizando de esta manera mejor que el estudio de los comportamientos electorales, «que consideraba líderes de opinión a personas definidas solamente por el hecho de dar consejos, líderes efectivos».

El segundo estudio versaba precisamente sobre la pareja líder-«seguidor» que el estudio precedente no había determinado, ya que la muestra inicial de personas entrevistadas servía solamente para localizar a los líderes.]

Si la pareja consejero-aconsejado podía reconstituirse, yendo del aconsejado a su consejero, también era posible comenzar por el otro extremo, interrogando primero a una persona que pretendía haber actuado como consejero y luego ubicando a la persona sobre la que éste pretendía haber influido. El segundo estudio trató de proceder de esa manera. Como en el estudio de los comportamientos electorales, se pidió a los encuestados que se designaran a sí mismos como líderes y se pidió a las personas que se consideraban influyentes que indicaran, llegado el caso, el nombre de aquellos sobre los que habían influido. Fue posible entonces no sólo estudiar la interacción entre consejero y aconsejado, sino también confrontar la autoridad que pretendían poseer los sujetos con la que les reconocían los que ellos decían haber influido. Los investigadores esperaban de esta manera controlar esa técnica de «autodesignación». Como lo temían los autores de *The People's Choice*, fue muy difícil preguntar a las personas de quién tomaban consejos

para luego estudiar la interacción entre consejeros y aconsejados. Si, a causa de los problemas encontrados en el campo, no se pudo interrogar a todas las personas a quienes los líderes decían haber influido, y si, como consecuencia, fue a menudo necesario, en el transcurso del análisis, volver a las comparaciones globales entre líderes y no líderes —considerándose como más influyentes a los grupos que contaban con una mayor concentración de sujetos que se declaraban líderes—, quedó demostrado, por lo menos en principio, que un método que tome en cuenta las relaciones personales es a la vez posible y fructífero.

Pero en el momento en que resultó evidente que ese objetivo era accesible, el objetivo mismo comenzó a transformarse. Se empezó a encontrar preferible tomar en consideración cadenas de influencia más largas que las implicadas en la simple pareja; y, de resultados de esto, considerar a la pareja consejero-aconsejado como un componente de un grupo social más estructurado.

En primer lugar, los descubrimientos realizados a partir del segundo estudio, y más tarde del tercero, revelaron que en sus decisiones los líderes de opinión, según su propio testimonio, recibieron a su vez la influencia de otras personas, sugiriendo así la existencia de líderes de líderes. Luego, resultó claro que ser líder de opinión no podía considerarse un «rasgo» psicológico que ciertos individuos poseerían y otros no, aunque el estudio de los comportamientos electorales implicara a menudo esa hipótesis. Pareció evidente, en cambio, que el líder de opinión es influyente en ciertos momentos y en cierto ámbito, porque está habilitado para serlo por otros miembros de su grupo. Las razones de la autoridad conferida a ciertas personas debían buscarse no sólo sobre la base de datos demográficos (estatus social, sexo, edad, etc.) sino también de la estructura y los valores de los grupos a los que pertenecían consejero y aconsejado. Así, pues, la sorprendente promoción de jóvenes como líderes de opinión en grupos tradicionales, cuando esos grupos enfrentaban situaciones nuevas creadas por la urbanización y la industrialización, sólo puede comprenderse por una referencia a los antiguos y a los nuevos modelos de relaciones sociales dentro del grupo y a los antiguos y a los nuevos modelos de actitud respecto al mundo exterior al grupo.

Por otro lado, al criticar el segundo estudio, resultó claro que, si se podía estudiar el peso de las diferentes influencias sobre las *decisiones individuales* en materia de moda, el método adoptado no era adecuado

para estudiar la evolución de la moda en el grupo –para seguir la moda como *proceso de difusión*– mientras no tuviera en cuenta el contenido de la decisión y el factor temporal: las decisiones de los «alteradores de moda» estudiadas en el segundo estudio podían equilibrarse: la señora Y podía pasar de la moda B a la moda A, mientras que la señora X pasaba de la moda A a la B. Lo que es cierto en cuanto a la moda es válido también para cualquier otro fenómeno de difusión: para estudiarlo hay que reconstruir la propagación de un «rasgo» específico en el tiempo. Este interés por la difusión, al mismo tiempo que por el estudio de redes de comunicación más complejas, dio origen a un nuevo estudio que se concentró en un «rasgo» específico, que estudiaba su difusión en el tiempo y a través de la estructura social de toda una comunidad.

[Este tercer estudio, que analizaba, a partir de índices objetivos (relevamiento de las recetas de los médicos según listas en poder de los farmacéuticos), la rapidez de adopción de un remedio nuevo por los médicos de una pequeña ciudad, situaba precisamente a los sujetos interrogados dentro de su red de relaciones...]

De una manera general, y comparado con los estudios precedentes, el estudio de la adopción de un medicamento hizo de la decisión un fenómeno más objetivo, a la vez psicológico y sociológico. Ante todo, el que decide no es la única fuente de información concerniente a su propia decisión. Datos objetivos provenientes de las recetas son utilizados de manera concurrente. Luego, el papel de las diferentes influencias es evaluado no sólo a partir de la reconstrucción que hace de ellas el sujeto sino también a partir de correlaciones objetivas, las que autorizan conclusiones en cuanto a los canales por los que se transmite esa influencia. Por ejemplo, los médicos que primero adoptaron el nuevo medicamento tenían más oportunidades de participar en coloquios médicos especializados, lejos de su residencia, que aquellos que lo adoptaron más tarde.

Del mismo modo, se puede deducir el papel que desempeñan las relaciones sociales en la elaboración de la decisión en un médico, no sólo del testimonio del mismo médico sino también de la posición del médico en las redes interpersonales reveladas por las respuestas a las preguntas sociométricas: de esta manera, se puede clasificar a los médicos según su grado de integración a la comunidad médica, o según su grado de influencia, medido por el número de veces que sus colegas los designan como amigos, como colaboradores de discusión y como cole-

gas de deliberación. También pueden clasificarse según su pertenencia a tal o cual red o a tal o cual camarilla, según la identidad de quien o quienes lo nombran. El primer procedimiento permite ver si la rapidez de adopción del medicamento está vinculada a la influencia de los médicos. El segundo procedimiento permite saber, por ejemplo, si la pertenencia a un mismo subgrupo implica una identidad en el modo de utilización de los medicamentos. Resulta así posible confrontar el testimonio del médico sobre sus propias decisiones, y las influencias que ha sufrido, con el registro más objetivo de sus decisiones efectivas y de las influencias a las que estuvo expuesto.

Observemos que, en este estudio, las redes de relaciones sociales se establecen con anterioridad a la introducción del nuevo medicamento, ya que las relaciones de amistad o de colaboración profesional, etc., se registran independientemente de toda decisión particular tomada por el médico. El estudio se preocupa del papel que pueden desempeñar esos diferentes elementos de estructuras sociométricas en la transmisión de la influencia. Por ejemplo, se puede considerar que los elementos de la estructura son «sensibles» a la introducción del nuevo medicamento y describir el proceso de difusión del medicamento a medida que es aceptado por los individuos y los grupos de la comunidad. Mientras que el segundo estudio sólo podía aspirar a examinar la relación cara a cara entre dos individuos sobre quienes había influido en una decisión determinada, el estudio de la difusión de un medicamento puede situar esa relación entre la red de relaciones en las que está inmerso el médico, todas las cuales pueden desempeñar un papel.

[...] Esos cambios sucesivos en el método de investigación permitieron llegar a resultados que precisan y completan la hipótesis inicial, estableciendo en particular:

- que la influencia personal desempeña un papel mayor que la influencia directa de los medios de comunicación de masa; por ejemplo, la integración de los médicos a la comunidad médica aparecía en el tercer estudio como un factor muy importante;
- que los grupos primarios presentan una gran homogeneidad en las opiniones;
- que el papel de los medios de comunicación de masa no es simple, ya que puede ir desde la «información» hasta la «legitimación» de las opiniones;
- que los líderes no tienen una autoridad global y válida para todos

los campos, sino que la autoridad que se les reconoce está limitada a ciertos campos determinados;

– que, por consiguiente, no presentan características sustanciales que los separarían de aquellos a quienes influyen, sino que se distinguen por las cualidades que se les reconoce (competencia, etc.) y por su posición social;

– que los líderes de opinión están a la vez más expuestos a la acción de los medios de comunicación de masa y son más sensibles a su influencia.]

En cada uno de los estudios que hemos analizado, el problema metodológico central fue saber cómo tomar en cuenta las relaciones interpersonales, preservando al mismo tiempo la economía y la representatividad que otorga la muestra recogida al azar en un momento dado del tiempo. Las respuestas a este problema fueron diversas, desde un cuestionario que pedía a los individuos de la muestra que mencionaran a aquellas personas con las que mantienen relaciones de interacción (estudio inicial) hasta un estudio por entrevistas que se remontaba desde las personas influidas hasta los sujetos que habían ejercido la influencia (segundo estudio) y finalmente a entrevistas que abarcaban a toda una comunidad (tercer estudio). Los estudios futuros se situarán probablemente entre esos extremos. De todas maneras, para la mayoría de ellos, al parecer, el principio central deberá ser construir en torno a cada átomo individual de la muestra moléculas más o menos grandes.

ELIHU KATZ

«The Two-Step Flow of Communication:
an Up-to-Date Report on an Hypothesis»

EL ESTADÍSTICO DEBE SABER LO QUE HACE

No es en una reafirmación celosa de la originalidad de los métodos sociológicos sino en una comparación rigurosa de los métodos de las ciencias naturales y los de la sociología donde Simiand, quien considera que el método estadístico es una forma del experimental, busca la especificidad de la epistemología propia de la sociología.* Los hechos que manipula el sociólogo son, en cierto modo, doblemente abstractos, primero por ser hechos abstractos con respecto a la realidad empírica (como los hechos sobre los que trabaja el físico), y además por ser hechos sociológicos, abstractos respecto de las manifestaciones individuales: por ser de índole colectiva, los hechos sociales no se realizan plenamente en ningún fenómeno individual, de modo que «la no correspondencia con una realidad objetiva [...] no salta a la vista». La reflexión sobre la técnica estadística y sobre la elaboración a que ésta somete los hechos debe ser reconsiderada, por consiguiente, en cada investigación sociológica.

25. F. SIMIAND

Si trasponemos al ámbito estadístico [las] condiciones de buena abstracción que nos enseña la metodología de las ciencias positivas, advertiremos que la primera precaución que debemos tomar para no engañar a otros ni engañarnos a nosotros mismos con nuestras abstracciones

* Véase *supra*, Introducción, pág. 135, e *infra*, E. Wind, texto n° 38, pág. 321.

estadísticas consiste en preocuparnos de que nuestras expresiones de hechos complejos, nuestras medias, nuestros índices, nuestros coeficientes, no sean resultados de cálculos cualesquiera, de combinaciones arbitrarias entre cifras y cifras, sino que se modelen a partir de la complejidad concreta, respeten las articulaciones de lo real, expresen algo a la vez distinto y verdadero con respecto a la multiplicidad de los casos individuales a la que corresponden. Observemos que lo que nos puede despistar, lo que de hecho a menudo nos despista cuando empleamos abstracciones estadísticas, *no es que sean abstracciones sino que son malas abstracciones*.

No vemos que ningún físico determine la densidad de una agrupación cualquiera de objetos heteróclitos, pues manifiestamente, si esa agrupación no tiene ninguna identidad física, el dato carecería de todo interés científico. No vemos que ningún botánico agrupe sus observaciones sobre plantas cada cinco meses, o cada diez, pues manifiestamente el ciclo de la vegetación es anual. Todavía más cercano y ya en el campo estadístico, no vemos que ningún biólogo determine y estudie una media de los tamaños de los diversos animales de un circo.

E inversamente, ¿acaso no hay ejemplos, aun en trabajos de cierta calidad, de índices de precios establecidos a partir de precios de todas las categorías confundidas indiscriminadamente, precios de materias primas con precios de productos fabricados, precios de mercancías con precios de servicios, de salarios, de alquileres, cuando en realidad los movimientos de esos diversos grupos son a menudo muy diferentes, ya sea por su sentido, por su funcionamiento, por su fecha, como para que una expresión común, que lo confunde todo, pueda ser algo más que engañosa o sin sentido, por no tener en cuenta esas diferencias?

¿Y no hay también ejemplos de estudios que agrupan por medias quinquenales, decenales, ciertos datos de estadística económica con elementos cuyas variaciones características se presentan en ciclos más cortos o más largos que el lustro o el decenio, y a menudo irregulares? La representación que nos ofrecen tales medias disimulará así el rasgo esencial del elemento estudiado, en vez de ponerlo en evidencia, y por consiguiente nos despistará inevitablemente. Muchos otros ejemplos podrían agregarse a estas indicaciones.

Pero creemos que éstas bastan para mostrarnos, ante todo, dónde se debe reconocer la verdadera diferencia, desde este punto de vista, entre la experiencia común de las ciencias positivas y la experiencia esta-

dística, y luego cómo podemos remediar la insuficiencia de esta última, desde el mismo punto de vista.

La diferencia entre los dos tipos de investigación no es que una opere con realidades y la otra con abstracciones, sino que, en la experimentación material de las ciencias positivas, la abstracción mala, carente de suficiente correspondencia con la realidad, sin fundamento objetivo, se revela a menudo tal como es por una evidencia física, material; en cambio en la investigación estadística las cifras como tales nunca se niegan a ser combinadas con otras cifras y, en general, en este caso la correspondencia o no correspondencia con una realidad objetiva no es un hecho que, como se dice, «salte a la vista».

En la experiencia material, el sabio aísla, en medio de la complejidad que presenta la naturaleza, ciertos elementos que tienen una relación reconocida o presumible con otros, pero, si se equivoca en la relación, si olvida un elemento esencial, se ve obligado a advertirlo porque, materialmente, el fenómeno esperado no se produce. Aquí, en cambio, el estadístico aísla también, en la complejidad de lo dado, ciertos elementos con otros que presume están en relación con ellos, pero es en virtud de una operación mental; casi nunca dispone de una experiencia fáctica; no retira, o no introduce, materialmente ningún factor. Y, por eso, la realidad o la no realidad de la relación percibida no puede manifestársele de manera material.

Y todavía más, aquí se puede ver que nos acercamos al riesgo de un círculo vicioso; frecuentemente la expresión estadística es necesaria para aislar y, también se podría decir, para constituir el hecho estadístico, y que, no obstante, habría que saber ya de antemano cuál es, cómo se comporta exactamente ese hecho estadístico, para escoger convenientemente la base y la índole de la expresión estadística que se debe emplear.

Pero, al mismo tiempo, advertimos que la investigación estadística puede acercarse a las condiciones por las cuales la experimentación física distingue entre la buena abstracción y la mala abstracción. [...]

Para que tenga alguna correspondencia con la realidad, la primera condición es que nuestras expresiones estadísticas estén establecidas sobre una base que presente *cierta homogeneidad*, o también sobre una base que tenga una extensión apropiada, *una extensión oportuna*.

Es evidente, sin duda, que los casos individuales abarcados en un dato estadístico presentan siempre una heterogeneidad más o menos

grande y más o menos compleja (sin lo cual no habría necesidad de una expresión estadística para representarlos juntos) y que, por tanto, la homogeneidad no puede ser sino relativa; que la extensión oportuna también variará, no sólo según los datos sino también según los problemas, y también será relativa. Pero el ejemplo de la experimentación de las ciencias positivas nos muestra que la elección de las abstracciones estadísticas que adoptaremos no por eso será arbitraria, si pretende estar fundada.

Aquí no podemos contar con evidencias materiales; tratemos, pues, de precavernos con precauciones intelectuales. Procedamos mediante tanteos, ensayos, pruebas, contrapruebas, cotejos.

Justamente porque hay buenas y malas medias, medias que tienen un sentido y otras que no tienen ninguno, *desconfiemos de las medias*, controlemos, cotejemos las indicaciones de medias de un tipo con las de otro tipo, con otros índices, con datos complementarios; y conservemos solamente aquellas que, después de estas pruebas, nos presenten una verdadera consistencia y respondan a alguna realidad colectiva.

E, igualmente, a propósito de los demás modos de expresión estadística. Hoy día, por ejemplo, en razón del considerable movimiento de los precios y sus consecuencias, ¿quién no habla, quién no razona, quién no discute de los «*index numbers*»? ¿Quién no basa sus pruebas y argumentos en ellos para las tesis más diversas y a veces más opuestas? Pero, antes de esa utilización, ¿cuántas personas advirtieron o se preocuparon de saber cómo se establecen esos *index numbers*, sobre qué bases, mediante qué métodos, qué significan y qué no significan? Irving Fisher ha señalado que para representar un conjunto de precios o de cantidades se puede establecer un número indefinido de fórmulas de números índices que distan mucho de tener el mismo sentido o los mismos usos; así se limitó, en la perspectiva de su estudio, a determinar sólo *cuarenta y cuatro* fórmulas posibles, indicando las características de cada una respecto de tal o cual condición. Stanley Jevons había empleado una media geométrica por ciertas razones y para cierto problema. Wesley C. Mitchell, en cambio, empleó, por ciertas razones distintas e igualmente con éxito para el problema estudiado por él, una media acompañada de cuartiles y deciles. Los diversos *index numbers* frecuentemente citados e invocados hoy día se establecen a menudo en condiciones y sobre bases muy diferentes. ¿Todo esto no tiene importancia? O, en cambio, ¿no se lo debe considerar, según las cuestiones es-

tudiadas, y precisamente por las conclusiones que se trata de extraer? O también, justamente a causa de esas diferencias, ¿no se los debe utilizar en complemento recíproco o en un cotejo útil, para tales o cuales cuestiones, y para poner de relieve los límites de su valor y de su legítimo empleo?

FRANÇOIS SIMIAND

Statistique et expérience. Remarques de méthode

3. La falsa neutralidad de las técnicas: objeto construido o artefacto

LA ENTREVISTA Y LAS FORMAS DE ORGANIZACIÓN DE LA EXPERIENCIA

David Riesman ha señalado algunos aspectos en que puede resentirse la entrevista, en la medida en que esta técnica presupone –casi siempre sin presentar los medios de controlarla– la aptitud de los sujetos para responder al «marco de opinión convencional de la entrevista». Como caso particular del intercambio social, no escapa a las «convenciones relativas a lo que se debe decir y callar», convenciones que «varían según las clases sociales, las regiones y los grupos étnicos».* En cuanto situación de interacción social, la situación de la entrevista tiende a interpretarse a partir del modelo de otras relaciones (confidencia, recriminación, discusión amistosa, etc.), cuyos modelos pueden diferir de un grupo a otro. Por último, la relación con un sociólogo no es sino un caso particular de la relación con extraños, ante quienes el honor impone no dejar traslucir los sentimientos o las opiniones más íntimas: por eso, la situación de la entrevista puede poner en juego toda la moral de un grupo. «Hay que comprender por qué las personas de clase obrera no se muestran, casi nunca, muy acogedoras con los encuestadores, por qué se muestran evasivos e inclinados a dar respuestas más destinadas a rehuir que a explicar claramente la situación. Tras esas manifestacio-

* D. Riesman, «The Sociology of the Interview», en *Abundance for What*, Nueva York, Doubleday and Company, 1964, págs. 517-539. [Hay ed. en esp.: *¿Abundancia para qué?*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.]

nes, esa expresión “ésas son cosas mías”, puede haber un orgullo herido. En efecto, es difícil creer que un visitante perteneciente a otra clase pueda jamás representarse claramente todos los pormenores de las dificultades encontradas: así, se está muy atento a “no exponerse”, a protegerse contra la solicitud protectora.» *

Dado que rara vez se averigua el efecto diferencial de las técnicas de encuesta en función de la pertenencia social de los sujetos, no es inútil reproducir aquí un análisis de sociología de la comunicación que intenta constituir como objeto de estudio lo que habitualmente se trata como instrumento de estudio, y a veces como instrumento absoluto de medición de ciertas «aptitudes» (recuérdese por ejemplo a Lerner, que ve en la aptitud de los sujetos para controlar la situación de la entrevista el indicio de su aptitud para la innovación).** L. Schatzman y A. Strauss muestran que la entrevista incorpora técnicas de comunicación y formas de organización de la experiencia que oponen punto por punto a las clases medias y las clases populares; extraer todas las consecuencias de estos análisis obligaría a renunciar a la ilusión de la neutralidad de las técnicas y, en este caso, a elaborar los medios de controlar los efectos de la situación de la entrevista, para poder tenerlos en cuenta.

26. L. SCHATZMAN Y A. STRAUSS

Por lo común se acepta que pueden existir importantes diferencias entre las clases sociales, a nivel del pensamiento y de la comunicación. Los hombres viven en un entorno que está mediatizado por símbolos. Nombrándolos, identificándolos y clasificándolos se hace posible percibir y controlar los objetos o los acontecimientos. El orden se impone en y

* R. Hoggart, *The Uses of Literacy*, 5ª reimpresión, Londres, Chatto and Windus Ltd., 1959, pág. 68.

** Véase *supra*, § 3, pág. 67.

por una organización conceptual, y esta organización no sólo se expresa en las reglas individuales, sino también en los códigos gramaticales, lógicos y, más generalmente, en todos los sistemas de comunicación propios de un grupo, pues la comunicación debe satisfacer los imperativos sociales de la comunicación, que también se imponen a esa «conversación interior» que es el pensamiento. Tanto el razonamiento como el discurso están sometidos –a través de la crítica, el juicio, la apreciación y el control– a exigencias particulares: existen reglas diferenciales en materia de organización del discurso y del pensamiento que –fuera de las incomprensiones puramente lingüísticas– pueden llegar a obstaculizar la comunicación entre grupos diferentes.¹

Por esa razón debe ser posible observar, entre una clase social y otra, diferencias en materia de comunicación que no consisten solamente en una diferencia de grado en la precisión, la búsqueda o la riqueza del vocabulario y las cualidades del estilo, y que deben poner de manifiesto los modos de pensamiento a través de los modos del discurso. [...]

[Estas hipótesis han sido puestas a prueba mediante el estudio de entrevistas, realizadas para estudiar las respuestas a una situación de catástrofe, con habitantes de poblaciones de Arkansas sobre las cuales se había abatido un tornado. Se constituyeron dos grupos:

- el grupo «inferior», compuesto de sujetos pertenecientes a las clases populares, caracterizados por una educación que no supera la *grammar school* y un ingreso familiar anual inferior a los 2.000 dólares;

- el grupo «superior», compuesto de sujetos pertenecientes a la clase media, que frecuentaron un *college* por lo menos durante un año, y con un ingreso anual superior a los 4.000 dólares.]

Las diferencias comprobadas entre la clase popular y la clase media son notables y, una vez formulado el principio de esa diferencia, es sorprendente ver con qué facilidad se puede detectar la estructura de comunicación característica de un grupo, a la sola lectura de algunos pá-

1 Véase E. Cassirer, *An Essay on Man*, New Haven, 1944 [ed. en esp.: *Antropología filosófica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945]; S. Langer, *Philosophy in a New Key*, Nueva York, 1948 [ed. en esp.: *Nuevas claves de la filosofía*, Buenos Aires, Sur]; A. R. Lindesmith y A. L. Strauss, *Social Psychology*, Nueva York, 1949, págs. 237-252; G. Mead, *Mind, Self and Society*, Chicago, 1934 [ed. en esp.: *Espíritu, persona y sociedad*, Buenos Aires, Paidós]; C. W. Mills, «Language, Logic and Culture», *American Sociological Review*, IV, 1939, págs. 670-680.

rrafos de una entrevista. La diferencia no reside simplemente en la aptitud o la ineptitud de un grupo para dar a su discurso una formulación clara y detallada que corresponda a los requerimientos del encuestador. Y tampoco en la sola corrección o en el refinamiento de la gramática, o en el uso de un vocabulario más preciso o más rico. La diferencia principal consiste en una disparidad considerable en:

- a) la cantidad y la índole de las perspectivas adoptadas en el curso de la comunicación;
- b) la facultad de ponerse en el lugar del interlocutor;
- c) el tratamiento de las clasificaciones;
- d) la armazón del discurso y el aparato estilístico que ordenan la comunicación y la hacen efectiva.

PERSPECTIVA O PUNTO DE VISTA

Por perspectiva entendemos el punto de vista desde el cual se coloca el hablante para hacer una descripción. Las perspectivas pueden diferir en número y alcance. También puede variar la agilidad con que el narrador evoluciona de una perspectiva a otra.

Una descripción hecha por un miembro de las clases populares se presenta casi siempre como una reproducción de lo que él vio con sus propios ojos; propone al interlocutor sus propias percepciones y sus propias imágenes, sin tomar ninguna distancia respecto de ellas. El resultado, en el mejor de los casos, es una narración directa y sin vueltas de los acontecimientos tal como él los vio y experimentó. Frecuentemente llega a situarse claramente a sí mismo en el tiempo y en el espacio, y a indicar aproximativamente, mediante diversos procedimientos asociativos, una progresión de los hechos que guarda relación con el papel que él ha desempeñado en ellos. Pero esta progresión no reproduce el desarrollo de los hechos sino en la medida en que se relacionan con el informante. Las demás personas y sus acciones sólo intervienen en su relato en la medida en que interfieren con sus propias acciones. [...]

Las imágenes empleadas por el informante varían considerablemente en claridad, pero siempre son personales. Puede repetir sucesos que les pasaron a otras personas, pero no los cuenta como si él mismo fuera esa otra persona que reconstituye acontecimientos y sentimientos. Puede describir los actos de otras personas y los motivos que las impul-

saron en la medida en que él mismo se siente implicado, pero su facultad de ponerse en lugar de otro es muy limitada. Si llega a asumir el papel de otro frente a terceras personas, sólo es ocasionalmente y de manera implícita: «Había gente que ayudaba a otros que estaban heridos». Esta incapacidad se pone muy de manifiesto cuando hay que describir el comportamiento de más de dos o tres personas. En este nivel ya la descripción es confusa: el informante se limita a señalar reacciones aisladas, sin proponer un cuadro claro de las acciones de unos y de otros. No percibe la reciprocidad de las conductas, o sólo la sugiere implícitamente en la comunicación (corrieron allá para ver qué les había pasado, pero no les había pasado nada). Aun interrogando cuidadosamente al informante, casi no es posible obtener de él una exposición más clara de la situación. En las respuestas menos inteligibles, el encuestador pierde por completo el hilo de un relato en el que las imágenes, las acciones, las personas y los acontecimientos aparecen sin ser anunciados ni situados y desaparecen silenciosamente.

Los miembros de las clases medias son tan capaces como los de las clases populares de comunicar detalladamente una descripción de primer grado, pero ésta no se sitúa en una perspectiva tan limitada. Pueden colocarse en distintos puntos de vista y adoptar, por ejemplo, el de otra persona, el de una categoría de personas, una organización, una persona jurídica o incluso el de toda una ciudad.

El informante perteneciente a las clases medias, cuando describe el comportamiento de otras personas, o de categorías de personas, tiene la facultad de colocarse en el punto de vista de éstas más que en el suyo propio; puede también incluir en su relato series de acciones bajo la forma en que otros las han registrado. Incluso puede realizar una descripción de su propio comportamiento según una óptica diferente de la suya propia.

CORRESPONDENCIA ENTRE LAS IMÁGENES DEL HABLANTE Y DEL INTERLOCUTOR

Los individuos sólo perciben muy desigualmente la necesidad de introducir una mediación lingüística entre sus propias imágenes subjetivas y las de sus interlocutores.[...]

Cuando el contexto de la discusión está materialmente presente ante ambos interlocutores, o les es común en virtud de una idéntica

experiencia pasada, o está implícitamente presente como consecuencia de sus relaciones anteriores, el problema de contexto está en gran parte resuelto. Pero cuando el contexto no está dado, y tampoco es recreado por el hablante, el interlocutor se encuentra ante espinosos problemas de interpretación. Las respuestas menos inteligibles presentaban series de imágenes que se sucedían como en un sueño, y que muy raramente recurrían a comparaciones, precisiones, explicaciones u otros procedimientos susceptibles de suministrar un contexto. De esa manera el encuestador se tenía que esforzar para seguir el relato y comprender su sentido; ante cada nuevo desarrollo debía proceder a realizar verificaciones si no quería que el informante lo dejara, por así decir, en el camino. Los informantes aceptaban de buen grado y aun con solicitud relatar sus experiencias, pero la sola voluntad de comunicarse no siempre es suficiente para establecer una comunicación clara. Esta última implica, entre otras condiciones, la facultad de comprender el propio discurso como los demás lo comprenden.

Al parecer, los sujetos de las clases populares conceden muy poca atención a las diferencias de perspectivas. A lo sumo el informante revivía la hora exacta en que había efectuado ciertos actos, o bien, tomando conciencia de que su interlocutor no asistía a la escena, localizaba para él los objetos y los sucesos. En ocasiones, tomaba conciencia de la existencia del otro: «uno no lo puede imaginar si no estuvo allí». Hay que observar, sin embargo, que no ponía en duda la existencia de una correspondencia entre su universo subjetivo y el del otro. Utilizaba en gran medida sobrenombres sin establecer claramente las identidades, y empleaba frecuentemente los términos «nosotros» y «ellos» sin referencias precisas. Raramente el hablante se anticipaba a las reacciones que debía suscitar su comunicación, y parecía sentir escasamente la necesidad de explicitar ciertas particularidades de su narración. Pocas veces matizaba los juicios que vertía, sin duda porque en su opinión era obvio que sus percepciones reflejaban la realidad y eran compartidas por todos los presentes. Esta tendencia a suponer que todo era obvio hacía que su relato careciera de profundidad y riqueza, y contuviera pocos matices y escasos ejemplos verdaderos. Muy a menudo el interlocutor se encontraba ante un fragmento descriptivo que supuestamente representaba un relato más completo. El hablante agregaba entonces, eventualmente, frases del tipo de «y otras cosas por el estilo» o «y todo lo demás». Estas modalidades de expresión no son verdaderamente

recapitulativas; sólo son sucedáneos de un informe detallado y abstracto. Los resúmenes prácticamente no existían: éstos suponen, en efecto, que los informantes tienen conciencia de los requerimientos de los oyentes. Ciertas frases que parecían constituir resúmenes –tales como «eso es todo lo que sé» y «así pasaron las cosas»– simplemente indicaban que allí se detenían los conocimientos del hablante. Finalmente, había ciertas expresiones que parecían tener un valor recapitulativo, como «era una lástima», pero se trataba más bien de soliloquios que representaban un ensimismamiento o una emoción, más que resúmenes de lo que precedía.

También el informante de las clases medias presupone la correspondencia entre las imágenes (subjetivas) del otro y las suyas propias. Sin embargo, a diferencia de los miembros del grupo «inferior», admite fácilmente la diversidad de las visiones subjetivas y por consiguiente la necesidad de suministrar un contexto. Se empeña, pues, mediante diversos procedimientos, en recrear un contexto y en clarificar el sentido de su relato. Matiza su opinión, la resume y sitúa el escenario de la acción con una densa introducción; desarrolla ampliamente los temas tratados, ilustra su relato con frecuentes ejemplos, se adelanta a una posible incredulidad y se preocupa mucho por localizar los sitios citados y por establecer la identidad de las personas, y todo esto con gran riqueza de detalles. Se siente menos apremiado en recurrir a la expresión «como usted sabe»; tiende a suministrar aclaraciones cuando supone que hay un aspecto del relato que puede suscitar dudas o no convencer. Pocas veces deja de localizar en el tiempo y en el espacio las imágenes o series de imágenes. Merece observarse la frecuencia con que introduce matices y reservas en sus opiniones; ella indica no sólo una multiplicidad de enfoques posibles, sino también una gran sensibilidad para las reacciones de los oyentes presentes o virtuales (incluyendo al mismo hablante).

En una palabra, el informante perteneciente a las clases medias conserva lo que se podría llamar «el control de la comunicación», por lo menos en esa situación semiorganizada que es la situación de la entrevista. Sirve, por así decir, de intermediario entre sus propias imágenes y el interlocutor, con el afán de «presentar» correctamente, como cuando se hacen «presentaciones», lo que ha visto y lo que sabe. Está en la situación de un director cinematográfico que dispone de varias cámaras, cada una de ellas enfocada sobre un aspecto diferente de la escena

y que, mientras filma, controla cuidadosamente sus efectos. Inversamente, el relato de un informante de las clases populares evocaría más bien un film realizado con una cámara única. [...] Los sujetos originarios de las clases medias –aparentemente en virtud de su mayor sensibilidad a las reacciones del interlocutor– toman más distancia respecto de su experiencia personal. No se limitan a contar lo que vieron: componen un relato. La relación de los hechos será más o menos exacta, pero en la medida en que se trata de un discurso ordenado, se hallarán en él las cualidades y los defectos de los relatos concertados. Aquí no se trata de comparar la exactitud respectiva de los relatos hechos por los miembros de las clases medias y los de las clases populares. En la «objetividad» de los primeros hay que ver ante todo una toma de distancia del narrador con respecto al acontecimiento.

Por la manera en que se ordena su relato, el informante de las clases medias muestra que tiene, al mismo tiempo, conciencia del otro y de sí mismo. Le es posible interrumpirse en medio de un desarrollo, o tomar una orientación nueva; de una manera general, ejerce estrecho control sobre el desenvolvimiento de su comunicación. El informante de las clases populares parece mucho menos capaz de esa visión de conjunto. El control que ejerce sólo se refiere a la cantidad de información que acepta o no comunicar al encuestador. Pero también es posible suponer que dispone de procedimientos estilísticos de control que no son inmediatamente percibidos por un observador que, a su vez, pertenece a la clase media.

CLASIFICACIÓN Y RELACIONES CLASIFICATORIAS

Los informantes de clase popular se refieren generalmente a individuos particulares a los que designan a menudo con un nombre propio o con un nombre de familia. Esta manera de proceder no aclara la descripción ni facilita la identificación de las personas en cuestión sino cuando el informante se limita a referir las experiencias de algunos individuos bien definidos. Llega un momento en que el encuestador desea recoger informaciones, no ya sobre personas, sino sobre categorías de personas, e incluso sobre organismos, así como sobre las relaciones que se establecieron entre esas categorías, o esos organismos, y el informante: en ese caso un sujeto de las clases populares se muestra casi siempre incapaz de dar una respuesta. En el peor de los casos, su discurso no logra

captar las categorías de personas o de acciones en cuanto tales porque, según toda evidencia, su pensamiento no domina la lógica de las clases. Las preguntas que versan sobre organismos como la Cruz Roja son retraducidas en términos concretos, y hablará de la Cruz Roja «que ayuda a la gente» o de «gente que ayuda a otra gente»; efectivamente, sólo tiene nociones muy vagas sobre los complejos mecanismos según los cuales funcionan los organismos y las organizaciones. Cuando ocasionalmente el informante introduce categorías, siempre es de manera rudimentaria: «Había gente que corría y otros que miraban lo que pasaba en las casas». El cuadro que se obtiene no es sino un bosquejo impresionista. La confusión que siguió al tornado está bastante bien sugerida, pero la descripción no revela plan alguno. A veces el informante hace intervenir clases de personas, bajo la forma de oposiciones (ricos y pobres, personas heridas y personas indemnes), o enumera, en forma de listas, grupos de acciones fácilmente identificables y de naturaleza opuesta; pero no tratará de explicitar más las relaciones que pueden existir entre esas clases de personas o de acciones. Para describir una escena, por otra parte, nunca recurrirá de manera sistemática a la noción de categoría y a las relaciones entre categorías: este procedimiento supondría capacidad para ubicarse en diferentes puntos de vista.

Se advierte que los entrevistados piensan esencialmente en términos particularizantes o concretos. Es indudable que la mayoría de los informantes, cuando no todos, disponen de un sistema de pensamiento categorizante; pero, en la comunicación que establecen explícitamente con el encuestador, los términos que designan categorías están ausentes o sólo aparecen en forma rudimentaria, permaneciendo implícitas las relaciones entre categorías: las relaciones que pueden existir entre las cosas y las personas, o bien no se las formula explícitamente, o bien se las sugiere con cierta vaguedad. El discurso nunca está ilustrado con verdaderos ejemplos, ya sea porque su uso implica recurrir a categorías, ya sea porque la pertenencia del encuestador a la clase media le impida reconocer, en ciertos detalles, alusiones conscientes a un esquema categorial.

El discurso de los sujetos de clase media comprende, en gran medida, una terminología clasificatoria, sobre todo cuando el narrador habla de lo que ha visto más bien que de sí mismo. Una actitud característica del informante perteneciente a las clases medias, cuando describe los actos realizados por otros, consiste en ubicar a las personas y sus acciones en clases y en formular explícitamente las relaciones que existen

entre esas clases. Su discurso se organiza frecuentemente en torno a la descripción de la conducta y proceder de diversas categorías de personas. Cuando el informante cita a alguien o algo, es evidente que lo toma como representante de una categoría general. Ve a los organismos de asistencia y otros organismos públicos como conjuntos o clases de servicios y de acciones coordinados; algunos sujetos sólo se refieren en todo su relato a instituciones, sin tomarse la molestia de designar a las personas por su nombre o de personalizar su informe. En resumen, en las comunicaciones que establecen los miembros de las clases medias, la imaginiería concreta está menoscabada o eclipsada por la terminología conceptual. El discurso se organiza de manera natural en torno a clasificaciones sin que, indudablemente, el informante sea muy consciente de ello. Esta disposición es parte integrante de su educación, tanto escolar como más amplia; pero no se debe afirmar que los miembros de las clases medias piensan y se expresan siempre en una lógica categorizadora, pues evidentemente no ocurre así. Es muy probable que la situación de la entrevista en cuanto tal exija del informante descripciones fuertemente conceptualizadas. No obstante, se puede decir que el pensamiento y el discurso de los miembros de las clases medias son menos concretos que los de los miembros de las clases populares.

MARCOS ORGANIZADORES Y PROCEDIMIENTOS ESTILÍSTICOS

La comunicación exige enunciados organizados. No es necesario que el principio de esta organización sea explícitamente formulado por el hablante o percibido por el oyente. Los marcos organizadores del discurso pueden ser de muchos tipos: así, frecuentemente es la pregunta misma del encuestador la que determinará el ordenamiento de la descripción, o bien es el mismo hablante quien encuadra su discurso en sus propios marcos organizadores («Hay algo que usted debe saber a este respecto»). O bien el marco lo suministran juntos el encuestador y el informante, como cuando el primero plantea una pregunta «abierta»: en el amplio campo que le deja esa pregunta, el informante tiene la posibilidad de ordenar su descripción en torno de los elementos que le parecen más significativos. En efecto, en cierta medida, el informante tiene la libertad de organizar su discurso como si se tratara de contar una historia o una intriga dramática de un tipo algo particular, conservando solamente de las preguntas del encuestador indicaciones generales sobre los

imperativos que debe respetar. La exposición de los acontecimientos, de los incidentes o de las imágenes que se trata de transmitir al oyente puede efectuarse con o sin orden, siguiendo una progresión dramática o en un orden cronológico; pero si se quiere que la comunicación sea efectiva, es necesario seguir un orden, cualquiera que sea ese orden. Esos marcos organizadores se expresan a través de procedimientos estilísticos que difieren de una clase social a otra.

La pregunta con la que el encuestador inicia la entrevista («Cuénteme a su manera la historia del tornado») invita al informante a desempeñar un papel activo en la organización de su exposición; y eso es lo que algunas veces hace. Sin embargo, a excepción de una persona que se sumergió en un relato personal, los informantes de clase popular no hicieron largas declaraciones sobre lo que les sucedió durante y después del tornado. En las clases populares, al revés de lo que sucede en las clases medias, los marcos organizadores utilizados ordenan más a menudo porciones del discurso que la totalidad, y son mucho más limitados. Esos marcos son de distintos tipos, pero siempre el discurso se organiza a partir de una *perspectiva centrada*. Una de las organizaciones posibles del relato es la narración en modo personal, en la que los sucesos, las acciones, las imágenes, las personas y los lugares aparecen según un orden cronológico. Ciertos procedimientos estilísticos favorecen este tipo de organización, por ejemplo el empleo de elementos de enlace de valor temporal: «y luego», «y», «entonces»; mencionemos también que sólo se alude a los acontecimientos y las imágenes en el momento en que el hablante los rememora, o a medida que intervienen en la progresión del relato. El recurso al paréntesis puede permitir especificar relaciones de parentesco o localizar en el espacio a los individuos de que se trata. Pero, a menos que el desarrollo del relato envuelva al propio entrevistado, éste tenderá a perderse en los detalles a favor de un incidente particular, y será a su vez este incidente el que le suministrará los nuevos marcos de su discurso, permitiéndole abarcar con ellos acontecimientos suplementarios. Del mismo modo, cuando una pregunta del encuestador interrumpe el curso del relato, esa pregunta puede preparar el terreno a una respuesta constituida por cierto número de imágenes o de un incidente. Es frecuente que la alusión a un incidente desencadene la introducción de otro incidente y, si bien el hablante concibe sin duda una relación lógica o temporal entre ellos, difícilmente esa relación será visible para el encuestador. Esto hace que el in-

formante pueda salirse muy rápido de los marcos organizadores que él mismo ha dado a su discurso. El peligro a que se expone el encuestador cuando sondea de ese modo, o cuando insiste en obtener una narración más minuciosa, es que lleva al entrevistado a olvidar la línea rectora de su relato y a veces la misma pregunta inicial que se le hizo. En cambio, el encuestador puede fácilmente obtener numerosas informaciones a favor de esas digresiones, aunque a menudo deba sondear algo más al informante cuando quiere reinsertar en un contexto el material así recogido. Las preguntas de orden general son las más susceptibles de desviar al informante de su tema, en la medida en que proponen marcos mal definidos. [...] Si la pregunta planteada pone en juego categorías abstractas o supera la comprensión del entrevistado (por ejemplo, cuando versa sobre los organismos de asistencia), el informante tiende a reaccionar con respuestas muy generales, o con enumeraciones concretas, o incluso con un raudal de imágenes. Cuando el encuestador se esfuerza, mediante preguntas más acuciantes, por obtener la relación detallada de un acontecimiento o el desarrollo de una idea, generalmente sólo se topa con repeticiones o enumeraciones, una suerte de «fuego graneado» de imágenes que tienden a llenar los blancos del cuadro que se le solicita. La falta de precisión real en los detalles está ligada probablemente a la incapacidad de cambiar de perspectiva para relatar los acontecimientos. [...]

Cuando el informante pertenece a las clases populares, el encuestador experimenta generalmente grandes dificultades para someter la entrevista a un marco organizador que abarque el conjunto del discurso, y sólo logra imponer «marcos parciales» al informante planteando numerosas preguntas para precisar la cronología de los hechos, la situación y la identidad de las personas y para hacer desarrollar los detalles mencionados. [...]

Nos resulta difícil determinar los procedimientos estilísticos que hacen eficaz una comunicación, pero esto se debe tal vez a que nosotros mismos pertenecemos a las clases medias. Entre los procedimientos más fácilmente identificables, se puede incluir el empleo de notaciones cronológicas rudimentarias (como «entonces... y después»), la yuxtaposición o la oposición directa de clases lógicas (por ejemplo, ricos y pobres), y la localización de los acontecimientos en el tiempo. Pero están ausentes los procedimientos complejos que caracterizan a las entrevistas con miembros de las clases medias.

Los informantes de clase media imponen por sí mismos a la entrevista marcos que no varían de un extremo al otro del relato. Aunque muy sensibles a los requerimientos del encuestador, consideran que la responsabilidad del relato les pertenece personalmente, y así se trasluce desde el comienzo de la entrevista: numerosos informantes responden de entrada con una descripción coherente a la invitación del encuestador: «Cuénteme su historia». El marco organizador puede suscitar un tipo de relato fluido que prodiga una masa de detalles sobre lo que les ha ocurrido al informante y a sus vecinos; puede suministrar una descripción estática pero minuciosa de la comunidad afectada; o bien, mediante el empleo de procedimientos dramáticos y notaciones escénicas, puede poner en evidencia la existencia de una red de relaciones complejas reinsertándolas en una progresión dramática. La ciudad entera puede ser tomada como marco de referencia y su historia reconstituida en el tiempo y en el espacio.

Además del marco principal, el informante perteneciente a las clases medias utiliza numerosos marcos anexos. Como los miembros de las clases populares, puede volver atrás ante una pregunta del encuestador, pero, particularmente cuando la pregunta, por su carácter general y abstracto, le permite una gran libertad, organiza su respuesta a partir de un submarco que determina la elección y la organización del contenido de la digresión. Cuando pasa de una imagen a otra, es raro que éstas no estén ligadas a la pregunta que las ha provocado. Tiene, asimismo, tendencia a profundizar más que a repetir o a enumerar sus percepciones. [...]

Como integra múltiples perspectivas, el informante puede permitirse largos paréntesis, o discutir las acciones simultáneas de otros personajes en relación con él mismo, o también efectuar variadas comparaciones que permiten gran riqueza de detalles y favorecen la comprensión para volver finalmente al punto de partida y retomar el relato, generalmente después de prevenir al interlocutor de sus digresiones, las que terminan con una fórmula recapitulativa o una frase de transición como «bueno, sea como sea...». [...]

Hay que tomar en consideración todo lo que se refiere a la situación de la entrevista para interpretar correctamente esas diferencias entre las clases sociales. Los miembros de las clases medias perciben necesariamente al encuestador como una persona cultivada que sabe expresarse, aunque se trate de un desconocido que no pertenece a la pobla-

ción. Se sabe que recoge información por cuenta de algún organismo: esto confiere legitimidad a sus preguntas y, además, incita al informante a expresarse libremente y a ofrecer informaciones completas. Aunque probablemente nunca haya participado antes de la situación de la entrevista, el informante tuvo muchas veces ocasión de hablar extensamente con representantes de ciertos organismos o, por lo menos, tuvo la experiencia de conversaciones con miembros de las clases cultas. También se puede suponer que el modo de vida propio de las clases medias lo obliga a prestar mucha atención a las palabras empleadas para evitar ser mal comprendido: por eso está sensibilizado con los problemas que plantea la comunicación en sí misma, y la comunicación con personas que no tienen necesariamente su punto de vista y sus marcos de referencia.

Una comunicación de este orden exige una mente siempre alerta, atenta a la vez a las significaciones de su propio discurso y a las intenciones posibles del discurso del otro. Los papeles que se asumen pueden ser inadecuados en muchos casos, pero siempre son el resultado de una actitud activa. Habitado a estimar y anticipar las reacciones del oyente a sus palabras, el hablante adquiere el control de procedimientos ingeniosos y ágiles que le permiten corregir, matizar, hacer más plausible, explicar y reformular su discurso, o sea que adopta múltiples perspectivas y establece su comunicación en función de cada una de ellas. La posibilidad de elegir entre varias perspectivas implica la probabilidad de escoger entre diferentes maneras de ordenar y estructurar las partes del discurso. Por otra parte, el hablante es capaz de categorizar y ligar entre sí las clases lógicas que emplea, lo que equivale a decir que su educación le permite adoptar variadas perspectivas de un alcance muy amplio. Si bien los miembros de las clases medias no tienen siempre un discurso tan sutil, ya que la comunicación está frecuentemente ritualizada y, en gran parte, compuesta de sobreentendidos, como es natural entre personas que se conocen bien y que tienen tantas cosas en común que no necesitan sutilizar para comprenderse, no obstante se puede decir que esos sujetos son capaces, cuando se les solicita, de ofrecer un relato complejo y conscientemente organizado. Esta forma de discurso requiere del hablante, además de habilidad y perspicacia, la facultad de mantener sutilmente al interlocutor a distancia mientras le entrega cierta parte de información. Para los miembros de las clases populares, el encuestador pertenece a una clase social más elevada que el infor-

mante, hasta el punto de que la entrevista constituye una «conversación entre una clase social y otra». Esa conversación requiere sin duda más esfuerzo y habilidad que la que se entabla entre un informante y un encuestador que pertenecen por igual a las clases medias, de manera que no hay que asombrarse si a menudo el encuestador se siente despedido, o si, por su lado, el informante responde frecuentemente eludiendo la pregunta. [...]

Un miembro de las clases populares de una población de Arkansas, que tiene pocas veces ocasión de encontrarse frente a un interlocutor perteneciente a las clases medias, sobre todo en una situación del tipo de la entrevista, debe hablar en este caso extensamente con un desconocido de sus experiencias personales y rememorar, para su interlocutor, una cantidad considerable de detalles. Probablemente sólo tiene el hábito de hablar de esta clase de temas y con tantos detalles a interlocutores que poseen en común con él una experiencia y un material simbólico, y ante los cuales casi no tiene necesidad de interrogarse conscientemente sobre las técnicas de la comunicación. Si puede, en general, pensar, sin riesgos de error, que sus interlocutores asignarán a sus palabras, frases y mímicas, significaciones aproximadamente similares, no ocurre lo mismo en la situación de la entrevista ni, en general, en todas aquellas situaciones en las que se establece un diálogo no habitual entre dos clases sociales distintas.

¿El informante que pertenece a las clases populares describe deficientemente lo que capta o sólo capta lo que describe? ¿Su discurso refleja exactamente el modo de pensamiento y de percepción que le es habitual, o percibe efectivamente según una lógica abstracta y categorizante, y se ubica en múltiples perspectivas sin ser, no obstante, capaz de transmitir sus percepciones?

Cada vez que se trata de describir actividades humanas, es necesario apelar, de manera explícita o implícita, a un vocabulario referente a objetivos e intenciones, aunque sólo sea para definir las acciones. En el discurso de los que no conciben que pueda existir una verdadera disparidad entre su universo subjetivo y el de sus oyentes, no es frecuente que aparezcan los términos que designan explícitamente intenciones. El recurso frecuente de los miembros de las clases populares a la expresión «por supuesto» seguida de alguna frase como «ellos fueron a pedir noticias de sus familiares», implica que casi no es necesario expresar lo que «ellos» iban a hacer y todavía menos necesario dar las razones de

ese acto. La razón («pedir noticias») es implícita y final; no requiere ni profundización ni explicación. Cuando los motivos son explícitos («necesitaban ayuda, por eso fuimos a ver»), se los menciona en cierto modo innecesariamente y muy bien se los podría haber omitido [...]. Para el hablante no se plantea la cuestión de saber por qué la gente actuaba como lo hacía: para él la cosa era tan evidente que no creía necesario cuestionar o profundizar los motivos de esas acciones. Apremiado, por el encuestador, a precisar esas declaraciones, el informante apenas si las profundiza: cuando recurre al vocabulario de la intención, lo hace dentro de límites estrechos. Los términos más frecuentemente utilizados remitían a la idea de obligaciones concernientes a la familia, a las preocupaciones que causa la propiedad, a sentimientos humanitarios («necesidad de ayuda»), y a las incitaciones de la curiosidad («fuimos a ver»). [...]

Los miembros de las clases medias se encuentran muy a sus anchas cuando se trata de encontrar «razones», múltiples y distintas, a la realización de determinados actos. La riqueza de las categorías de su pensamiento les permite definir las actividades y describirlas con una gran variedad de medios. Poseen un instrumento que les permite distribuir imágenes difusas («corrían en todas las direcciones») en clases lógicas de acciones y de acontecimientos, sobre todo gracias al dominio del vocabulario abstracto de la voluntad. También es preciso que el hablante, cuando quiere suministrar una descripción racional del comportamiento del otro, se asegure por diferentes procedimientos que las distinciones que introduce serán comprendidas por el interlocutor. En la práctica, la necesidad de explicar los comportamientos puede estar ligada a la necesidad de establecer una buena comunicación, de presentar un informe racional, sin dejar de mostrarse objetivo. Esto hace que el empleo constante de fórmulas relativizantes o generalizantes acompañe a la apelación al lenguaje de la voluntad («No podría decir por qué, pero es muy posible que él haya creído que era la única solución...»).

No causará asombro que los miembros de las clases medias den prueba de la misma soltura en el análisis de las estructuras sociales que en el de los comportamientos individuales: su familiaridad se debe, ante todo, esto es obvio, a los frecuentes contactos que mantienen con organismos, pero más aún a su capacidad de percibir y traducir en palabras clases abstractas de acciones. El hablante que pertenece a las clases po-

pulares, por su lado, no parece tener sino nociones rudimentarias sobre la estructura de los organismos, por lo menos en cuanto a las instituciones de socorro y asistencia. Contactos prolongados con los representantes de esas instituciones tendrían no sólo el efecto de familiarizarlo con las organizaciones, sino también de habituarlo a pensar en términos de organización, es decir, en definitiva, en términos abstractos.

La tendencia propia de los miembros de las clases populares a expresar concretamente las actividades de los organismos de asistencia corrobora la observación de Warner de que los miembros de las clases populares sólo tienen un conocimiento o un «sentimiento» muy débil de las estructuras sociales de las comunidades a las que pertenecen. Esa tendencia nos permite comprender también las dificultades que surgen cuando se trata de transmitir informaciones relativamente abstractas, utilizando la mediación de instrumentos institucionales de comunicación.

LEONARD SCHATZMAN Y ANSELME STRAUSS

«Social Class and Modes of Communication»

IMÁGENES SUBJETIVAS Y SISTEMA OBJETIVO DE REFERENCIA

J. H. Goldthorpe y D. Lockwood no se limitan a criticar el tan cuestionado procedimiento en virtud del cual, para estudiar la distancia entre las clases, se pide a los sujetos que se sitúen a sí mismos en la jerarquía social. El análisis de los autores muestra también que toda técnica debe ser interrogada, tanto sobre su grado de adecuación al problema planteado (pues el conocimiento de las opiniones de los sujetos no puede suplantar una captación objetiva de las relaciones entre los grupos) como sobre el tipo de abstracción, buena o mala, que realiza: pedir a los sujetos que definan la posición que se atribuyen en la estructura social sin preocuparse por conocer esa estructura social y, sobre todo, la representación que tienen de ella los sujetos, es tratar una «*Gestalt*» como una «serie de respuestas separadas entre sí y sin relación recíproca».*

27. J. H. GOLDTHORPE Y D. LOCKWOOD

Los datos de las encuestas de opinión y de actitudes que se consideran pruebas pertinentes de la tesis del aburguesamiento pueden resumirse así: en cierto número de estudios realizados en el curso de estos últimos

* Para ubicar esta crítica de técnicas habitualmente empleadas en las encuestas sobre la estratificación social, en la discusión general en la que se inserta, véase *supra*, texto n° 8, pág. 164.

años sobre un gran número de trabajadores manuales, una proporción apreciable de los encuestados –entre el diez y el cuarenta por ciento– ha declarado pertenecer a la clase media; algunos de esos estudios han mostrado asimismo cierta correlación entre dichas declaraciones y otras conductas características de la clase «media», como el voto conservador. En virtud de estas comprobaciones se sostiene que la conciencia de clase se debilita en el mundo obrero y que muchos trabajadores manuales ya no aceptan identificarse con aquellos que, objetivamente, ocupan una posición fundamentalmente idéntica a la suya y más bien se perciben a sí mismos como pertenecientes, con el mismo carácter que los empleados o los trabajadores independientes, etc., a una capa social superior.

Sin entrar a discutir en detalle estos resultados, lo importante es cuestionar directamente el método de encuesta, es decir la pretensión de establecer cómo los individuos perciben su posición en la estructura social y se ubican en una clase dada por medio de una consulta de tipo electoral. [...]

En primer lugar, es sabido que las respuestas a una pregunta como: «¿A qué clase social cree usted pertenecer?», pueden variar significativamente según se dé al encuestado una lista de clases preestablecidas o, por el contrario, se deje la pregunta abierta. En segundo lugar, es sabido también que, cuando se utilizan categorías preestablecidas (y ése es, generalmente, el caso) se registran asimismo grandes variaciones en las respuestas según los términos elegidos para designar las clases –por ejemplo, si se utiliza el término «clase inferior» para reemplazar o para completar la expresión «clase obrera», o si no se lo utiliza en absoluto. En tercer lugar –y éste es tal vez el punto más importante–, es evidente que respuestas a preguntas que son literalmente idénticas, y por tanto son agrupadas por el encuestador, pueden, en realidad, tener una significación muy diferente, según las personas consultadas, ya que en esas respuestas influye no sólo la forma de la pregunta formulada –la que se puede considerar constante para una muestra dada–, sino *además* la imagen propia que los encuestados tienen de su sociedad y de su estructura, imagen, como se sabe, susceptible de considerables variaciones. Es así como, ante una misma pregunta, se puede apelar a esquemas diferentes, incluso muy diferentes. Por ejemplo, en el caso de un trabajador manual que declara pertenecer a la clase media, esa afirmación puede significar, entre otras cosas:

a) que el encuestado no se considera un igual, y trata de distinguirse de las personas que, en su opinión, constituyen la capa inferior de la sociedad, por ejemplo los que sólo ocupan empleos intermitentes o los que están al borde de la miseria;

b) que se percibe a sí mismo ocupando una posición media en una clase obrera, definida de manera amplia, que de hecho constituye en gran medida su universo social; en otras palabras, que se considera superior a obreros menos calificados o peor pagados, pero inferior a los capataces, a los agentes de policía, a los encargados de talleres de reparación de automóviles, etcétera;

c) que se siente en el mismo nivel que gran cantidad de empleados, pequeños comerciantes, etc., en el plano *económico*, o sea en el plano de los ingresos y los bienes materiales;

d) que es consciente de que el estilo de vida al que aspira es por lo menos diferente de lo que habitualmente se acepta como estilo de vida de la clase obrera; o, por último,

e) que pertenece, por su origen familiar, a la clase media.

Si se tienen presentes estas consideraciones, se inferirá necesariamente que los resultados de los estudios realizados como consultas electorales, en los que se pide a los sujetos que designen la clase social a la que creen pertenecer, tienen muy poco valor sociológico. Parece prácticamente imposible interpretar esas informaciones de modo de extraer indicaciones serias sobre el sentido de las clases y la conciencia de clase de las personas interrogadas: a ello se oponen el coeficiente personal de variación y la ambigüedad de las respuestas, que es muy considerable. En todo caso, esas encuestas no constituyen de ningún modo, en nuestra opinión, la base sólida que permitiría sostener que un número importante de trabajadores manuales tratan hoy día de presentarse como miembros de grupos que pertenecen realmente a la clase media ni que aspiran a integrar esos grupos.

JOHN H. GOLDTHORPE Y DAVID LOCKWOOD

«Affluence and the British Class Structure»

LAS CATEGORÍAS DE LA LENGUA INDÍGENA Y LA CONSTRUCCIÓN DE LOS HECHOS CIENTÍFICOS

Claude Lévi-Strauss sugiere que si Mauss necesita recurrir a una teoría indígena, el «*hau*», para explicar el mecanismo del don y del contra-don, es porque, engañado por las categorías de su lengua, ha distinguido tres operaciones y, por tanto, tres obligaciones diferentes, «dar, recibir, devolver», allí donde no hay sino un acto de intercambio que el análisis no debe fragmentar. Mauss no se habría visto obligado a buscar una fuerza capaz de explicar la restitución del don si, en lugar de aceptar acríticamente una teoría que no es sino la explicación consciente de una «necesidad inconsciente cuya razón está en otra parte», hubiera confiado en la lengua indígena, la que, como él mismo observa, «tiene una sola palabra para designar la compra y la venta, el préstamo y lo prestado», operaciones que él consideraba antitéticas en virtud de las sugerencias de su propio lenguaje.

28. C. LÉVI-STRAUSS

¿No es éste quizás un caso (no tan extraño, por otra parte) en que el etnólogo se deja engañar por el indígena? Y no por el indígena en general, que no existe, sino por un grupo determinado de indígenas de cuyos problemas se han ocupado los especialistas, preguntándose y tratando de resolver sobre lo que se preguntan. En este caso, en lugar de aplicar hasta el final sus principios, Mauss renuncia en favor de una teoría neozelandesa que tiene gran valor como documento etnográfico,

pero que no deja de ser otra cosa que una teoría. No hay motivos para que, porque unos sabios maorís se hayan planteado antes que nadie ciertos problemas y los hayan resuelto de una forma atractiva, pero poco convincente, tengamos que aceptar su interpretación. El *hau* no es la razón última del intercambio, sino la forma consciente bajo la cual los hombres de una sociedad determinada, donde el problema tenía una especial importancia, han comprendido una necesidad inconsciente, cuya razón es otra.

Mauss, en el momento decisivo, se encuentra dominado por la duda y el escrúpulo; no sabe si lo que tiene que hacer es el esquema de una teoría o la teoría de la realidad indígenas. Aunque en parte tiene razón, ya que la teoría indígena está en una relación mucho más directa con la realidad indígena que lo que puede estar una teoría elaborada a partir de nuestras categorías y problemas. Fue, por lo tanto, un progreso, en el momento en que él escribía, atacar un problema etnográfico partiendo de la teoría neozelandesa o melanesia, antes que mediante nociones occidentales, como el animismo, el mito o la participación. Sin embargo, indígena u occidental, la teoría no es nunca más que una teoría; a lo sumo ofrece una senda de acceso, pues lo que creen los interesados, sean fueguinos o australianos, está siempre muy lejos de lo que hacen o piensan efectivamente. Después de haber expuesto la concepción indígena habría que haberla sometido a una crítica objetiva que permitiera alcanzar la realidad subyacente. Ahora bien: hay muchas menos oportunidades de que ésta se encuentre en las elaboraciones conscientes que en las estructuras mentales inconscientes a las cuales se puede llegar por medio de las instituciones e incluso mejor por medio del lenguaje. El *hau* es el resultado de la reflexión indígena, mas la realidad está más clara en ciertos trazos lingüísticos que Mauss no dejó de poner en relieve, sin darles, sin embargo, la importancia que merecían: «Los papúes y los melanesios –escribió– tienen una sola palabra para designar la compra y la venta, el préstamo y lo prestado; las operaciones antitéticas se expresan con la misma palabra». Y la prueba está aquí: no es que las operaciones sean «antitéticas», sino que son dos formas de una misma realidad. No es necesario el *hau* para conseguir una síntesis, ya que la antítesis no existe. Es una ilusión subjetiva de los etnógrafos, y a veces también de los indígenas, que cuando razonan sobre sí mismos, lo cual les ocurre con frecuencia, se conducen como etnógrafos o más exactamente

como sociólogos, es decir, como colegas con los cuales está permitido discutir.

CLAUDE LÉVI-STRAUSS

«Introduction à l'œuvre de Marcel Mauss»

Pero los principios metodológicos que implica esta crítica no bastan para definir cómo el etnólogo debe construir sus objetos. No es suficiente precaverse contra la teoría indígena y recurrir a la lengua como lugar privilegiado de las estructuras inconscientes. Mauss hacía notar en otro lugar que las demarcaciones realizadas por tal o cual lengua no tienen ningún privilegio con respecto a las construcciones del sociólogo, quien no debe necesariamente someterse a las categorías de la lengua indígena.

29. M. MAUSS

Para que un fenómeno social exista, no es indispensable que logre su expresión verbal. Lo que una lengua dice en una palabra, otras lo dicen en varias. Aún más: no es absolutamente necesario que lo expresen: en el verbo transitivo, por ejemplo, la noción de causa no aparece explicitada y, sin embargo, se encuentra incluida en él.

Para que la existencia de un determinado principio de operaciones mentales esté asegurada, es necesario y suficiente que esas operaciones sólo se expliquen por ese principio. Nadie se ha atrevido a discutir la universalidad de la noción de sagrado y, sin embargo, sería sumamente difícil citar en sánscrito o en griego una palabra que corresponda al (*sacer*) de los latinos. Se dirá en sánscrito: puro (*medhya*), sacrificio (*yajniya*), divino (*devya*), terrible (*ghora*); en griego: santo (ιερός o ἅγιος), venerable (σεμνός), justo (θέσμος), respetable (αἰδέσιμος). A pesar

de esto, ¿acaso los griegos y los hindúes no tuvieron una conciencia absolutamente justa y arraigada de lo sagrado?

MARCEL MAUSS

«Introduction à l'analyse de quelques
phénomènes religieux»

Fue Malinowski quien enunció más completamente las reglas de construcción del objeto científico al preguntarse cómo clasificar los diferentes tipos de dones, pagos y transacciones comerciales que observó entre los triobriandeses. Si es preciso evitar esa forma de etnocentrismo metodológico, que consiste en introducir en la descripción «categorías ficticias», dictadas por nuestra propia terminología y nuestros propios criterios, y si la terminología indígena es un medio de lograr ese resultado, «conviene recordar que ésta no constituye una condensación milagrosa», pues existen, en el plano de las instituciones y de los comportamientos, «principios de clasificación» inconscientes que el etnólogo debe detectar para controlar la clasificación que le propone espontáneamente la lengua indígena. Así, contrariamente a una imagen popular del método etnológico, caracterizada por la fidelidad a lo concreto, el análisis de Malinowski muestra que la preocupación por lograr una descripción concreta de los comportamientos tiene justamente la función de permitir que el etnólogo no sea víctima de las categorías espontáneas del lenguaje, ya se trate del suyo o del lenguaje de los sujetos que estudia.*

* Véase *supra*, § 4, pág. 41.

30. B. MALINOWSKI

He hablado ex profeso de formas de intercambio, de presentes y contrapresentes, más bien que de trueques o de comercio, pues si existe el trueque puro, entre él y el simple presente se intercala toda una gama de combinaciones intermedias y transitorias, al punto de que es completamente imposible establecer una clara demarcación entre el comercio por un lado y el intercambio de presentes por el otro. A decir verdad, la clasificación que realizaríamos en virtud de nuestra propia terminología y nuestros propios criterios es contraria a un método correcto. Para tratar correctamente estos datos es indispensable diseñar una lista completa de todos los modos de retribución y de todos los tipos de presentes. En este enfoque de conjunto figurará, para comenzar, el caso extremo del puro don, es decir el hecho de ofrecer sin que haya ninguna devolución. Luego, pasando por las múltiples formas habituales de dones o de pagos, restituidos en parte o bajo ciertas condiciones y que a veces terminan por confundirse, vienen tipos de intercambio en los que se respeta una paridad más o menos estricta, para terminar finalmente con el verdadero trueque. En la exposición que sigue, clasificaré en términos generales cada transacción partiendo del criterio de la equivalencia.

Un informe catalogado no puede suministrar una visión de los hechos tan clara como lo haría una descripción concreta; parece incluso algo artificial pero –esto debe ser especificado– no introduciré categorías ficticias, ajenas a la mentalidad indígena. No hay nada más engañoso en los informes etnográficos que la descripción de los hechos de las civilizaciones primitivas, con ayuda de términos adaptados a nuestro propio mundo. En todo caso, aquí trataremos de evitar ese error. Los principios de la clasificación, de cuya noción carecen totalmente los aborígenes, se encuentran, no obstante, en su organización social, en sus costumbres y aun en su terminología lingüística. Esta última nos ofrece siempre el medio más seguro y más simple para acercarnos a una comprensión de las distinciones y las clasificaciones indígenas. Pero conviene recordar también que, por más válido que sea como clave de sus conceptos, el conocimiento de la terminología no constituye a este respecto una condensación milagrosa. En la práctica, numerosos rasgos salientes y esenciales de la sociología y de la psicología social triobrian-desas no están representados por ningún término, mientras que el

idioma comprende variedades y matices que ya no corresponden a nada, actualmente. Por eso, todo estudio terminológico debe estar siempre seguido del análisis de los datos etnográficos y de una encuesta sobre la mentalidad indígena, es decir que es preciso recoger muchas opiniones, expresiones típicas y frases corrientes, realizando uno mismo interrogatorios contradictorios. De todos modos, para llegar a comprender profunda y definitivamente los hechos, siempre habrá que recurrir al estudio del comportamiento, al análisis etnográfico de las costumbres y de los casos concretos en los que se reflejan las prescripciones tradicionales.

BRONISLAW MALINOWSKI

Les Argonautes du Pacifique occidental

4. La analogía y la construcción de hipótesis

EL USO DE LOS TIPOS IDEALES EN SOCIOLOGÍA

La metodología weberiana del tipo ideal no propone, como se supone gratuitamente cuando se le reprocha su «constructivismo», un instrumento de prueba que debería sustituir la investigación de las regularidades empíricas o el trabajo histórico de la búsqueda de causas. Cuando se trata de explicar «constelaciones históricas singulares» (formaciones sociales, configuraciones culturales o acontecimientos), las construcciones típico-ideales del sociólogo pueden «prestar ayuda» para llevar a la formulación de hipótesis y sugerir las preguntas que se plantearán a la realidad; no podrían, en cambio, proveer por sí mismas ningún conocimiento de la realidad. La «adecuación significativa» que el tipo ideal debe realizar para poder desempeñar su papel de revelador de las relaciones ocultas, por otra parte, no autoriza el uso que corrientemente se hace de la definición weberiana de la «sociología comprensiva» como garantía de una sociología psicológica que debería consagrarse a construir sus objetos por referencia a las «motivaciones» y a la vivencia de los actos: aquí se ve que el «sentido supuesto» no tiene nada en común con el «sentido subjetivo» de la experiencia vivida, ya que Weber presenta explícitamente la hipótesis de la no-conciencia del sentido cultural de los actos como un principio de la sociología comprensiva.

31. M. WEBER

Así como varias veces lo postulé como verdad manifiesta, la sociología forma conceptos *típicos* y busca las reglas *genéricas* del acontecimiento. Al revés de la historia, que aspira al análisis y a la imputación causal de acciones, de constelaciones, de personalidades *individuales* de importancia *cultural*, la conceptualización propia de la sociología toma en préstamo su material en forma de paradigmas –de preferencia pero no exclusivamente– a los aspectos de la conducta que también tienen que ver con el punto de vista de la historia. Ella forma sus conceptos y busca sus reglas ante todo desde el punto de vista siguiente: si de tal modo puede hacer un favor a la imputación causal histórica de los fenómenos que interesan a la cultura.

Al igual que para toda ciencia generalizadora, la especificidad de las abstracciones de la sociología implica que sus conceptos estén relativamente vacíos de contenido frente a la realidad histórica. Lo que en contrapartida procura es una *univocidad* incrementada del concepto. Esta univocidad incrementada es obtenida por un grado óptimo de adecuación significativa, objetivo al que tiende la conceptualización sociológica. Ésta puede ser alcanzada de manera particularmente completa en el caso de conceptos y reglas racionales. Pero la sociología también busca aprehender en conceptos teóricos y significativamente adecuados fenómenos irracionales (místicos, proféticos, neumáticos,* afectivos). En todos los casos, tanto racionales como irracionales, se aleja de la realidad y contribuye al conocimiento de ésta explicitando el grado de aproximación del fenómeno histórico respecto de los conceptos que permiten situarlo.

El mismo fenómeno histórico puede ser, por ejemplo, en uno de sus elementos «feudal», «patrimonial» en otro, carismático en otros. Para que el sentido de estas palabras sea *unívoco*, por su parte la sociología debe bosquejar tipos ideales de complejos de relaciones dotados de una coherencia y de una adecuación significativa tan completa como sea posible, pero que por este motivo no se dejan observar en la realidad en

* En el lenguaje de los gnósticos, se decía «neumático» a lo que representaba el más alto grado de perfección espiritual. [N. del T.]

esta forma *pura* absolutamente ideal, al igual que una reacción física calculada en la hipótesis de un espacio absolutamente vacío.

La casuística sociológica sólo es posible a partir del tipo *puro* (ideal). Es evidente que la sociología también emplea ocasionalmente el tipo *medio* análogo a los tipos empíricos surgidos de la estadística, noción que no requiere una aclaración metodológica particular. Pero cuando habla de casos «típicos», constantemente invoca el tipo *ideal* que puede ser racional o irracional, las más de las veces racional (siempre, por ejemplo, en la teoría de la economía política), pero en todo caso definido por el hecho de que está construido por referencia a un máximo de adecuación significativa.

Es menester darse cuenta claramente de que, en el campo sociológico, las «medias» y los «tipos medios» no se dejan formar con cierta univocidad sino ahí donde sólo se trata de diferencias de grado en cierto comportamiento significativo de índole cuantitativamente homogénea. La cosa ocurre. Pero, en la mayoría de los casos, el acto que tiene que ver con la historia o la sociología está influido por motivos cualitativamente *heterogéneos* entre los cuales es imposible establecer una «media» en el sentido propio. Las construcciones de tipos ideales de acto social que emprende por ejemplo la teoría económica son pues «irreales», en el sentido de que preguntan cómo se actuaría en el caso ideal de una finalidad racional orientada hacia la economía, para poder comprender el acto real, siempre influido por inhibiciones tradicionales, pasiones, errores, y por la interferencia de fines o consideraciones no económicas. [...]

Precisamente de la misma manera se debería proceder a la construcción ideal-típica de una actitud puramente mística o acosmística respecto de la vida (por ejemplo, de la política y de la economía). Cuanto más claro y unívoco es el tipo ideal, tanto más *ajeno* es al universo concreto en este sentido, y tanto más favorece a la terminología, a la clasificación y a la heurística. La imputación causal concreta de acontecimientos singulares a la que procede el historiador no constituye una operación muy diferente: para explicar el desarrollo de la campaña de 1866, deslinda primero (en forma ficticia), desde el punto de vista de Mottke y Benedek, cómo cada uno de ellos, conociendo plenamente su situación propia y la del adversario, *habría* tomado posición en el caso de una finalidad racional ideal, para luego explicar causalmente el desvío observado (por una información falsa, un error de hecho, una falta de razonamiento, el temperamento personal o consideraciones extra-

estratégicas). También aquí se emplea una construcción que es implícitamente ideal-típica.

Pero los conceptos contruidos de la sociología no son idealmente típicos de manera externa solamente, también lo son de manera intrínseca. En la mayoría de los casos, el acto *real* se desarrolla en una semi-conciencia o una inconciencia completa «del sentido que lo anima». El actor lo «siente» de manera más vaga de lo que sabría expresar o «poner en claro», y actúa casi siempre movido por el instinto o el hábito. Sólo excepcionalmente y cuando se repiten actos análogos, el sentido (ya sea racional o irracional) del acto accede a la conciencia. Un acto enteramente significativo, vale decir, plena y claramente consciente, es un caso-límite en la realidad. Cualquier consideración histórica y sociológica enfrentada al análisis de la realidad deberá tener en cuenta constantemente ese estado de hecho. Pero esto no puede impedir que la sociología forme sus *conceptos* clasificando los «sentidos supuestos» posibles, por tanto como si el acto se desarrollara según una orientación conscientemente significativa.

En materia de método, sólo hay elección entre términos inmediatos pero oscuros, o claros, pero entonces irreales y típicamente ideales.

MAX WEBER

Wirtschaft und Gesellschaft

La teoría abstracta de la economía nos ofrece justamente un ejemplo de esas especies de síntesis que habitualmente se designan como «ideas» [*Ideen*] de los fenómenos históricos. En efecto, nos presenta un cuadro ideal [*Idealbild*] de los acontecimientos que ocurren en el mercado de los bienes, en el caso de una sociedad organizada según el principio del intercambio, de la libre competencia y de una actividad estrictamente racional. Este cuadro de pensamiento [*Gedankenbild*] reúne relaciones y acontecimientos determinados de la vida histórica en un cosmos no contradictorio de relaciones *pensadas*. Por su contenido, esta construcción tiene el carácter de una *utopía* que se obtiene acentuando *por el pensamiento* [*gedankliche Steigerung*] elementos determinados de la realidad. Su relación con los hechos dados empíricamente consiste sim-

plemente en esto: allí donde se comprueba o sospecha que unas relaciones, del género de aquellas que son presentadas abstractamente en la construcción precitada –en este caso las de los acontecimientos que dependen del «mercado»– tuvieron en un grado cualquiera una acción en la realidad, podemos representarnos pragmáticamente, de manera intuitiva y comprensible, la *naturaleza particular* de esas relaciones según un *ideal-tipo* [*Idealtypus*]. Esta posibilidad puede ser preciosa, hasta indispensable, tanto para la búsqueda como para la exposición de los hechos. Por lo que respecta a la *búsqueda*, el concepto ideal-típico se propone formar el juicio de imputación: no es él mismo una «hipótesis», pero trata de guiar la elaboración de las hipótesis. Del otro lado, no es una *exposición* de lo real, sino que se propone dotar a la exposición de medios de expresión unívocos. En consecuencia, es la «idea» de la organización moderna, *históricamente* dada, de la sociedad en una economía del intercambio, donde esta idea se deja desarrollar por nosotros exactamente según los mismos principios lógicos que aquellos que por ejemplo sirvieron para construir la de la «economía urbana» en la Edad Media en la forma de un concepto genético [*genetischer Begriff*]. En este último caso se forma el concepto de «economía urbana», no estableciendo una media de los principios económicos que existieron efectivamente en la totalidad de las ciudades examinadas, sino justamente construyendo un *ideal-tipo*. Se obtiene un ideal-tipo *acentuando* unilateralmente *uno o varios* puntos de vista y encadenando una multitud de fenómenos, dados *aisladamente*, difusos y discretos, que se encuentran a veces en gran cantidad, otras en pequeña cantidad y en ocasiones nada de nada, que se ordenan según los precedentes puntos de vista escogidos unilateralmente, para formar un *cuadro de pensamiento* homogéneo [*einheitlich*]. En ninguna parte se encontrará empíricamente semejante cuadro en su pureza conceptual: *es una utopía*. El trabajo histórico tendrá la tarea de determinar en cada caso particular hasta qué punto la realidad se aproxima o se aleja de ese cuadro ideal, en qué medida por ejemplo hay que atribuir, en el sentido conceptual, la cualidad de «economía urbana» a las condiciones económicas de una ciudad determinada. Aplicado con prudencia, este concepto presta la ayuda específica que se espera de él en provecho de la investigación y la claridad. [...]

¿En qué consiste ahora la significación de esos conceptos ideal-típicos para una ciencia *empírica* tal como la que proponemos practicar? De antemano querríamos insistir en la necesidad de separar rigurosa-

mente los cuadros de pensamiento de que aquí nos ocupamos, que son «ideales» en un sentido puramente *lógico*, de la noción del *deber-ser* o de «modelo». En efecto, no se trata sino de construcciones de relaciones que son suficientemente justificadas por lo que se refiere a nuestra *imaginación*, por tanto «objetivamente posibles», y que parecen *adecuadas* a nuestro saber nomológico.

Quienquiera esté convencido de que el conocimiento de la realidad histórica debería o podría ser una copia [*Abbildung*] «sin supuestos» de hechos «objetivos», negará todo valor a esas construcciones. E incluso aquel que haya reconocido que en el nivel de la realidad nada está desprovisto de supuestos en el sentido lógico, y que el más simple extracto de un acto o documento no puede tener sentido científicamente sino por la relación con «significaciones» y por tanto, en último análisis, por una relación con ideas de valor, no obstante se verá llevado a ver la construcción de cualquier tipo de “utopía” histórica como un medio de ilustración peligrosa frente a la objetividad del trabajo científico, y todavía con más frecuencia como un simple juego. De hecho, jamás puede decidirse *a priori* si se trata de un puro juego del pensamiento o de una construcción de conceptos fecunda para la ciencia. También aquí no existe otro criterio que el de la eficacia para el conocimiento de las relaciones entre los fenómenos concretos de la cultura, para el de su condicionalidad causal y de su *significación*. Por consiguiente, la construcción de ideal-tipos abstractos no es tenida en cuenta como objetivo, sino únicamente como *medio* del conocimiento. Todo examen atento que remita sobre los elementos conceptuales de una exposición histórica muestra que el historiador, no bien busca elevarse por encima de la simple comprobación de relaciones concretas para determinar la *significación* cultural de un acontecimiento singular, por simple que sea, por tanto para «caracterizarlo», trabaja y *debe* trabajar con conceptos que, en general, no se dejan puntualizar de manera rigurosa y unívoca sino en la forma de ideal-tipos.

En efecto, ¿cómo se deja puntualizar el contenido de conceptos como los de «individualismo», «imperialismo», «feudalismo», «mercantilismo», «convencional» y otras innumerables construcciones conceptuales de ese género que utilizamos para tratar de dominar la realidad por el pensamiento y la comprensión? ¿Acaso por la *descripción* «sin supuestos» de una manifestación concreta cualquiera aislada o bien, por el contrario, por la síntesis abstractiva [*abstrahierende Zusammenfassung*]

de lo que es *común a varios* fenómenos concretos? El lenguaje del historiador contiene centenares de palabras que implican semejantes cuadros de pensamiento, pero imprecisos, por ser elegidos según las necesidades de la expresión en el vocabulario corriente no elaborado por la reflexión, cuya significación sin embargo uno experimenta de manera concreta, sin que sean pensados con claridad. En un enorme número de casos, sobre todo en la historia política narrativa, la imprecisión del contenido de los conceptos en modo alguno perjudica la claridad de la exposición. Basta entonces con que se *experimente* en los casos particulares lo que el historiador creyó ver, o incluso puede uno contentarse con que una precisión *particular* del contenido conceptual de importancia *relativa* en un caso particular se presente al espíritu como habiendo sido pensada. Sin embargo, en el caso en que es preciso tomar conciencia claramente de una manera más rigurosa de la significación de un fenómeno cultural, la necesidad de operar con conceptos claros, especificados no solamente en uno, sino en todos los aspectos particulares, se vuelve más imperioso. Evidentemente, es absurdo querer dar una «definición» de esas síntesis del pensamiento histórico según el esquema: *genus proximum et differentia specifica*: no hay más que hacer la prueba. Esta última manera de establecer la significación de las palabras sólo se encuentra en las disciplinas dogmáticas que utilizan el silogismo. Jamás procede, o sólo de manera ilusoria, a la simple «descomposición descriptiva» [*schildernde Auflösung*] de esos conceptos en sus elementos, pues lo que importa en este caso es saber cuáles son entre esos elementos los que deben ser considerados como esenciales. Cuando uno se propone dar una definición genética del contenido de un concepto, no queda otra forma que la del ideal-tipo, en el sentido indicado más arriba. El ideal-tipo es un cuadro de pensamiento, *no es* la realidad histórica, ni sobre todo la realidad «auténtica». Todavía menos sirve de esquema en el cual podría ordenarse la realidad en calidad de *ejemplar*. No tiene otra significación que la de un *concepto límite* [*Grenzbegriff*] puramente ideal, con el que se *mide* [*messen*] la realidad para clarificar el contenido empírico de algunos de sus elementos importantes, y con el cual se la *compara*. Estos conceptos son imágenes [*Gebilde*] en las cuales construimos relaciones, utilizando la categoría de posibilidad objetiva, que nuestra *imaginación* formada y orientada según la realidad *juzga* como adecuadas.

En esta función, el ideal-tipo es en particular un intento por captar las individualidades históricas o sus diferentes elementos en conceptos

genéticos. Tomemos por ejemplo las nociones de «Iglesia» y de «secta». Éstas se dejan analizar por la vía de la pura clasificación en un complejo de características, en el cual no sólo la frontera entre ambos conceptos, sino también su contenido, permanecerán siempre indistintos. En cambio, si me propongo captar genéticamente el concepto de «secta», vale decir, si lo concibo con relación a ciertas significaciones importantes para la cultura que el «espíritu de secta» manifestó en la civilización moderna, entonces ciertas características precisas de uno y otro de esos dos conceptos se volverán *esenciales* porque implican una relación causal adecuada respecto de su acción significativa. En este caso los conceptos toman al mismo tiempo la forma de ideal-tipos, lo que significa que no se manifiestan, o sólo lo hacen esporádicamente, en su *pureza* conceptual. Aquí como en otras partes, todo concepto que no es *puramente* clasificatorio nos aleja de la realidad.

MAX WEBER

Essais sur la théorie de la science

5. Modelo y teoría

LA SUMMA Y LA CATEDRAL: LAS ANALOGÍAS PROFUNDAS COMO PRODUCTO DE UN HÁBITO MENTAL

El paralelismo entre la evolución del arte gótico y la evolución del pensamiento escolástico durante el período que se extiende aproximadamente entre 1130-1140 y 1270 no puede surgir sino a condición de «poner entre paréntesis las apariencias fenoménicas» para destacar así las analogías ocultas entre los principios de organización lógica de la escolástica y los principios de construcción de la arquitectura gótica. Con esta elección metodológica se intenta rastrear algo más que un vago «paralelismo» o establecer «influencias» discontinuas y parcelarias. Renunciando a las pruebas aparentes con que se contenta el intuicionismo o a las pequeñas pruebas circunstanciales, tranquilizadoras pero reductoras, que satisfacen al positivismo, Panofsky se ve conducido a relacionar con un principio oculto, *habitus* o «fuerza formadora de hábitos», la convergencia histórica que es el objeto de su investigación.

32. E. PANOFSKY

Durante la fase «concentrada» de este desarrollo extraordinariamente sincrónico, es decir en el período que se extiende aproximadamente desde 1130-1140 hasta 1270, se puede observar, me parece, una conexión entre el arte gótico y la escolástica más concreta que un simple

«paralelismo» y, sin embargo, más general que esas «influencias» individuales (y también muy importantes) que los consejeros eruditos ejercen sobre los pintores, los escultores o los arquitectos. Por oposición a un simple paralelismo, esta conexión es una auténtica relación de causa a efecto; por oposición a una influencia individual, esta relación de causa a efecto se establece más por difusión que por contacto directo. Se establece, en efecto, por la difusión de lo que se puede llamar, a falta de un término mejor, un hábito mental, restituyendo a este clisé gastado su más preciso sentido escolástico de «principio que ordena el acto», *principium importans ordinem ad actum*.¹ Tales hábitos mentales existen en toda civilización. Así, no hay ningún escrito moderno sobre historia que no esté impregnado de la idea de evolución (idea cuya evolución merecería estudiarse mucho más de lo que se ha hecho hasta ahora y que en la actualidad parece entrar en una fase crítica), y, sin tener un conocimiento profundo de la bioquímica o del psicoanálisis, hablamos todos los días con la mayor soltura de la insuficiencia vitamínica, de alergias, de fijación con la madre y de complejos de inferioridad.

Si frecuentemente es difícil, si no imposible, aislar una fuerza formadora de hábitos (*habit-forming force*) entre muchas otras e imaginar los canales de transmisión, el período que se extiende aproximadamente entre 1130-1140 hasta 1270 y la zona de «ciento cincuenta kilómetros alrededor de París» constituyen una excepción. En esta área restringida, la escolástica poseía el monopolio de la educación: en líneas generales, la formación intelectual había pasado de las escuelas monásticas a instituciones urbanas más que rurales, cosmopolitas antes que regionales y, por decirlo así, solamente semieclesiásticas. Es decir, a las escuelas catedrales, a las universidades y a los *studia* de las nuevas órdenes mendicantes (casi todas aparecidas en el siglo XIII) cuyos miembros desempeñaban un papel cada vez más importante en el seno de las mismas universidades. Y, a medida que el movimiento escolástico, preparado por la enseñanza de los benedictinos y promovido por Lanfranc y Anselme du Bec, se desarrollaba y se expandía gracias a los dominicanos y a los franciscanos, el estilo gótico preparado en los monas-

¹ Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* (de ahora en adelante *S. Th.*), I-II, q. 49, art. 3, C.

terios benedictinos y promovido por Suger de Saint-Denis, alcanzaba su apogeo en las grandes iglesias urbanas. Es significativo que durante el período románico los grandes nombres de la historia de la arquitectura sean los de las abadías benedictinas, durante el período clásico del gótico, el de las catedrales, y durante el período tardío, el de las iglesias parroquiales.

Es muy poco probable que los constructores de edificios góticos hayan leído a Gilbert de la Porrée o a Tomás de Aquino en su texto original. Pero estaban expuestos a la doctrina escolástica de muchas otras maneras, independientemente del hecho de que su actividad los ponía directamente en contacto con los que concebían los programas litúrgicos e iconográficos. Habían ido a la escuela, habían escuchado los sermones,² habían podido asistir a las *disputationes de quolibet*³ que, al tratar todas las cuestiones del momento, se habían transformado en acontecimientos sociales muy parecidos a nuestras óperas, nuestros conciertos o nuestras conferencias públicas,⁴ y habían podido establecer contactos fructíferos con los letrados en muchas otras ocasiones. Debido a que las ciencias naturales, las humanidades, e incluso las matemáticas, aún no habían desarrollado su método y su terminología específicos y esotéri-

2 Véase E. Gilson, «Michel Menot et la technique du sermon médiéval», en *Les idées et les lettres*, París, Vrin, 1932, pág. 93-154. [N. del T. francés.]

3 Hay que distinguir las *disputationes ordinariae* y su redacción literaria, las *quaestiones disputatae*, de las *disputationes quodlibetales* y su versión escrita, las *quaestiones quodlibetales*. Cada *disputatio ordinaria* se desarrollaba así: el primer día le tocaba responder al bachiller, en presencia de su maestro, a las *argumenta* y a las *objectiones* planteadas por los maestros, bachilleres o estudiantes presentes en esta ceremonia universitaria que tenía lugar a intervalos diversos. El segundo día el maestro ordenaba y agrupaba los argumentos y las objeciones y les oponía como *sed contra* breves argumentos extraídos de la razón y de la autoridad. A continuación intentaba libremente resolver a fondo la cuestión, vinculándola a sus orígenes o a sus consecuencias históricas o especulativas, después formulando y demostrando su respuesta definitiva, llamada *determinatio magistralis*. Finalmente, basándose en todo esto, respondía a las objeciones. Dos veces por año, antes de Navidad y antes de Pascua, tenían lugar ejercicios de discusión sobre temas diversos, llamados *disputationes de quolibet* porque trataban sobre cuestiones diversas y porque no llegaban tan lejos en la solución de los problemas (véase M. Grabmann. *La Somme Théologique de Saint Thomas d'Aquin*, París, 1925, págs. 11-18). [N. del T. francés.]

4 M. de Wulf, *History of Mediaeval Philosophy*, 3ª ed. ingl. (trad. por E. C. Messenger), Londres, II, 1938, pág. 9.

cos, la totalidad del saber humano era todavía accesible al espíritu normal y no especializado.

[La situación social del arquitecto permite, por otra parte, comprender cómo pudo hallarse en una situación favorable para interiorizar el conjunto de los hábitos de pensamiento característicos de la escolástica. Existe en esta época «un profesionalismo urbano que, por el hecho de que no se había esclerosado todavía en el sistema rígido de las *guildes* y de las *Bauhütten*, ofrecía un ámbito dentro del cual el clérigo y el laico, el poeta y el jurista, el letrado y el artesano podían entrar en contacto casi en un pie de igualdad».

El arquitecto profesional era «un hombre que había viajado mucho, que frecuentemente había leído mucho y que gozaba de un prestigio social sin igual en el pasado y jamás superado desde entonces». Diversos indicios muestran incluso que «el mismo arquitecto era considerado como una suerte de escolástico».]

Cuando se intenta establecer cómo el hábito mental producido por la escolástica primitiva y clásica puede haber afectado la formación de la arquitectura gótica primitiva y clásica, es necesario poner entre paréntesis el contenido nocional de la doctrina y concentrar la atención en su *modus operandi*, para decirlo con un término tomado de los mismos escolásticos. Las sucesivas doctrinas sobre temas tales como la relación entre el alma y el cuerpo o el problema de los universales se reflejan naturalmente más en las artes figurativas que en la arquitectura. Sin duda, el arquitecto vivía en contacto estrecho con los escultores, maestros vidrieros, escultores sobre madera, etc., cuyas obras estudiaba toda vez que las encontraba (como lo testimonia el *Album* de Villard de Honnecourt), a los que contrataba y controlaba en sus propias empresas y a quienes debía transmitir un programa iconográfico que no podía elaborar, hay que recordarlo, sino con los consejos y la colaboración estrecha de un escolástico. Pero al hacer esto, hablando con propiedad, antes que aplicarla, asimilaba y transmitía la sustancia del pensamiento contemporáneo. En realidad lo que el arquitecto, que «concebía la forma del edificio sin manipular él mismo la materia»,⁵ podía y debía aplicar directamente y en cuanto arquitecto, era más bien esa manera particular de proceder que debía ser la primera

5 S. Th., I, q. I, art. 6, C.

cosa que sorprendía al espíritu del laico cuando entraba en contacto con un escolástico.

ERWIN PANOFSKY

Architecture gothique et pensée scolastique

LA FUNCIÓN HEURÍSTICA DE LA ANALOGÍA

Cuando Duhem critica los modelos mecánicos utilizados por los físicos ingleses de la escuela de Lord Kelvin, y que reproducen los efectos de un determinado número de leyes gracias a mecanismos que ponen en juego una lógica de funcionamiento completamente distinta, distingue cuidadosamente de este recurso imaginativo, basado en semejanzas superficiales, el procedimiento analógico propiamente dicho que, al pasar de relaciones abstractas a otras relaciones abstractas, constituye el motor heurístico de las generalizaciones y de las trasposiciones fundadas en una teoría.

33. P. DUHEM

Es conveniente, si se quiere apreciar con exactitud la fecundidad que puede tener el empleo de *modelos*, no confundir este empleo con el uso de la *analogía*.

El físico que busca reunir y clasificar en una teoría abstracta las leyes de una determinada categoría de fenómenos, muy frecuentemente se deja guiar por la analogía que vislumbra entre estos fenómenos y los fenómenos de otra categoría; si estos últimos se encuentran ya ordenados y organizados en una teoría satisfactoria, el físico tratará de agrupar a los primeros en un sistema del mismo tipo y de la misma forma.

La historia de la Física nos muestra que la búsqueda de las analogías entre dos categorías distintas de fenómenos ha sido, tal vez, entre todos

los procedimientos empleados para construir teorías físicas, el método más seguro y más fecundo.

Así, la analogía vislumbrada entre los fenómenos producidos por la luz y los que constituyen el sonido es la que ha suministrado la noción de *onda luminosa* de la cual Huygens supo extraer un excelente partido; más tarde, es esta misma analogía la que condujo a Malebranche, y de inmediato a Young, a representar una luz monocromática con una fórmula similar a la que representa un sonido simple.

Una similitud vislumbrada entre la propagación del calor y la propagación de la electricidad en el interior de conductores permitió a Ohm trasladar en bloque, a la segunda categoría de fenómenos, las ecuaciones que Fourier había concebido para la primera.

La historia de las teorías del magnetismo y de la polarización dieléctrica no es otra cosa que el desarrollo de analogías, vislumbradas desde tiempo atrás por los físicos, entre los imanes y los cuerpos que aíslan electricidad; gracias a esta analogía, cada una de las dos teorías se ha beneficiado con el progreso de la otra.

El empleo de la analogía física toma a veces una forma todavía más precisa.

Si consideramos dos categorías de fenómenos muy distintas, muy desiguales, que hayan sido reducidas a teorías abstractas, puede suceder que las ecuaciones en que se formula una de estas teorías sean algebráicamente idénticas a las ecuaciones que expresan a la otra. En ese caso, aun cuando las dos teorías sean esencialmente heterogéneas por la naturaleza de las leyes que coordinan, el álgebra establece entre ellas una exacta correspondencia; toda proposición de una de las teorías tiene su homóloga en la otra; todo problema resuelto en la primera, plantea y resuelve un problema semejante en la segunda. Cada una de estas dos teorías puede, según el término empleado por los ingleses, servir para *ilustrar* a la otra: «Por analogía física —dice Maxwell— entiendo esa semejanza parcial entre las leyes de una ciencia y las leyes de otra ciencia, que hace que una de las dos ciencias pueda servir para ilustrar a la otra».

Daremos a continuación un ejemplo, tomado entre muchos otros posibles, de esta *ilustración* mutua entre dos teorías:

La idea de cuerpo caliente y la idea de cuerpo electrizado son dos nociones esencialmente heterogéneas; las leyes que rigen la distribución de temperaturas estacionarias en un grupo de cuerpos buenos conduc-

tores del calor y las leyes que fijan el estado de equilibrio eléctrico en un conjunto de cuerpos buenos conductores de la electricidad, se refieren a objetos físicos absolutamente diferentes; sin embargo, las dos teorías que tienen por objeto clasificar estas leyes se expresan por medio de dos grupos de ecuaciones que el matemático no podría distinguir; de esta manera, cada vez que resuelve un problema sobre la distribución de las temperaturas estacionarias, resuelve simultáneamente un problema de electroestática, y recíprocamente.

Ahora bien, tal correspondencia algebraica entre dos teorías, tal ilustración de una por la otra, es un logro de muchísimo valor; no solamente significa una notable economía intelectual, porque permite trasladar de una sola vez a una de las teorías todo el aparato algebraico construido para la otra, sino que también constituye un procedimiento de invención. Puede suceder, en efecto, que en uno de los dos dominios a los que se aplica el mismo plan algebraico, la intuición experimental plantee muy naturalmente un problema o que sugiera su solución, mientras que en el otro dominio el físico no haya sido tan fácilmente conducido a formular esa cuestión o a dar esa respuesta. Estas diversas maneras de recurrir a la *analogía* entre dos grupos de leyes físicas o entre dos teorías distintas [...] consisten en aproximar, uno a otro, dos sistemas abstractos, ya sea porque uno de ellos, ya conocido, sirva para conjeturar la forma del otro, que todavía no se conoce; ya sea porque, formulados los dos, se esclarezcan mutuamente.

PIERRE DUHEM

La théorie physique, son objet, sa structure

ANALOGÍA, TEORÍA E HIPÓTESIS

Sin duda, es un lugar común de la reflexión epistemológica aclarar el papel del recurso de la analogía en el descubrimiento científico; pero, con la ayuda de un análisis lógico de la estructura de las teorías, concebidas como la asociación de un léxico y de una sintaxis, Norman Campbell puede mostrar que la analogía no cumple solamente una función de asistencia provisional en la formulación de las hipótesis, sino que constituye el motor mismo del poder explicativo de un sistema de proposiciones que funciona como una teoría.* Contra la representación positivista de la teoría o, lo que es lo mismo, contra la definición «operacionalista» del sentido de las proposiciones, Campbell sostiene que el «sentido» teórico de un sistema de proposiciones no se reduce al sentido de cualquier sistema de proposiciones que fuera su equivalente lógico.

* Sería necesario agregar que el recurso de la analogía, aun en su papel de instrumento de invención de hipótesis, no es fecundo sino cuando se apoya en el esfuerzo para generalizar y trasponer teorías ya establecidas: como lo señalan M. Cohen y E. Nagel, «el sentimiento confuso de semejanza» por el que comienza psicológicamente el proceso científico conduce «a la hipótesis de una analogía explícita de estructura o de función» sólo cuando, por el rodeo de un proceso discursivo, la hipótesis considerada presenta «ciertas *analogías estructurales* con otras teorías ya sólidamente constituidas» (M. R. Cohen, E. Nagel: *An Introduction to Logic and Scientific Method*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1964, págs. 221-222 [hay ed. en esp.: *Introducción a la lógica y al método científico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1969]).

34. N. R. CAMPBELL

Todos los que han escrito sobre los principios de la ciencia han hablado de la relación estrecha que une a la analogía con las teorías o las hipótesis. Me parece, sin embargo, que la mayor parte de ellos ha interpretado equivocadamente la manera en que se plantea el problema. Ellos presentan las analogías como «auxiliares» al servicio de la formación de hipótesis (término por medio del cual se han habituado a designar lo que prefiero llamar teorías) y del progreso de las ciencias. Pero, desde mi punto de vista, las analogías no son simples «auxiliares» para el establecimiento de teorías, sino que son parte integrante de teorías que, sin ellas, estarían completamente desprovistas de valor y serían indignas de este nombre. Se dice frecuentemente que la analogía guía la formulación de la teoría, pero que una vez formulada la teoría, la analogía ha desempeñado su papel y se puede, en consecuencia, dejarla de lado u olvidarla.

Tal descripción del proceso es radicalmente falsa y frecuentemente peligrosa. Si la física fuera una ciencia puramente lógica, si su objeto solamente consistiera en establecer un sistema de proporciones verdaderas y conectadas lógicamente entre sí, sin que ningún otro rasgo caracterizara su desarrollo, se podría aceptar esta presentación del problema. Una vez que se hubiera establecido la teoría y mostrado que conducía, por medio de una deducción puramente lógica, a las leyes por explicar, se podría, sin ninguna duda, abandonar el soporte de una analogía, carente ya de toda significación. Pero si esto fuera así tampoco hubiera sido necesario utilizar la analogía en la etapa de formulación de la teoría. Cualquier iluminado puede inventar una teoría lógicamente satisfactoria para explicar la ley que se quiera. Se sabe muy bien que no existe en la actualidad ninguna teoría física satisfactoria que explique la variación de la resistencia de un metal en función de la temperatura: ahora bien, no me ha costado más de un cuarto de hora la teoría que he propuesto en las páginas precedentes; y sin embargo es, lo sostengo, *formalmente* tan satisfactoria como cualquier teoría física. Si la teoría debiera sólo responder a este criterio, nunca nos faltarían teorías para explicar las leyes establecidas; un escolar podría, en un día de trabajo, resolver problemas que, en vano, han preocupado a generaciones de científicos, limitados al proceso vulgar de ensayos y errores. Lo que «no marcha» en la teoría que acabo de impro-

visar,* lo que hace que sea absurda e indigna de más de un instante de atención, es precisamente el hecho de que no haga intervenir ninguna analogía; en la medida en que la analogía no intervenga en su construcción, la teoría está desprovista de todo valor. [...] No hay ninguna dificultad en encontrar una teoría que explique lógicamente un conjunto de leyes existentes; lo que es difícil es encontrar una que, a la vez, las explique lógicamente y haga intervenir a la analogía deseada [...]. Considerar que la analogía es una ayuda para la invención de teorías es tan absurdo como considerar que la melodía es una ayuda para la composición de sonatas. Si la música nos exigiera sólo la satisfacción de las leyes de la armonía y los principios formales de desarrollo, todos nosotros seríamos grandes compositores; en realidad es la ausencia de sentido melódico la que impide que la simple compra de un manual nos lleve a las cumbres de la aptitud musical.

En mi opinión, la creencia perversa según la cual las analogías no serían otra cosa que una ayuda momentánea para el descubrimiento de teorías se basa en una representación falsa de la naturaleza de las teorías. Decía más arriba que es un lugar común afirmar la importancia de las analogías en la formulación de las hipótesis y que al término «hipótesis» se lo utiliza habitualmente para designar proposiciones (o sistemas de proposiciones) que prefiero llamar teorías. Corregida de este modo la aserción es verdadera, pero son muy escasos los autores dispuestos a reconocer que las «hipótesis» de las cuales hablan constituyen en este caso una *clase específica* de proposiciones que, en particular, no se confunde con la clase de proposiciones llamadas *leyes*; de hecho existe una gran tentación de considerar que la hipótesis no es sino una ley de la que aún se carece de prueba.

En este caso se podría considerar con todo derecho que la analogía es un simple auxiliar en el descubrimiento de las leyes y que pierde todo su interés cuando la ley ha sido descubierta. En efecto, una vez propuesto el contenido de la ley que se debe verificar, el método destinado a elaborar la prueba de su verdad o su falsedad de ninguna manera descansa en algún uso de la analogía; si la «hipótesis» (en el sen-

* En las páginas precedentes el autor ha ensayado, a manera de juego, formalizar un cuerpo de definiciones y de proposiciones que formalmente den cuenta de un conjunto de leyes experimentales establecidas.

tido teórico en el que yo la entiendo) fuera una ley, se podría poner a prueba su verdad, como la de cualquier otra ley, examinando si las observaciones que se afirma que están unidas por una relación constante lo están o no en la realidad. Según que la prueba sea positiva o negativa, la ley debe ser considerada verdadera o falsa y la analogía no tiene en esto nada que ver. Si la prueba fuera positiva, la ley seguiría siendo verdadera aunque aparezca ulteriormente que la analogía que la sugirió era falsa; y si la prueba fuera negativa, la ley sería falsa por más completa y adecuada que pueda parecer la analogía.

Pero justamente *una teoría no es una ley*; no puede, a diferencia de una ley, ser verificada directamente por la experimentación; y el método que sugirió la construcción de una teoría no es extrínseco a la teoría. En efecto, frecuentemente sucede que se admite una teoría sin que sea necesario proceder a ninguna experimentación suplementaria; en la medida en que descansa en experiencias, frecuentemente esas experiencias han sido hechas y son conocidas mucho antes de que la teoría sea formulada. La ley de Boyle y la ley de Gay-Lussac eran conocidas antes de que se formulara la teoría dinámica de los gases; y la teoría fue aceptada, o en parte aceptada, antes de que otras leyes experimentales, susceptibles de deducirse de ella, fueran establecidas. La teoría representó en este caso un progreso del conocimiento científico que no se desprendía ni de un aumento del capital de conocimientos experimentales ni del establecimiento de leyes nuevas. Las razones por las que se la aceptó, debido a que aportaba un conocimiento válido que no estaba contenido en las leyes de Boyle y de Gay-Lussac, no tenían nada de experimentales. Esas razones remitían directamente a la analogía que la había sugerido; junto con la validez de la analogía hubieran desaparecido todas las razones para admitir la teoría.

La afirmación de que la teoría no es una ley es particularmente evidente cuando se consideran teorías que contienen nociones hipotéticas que no están enteramente determinadas por la experiencia; por ejemplo, nociones como las m , n , x , y , z , de la teoría dinámica de los gases en su forma más simple. En efecto, en este caso la teoría *plantea algo* (especialmente proposiciones que se refieren a nociones consideradas separadamente) que no podría ser ni refutado ni confirmado por la experiencia; establece *algo* que no puede ser pensado como una ley, porque todas las leyes son siempre susceptibles, si no de una confirmación, por lo menos de una refutación por la experiencia. Evidentemente se po-

dría objetar que la posibilidad de considerar que la teoría no es una ley se aplica al género particular de teoría que se ha tomado como ejemplo. En el caso límite en que todas las nociones hipotéticas estuvieran dadas por el «diccionario» (que sirve de base a la teoría) como conceptos susceptibles de medición, la afirmación es mucho menos evidente; en este caso se podría formular, a propósito de cada una de las nociones hipotéticas, una afirmación que, aun cuando no sea todavía una ley establecida, pueda ser confirmada o refutada. [...] Es necesario, pues, considerar atentamente los casos en que el diccionario de base pone en relación las funciones de ciertas nociones hipotéticas (y no de todas) con conceptos métricos, y en que estas funciones son lo suficientemente numerosas como para determinar todas las nociones enunciadas por la hipótesis. Es cierto que aquí se pueden formular, a propósito de cada una de las nociones, proposiciones susceptibles de ser sometidas a la experiencia. En nuestro ejemplo, si un litro de gas tiene una masa/volumen de 0,09 gm cuando la presión es de un millón de dinas por centímetro cuadrado, entonces, en virtud de este conocimiento experimental, se puede afirmar que v tiene un valor de $1,8 \times 10 \text{ cm}^5/\text{seg}$: se puede formular así una afirmación precisa a propósito de la noción hipotética v , a partir de datos estrictamente experimentales. Si el «diccionario» de la teoría mencionara un número suficiente de funciones para otras nociones, sería posible realizar afirmaciones experimentales del mismo tipo al respecto. Si una teoría puede reducirse así a una serie de afirmaciones precisas que remitan a datos experimentales, ¿no debemos considerarla como una ley o, por lo menos, como una proposición que no difiere de la ley desde el punto de vista de su significación experimental?

Sostengo, sin embargo, que no es así. El sentido (*meaning*) de una proposición, o de un conjunto de proposiciones, no se reduce lisa y llanamente al sentido de cualquier formulación que proporciona su equivalente lógico y que puede ser extraída por desimplicación. Queda siempre una diferencia de sentido. Y por sentido de una proposición entiendo las nociones que se movilizan en el entendimiento cuando se formula la proposición. De este modo, una teoría puede constituir el equivalente lógico de un conjunto de proposiciones experimentales y, no obstante, significar algo completamente diferente; y, en la medida en que es una teoría, importa más su significación que sus equivalencias lógicas. Si la equivalencia lógica representara todo lo que está en juego,

la teoría absurda que he improvisado más arriba tendría tanto valor como cualquier otra; pero es absurda porque no *significa* nada, es decir, no evoca ninguna noción, si dejamos de lado las leyes que explica. Para una formulación teórica el poder de movilizar otras nociones es más importante que su reductibilidad lógica a las leyes que explica y que no contienen todo lo que ella dice. Las leyes no pretenden decir (*mean*) más de lo que dicen (*assert*). En la historia de la ciencia, frecuentemente las teorías han sido aceptadas y consideradas de gran valor incluso cuando, según la opinión generalizada, no fueran completamente verdaderas y no constituyeran el equivalente estricto de leyes experimentales, por la razón de que ellas organizan intelectualmente nociones a las que se estima intrínsecamente válidas.

NORMAN R. CAMPBELL

Physics: the Elements

3. El racionalismo aplicado

1. La implicación de las operaciones y la jerarquía de los actos epistemológicos

TEORÍA Y EXPERIMENTACIÓN

Teniendo en cuenta que la significación de un hecho científico remite a la teoría y aun a toda la historia de la teoría, las experimentaciones presentadas aisladamente, sin referencia a la teoría que las hizo posibles o a las teorías que ellas contradicen, son puros sinsentidos epistemológicos. G. Canguilhem cita la experiencia en la que «un músculo aislado, colocado en un recipiente lleno de agua, se contrae debido a una excitación eléctrica, sin variación del nivel del líquido»; por medio de esta experiencia se establece que una «contracción muscular es una modificación de la forma del músculo sin variación del volumen». Y a continuación señala: «Es un hecho epistemológico que un hecho experimental enseñado de este modo no tenga ningún sentido biológico».* Y aún más; si bien la necesidad de una reconstrucción teórica es sugerida por las contradicciones que aportan los hechos a las teorías existentes, o por la cantidad de datos empíricos que deben ser integrados, las teorías mismas no proceden directamente de estos hechos sino de teorías precedentes, con referencia a las cuales se constituyen. Sólo la historia de la teoría puede, por lo tanto, permitir comprender completamente tanto las teorías actuales como los hechos empíricos que ellas engendran y organizan.

* G. Canguilhem, *La connaissance de la vie*, *op. cit.*, pág. 18. Duhem llamaba «experiencias ficticias» a esas experiencias que se presentan sin situarlas con relación a una teoría, por medio de un artificio pedagógico destinado a justificar las proposiciones que esas experiencias no podían, por sí solas, probar. (P. Duhem, *La théorie physique*, *op. cit.*, pág. 306.)

35. G. CANGUILHEM

La teoría celular es muy adecuada para plantearle al espíritu filosófico la duda sobre el carácter de la ciencia biológica: ¿es racional o experimental? Son los ojos de la razón los que ven las ondas luminosas, pero parece fuera de toda duda que son los ojos, órganos de los sentidos, los que identifican las células de un corte vegetal. La teoría celular sería entonces una colección de protocolos de observación. El ojo, armado del microscopio, ve al ser vivo macroscópico compuesto de células tal como el ojo desnudo ve al ser vivo macroscópico como un componente de la biosfera. Y sin embargo el microscopio es más la prolongación de la inteligencia que la prolongación de la vista. Además, la teoría celular no es la afirmación de que el ser vivo se compone de células, sino, en primer lugar, de que la célula es el *único* componente de *todos* los seres vivos; y luego, de que toda célula proviene de una célula preexistente. Ahora bien, no es el microscopio el que permite decir esto. El microscopio es a lo sumo uno de los medios para verificar lo que se ha dicho. Pero, ¿de dónde vino la idea de decirlo antes de verificarlo? [...]

Desde que en biología se planteó el interés por la constitución morfológica de los cuerpos vivos, el espíritu humano ha oscilado entre una y otra de las dos representaciones siguientes: o bien se trata de una sustancia plástica fundamental continua, o bien de una composición de partes, de átomos organizados, o de granos de vida. Aquí, como en óptica, se enfrentan las exigencias intelectuales de continuidad y de discontinuidad.

En biología, el término protoplasma designa un constituyente de la célula considerado como elemento atómico que compone el organismo, pero la significación etimológica del término nos remite a la concepción del líquido formador inicial. El botánico Hugo von Mohl, uno de los primeros autores que observaron con precisión el nacimiento de células por división de células preexistentes, propuso en 1843 el término «protoplasma», para hacer referencia a la función fisiológica de un fluido que precede a las primeras producciones sólidas, en todas partes donde deban nacer células. Se trata de lo mismo que Dujardin había llamado en 1835 «sarcoda», entendiéndolo por este término una gelatina viviente capaz de organizarse ulteriormente. Ni siquiera en Schwann, considerado el fundador de la teoría celular, dejan de interferir las dos imágenes teóricas. Existe, según Schwann, una sustancia sin estructura, el cito-

blastema, en el que nacen los núcleos alrededor de los cuales se forman las células. Schwann dice que en los tejidos las células se forman allí donde el líquido nutritivo penetra los tejidos. La comprobación de este fenómeno de ambivalencia teórica en los mismos autores que más han hecho para fundamentar la teoría celular ha sugerido a Klein la siguiente observación, de alcance capital para nuestro estudio: «Se encuentra pues un pequeño número de ideas fundamentales que se repiten con insistencia en autores que trabajan sobre los objetos más diversos y que se sitúan en puntos de vista muy diferentes. Sin duda, estos autores no han tomado esas ideas los unos de los otros; estas hipótesis fundamentales parecen representar modos de pensar constantes que forman parte de la explicación en las ciencias».¹ Si trasponemos estas comprobaciones de orden epistemológico al plano de la filosofía del conocimiento, debemos decir, contra el lugar común empirista, frecuentemente adoptado sin críticas por los científicos cuando se elevan hasta la filosofía de su saber experimental, que *las teorías jamás proceden de los hechos*. Las teorías no proceden sino de teorías anteriores, frecuentemente muy antiguas. Los hechos no son sino el camino, difícilmente recto, por el cual las teorías proceden unas de las otras. Esta filiación de teorías, solamente a partir de teorías, ha sido muy bien aclarada por A. Comte cuando señaló que si un hecho observable supone una idea que oriente la atención, es lógicamente inevitable que teorías falsas precedieran a teorías verdaderas. Pero ya hemos dicho en qué aspectos la teoría comtiana nos parece insostenible: es en su identificación de la anterioridad cronológica y de la inferioridad lógica, identificación que condujo a Comte a consagrar, bajo la influencia de un empirismo atemperado por la deducción matemática, el valor teórico, en adelante definitivo a sus ojos, de esa monstruosidad lógica que es el «hecho general».

En resumen, es necesario buscar en otra parte, y no en el descubrimiento de ciertas estructuras microscópicas de los seres vivos, los orígenes auténticos de la teoría celular.

GEORGES CANGUILHEM

La connaissance de la vie

1 M. Klein, *Histoire des origines de la théorie cellulaire*, París, Hermann, 1936.

* * *

Se debe admitir actualmente que, tal como decía Brunshvicg, «la modalidad de los juicios físicos de ninguna manera nos parece diferente de la modalidad de los juicios matemáticos».² El empirismo no podía presentarse como la filosofía de la ciencia experimental sino en oposición a la pretensión del racionalismo de considerarse como la filosofía de la ciencia matemática. La experiencia del físico no podía pretender identificarse con la intuición sensible sino en la época en que el razonamiento matemático pretendía apoyarse de manera definitiva en una intuición intelectual.

La epistemología contemporánea no reconoce ciencias inductivas ni ciencias deductivas. No admite la distinción, fundada sobre características intrínsecas, de los juicios científicos *hipotéticos* y los juicios científicos *categoricos*. No reconoce sino ciencias *hipotético-deductivas*. En este sentido no hay diferencia esencial entre la geometría-ciencia de la naturaleza (Comte, Einstein) y la física matemática. Tampoco hay ruptura entre la *razón* y la *experiencia*: es necesaria la razón para hacer una experiencia y es necesaria una experiencia para darse una razón. La razón no aparece como un decálogo de principios, sino como una norma de sistematización, capaz de arrancar al pensamiento de su sueño dogmático.

Se admitirá entonces:

Contra el empirismo: *que no existe, hablando con propiedad, un método inductivo*. Lo que es *inducción*, es decir la invención de hipótesis en la ciencia experimental, es el signo más claro de la insuficiencia de *método* para explicar el progreso del saber.

Contra el positivismo: *que no existe una diferencia de certidumbre relativa a las leyes y a las teorías explicativas*. No hay hecho que no esté penetrado por la teoría, no hay ley que no sea una hipótesis momentáneamente estabilizada; por lo tanto la investigación de las relaciones de estructura es tan legítima como la investigación de las relaciones de sucesión o de similitud.

No podemos considerar que la hipótesis es una insuficiencia del co-

2 *Experience humaine et causalité phisique*, pág. 606.

nocimiento, no se trata de un mal menor al que la inteligencia se confía en ausencia de principios categóricos. La hipótesis es la anticipación de una relación capaz, simultáneamente, de definir el concepto implicado en la percepción del fenómeno y de explicarlo. (Ejemplo: la hipótesis de Torricelli propone, para el fenómeno observado, el concepto de *presión* y la explicación por el *equilibrio de los fluidos*.) Si los científicos hacen hipótesis es para encontrar, por medio de ellas, los hechos que les permitirán controlarlas. *La hipótesis es un juicio de valor sobre la realidad*.³ Pero, ¿cuáles son las condiciones lógicas para el control de una hipótesis?

Un hecho no puede estar en relación de conformidad o disconformidad con una *idea* sino con una condición: que haya homogeneidad lógica entre el hecho y la idea. Esto quiere decir que si la idea es juicio –juicio para juzgar–, el hecho debe ser también juicio, juicio seguro, provisionalmente. La idea –hipótesis o ley– es un juicio universal; el hecho, un juicio particular. Un hecho no puede pues confirmar o invalidar una hipótesis sino cuando los dos juicios conectan los mismos conceptos. *En la práctica experimental toda la dificultad consiste en establecer que la relación es exactamente la misma, que los conceptos tienen la misma comprensión*. Para que un hecho contradiga una hipótesis es necesario que el mismo método haya determinado los elementos de lo particular (el hecho) y de lo universal (la hipótesis). Es necesario que los conceptos puestos en relación procedan de las mismas técnicas de detección y de análisis. En biología, toda acción de una sustancia química sobre un tejido no puede interpretarse correctamente sino en función de la dosis. Es raro que se pueda, en esa ciencia, extender a una especie entera una conclusión relativa a cierta variedad de la especie; la misma dosis de cafeína tiene una acción sobre el músculo estriado de la rana. Pero el modo de acción es diferente en la rana verde y en la rana rojiza. En consecuencia, estamos muy lejos de que un hecho percibido u observado, por el solo hecho de que lo sea, constituya un argumento a favor o en contra de una hipótesis; debe, previamente, ser criticado y reconstituido de manera que su tradición conceptual lo vuelva lógicamente

3 Véase Planck, «La gran cuestión no es saber si una determinada idea es verdadera o falsa, ni siquiera saber si tiene un sentido claramente enunciable, sino más bien saber si la idea será la fuente de un trabajo fecundo» (*Initiations à la physique*, pág. 272).

comparable a la hipótesis en cuestión. Un hecho no prueba nada mientras los conceptos que lo enuncian no hayan sido metódicamente criticados, rectificados, reformados. Sólo los hechos reformados aportan información.

Por esta razón se rechaza la objeción de pragmatismo que podría suscitar el hecho de definir a la hipótesis como un juicio de valor. Lo que hace el valor (valor de realidad) de una hipótesis no es el simple hecho de la concordancia con los hechos. En efecto, es necesario poder establecer que el acuerdo o desacuerdo previsto entre una suposición y una comprobación, investigado a partir de la suposición tomada como principio, no se debe a una coincidencia, aunque se repita, sino que se ha llegado al hecho observado por los métodos que la hipótesis implica.

Se comprende así que no es siempre por misoneísmo o por amor propio por lo que un teórico se niega a admitir la validez de un hecho probatorio o no probatorio. Michelson murió creyendo firmemente que su experiencia no era concluyente y que se debía poder poner de manifiesto el movimiento de la Tierra por la propagación anisotrópica de la luz relativa a un observador terrestre. Ese mismo hecho condujo a Einstein, en 1905, a replantear los principios de la mecánica clásica. Frente a la contradicción de un hecho y de una teoría, se puede dudar del hecho o de la teoría, a elección. Esta elección depende de la vejez de la teoría y del número de hechos que ha «cristalizado» sistematizándolos o, al contrario, de su juventud y de sus titubeos; depende también de la audacia intelectual de los científicos. De todas maneras no hay saber que no sea *polémico*, no hay hecho en bruto tan brutal que impida toda sospecha sobre él. Esto se puede confirmar por el examen más detallado de los métodos de verificación.

Cuando una hipótesis explica y sirve para prever un hecho o grupo de hechos, no está confirmado que sea la única que lo pueda hacer. Cuando dos hipótesis son posibles, el único medio de resolver la alternativa sería prever, además de todos los hechos que una u otra puedan pretender explicar indiferentemente, un hecho al cual sólo una de las dos conferirá inteligibilidad. Una experiencia de este tipo se llama *crucial* (*experimentum crucis*, Bacon), por ejemplo la experiencia de Périer en el Puy-de-Dôme, por sugerencia de Pascal (¿horror al vacío o presión atmosférica?). Actualmente no se cree más en las experiencias cruciales. P. Duhem ha mostrado en la *Théorie physique* que de derecho, si no de hecho, las hipótesis posibles son siempre más numerosas que las

dos ramas de una alternativa. Por ejemplo, Foucault estableció hipótesis que permitirían decidir, pensaba, entre la hipótesis de la emisión y la de las ondulaciones, referidas a la naturaleza del fenómeno luminoso (propagación de la luz en el aire y en el agua).

Pero Duhem muestra que una tercera hipótesis, la del electromagnetismo, estaba, de derecho, presente en el momento mismo en que se pensaba poder plantear la cuestión en la forma de una alternativa. En resumen, la exclusión de todas las hipótesis, a excepción de una sola –exclusión que daría una prueba plenamente satisfactoria– es un ideal efectivamente inaccesible. Como lo dice Edgard Poe (*Eureka*): «Mostrar que ciertos resultados existentes, que ciertos hechos reconocidos pueden ser, aun matemáticamente, explicados por cierta hipótesis, no es establecer la hipótesis misma. En otros términos, mostrar que ciertos datos *pueden* e incluso *deben* engendrar cierto resultado existente no es suficiente para probar que ese resultado es la consecuencia de los datos en cuestión; es necesario demostrar todavía que no existe y *que no pueden existir* otros datos capaces de engendrar el mismo resultado». Aun suponiendo que solamente dos teorías estén en competencia, los principios, en el interior de cada teoría, son múltiples. Sería necesario poder calcular aparte las consecuencias que dependen de cada uno de los principios separadamente. Pero es su totalidad la que será confirmada o rechazada en bloque por la experiencia.

Muchos lógicos están de acuerdo en reconocer que una confirmación nunca es categórica y definitiva, pero piensan que la negación es decisiva, que lo positivo en la experiencia es la negación de la teoría que la implica. Jean Nicod escribe: «La confirmación sólo da una probabilidad; por el contrario, la refutación crea certeza. La confirmación sólo es favorable, mientras que la refutación es fatal».⁴ Esto, aparentemente, implica pasar por alto la imposibilidad de dar a un hecho un valor teórico independiente del momento de la cultura científica y del estado de la técnica de detección y de medida. Newton tuvo que confirmar su teoría por ciertos cálculos que utilizaban la longitud del radio terrestre, necesariamente inferida de la medida del meridiano. Ahora bien, esta medida era tan groseramente aproximada en esa época que la experiencia –pues se trataba de una experiencia– contradecía la teo-

⁴ *Le problème logique de l'induction*, pág. 24.

ría. Newton abandonó su teoría hasta el día en que conoció los resultados de una nueva medida del meridiano realizada por el abate Picard. La teoría fue entonces verificada y Newton se decidió a publicarla.

Aunque no se pueda privilegiar la experiencia negativa en relación con la experiencia positiva, de todos modos hay que reconocer que el pensamiento está más seguro de lo falso que de lo verdadero. La verdad es la posición que siempre creemos estar en condiciones de mantener, aunque el hecho de que muchos errores de hoy hayan sido verdades ayer tendría que hacernos adoptar una actitud más cautelosa. Por el contrario, en el reconocimiento de un error está lo esencial de lo que llamamos la verdad, pues la negación aceptada y reconocida se justifica por una afirmación más comprensiva; el juicio no abandona nada que no crea justificado abandonar. Si la experiencia del Puy-de-Dôme hizo definitivamente del horror al vacío un error, se debía a que en la hipótesis de Torricelli el desconocimiento, común hasta entonces, de los efectos de la presión atmosférica se explicaba y excusaba a la vez.

Esto nos hace volver a la definición propuesta: la hipótesis es un juicio de valor sobre la realidad. Su valor reside en que permite prever y construir hechos nuevos, a menudo aparentemente paradójicos, que la inteligencia integra con el saber adquirido, pero cuya significación se renueva en un sistema coherente. Las realizaciones que se agregan a la realidad confirman la causalidad natural por medio de la eficacia pragmática, pero una eficacia penetrada de inteligencia. El pragmatismo tiene razón en exigir que las ideas válidas sean ideas creadoras, pero no hay que olvidar que los logros auténticos son logros calculables, si no son siempre previamente calculados.

Debemos concluir que no hay, hablando con propiedad, un método experimental, si se quiere entender por esto un procedimiento de investigación distinto del método deductivo. Todo lo que es método es deducción, pero ninguna deducción, ningún método, basta para constituir una ciencia. En este sentido, la relación con la experiencia es esencial para el progreso del saber y esta relación, que propiamente es de invención, no podría ser codificada en las reglas de un método. El término «experimental» es ambiguo. La ciencia es experimental en la medida en que ella tiene relación con la experiencia, pero esta relación es un problema frente al cual la ciencia se presenta como solución. No es verdaderamente ciencia sino porque se arriesga a ser solución, es decir, sistema inteligible. La solución de los problemas empíricos no

puede ser sino racional, los problemas que exigen soluciones racionales no pueden ser planteados sino por la Razón.

GEORGES CANGUILHEM

«Leçons sur la méthode»

LOS OBJETOS PREDILECTOS DEL EMPIRISMO

El carácter abiertamente polémico de los análisis que Wright Mills ha consagrado a las abdicaciones científicas de la sociología empirista norteamericana exime, muy frecuentemente, de tomar en serio el problema epistemológico que ellas plantean: existe una conexión funcional entre las técnicas de investigación de la sociología burocrática y la problemática que construye, o que elude. Aquellos a quienes Mills llama en otra parte «alto estadígrafo»* fabrican de manera inconsciente hechos «a medida», y tienden a seleccionar como objetos de estudio a los que mejor se prestan para la aplicación de las técnicas indiscutidas de la encuesta rutinaria: de esta manera la sociología de la difusión y de la comunicación tiende a reducirse a estudios de opinión pública; la sociología política, al análisis del comportamiento electoral, y el problema de las clases sociales al estudio de la estratificación de los habitantes de pequeñas ciudades. Al término de esta redefinición ciega de los objetos de la ciencia por medio de las técnicas, «la verdad y la falsedad están moldeadas en partículas tan finas que se vuelven imposibles de distinguir».** Ignorándose como construcción e impidiendo interrogarse sobre los procedimientos, por medio de los cuales construye sus hechos, la encuesta canónica se prohíbe simultáneamente inventar otros procedimientos de construcción así como con-

* W. Mills, «IBM + realidad + humanismo = sociología», en *Poder, política, pueblo*, México, FCE, 1964, pág. 440.

** *Ibid.*

trolar las construcciones que realiza; de esta manera queda abandonada, entre otros procedimientos, la comparación histórica, que es la única que puede revelar si el campo de estudio elegido permite verdaderamente aprehender al objeto que se pretende estudiar.*

36. C. W. MILLS

El empirismo abstracto se vincula con un momento del trabajo y le permite acaparar el entendimiento.

La inhibición metodológica no tiene otro equivalente más que el fetichismo conceptual. No voy a pasar revista a todos los trabajos de los empiristas; me limitaré a caracterizar su método y señalar algunas de sus hipótesis. Con pocas diferencias, todos proceden de la misma manera. Se extraen los «elementos de información» de una entrevista más o menos estereotipada con una serie de individuos escogidos por muestreo. Se clasifican las respuestas y, para mayor comodidad, se fichan en tarjetas perforadas, tras lo cual un tratamiento estadístico permite buscar las relaciones. La facilidad de este método que una inteligencia media asimila sin esfuerzo explica su éxito. Los resultados son traducidos en lenguaje estadístico; en el nivel más sencillo, son enunciados de proporciones. En los niveles más complejos, se combinan las respuestas para desembocar en cotejos que pueden ser múltiples, y que entonces se reducen según diversos métodos. La utilización de los datos no siempre es sencilla, pero haremos eso a un lado, porque si bien el grado de complicación varía, siempre se manipula el mismo tipo de datos.

Fuera de la publicidad y de las comunicaciones de masas, es la «opinión pública» lo que constituye la mayor parte de sus investigaciones; no obstante, nunca reformularon de manera inteligente los problemas de opinión pública y de comunicaciones. Se contentan con clasificar las preguntas: ¿quién dice qué a quién, por el canal de qué medios de comunicación, y con qué resultados? Las definiciones de base son las siguientes:

* Véase, por ejemplo, S. Thernstrom, «Yankee City Revisited: the Perils of Historical Naïveté», *American Sociological Review*, vol. XXX, 1965, n° 2, págs. 234-242.

«Por “público” entiendo el número, o sea, las reacciones y los sentimientos no particulares y no individualizados de una gran cantidad de personas. Esto requiere una relación detallada de muestras. Por “opinión” entiendo no sólo la opinión del público sobre cuestiones de actualidad, y de política –cuestiones actuales–, sino también las actitudes, los sentimientos, los valores, la información, y las acciones que les están asociadas. Para hacerse una idea de esto hay que recurrir no sólo a los cuestionarios y las entrevistas, sino también a procedimientos proyectivos, a escalas.»*

Hay aquí una confusión muy tajante entre el objeto y el método. Sin duda, el autor quiere decir más o menos esto: la palabra «público» va a designar todo agregado ponderable susceptible de un muestreo estadístico. Teniendo en cuenta que las opiniones son las de la gente, para descubrirlas conviene hablar con ellos. Pero a veces se niegan, o son incapaces de darlas: entonces podemos tratar de emplear «los procedimientos proyectivos o las escalas».

Estas investigaciones se limitan a las estructuras norteamericanas, y no se remontan a más de quince años. Por eso no redefinen el concepto de «opinión pública», ni reformulan los grandes problemas que con él se vinculan. No pueden hacerlo, siquiera en forma preliminar, en los límites históricos y estructurales en que se los encierra.

El problema de la «colectividad», o del «público», en las sociedades occidentales, surgió como consecuencia de las transformaciones que padeció el consenso tradicional y clásico de la sociedad medieval; hoy alcanza su fase aguda: lo que se llamaba «colectividades» en los siglos XVIII y XIX está en vías de transformarse en una sociedad de «masas». Además, las colectividades están perdiendo toda pertinencia estructural, ya que los hombres libres poco a poco se convierten en «hombres de masa», encerrados cada uno en medios sin poder. Aquí tenemos, por ejemplo, algo que debería inspirar la elección y el propósito de las investigaciones sobre las colectividades, la opinión pública, y las comunicaciones de masas. También se necesitaría una reseña histórica completa de las sociedades democráticas, haciendo sitio en especial a lo que se llamó la fase del «totalitarismo democrático» o la de la «democracia totalitaria». En

* Bernard Berelson, “The Study of Public Opinion”, *The State of the Social Sciences*, publicado por Léonard D. White, University of Chicago Press, Chicago, Illinois, 1956, pág. 299.

suma, en este campo, el empirismo abstracto tal como es practicado no está en condiciones de plantear los problemas de la sociología.

Cierta cantidad de los problemas que pretenden encarar esos empirismos (los efectos provocados por los medios de comunicación de masas, por ejemplo), no pueden formularse fuera de un marco estructural. ¿Cómo esperar comprender sus efectos (y no hablemos del sentido que adoptan unos en contacto con los otros para el desarrollo de una sociedad de masas) estudiando solamente, incluso con una enorme precisión, una población que, desde hace una generación, está «saturada» de esos *medios*? Tal vez la publicidad tiene todo el interés en clasificar a los individuos según su grado de «contaminación mediática», pero de esto no se sacará una sociología de los medios de comunicación de masas.

En los estudios sobre la vida política, es el «comportamiento electoral» lo que constituye el tema favorito, sin duda a causa de la facilidad de las investigaciones estadísticas. La pobreza de los resultados no tiene otro equivalente que la complicación de los métodos, y la preocupación que a él se le aporta. Las ciencias políticas deben tener muy en cuenta un estudio exhaustivo donde no se dice ni una palabra de la cocina electoral de los grandes partidos, así como tampoco de la menor institución política... Y sin embargo es realmente lo que ocurre con *The People's choice* (La elección electoral), estudio de gran fama sobre la elección de 1940 en el condado de Erie (Ohio). Esta obra nos enseña que los ricos, los campesinos y los protestantes votan a los republicanos; que los electores de coordenadas inversas votan a los demócratas, y así siguiendo, pero nada se dice de la dinámica política en los Estados Unidos.

La idea de legitimación es una de las concepciones centrales de las ciencias políticas, máxime cuando los problemas de esta disciplina recaen en cuestiones de opinión y de ideología. Las investigaciones sobre la «opinión pública» sorprenden tanto más cuanto que hay grandes sospechas de que la política electoral norteamericana es una política sin opinión, si se adjudica a la palabra «opinión» un mínimo de seriedad; y de ser electoral sin revestir ninguna significación política profunda, si se toma la expresión «significación política» en serio. Pero las «investigaciones políticas» no están en condiciones de plantear estas preguntas (porque estas observaciones, a mi modo de ver, son simples preguntas). Y ¿cómo sería de otro modo? Necesitarían una erudición histórica y un

estilo de reflexión psicológica que no son *personae gratae* ante empiristas abstractos y que, a decir verdad, tampoco están a su alcance. [...]

Ninguna concepción nueva tampoco en las pocas investigaciones de estratificación que la nueva escuela ha emprendido. Se han tomado textualmente las grandes concepciones de los otros; se ha sutilizado en general, sin «traducirlos», «indicios» de «estatus socio-económico». Algunos problemas espinosos (la «conciencia de clase», la «falsa conciencia», las relaciones entre las concepciones del estatus y las de la clase, el difícil concepto weberiano de «clase social») se encuentran siempre en el mismo punto. Por último, y sobre todo en un sentido, se persiste en escoger las pequeñas ciudades para realizar muestras, sabiendo bien que esos estudios, puestos uno tras otro, jamás expresarán las estructuras de clases, de estatus y de poder, a escala nacional. [...]

Los empiristas abstractos no formularon sus preguntas y sus respuestas sino en los límites que curiosamente impusieron a su epistemología arbitraria. Y he pesado mis palabras: son víctimas de la Inhibición Metodológica. El resultado es que sus estudios acumulan los detalles ignorando voluntariamente toda especie de forma; con mucha frecuencia, la única forma que se puede encontrar aquí es la que ponen los tipógrafos y los encuadernadores. La abundancia de detalles no nos convence de nada que merezca una convicción.

CHARLES W. MILLS

L'imagination sociologique

2. Sistema de proposiciones y verificación sistemática

LA TEORÍA COMO DESAFÍO METODOLÓGICO

Hjelmslev muestra, a propósito del análisis saussuriano de un problema genético, que el progreso científico supone desafíos metodógicos fundados exclusivamente en la economía de pensamiento que ellos posibilitan en la construcción de los hechos y que sólo pueden ser validados por los hechos que permiten descubrir. La prueba no es aportada por una experiencia crucial, sino por la coherencia de los indicios que la teoría permite percibir en los hechos que hasta ese momento aparecían dispersos e insignificantes. En este caso, la decisión metodológica de considerar como sistema «fórmulas» que son sólo abstracciones que «resumen» correspondencias lingüísticas y que los métodos tradicionales no vinculaban, permite dar mayor coherencia a la descripción de un estado de lengua hipotético, posteriormente confirmado por los hechos fonéticos que esta hipótesis permitió descubrir.

37. L. HJELMSLEV

[Las concepciones de Ferdinand de Saussure permitieron hacer progresar el análisis de los problemas genéticos (historia y formación de las lenguas) al instaurar la aplicación del método estructural a estos problemas. Su obra] se caracteriza por considerar, por una parte, las fórmulas* comunes como un sistema y sacar de ello todas las consecuen-

* Se dice que existe función constante entre elementos de expresión de diversas lenguas cuando «la misma correspondencia se encuentra en las mismas condiciones en todas las palabras consideradas». De esta manera,

cias y, por otra, por no conferirles otra realidad que ésta, por consiguiente, no las considera como sonidos prehistóricos, con una pronunciación determinada, que se irían transformando gradualmente hasta dar los sonidos de las diversas lenguas indoeuropeas. [...]

Precisamente porque Saussure considera las fórmulas comunes como un sistema y, además, como un sistema liberado de determinaciones fonéticas concretas, en una palabra, como una estructura pura, se arriesga en esta obra a aplicar a la propia lengua original indoeuropea en sí misma, a pesar de ser el reducto de las teorías sobre la transformación del lenguaje, los métodos que servirán de ejemplo para el análisis de todo estado lingüístico y de modelo para todo el que quiera analizar una estructura lingüística. Saussure coloca ante sí este sistema considerado en sí mismo y formula esta pregunta: ¿cómo es posible analizarlo de forma que se obtenga la explicación más simple y más elegante? Dicho de otro modo: ¿cómo reducir al mínimo el número de fórmulas o de elementos necesarios para dar cuenta de todo este mecanismo?

Por este camino Saussure llegó a algo que nadie había podido hacer hasta entonces: a tratar el sistema indoeuropeo, o en otros términos, a introducir un método nuevo, un método estructural, en la lingüística genética.

[Para ofrecer un ejemplo de esta construcción que tiende a reducir y simplificar el número de fórmulas que permiten explicar una lengua, Hjelmslev muestra cómo Saussure, en presencia de dos series de alternancias indoeuropeas: * *e* : * *o* : *O*, por una parte, y vocal larga : * *A*, por otra, formula la hipótesis de que en la alternancia vocal larga : * *A*, la vocal larga es «la combinación de una vocal breve con *oA*», y logra de esta manera «asimilar las dos clases de alternancias que habían parecido completamente diferentes hasta entonces»:

existe función entre los elementos de expresión *m* del gótico, del celta, del latín, del griego, del lituano, del eslavo antiguo, del armenio y del hindú antiguo. Encontramos, por ejemplo: latín *mater*, griego *mater*, lituano: *môte mote*, eslavo antiguo *mati*, armenio *may*, hindú antiguo *mātā*. Esta función se expresa por un signo único, llamado «fórmula»; abstracción que designa la serie de elementos que, en las diferentes lenguas de una familia, se encuentran vinculados por una correspondencia constante.

$$\begin{array}{rclclcl}
 & *ei_{\wedge} & : & *oi_{\wedge} & : & *i \\
 \neq & *eu_{\wedge} & : & *ou_{\wedge} & : & *u \\
 \neq & *eA & : & *oA & : & *A]
 \end{array}$$

Esta actitud significa una ruptura decisiva con el método de reconstrucción tradicional: una fórmula como $*oA$ de Saussure no está motivada por las funciones de los elementos existentes entre las lenguas indoeuropeas sino por una función interna de la lengua original. Si nos atuviéramos solamente a las funciones de los elementos que existen entre las diferentes lenguas indoeuropeas, no habría razón para hacer una distinción entre $\bar{o}$ en *dōnum* y $\bar{o}$ en *rhētōr*. Si la $\bar{o}$ de *dōnum*, pero no la $\bar{o}$ de *rhētōr*, se puede reinterpretar en $*oA$, no se debe a una función que vincule lenguas diferentes sino a una función que vincula elementos de un mismo estado lingüístico. Lo que ha sucedido aquí es que se ha establecido la igualdad entre una magnitud algebraica y el producto de las otras dos, y esta operación recuerda el análisis por el cual el químico identifica el agua como un producto de oxígeno e hidrógeno. Es una operación que debe efectuarse en todo estado lingüístico con vistas a obtener la descripción más simple.

Para comprender lo que hay de esencial y de interesante desde el punto de vista del método en estas reducciones, hay que darse cuenta de que constituyen una especie de descomposición de las magnitudes indoeuropeas en productos algebraicos o químicos; y que esta descomposición, lejos de proceder directamente de una comparación entre las diferentes lenguas indoeuropeas, se obtiene operando con el resultado mismo de esta comparación, deriva del análisis de este resultado. *Más tarde*, mucho después de que se hiciera este análisis, se descubrió la existencia de una lengua indoeuropea, el hitita, que distingue entre una $*o$ alternando con una $*\bar{o}$ y una $*o$ alternando con una $*A$; el lingüista polaco Kurylowicz pudo, en efecto, mostrar que en hitita *h* corresponde a veces a i.-e. $*A$. Además, Herman Moller pudo confirmar su teoría refiriéndose al camito-semítico: la piedra angular de la demostración hecha por Herman Moller, del parentesco genético entre el indoeuropeo y el camito-semítico es, en efecto, que el camito-semítico posee consonantes particulares que corresponden a los diferentes coeficientes indoeuropeos. Estas confirmaciones, obtenidas considerando funciones de elementos desconocidos hasta entonces, son, sin duda, muy intere-

santes, especialmente por mostrar que el análisis interno de una estructura lingüística, como la de la lengua original indoeuropea, está lleno de realidad. Cuando con tales análisis se podría temer el perderse en las esferas de la abstracción, sucede todo lo contrario: con ello el lingüista queda preparado para poder reconocer mejor las funciones de los elementos descubiertos como secuela de ello: el análisis del estado lingüístico verdaderamente ha permitido profundizar en el conocimiento de la estructura. Pero, por otra parte, estas confirmaciones procedentes del hitita y del camito-semítico no son precisamente más que confirmaciones, y el análisis interno del sistema de los elementos de la lengua original es independiente de ellas.

LOUIS HJELMSLEV

Le langage

LA ARGUMENTACIÓN CIRCULAR

El afán de la disimilación que se inspira o se basa en una representación inexacta de los métodos de las ciencias naturales lleva a la ceguera epistemológica, que puede expresarse muy bien tanto en la afirmación de la especificidad de un método intuicionista como en la imitación servil y timorata de las ciencias naturales. Adoptando una posición completamente opuesta, E. Wind se esfuerza por establecer, por medio de una confrontación metódica, la forma específica que revisten en ciencias humanas los problemas epistemológicos de las ciencias de la naturaleza. Por el hecho de que no es sino un aspecto de la implicación mutua de la teoría y las operaciones de investigación, «el círculo metódico» no es un círculo lógico: el progreso de la teoría del objeto trae aparejado un progreso del método cuya aplicación adecuada exige un refinamiento de la teoría, que es la única capaz de controlar la aplicación del método y de explicar en qué y por qué el método tiene éxito. Así se establece un movimiento que transforma al simple documento en objeto científico y que ignora la separación inmóvil que el positivismo pretende establecer entre los hechos y las interpretaciones de los hechos.

38. E. WIND

Examinaré aquí solamente algunos de los puntos de contacto entre la historia y la naturaleza y, más precisamente, destacaré las similitudes en-

tre los métodos científicos, por medio de los cuales se constituyen estos dos dominios como objetos de conocimiento y de experiencia.

La sola afirmación de estas similitudes podrá parecer herética a muchos.¹ Desde hace decenas de años los científicos alemanes enseñan que la historia y las ciencias de la naturaleza están en las antípodas una de la otra, siendo su único punto en común la adhesión a las grandes reglas de la lógica, y que el primer deber del historiador es rechazar sin la menor complacencia el ideal de aquellos que quisieran reducir el mundo a una simple fórmula matemática. Si bien, en sus orígenes, esta rebelión permitió, sin ninguna duda, que las ciencias históricas se liberaran de la tutela de las otras ciencias, en la actualidad perdió toda razón de ser. El mismo concepto de naturaleza, al cual Dilthey opuso su *Geisteswissenschaft*, desde hace mucho tiempo ha sido abandonado por las mismas ciencias de la naturaleza, y la noción de un estudio de la naturaleza que tratara sobre los hombres y sus destinos de la misma manera que sobre guijarros y sobre rocas, sometiéndolos a las mismas «leyes eternas», no subsiste sino bajo la forma de una pesadilla en ciertos historiadores.

Será necesario, pues, no tomar como una reincidencia en los errores del método de pensamiento, tan abundantemente despreciado con el nombre de «positivismo», los ejemplos que puedan seguir, elegidos para ilustrar el hecho de que las cuestiones que los historiadores están de acuerdo en considerar de su propia pertenencia se plantean también en las ciencias de la naturaleza. Aunque pueda parecer poco plausible a los historiadores, habitantes apegados a su rincón del *Globus Intellectualis*, que los científicos de las antípodas no caminen sobre sus cabezas...

DOCUMENTO E INSTRUMENTO

A pesar de las reglas de la lógica tradicional, el método normal para obtener documentos probatorios supone una especie de círculo lógico.

El historiador que consulta sus documentos para interpretar un suceso político dado no puede juzgar el valor de estos documentos si no conoce el lugar que éstos ocupan en la secuencia de sucesos para las

¹ Lo que sigue se refiere particularmente a la escuela de Dilthey, Windelband y Rickert.

que justamente él los consulta. De la misma manera, el historiador del arte que, a partir de la observación de una obra determinada, llega a una conclusión sobre la evolución de su autor, se transforma en un aficionado esclarecido que examina las razones que conducen a atribuir esa obra a tal artista: en esta perspectiva le es necesario plantear *a priori* la evolución del artista, que es justamente lo que trataba de *deducir*.

Tal desplazamiento del centro de interés, del objeto de la investigación a sus medios, y la inversión del objetivo y de los medios que los acompañan, es característico de la mayor parte de los trabajos históricos, y los ejemplos pueden multiplicarse. Un estudio sobre el barroco que se apoye en los escritos teóricos de Bernini, se transforma en un análisis del papel de la teoría en la evolución creadora de Bernini. Un estudio sobre la toma del poder por César y sobre el proconsulado de Pompeyo que utilice como fuente principal los escritos de Cicerón se transforma en un análisis del papel de Cicerón en el conflicto entre el senado y los usurpadores.

De una manera general esto podría designarse como la dialéctica del documento: la información que se busca adquirir con la ayuda del documento debe ser planteada *a priori* si se quiere aprehender todo el sentido de ese documento.

El científico de las ciencias de la naturaleza se enfrenta con la misma paradoja. El físico intenta deducir las leyes generales naturales con la ayuda de documentos que están, ellos mismos, sujetos a esas leyes. Se emplea el mercurio como patrón de medida del calor de un fluido, pero simultáneamente se afirma que el mercurio se dilata regularmente a medida que la temperatura aumenta. Pero, ¿cómo es posible sostener tal afirmación sin conocer las leyes de la termodinámica? Y además, ¿no se ponen, esas mismas leyes, a su vez, de manifiesto por las medidas que emplean un fluido como patrón, y que, precisamente, es el mercurio?

La mecánica clásica se sirve de patrones métricos y de relojes trasladados de un lugar a otro; se parte de la hipótesis de que tales traslados no producen ningún efecto sobre la constancia de las medidas suministradas por estos instrumentos. Hipótesis que no deja de expresar una ley mecánica (es decir, que los resultados de una medición son independientes de la posición del objeto medido), ley cuya validez debe ser verificada por medio de instrumentos que sólo son dignos de fe en la medida en que la ley supuesta sea válida.

Por lo tanto, ni la ciencia ni la historia escapan a este círculo lógico. Cada instrumento, cada documento, participa de la estructura que él mismo está encargado de hacer aparecer.

LA INTRUSIÓN DEL OBSERVADOR

Es extraño que Dilthey haya visto en esta *participación* uno de los rasgos distintivos del estudio histórico opuesto al de las ciencias de la naturaleza. En *Einleitung in die Geisteswissenschaften* admite que el estudio de los «cuerpos sociales» es menos preciso que el de los «cuerpos naturales». «Y, sin embargo», escribe más adelante, «esa desventaja está compensada, y superada, por las oportunidades que dan a ese estudio la situación privilegiada en la que me encuentro, ya que formo parte de ese cuerpo social y puedo, además, estudiarme y conocerme desde el interior... Sin duda el individuo es uno de los elementos en las interacciones sociales, ... que reacciona a sus efectos de manera consciente por la voluntad y por la acción, pero también es la inteligencia que observa y estudia las interacciones sociales al mismo tiempo que su reacción personal.»

Creo que es una afirmación muy temeraria decir que los hombres, que forman la sustancia de lo que Dilthey llama «la realidad sociohistórica», pueden llegar a analizarse y a conocerse «desde el interior». Esta afirmación hace del difícil precepto moral «conócete a ti mismo» una evidencia prosaica que, de hecho, está refutada por toda la experiencia presente y pasada. Cualesquiera que fueren las objeciones que se le pueden hacer al psicoanálisis, no se puede negar que los hombres no tienen un conocimiento inmediato e intuitivo de sí mismos, y que viven y se expresan según muchos niveles. De aquí resulta que la interpretación de los documentos históricos requiere un método mucho más complejo que la doctrina de Dilthey de la percepción inmediata con el recurso directo que supone a una especie de intuición. Pierce escribe en un fragmento sobre la psicología del desarrollo de las ideas: «Lo que es necesario que estudiemos son las creencias que los hombres nos entregan inconscientemente, y no aquellas que exhiben».

Una vez abandonado el recurso directo a una experiencia intuitiva, las observaciones de Dilthey no implican nada de lo que un físico no pueda hacerse cargo: «Yo mismo soy, en la medida en que utilizo instrumentos y aparatos de medición, parte integrante de este mundo físico; el individuo (técnico y observador) participa en las interacciones de la

naturaleza, pero también es la inteligencia que observa y estudia las interacciones naturales y las reacciones personales».

No se me objete que bajo este disfraz tomado de las ciencias de la naturaleza la afirmación de Dilthey ha perdido completamente su sentido. Es cierto que la he despojado de su profundidad y que lo que subsiste parece muy prosaico. Pero la afirmación así obtenida no solamente es simple, sino que también es *verdadera: el investigador irrumpe en la estructura que es objeto de su investigación*. Tal es la exigencia de la suprema regla metodológica. Para estudiar la física hay que pertenecer al universo físico; el espíritu puro no estudia la física. Es necesario un cuerpo (cualquiera que fuere la importancia de la «interpretación» del espíritu) para transmitir los signos que se deben interpretar. De otra manera no habría ningún contacto con el mundo exterior que nos proponemos analizar. El espíritu puro tampoco estudia la historia. Para hacerlo, es necesario sentirse históricamente involucrado; es necesario sentirse inmerso en la masa de experiencias pasadas que irrumpen en el presente bajo la forma de la «tradición»; tradición que nos arrastra, que nos enajena, que a menudo se contenta con exponer los hechos, con reproducirlos, con hacer alusión a una experiencia más antigua que hasta ahora no ha sido revelada. Lo repito, el investigador es, en primer lugar, un receptor de señales, aunque esté al acecho y en búsqueda de estas señales sin poder actuar sobre su transmisión. Las vagas fórmulas de las antítesis tradicionales («cuerpo-alma», «interioridad-exterioridad») no pueden dar cuenta del registro y de la elaboración de estas señales ni de la marcha de todo este «aparato receptor». La única antítesis válida es la antítesis «conjunto-parte». Al irrumpir en la estructura que se propone estudiar, el investigador se transforma, al igual que sus instrumentos, en parte del objeto de su estudio; hay que otorgar a la expresión «parte del objeto» una doble significación: él no es, como todo instrumento de encuesta, sino una *parte* del conjunto estudiado; pero, de la misma manera, no es sino una *parte* de sí mismo, exteriorizada bajo la forma de instrumento, que penetra en el mundo objetual de su estudio.

EDGARD WIND

«Some Points of Contact Between History
and Natural Science»

LA PRUEBA POR UN SISTEMA DE PROBABILIDADES CONVERGENTES

El razonamiento en virtud del cual Darwin establece, indirectamente y por un juego sutil de verosimilitudes e inverosimilitudes, que todas las razas de palomas descienden de una misma especie ilustra los riesgos y los recursos de una discursividad artesanal, posiblemente más próxima a la marcha laboriosa de la investigación y de la prueba en sociología que los programas impecables, pero difícilmente aplicables, de la metodología pura. Darwin compone y opone sistemas y subsistemas de probabilidades y de improbabilidades para probar lo que el problema real que enfrenta lo obliga a probar a partir de los materiales que el problema le impone. Pone en evidencia, como lo ha demostrado A. Kaplan, quien cita este texto,* que la hipótesis opuesta a la que él propone no se sostiene sino por medio de múltiples suposiciones que, si se las reúne, son improbables, pero que se las aceptaría tal vez más fácilmente si fueran propuestas en orden disperso. Así compone, por medio de razones positivas y negativas, algunas de las cuales no valdrían gran cosa en sí mismas, un sistema de pruebas, «una cadena de evidencias» que es más «fuerte que su eslabón más débil y aún más fuerte que su eslabón más fuerte».*

* A. Kaplan, *The Conduct of Inquiry*, *op. cit.*, pág. 245.

39. CH. DARWIN

Por considerables que sean las diferencias que se pueden observar entre las razas de palomas, estoy plenamente convencido de que la opinión común de los naturalistas es justa, o sea que todas descienden de la paloma silvestre (*Columba livia*), incluyendo en esta denominación diversas razas geográficas o subespecies que difieren entre sí en puntos muy insignificantes. Como algunas de las razones que me han conducido a esta creencia son aplicables en algún grado a otros casos, las expondré aquí brevemente. Si las diferentes razas no son variedades y no han procedido de la paloma silvestre, tienen que haber descendido, por lo menos, de siete u ocho troncos primitivos, pues es imposible obtener las actuales razas domésticas por el cruzamiento de un número menor; ¿cómo, por ejemplo, podría producirse una buchona cruzando dos castas, a no ser que uno de los troncos progenitores tuviese el enorme buche característico? Los supuestos troncos primitivos deben de haber sido todas palomas de roca; esto es: que no se criaban en los árboles ni tenían inclinación a posarse en ellos. Pero, aparte de la *Columba livia* con sus subespecies geográficas, sólo se conocen otras dos o tres especies de paloma de roca, y éstas no tienen ninguno de los caracteres de las razas domésticas. Por lo tanto, los supuestos troncos primitivos, o bien tienen que existir aún en las regiones donde fueron domesticados primitivamente, siendo todavía desconocidos por los ornitólogos (y esto, teniendo en cuenta su tamaño, costumbres y caracteres, parece improbable), o bien tienen que haberse extinguido en estado salvaje. Pero aves que se crían en precipicios y son buenas voladoras resultan difíciles de exterminar y la paloma silvestre, que tiene las mismas costumbres que las razas domésticas, no ha sido exterminada enteramente ni aun en algunos de los pequeños islotes británicos ni en las costas del Mediterráneo. Por consiguiente, la supuesta extinción de tantas especies que tienen costumbres semejantes a las de la paloma silvestre parece una suposición muy temeraria. Es más: las diversas castas domésticas antes citadas han sido transportadas a todas las partes del mundo, y, por consiguiente, algunas de ellas deben de haber sido llevadas de nuevo a su país natal; pero ninguna se ha vuelto salvaje o bravía, si bien la paloma ordinaria de palomar, que es la paloma silvestre ligerísimamente modificada, se ha hecho bravía en algunos sitios. En suma, todas las experiencias recientes muestran que es difícil lograr que los

animales salvajes se reproduzcan con regularidad en cautiverio; sin embargo, en la hipótesis del origen múltiple de nuestras palomas habría que admitir que siete u ocho especies, por lo menos, fueron domesticadas tan por completo en tiempos antiguos por el hombre semicivilizado, que son perfectamente prolíficas en cautiverio.

Un argumento de gran peso, y aplicable en otros varios casos, es que las castas antes especificadas, aunque coinciden generalmente con la paloma silvestre en constitución, costumbres, voz, color, y en las más de las partes de su estructura, son, sin embargo, ciertamente, muy anómalas en otros caracteres; en vano podemos buscar por toda la gran familia de los colúmbidos un pico como el de la *carrier* o mensajera inglesa, o como el de la *tumbler* o volteadora de cara corta, o el de la *barb*; plumas vueltas como las de la capuchina, buche como el de la buchona inglesa, plumas rectrices como las de la colipavo. Por lo tanto, habría que admitir no sólo que el hombre semicivilizado consiguió domesticar por completo diversas especies, sino que, intencionalmente o por casualidad, tomó especies extraordinariamente anómalas, y, además, que desde entonces estas mismas especies han llegado todas a extinguirse o a ser desconocidas. Tantas casualidades extrañas son en grado sumo inverosímiles.

Algunos hechos referentes al color de las palomas merecen ser tenidos en consideración. La paloma silvestre es de color azul pizarra, con la parte posterior del lomo blanca; pero la subespecie india, *Columba intermedia* de Strickland, tiene esta parte azulada. La cola tiene en el extremo una faja oscura y las plumas externas con un filete blanco en la parte exterior, en la base. Las alas presentan dos fajas negras. Algunas razas semidomésticas y algunas verdaderamente silvestres tienen, además de estas dos fajas negras, las alas moteadas de negro. Estos diferentes caracteres no se presentan juntos en ninguna otra especie de toda la familia. Ahora bien: en las razas domésticas, tomando ejemplares de pura raza, todos los caracteres dichos, incluso el filete blanco de las plumas rectrices externas, aparecen a veces perfectamente desarrollados. Más aún: cuando se cruzan ejemplares pertenecientes a dos o más razas distintas, ninguna de las cuales es azul ni tiene ninguno de los caracteres arriba especificados, la descendencia mestiza propende mucho a adquirir de repente estos caracteres. Para dar un ejemplo de los numerosos que he observado: crucé algunas colipavos blancas, que se criaban por completo sin variación, con algunas *barbs* negras —y ocurre que las

variedades azules de *barb* son tan raras, que nunca he oído de ningún caso en Inglaterra—, y los híbridos fueron negros, castaños y moteados. Crucé también una *barb* con una *spot* —que es una paloma blanca, con cola rojiza y una mancha rojiza en la frente, y que notoriamente cría sin variación—; los mestizos fueron oscuros y moteados. Entonces crucé uno de los mestizos *colipavo-barb* con un mestizo *spot-barb*, y produjeron un ave de tan hermoso color azul, con la parte posterior del lomo blanca, doble faja negra en las alas y plumas rectrices con orla blanca y faja, ¡como cualquier paloma silvestre! Podemos comprender estos hechos mediante el principio, tan conocido, de la reversión o vuelta a los caracteres de los antepasados, si todas las castas domésticas descienden de la paloma silvestre. Pero si negamos esto tendremos que hacer una de las dos hipótesis siguientes, sumamente inverosímiles: o bien —primera—, todas las diferentes supuestas ramas primitivas tuvieron el color y dibujos como la silvestre —aun cuando ninguna otra especie viviente tiene este color y dibujos—, de modo que en cada casta separada pudo haber una tendencia a volver a los mismísimos colores y dibujos; o bien —segunda hipótesis— cada raza, aun la más pura, en el transcurso de una docena, o a lo sumo una veintena, de generaciones, ha estado cruzada con la paloma silvestre: y digo en el período de doce a veinte generaciones, porque no se conoce ningún caso de descendientes cruzados que vuelvan a un antepasado de sangre extraña separado por un número mayor de generaciones. En una raza que haya sido cruzada sólo una vez, la tendencia a volver a algún carácter derivado de este cruzamiento irá haciéndose naturalmente cada vez menor, pues en cada una de las generaciones sucesivas habrá menos sangre extraña; pero cuando no ha habido cruzamiento alguno y existe en la raza una tendencia a volver a un carácter que fue perdido en alguna generación pasada, esta tendencia, a pesar de todo lo que podamos ver en contrario, puede transmitirse sin disminución durante un número indefinido de generaciones. Estos dos casos diferentes de reversión son frecuentemente confundidos por los que han escrito sobre herencia.

Por último, los híbridos o mestizos que resultan entre todas las razas de palomas son perfectamente fecundos, como lo puedo afirmar por mis propias observaciones, hechas de intento con las razas más diferentes. Ahora bien, apenas se ha averiguado con certeza ningún caso de híbridos de dos especies completamente distintas de animales que sean perfectamente fecundos. Algunos autores creen que la domesticidad

continuada largo tiempo elimina esta poderosa tendencia a la esterilidad. Por la historia del perro y de algunos otros animales domésticos, esta conclusión es probablemente del todo exacta, si se aplica a especies muy próximas; pero sería en extremo temerario extenderla tanto, hasta suponer que especies primitivamente tan diferentes como lo son ahora las palomas mensajeras inglesas, volteadoras, buchonas inglesas y colipavos han de producir descendientes perfectamente fecundos *inter se*.

Por estas diferentes razones, a saber: la imposibilidad de que el hombre haya hecho criar sin limitación en domesticidad a siete u ocho supuestas especies desconocidas en estado salvaje, y por no haberse vuelto salvajes en ninguna parte; el presentar estas especies ciertos caracteres muy anómalos comparados con todos los otros colúmbidos, no obstante ser tan parecidas a la paloma silvestre por muchos conceptos; la reaparición accidental del color azul y de las diferentes señales negras en todas las razas, lo mismo mantenidas puras que cruzadas y, por último, el ser la descendencia mestiza perfectamente fecunda; por todas estas razones tomadas en conjunto, podemos con seguridad llegar a la conclusión de que todas nuestras razas domésticas descienden de la paloma silvestre o *Columba livia*, con sus subespecies geográficas.

CHARLES DARWIN

El origen de las especies

3. Las parejas epistemológicas

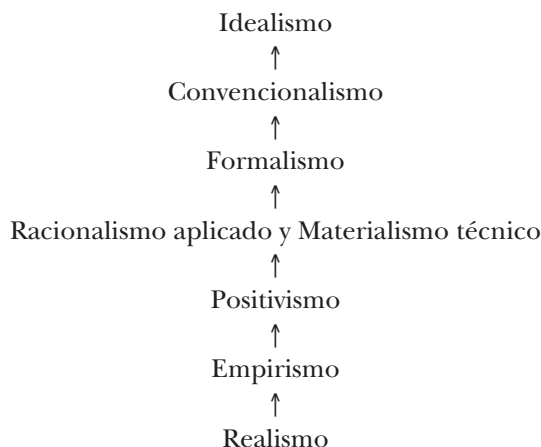
LA FILOSOFÍA DIALOGADA

Bachelard ha mostrado frecuentemente que la actividad de la ciencia moderna está orientada por una «bi-certidumbre» que explicita el diálogo más o menos denso entre la filosofía del racionalismo y la filosofía del realismo.* La epistemología se distingue de la filosofía tradicional de las ciencias por el hecho de que acepta como objeto de reflexión esta doble filosofía que anima todos los actos del científico, en lugar de interrogar a éstos a partir de una filosofía del conocimiento. Se pone de manifiesto entonces que «todas las filosofías del conocimiento científico se ordenan a partir del racionalismo aplicado y del materialismo técnico». Las filosofías que se encuentran en las dos perspectivas «debilitadas» que llevan al idealismo y al realismo ingenuos pierden su poder de dar cuenta del trabajo del científico y de prestarle una asistencia teórica, en la medida, precisamente, en que se alejan del «centro filosófico donde se fundamentan, a la vez, la experiencia reflexiva y la invención racional, en resumen, [de] la región en la que trabaja la ciencia contemporánea». Este análisis espectral de las posiciones epistemológicas, aplicado *mutatis mutandis* a las ciencias sociales, debería poner de manifiesto que los diálogos ficticios entre adversarios alejados, y a veces cómplices (por ejemplo, el formalismo y el intuicionismo), son más frecuentes que los densos intercambios entre la teoría y la experiencia.

* Véase *supra*, textos n° 1, pág. 122, y n° 23, pág. 236.

40. G. BACHELARD

De hecho, este intercambio simultáneo entre dos filosofías contrarias, en acción en el pensamiento científico, comprometen a numerosas filosofías, y tendremos que presentar diálogos, sin duda menos densos, pero que extienden la psicología del espíritu científico. Por ejemplo, se mutilaría la filosofía de la ciencia si no se examinara cómo se sitúan el positivismo o el formalismo, ya que, sin duda, ambos cumplen funciones en la física y en la química contemporáneas. Pero una de las razones que nos hace creer que nuestra posición central está bien fundada es que todas las filosofías del conocimiento científico se ordenan a partir del racionalismo aplicado. Casi no es necesario comentar el cuadro siguiente cuando se lo aplica al pensamiento científico:



Indiquemos solamente las dos perspectivas de pensamiento *debilitadas* que llevan, por una parte, del racionalismo al idealismo ingenuo y, por la otra, del materialismo técnico al realismo ingenuo.

Así, cuando se interpreta sistemáticamente el conocimiento racional como la constitución de ciertas *formas*, como un simple acoplamiento de *fórmulas* adecuadas para *informar* cualquier experiencia, se establece un *formalismo*. Este formalismo puede, en rigor, recibir los *resultados* del pensamiento racional, pero no puede proporcionar todo el trabajo del pensamiento racional. Por otra parte, uno no se atiene siempre a un formalismo. Ha comenzado una filosofía del conocimiento que de-

bilita el papel de la experiencia. Se está muy cerca de ver en la ciencia teórica un conjunto de *convenciones*, una serie de pensamientos más o menos *cómodos* organizados en el lenguaje claro de las matemáticas, las que no son más que el *esperanto* de la razón. La comodidad de las convenciones no les quita su arbitrariedad. Estas fórmulas, estas convenciones, esta arbitrariedad, muy fácilmente llegarán a ser sometidas a una actividad del sujeto pensante. Se llega así a un idealismo. Este idealismo ha dejado de ser declarado en la epistemología contemporánea, pero ha jugado un papel tan importante en las filosofías de la naturaleza durante el siglo XIX que todavía debe figurar en un examen general de las filosofías de la ciencia.

Por otra parte, hay que señalar la impotencia del idealismo para reconstruir un racionalismo de tipo moderno, un racionalismo activo capaz de dar razón de los conocimientos de las nuevas regiones de la experiencia. Dicho de otro modo, no podemos invertir la perspectiva que acabamos de describir. De hecho, cuando el idealista establece una filosofía de la naturaleza se limita a ordenar las *imágenes* que tiene de la naturaleza, consagrándose al carácter inmediato de esas imágenes. No supera los límites de un sensualismo etéreo. No se compromete en una experiencia sostenida. Se asombraría si se le exigiera continuar las investigaciones de la ciencia por medio de la experimentación esencialmente instrumental. No se cree obligado a aceptar las *convenciones* de otras mentalidades. No acepta la lenta disciplina que *formaría* su espíritu sobre la base de las lecciones de la experiencia objetiva. El idealismo pierde entonces toda posibilidad de dar cuenta del pensamiento científico moderno. El pensamiento científico no puede encontrar sus formas duras y múltiples en esa atmósfera de soledad, en ese solipsismo que es el mal congénito de todo idealismo. Al pensamiento científico le es necesaria una realidad social, el consenso de una fortaleza física y matemática. Debemos entonces instalarnos en la posición central del *racionalismo aplicado*, tratando de instaurar una filosofía específica para el pensamiento científico.

En la otra perspectiva de nuestro cuadro, en lugar de esta evanescencia que conduce al idealismo, nos encontramos con una inercia progresiva de pensamiento que conduce al realismo a una concepción de la realidad como sinónimo de la irracionalidad.

En efecto, al pasar del racionalismo de la experiencia física, estrechamente solidaria de la teoría, al *positivismo*, parecería que de inmediato

se pierden todos los principios de la *necesidad*. En consecuencia, el positivismo puro casi no puede justificar la potencia de la deducción presente en el desarrollo de las teorías modernas; no puede dar cuenta de los *valores de coherencia* de la física contemporánea. Y, sin embargo, comparado con el empirismo puro, el positivismo se presenta por lo menos como custodio de la jerarquía de las leyes. Se atribuye el derecho de descartar las aproximaciones finas, los detalles, las variedades. Pero esta jerarquía de leyes no tiene el valor de organización de las necesidades comprendidas claramente por el racionalismo. Por lo demás, al fundarse sobre juicios de utilidad, el positivismo es proclive a degradarse en el *pragmatismo*, en esa multitud de recetas que es el *empirismo*. El positivismo no tiene nada de lo necesario para decidir las órdenes de aproximaciones, para sentir esa extraña sensibilidad de racionalidad que dan las aproximaciones de segundo orden, esos conocimientos más aproximados, más discutidos, más coherentes que encontramos en el examen atento de las experiencias refinadas y que nos hacen comprender que hay más racionalidad en lo complejo que en lo simple.

Por otra parte, al dar un paso más allá del empirismo que se absorbe en el relato de sus resultados, se obtiene ese cúmulo de hechos y de cosas que, al abultar el *realismo*, le da la ilusión de la riqueza. A continuación mostraremos hasta qué punto es contrario a todo espíritu científico el postulado, tan fácilmente admitido por algunos filósofos, que asimila la realidad a un polo de irracionalidad. Cuando conduzcamos la actividad filosófica del pensamiento científico hacia su centro activo, se verá claramente que el materialismo activo tiene precisamente por función eliminar todo lo que podría ser calificado como irracional en sus materias, en sus objetos. La química, gracias a sus *a priori* racionales, nos entrega *sustancias sin accidentes*; libera a todas las materias de la irracionalidad de los orígenes. [...]

Si se hace un ensayo de determinación filosófica de las nociones científicas activas, se advertirá de inmediato que cada una de estas nociones tiene dos bordes, siempre dos bordes. Cada noción precisa es una noción que ha sido precisada. Ha sido precisada en un esfuerzo de idoneísmo, en el sentido gonsethiano del término, idoneísmo tanto más acentuado cuanto más rigurosas han sido las dialécticas. Pero estas dialécticas ya han sido suscitadas por las lejanas simetrías del cuadro que hemos propuesto. De este modo, se podrían esclarecer muchos problemas de la epistemología de las ciencias físicas si se instituyera la filoso-

fía dialogada del formalismo y el positivismo. El formalismo coordinaría con mucha claridad todos los puntos de vista matemáticos que informan las leyes positivas obtenidas por la experiencia científica. Sin poseer la apodicticidad del racionalismo, el formalismo tiene una autonomía lógica.

Entre el empirismo y el convencionalismo –sin duda, filosofías demasiado distendidas– sería posible todavía establecer correspondencias. Su diálogo tendría, por lo menos, el atractivo de un doble escepticismo. Por eso tienen mucho éxito entre los filósofos modernos que observan desde una perspectiva más alejada los progresos del pensamiento científico.

En cuanto a las dos filosofías extremas, idealismo y realismo, no tienen casi fuerza sino por su dogmatismo. El realismo es definitivo y el idealismo prematuro. Ni uno ni otro tienen esa *actualidad* que reclama el pensamiento científico. En particular, realmente no se ve cómo puede un realismo científico elaborarse a partir de un realismo vulgar. Si la ciencia fuera una descripción de una realidad dada, no se ve con qué derecho la ciencia *ordenaría* esa descripción.

Nuestra tarea entonces será mostrar que el racionalismo no es de ninguna manera solidario del imperialismo del sujeto; que no puede formarse en una conciencia aislada. También tendremos que probar que el *materialismo técnico* no es de ninguna manera un realismo filosófico. El materialismo técnico corresponde esencialmente a una realidad transformada, a una realidad rectificada, a una realidad que, precisamente, ha recibido la marca humana por excelencia, la marca del racionalismo.

Así, nos veremos siempre llevados al centro filosófico en que se fundamentan a la vez la experiencia reflexiva y la invención racional; en resumen, a la región donde trabaja la ciencia contemporánea.

GASTON BACHELARD

Le rationalisme appliqué

EL NEOPOSITIVISMO, ACOPLAMIENTO DEL SENSUALISMO Y DEL FORMALISMO

Se ve claramente en el caso del neopositivismo de la Escuela de Viena que, contrariamente a la representación común que adjudica automáticamente a todo refinamiento formal las propiedades de la construcción teórica, el formalismo más radical exige la sumisión a los «hechos» del sentido común, es decir, a la teoría sensualista que implica el sentido común cuando éste se representa el hecho como un dato.

41. G. CANGUILHEM

Se ha señalado frecuentemente que entre el empirismo y el positivismo hay una relación de filiación: el intermediario entre Comte y los sensualistas del siglo XVIII es D'Alembert. El positivismo se define a sí mismo como la negativa a tomar en cuenta toda proposición cuyo contenido no mantenga, directa o indirectamente, alguna correspondencia con hechos comprobados. «Al agregar [al término *filosofía*] la palabra *positiva*, anuncio que considero ese modo especial de filosofar que consiste en considerar que las teorías, cualquiera que fuera el orden de sus ideas, tienen por objeto la coordinación de los hechos observados.»¹ Salta a la vista de inmediato cómo aquí los hechos están disociados de la teoría, que de alguna manera es posterior y exterior a estos datos: lo mismo sucede en el esquema del método positivista, según el

1 A. Comte, Advertencia a la primera edición del *Cours de philosophie positive*, 1830.

cual el espíritu humano descubre, «por el uso combinado del razonamiento y la observación», las leyes efectivas de los fenómenos, es decir las relaciones invariables de sucesión y de similitud.² En otra parte Comte desarrolla de esta manera el sentido de la palabra positivo: real, verificable, útil.³ La relación, ya apreciable en el empirismo, de la especulación teórica con la utilización pragmática, es innegable en el positivismo. Se manifiesta en la distinción, desde el punto de vista astronómico, entre el *universo* y el *mundo* (el sistema solar), único digno del interés humano; en la hostilidad de Comte al empleo de métodos o de instrumentos que permitan, ya sea determinar la composición de los astros, ya sea complicar y corregir las relaciones legales de forma simple (tales como la ley de Mariotte); en la proscripción del cálculo de probabilidades en física y en biología. En cuanto a la subordinación general del conocimiento a la acción (saber para prever a fin de poder), es demasiado conocida para que valga la pena insistir.

Las mismas tendencias se vuelven a encontrar en lo que se ha convenido llamar el neopositivismo de la Escuela de Viena, que une, paradójicamente, una teoría radicalmente sensualista de la exploración de lo real, una teoría radicalmente formalista (en el sentido que le confieren los trabajos modernos sobre la axiomática) del pensamiento y del discurso, y que deriva de dos tradiciones muy diferentes, cuyos símbolos son los nombres de Ernst Mach y de Hilbert. Los representantes más auténticos de esta escuela son R. Carnap, M. Schlick y Neurath, a los que habría que agregar a Ph. Franck y, aunque un poco más alejado, a H. Reichenbach, que niega ser estrictamente adicto.

Los neopositivistas de Viena toman, aunque con muchas restricciones, la idea fundamental de Wittgenstein (*Tractatus logico-philosophicus*), que sostiene que el lenguaje es la copia del mundo: lo real es un conjunto de «datos» cuya descripción constituye el conocimiento. A los objetos corresponden los nombres; a las relaciones efectivas entre los objetos, las proposiciones. El lenguaje tiene los mismos límites que el mundo; no podría comprender nada inteligible que no estuviera en el mundo (por ejemplo, la noción de frontera del mundo no tiene sentido). Llevando las cosas hasta el fin —a donde Carnap se niega seguirlo— Wittgenstein

2 *Cours phil. pos.*, 1ª lección.

3 *Discours sur l'ensemble du positivisme*, 1ª parte.

plantea que no podría haber «proposiciones sobre las proposiciones». El único objetivo de la filosofía es criticar el lenguaje, clarificar las proposiciones (en este caso habría que preguntarse cómo se puede trabajar sobre proposiciones si no se pueden hacer proposiciones sobre proposiciones).

Por lo tanto, hechas todas las reservas, la base de la ciencia está compuesta, según los vieneses, por proposiciones que llevan al plano del lenguaje el resultado de observaciones. Son solamente las proposiciones las que pueden tener sentido, y no las palabras aisladas. Pues *el sentido de un juicio sobre la realidad está siempre en relación con un método de verificación*. Un juicio que no se pudiera verificar, es decir, reducir a alguna observación efectiva, no tiene sentido. Por ejemplo, el concepto de *simultaneidad* recibió una significación en la física relativista porque Einstein definió las condiciones de un método de transmisión y de recepción de señales. Fuera de esta experiencia, la noción de simultaneidad no tiene ningún valor.

Según Neurath todas las ciencias de la naturaleza o del espíritu son los fragmentos de una «ciencia unitaria» por construir, y esa ciencia es la filosofía. Tal ciencia unitaria debe contar con una lengua universal, y esa lengua será la de la física. De aquí proviene el término *fisicalismo*, que no significa que toda proposición científica deba reducirse a las teorías físicas que actualmente se aceptan porque están verificadas, sino más bien que toda proposición de alcance real debe poder encontrar su verificación de la misma manera que los *enunciados protocolarios* o *proposiciones-comprobaciones* (*Protokollsätze*) de la física. Toda experiencia física consiste en comprobar que, en determinadas circunstancias definidas, un hecho elemental determinado (desplazamiento de una aguja sobre un cuadrante, aparición o desaparición de una sombra o de una estría luminosa sobre una pantalla) ha sido registrado por un experimentador. Toda teoría física válida debe conducir a tales comprobaciones: el protocolo fiel de la comprobación es capaz de transmitir a cualquier persona el contenido y el resultado auténticos de la observación; y la concordancia de las proposiciones-comprobaciones derivada de la teoría (es decir las observaciones que se debe llegar a registrar) con las proposiciones-comprobaciones enunciadas directamente por los observadores reales garantiza la exactitud de la teoría.

Examinaremos aquí el neopositivismo vienes solamente en sus aspectos *fisicalistas*.

Según Neurath y Carnap, es necesario precisar el sentido de la palabra *datos* cuando se habla de la relación que da significación de validez a una proposición de alcance real. Ellos piensan que en todo enunciado protocolario se debe decir algo relativo a objetos físicos, por ejemplo, que se observan sobre una pantalla, en tal lugar, una mancha sombreada o un círculo claro. La consecuencia de esta afirmación es que la distinción, tan del gusto de todas las filosofías ontológicas, entre el mundo «real» y el mundo «aparente», está desprovista de sentido. Lo real y lo aparente difieren uno del otro como «dos resultados experimentales obtenidos en circunstancias diferentes» (Franck). Por ejemplo, la distinción entre el aparente cristal de Nace y el cristal real (es decir su estructura molecular) equivale a la distinción entre dos iluminaciones: a la luz del sol o de una lámpara, el ojo humano ve el cuerpo como un cuerpo compacto, pero bajo un haz de rayos de Rontgen se percibe sobre la placa fotográfica una estructura granular.⁴ En consecuencia, el papel de una teoría física es solamente coordinar los datos de la experiencia siguiendo un esquema y con el fin de orientar la espera de ciertas comprobaciones venideras. Es así como, si se plantea la identidad de la luz y de la electricidad, «no se puede dejar de citar por lo menos un fenómeno observable como consecuencia de la identidad “real” de la luz y de la electricidad».⁵ Esta *orientación de la espera* es el único sentido real que se puede dar al principio de causalidad: «Si buscamos lo que es necesario entender cuando, en la vida práctica, hablamos del principio de causalidad, encontraremos que se trata de cierta manera de asociar los datos de nuestra experiencia, para lograr la adaptación al mundo que nos rodea y con el fin de evitar la inquietud que nos causa el porvenir inmediato».⁶ Aquí se ve cómo el neopositivismo hace su «retorno a Hume», a través de Comte.

Existe, sin embargo, entre el empirismo sensualista y el positivismo del siglo XIX o del siglo XX, esta importante diferencia: según los empiristas sensualistas, el caos de las «impresiones» termina por encontrar un orden en sí mismo, debido al hecho de las conexiones de asociación. El positivismo, por el contrario, insiste en la necesidad de *poner el orden*; según Comte por medio de una teoría de tipo matemático, según

4 Franck, *op. cit.*, pág. 219.

5 Franck, *op. cit.*, pág. 235.

6 Franck, *op. cit.*, pág. 276.

los vieneses por medio del esquema formal. Pero aquí se trata de la *yuxtaposición* de dos exigencias (naturalismo y racionalismo), de ninguna manera de su síntesis. Tanto la teoría física como el esquema formal son *posteriores* y *exteriores* a los datos. El positivismo admite, pues, la suficiencia inicial del dato inmediato para constituir una materia de conocimiento, que se reconoce después por una exigencia de coordinación. Esto es lo que ha percibido Gonseth, cuando dice de la doctrina del Círculo de Viena: «*Es el realismo más sumario, el menos matizado*». ⁷ El realismo más sumario, sin duda, pero también el más vulgar, puesto que es el mismo del sentido común, el que postula, bajo la forma de creencia absoluta, la identidad de la sensación y del conocimiento.

Es este postulado o esta creencia lo que deben juzgarse. Y lo haremos resumiendo, en primer lugar, el pensamiento sobre este aspecto de uno de los más grandes físicos contemporáneos, Max Planck. ⁸

Si se admite que las percepciones sensibles son a la vez un dato primitivo y la única realidad inmediata, es falso hablar de ilusiones de los sentidos. Además, si no podemos ir más allá de la impresión personal, es imposible que de allí surja un conocimiento objetivo; no hay ninguna razón para seleccionar, para elegir entre las impresiones personales: todas tienen el mismo derecho. El positivismo, llevado hasta sus últimas consecuencias, «rechaza la existencia y aun la simple posibilidad de una física independiente de la individualidad del científico». ⁹ No hay ciencia posible sino bajo la condición de plantear la existencia de un mundo real, pero del que no podemos tener un conocimiento inmediato. El trabajo científico es, pues, un esfuerzo hacia un objetivo inaccesible: «el objetivo es de naturaleza metafísica, es inaccesible». ¹⁰

El positivismo tiene razón en ver en *las medidas* la base de la ciencia, pero desconoce gravemente el hecho de que la medida es un fenómeno para el cual el científico, el instrumento y aun la teoría son interiores. Hay que señalar el parentesco de las críticas que Planck y Meyerson dirigen al positivismo. El concepto de realidad, el concepto de «cosa» es, dice Meyerson, indispensable para la investigación científica.

⁷ *Qu'est-ce que la logique?*, pág. 34.

⁸ *Initiations à la physique*, c. IX, «Le positivisme et la réalité du monde extérieur», pág. 201.

⁹ Véase pág. 210.

¹⁰ Planck, pág. 210.

El fondo del problema es finalmente éste: cuál es el valor teórico de los *datos* sensibles.

En primer lugar estos sólo son datos. De inmediato la epistemología sensualista o positivista reconoce que, si la ciencia se hace a partir de datos sensibles, se hace *alejándose* de ellos. A despecho de su matematismo, Comte permanece fiel al realismo empirista: «Pese a todas las suposiciones arbitrarias, los fenómenos luminosos constituyeron siempre una categoría *sui generis* necesariamente irreductible a cualquier otra: una luz será eternamente heterogénea a un movimiento o a un sonido. Las mismas consideraciones fisiológicas se opondrían ineludiblemente, a falta de otros motivos, a tal confusión de ideas, por las características inalterables que distinguen profundamente al sentido de la vista, ya sea del sentido del oído, ya sea del sentido del tacto o de la presión.¹¹

Ahora bien, toda la evolución del saber *desmiente* esta afirmación. El conocimiento unifica aquello que la sensorialidad especifica y distingue; se esfuerza por constituir un universo cuya realidad proviene precisamente del hecho de que *desacredita* la pretensión de la percepción sensible de plantearse como un saber. Sin duda, la teoría explicativa mantiene contacto, y el contacto más estrecho, con la experiencia, pero en tanto que la experiencia es *el problema que se debe aclarar* y no un comienzo de solución. La relación de la teoría con la experiencia garantiza que la teoría no se aleje del problema que la ha suscitado, pero no implica, de ninguna manera, que es bajo la forma de la experiencia inicial como se dará la solución.

GEORGES CANGUILHEM

«Leçons sur la méthode»

11 *Cours de philosophie positive*, 33ª lección, Schleicher II, pág. 338.

EL FORMALISMO COMO INTUICIONISMO

A pesar de que está conducida en función de los principios –y de los supuestos– particulares de su autor, la crítica que hizo Durkheim a la tentativa de Simmel de fundar una sociología formal muestra la conexión que une al proyecto formalista y el intuicionismo. La intención prematura de dar como objeto a la sociología las formas sociales abstraídas de su «contenido» conduce necesariamente a asociaciones azarosas o a aproximaciones inducidas por las intuiciones del sentido común: al privarse de los conocimientos y los controles que impondría la construcción de objetos más complejos, el científico queda abandonado a la «fantasía individual» y se condena a un método donde el ejemplo se transforma en el sustituto de la prueba, y la acumulación ecléctica en el sustituto del sistema.

42. É. DURKHEIM

[Durkheim recuerda la intención de la obra de Simmel: dar a la sociología un objeto propio, distinguiendo en la sociedad el «contenido» del «continente». El continente, es decir «la asociación dentro de la cual se observan esos fenómenos» que constituyen el objeto de la sociología, «ciencia de la asociación en lo abstracto».]

Pero, ¿por qué medios se realizará esta abstracción? Si es cierto que todas las asociaciones humanas se forman teniendo en cuenta fines particulares, ¿cómo será posible aislar la asociación en general de los diversos fines a los que ella sirve, con el propósito de determinar las leyes?

«Comparando las asociaciones destinadas a los objetivos más diferentes y extrayendo lo que tienen en común. De esta manera, todas las diferencias que presentan los fines especiales alrededor de los cuales se constituyen las sociedades, se neutralizan mutuamente, y la forma social será la única en resaltar. Así, un fenómeno como la *formación de partidos* se percibe con tanta claridad en el mundo artístico como en los medios políticos, en la industria como en la religión. Por lo tanto, si se investiga lo que se encuentra en todos estos casos a pesar de la diversidad de los fines y de los intereses, se obtendrán las leyes de este modo particular de agrupación. El mismo método nos permitirá estudiar la *dominación* y la *subordinación*, la formación de las *jerarquías*, la *división del trabajo*, la *concurencia*, etcétera.»¹

Podría parecer que, de esta manera, se le ha asignado a la sociología un objeto claramente definido. En realidad creemos que tal concepción sólo sirve para mantenerla en el ámbito de una ideología metafísica de la que, por el contrario, ha manifestado una irresistible necesidad de emanciparse. No le negamos a la sociología el derecho de constituirse por medio de ideas abstractas puesto que no hay ciencia que pueda formarse de otro modo. Sólo que es necesario que las abstracciones estén metódicamente elaboradas y que dividan los hechos según sus distinciones naturales, sin lo cual degeneran forzosamente en construcciones imaginarias, en una vana mitología. La vieja economía política reclamaba, sin duda, el derecho a abstraer, que, en principio, no se le puede negar; pero el uso que hacía de ese derecho estaba viciado, pues establecía en la base de toda su deducción una abstracción que no tenía el derecho de plantear: la noción de un hombre que, en sus acciones, se movía exclusivamente por su interés personal. Una hipótesis de este tipo no puede plantearse al comienzo de la investigación; solamente las observaciones repetidas y las confrontaciones metódicas pueden permitir apreciar la fuerza impulsiva que tales móviles son capaces de ejercer sobre nosotros. No estamos en condiciones de afirmar que pueda haber en nosotros ciertos elementos suficientemente definidos que nos autoricen a aislarlos de los otros factores de nuestra conducta y a considerarlos aparte. ¿Quién podría

1 *Anné Sociologique*, vol. I, pág. 72.

decir si entre el egoísmo y el altruismo existe esa separación definida que el sentido común admite sin reflexión?

Para justificar el método propuesto por Simmel no es suficiente recordar el ejemplo de las ciencias que proceden por abstracción; es necesario mostrar que la abstracción a la que uno se refiere está hecha según los principios a los que debe someterse toda abstracción científica. Ahora bien, ¿con qué derecho se separa, de manera tan radical, el continente del contenido de la sociedad? Se limitan a afirmar que sólo el continente es de naturaleza social y que el contenido tiene sólo indirectamente ese carácter. No existe, pues, ninguna prueba para establecer una proposición que, lejos de aparecer como un axioma evidente, puede ser considerada por el científico como una afirmación gratuita.

Sin duda, no todo lo que pasa en la sociedad es social, pero no se puede decir lo mismo de todo lo que se desarrolla *en y por* la sociedad. Por consiguiente, para colocar fuera de la sociología los diversos fenómenos que constituyen la trama de la vida social, será necesario haber demostrado que estos fenómenos no son obra de la colectividad, sino que tienen orígenes completamente distintos y que, simplemente, se sitúan en el cuadro general constituido por la sociedad. Ahora bien, que sepamos, esta demostración no ha sido intentada, ni siquiera se han comenzado las investigaciones que ella supone. Sin embargo, es fácil percibir a primera vista que las tradiciones y las prácticas colectivas de la *religión*, del *derecho*, de la *moral*, de la *economía política* no pueden ser hechos que tengan un carácter social menor que las formas exteriores de la sociabilidad; y si se profundiza el examen de esos hechos, esta primera impresión se confirma: en todas partes se halla presente la obra de la sociedad que elabora estos fenómenos, y bien clara es su repercusión sobre la organización social. Ellos son la sociedad misma, viva y actuante. ¡Qué idea extraña sería imaginar el grupo como una especie de forma vacía, de molde que podría recibir indiferentemente cualquier clase de material! Se afirma que hay estructuras que se encuentran por doquier, cualquiera que fuere la naturaleza de los fines perseguidos. Pero es muy evidente que entre todas estas finalidades, cualesquiera que fueren sus divergencias, hay caracteres comunes. ¿Por qué son solamente estos últimos los que deben tener valor social, con exclusión de los caracteres específicos?

No solamente este empleo de la abstracción no tiene nada de metódico, puesto que su resultado es separar cosas que son de la misma na-

turalidad, sino que la abstracción que se obtiene de este modo, y que se pretende transformar en el objeto de la ciencia, carece de toda determinación. En efecto, ¿qué significan las expresiones empleadas, tales como *formas sociales*, *formas de la asociación en general*? Si solamente se quisiera hablar de la manera en que los individuos se encuentran en relación unos con otros en el seno de la asociación, de las *dimensiones* de esta última, de su *densidad*, en una palabra, de su aspecto exterior y morfológico, la noción estaría definida, pero sería demasiado estrecha para poder constituir por sí sola el objeto de una ciencia; pues equivaldría a reducir la sociología solamente a la consideración del sustrato sobre el que descansa la vida social. Pero, de hecho, nuestro autor atribuye a este término una significación mucho más extensa. No solamente entiende por él el modo de agrupamiento, la condición estática de la asociación, sino también las formas más generales de las relaciones sociales. Éstas son las formas más amplias de cualquier especie de relación que pueda entablarse en el seno de la sociedad; y es ésta la naturaleza de los hechos que se nos presentan como directamente pertenecientes a la sociología; ellos son: la *división del trabajo*, la *concurrentia*, la *imitación*, el estado de *libertad* o de *dependencia* en que un individuo se encuentra frente al grupo.² Pero entonces, entre estas relaciones y las otras relaciones más especiales no hay sino una diferencia de grado: ¿y cómo una simple diferencia de este tipo podría justificar una separación tan tajante entre dos órdenes de fenómenos? Si las primeras constituyen la materia de la sociología, ¿por qué las segundas deben estar excluidas, si son de la misma especie? El fundamento aparente que tenía la abstracción propuesta cuando los dos elementos se oponían uno al otro, como el continente al contenido, se disipa cuando se aclara mejor la significación de estos términos y se percibe que no son más que metáforas empleadas de manera inexacta.

El aspecto más general de la vida social no es el contenido o la forma, como tampoco lo son los aspectos especiales que pueda ofrecer. No hay allí dos especies de realidad que, aun siendo solidarias, serían distintas y disociables, sino hechos de la misma naturaleza, examinados con grados diversos de generalidad. ¿Cuál es, por otra parte, el grado de generalidad necesario para que tales hechos puedan ser clasificados entre

2 *Revue de Métaphysique et de Morale*, II, pág. 499.

los fenómenos sociológicos? Nadie lo puede decir, y la pregunta es una de aquellas que no pueden ser contestadas. Se comprende entonces hasta qué punto este criterio es arbitrario y de qué manera permite extender o restringir a voluntad los límites de la ciencia. Con el pretexto de circunscribir la investigación, este método en realidad la abandona a la fantasía individual. Ya no hay ninguna regla que permita decidir, de manera impersonal, dónde comienza y dónde termina el círculo de los hechos sociológicos; no solamente los límites son móviles, lo que sería legítimo, sino que no se puede comprender por qué ellos deben colocarse en tal punto y no en tal otro. Hay que agregar a todo esto que, para estudiar los tipos más generales de los actos sociales y sus leyes, es necesario conocer las leyes de los tipos más particulares, porque los primeros no pueden estudiarse y explicarse sino por comparación metódica con los segundos. En este aspecto, todo problema sociológico supone el conocimiento profundo de todas esas ciencias especiales que uno querría colocar fuera de la sociología, pero de las cuales esta última no podría prescindir. Y como esta competencia universal es imposible, no queda más remedio que contentarse con conocimientos sumarios, recogidos apresuradamente y que no se someten a ningún control. En realidad, tales son las características de los estudios de Simmel. Apreciamos en ellos el refinamiento y la ingeniosidad; pero no creemos que de esta forma sea posible trazar, de manera objetiva, las divisiones principales de nuestra ciencia como él las comprende. Entre las cuestiones que propone a la consideración de los sociólogos no se percibe ningún vínculo; son temas de meditación que no se incluyen en ningún sistema científico que forme un todo. Además, las pruebas que usa consisten generalmente en simples ejemplificaciones; se citan hechos, tomados de los dominios más dispares, sin estar precedidos de su crítica y, por consiguiente, sin que se pueda apreciar su valor. Para que la sociología merezca el nombre de ciencia, es necesario que consista en algo completamente distinto de las variaciones filosóficas sobre algunos aspectos de la vida social, elegidos más o menos al azar, según las tendencias particulares de los individuos; es necesario plantear el problema de manera que se pueda extraer una solución lógica.

ÉMILE DURKHEIM

«La sociologie et son domaine scientifique»

Conclusión

Sociología del conocimiento y epistemología

LAS MUNDANIDADES DE LA CIENCIA

Bachelard pone de manifiesto la interdependencia entre la admiración excesiva por la ciencia y la complacencia de los científicos por esta admiración de su público que caracteriza la vida mundana y pública de la física del siglo XVIII; al hacerlo, destaca la lógica más general, según la cual una disciplina científica es incitada a la mundanidad en la medida en que no ha consumado la ruptura epistemológica con la experiencia primera. El análisis de las condiciones sociales de la impregnación de una ciencia por la atmósfera intelectual de la época muestra que solamente una «fortaleza científica homogénea y bien custodiada» puede defenderse contra las seducciones de las «experiencias de etiqueta».

43. G. BACHELARD

[Actualmente, dice el autor, «la educación científica elemental ha deslizado entre la naturaleza y el observador un libro demasiado correcto, demasiado corregido».]

No ocurriría lo mismo durante el período precientífico, en el siglo XVIII. En esa época el libro de ciencias podía ser un libro bueno o malo. Pero no estaba *controlado* por una enseñanza oficial. Cuando llevaba el signo de un control, era a menudo de una de aquellas academias de provincia, reclutadas entre los espíritus más enrevesados y más mundanos. Entonces el libro *hablaba* de la naturaleza, se interesaba por la vida cotidiana. Era un libro de divulgación para el conocimiento vulgar, sin

el telón de fondo espiritual que a menudo convierte nuestros libros de divulgación en libros de gran vuelo. Autor y lector pensaban a la misma altura. La cultura científica estaba como aplastada por la masa y variedad de los libros mediocres, mucho más numerosos que los libros de valor. Es en cambio muy llamativo que en nuestra época los libros de divulgación científica sean libros relativamente raros.

Abrid un libro de enseñanza científica moderno: en él la ciencia se presenta referida a una teoría de conjunto. Su carácter orgánico es tan evidente que se hace muy difícil saltar capítulos. En cuanto se han transpuesto las primeras páginas, ya no se deja hablar más al sentido común; ya no se atiende más a las preguntas del lector. En él, el *Amigo lector* sería con gusto reemplazado por una severa advertencia: ¡Atención, alumno! El libro plantea sus propias preguntas. El libro manda.

Abrid un libro científico del siglo XVIII, advertiréis que está arraigado en la vida diaria. El autor conversa con su lector como un conferencista de salón. Acopla los intereses y los temores *naturales*. ¿Se trata, por ejemplo, de encontrar la causa del trueno? Se hablará al lector del temor al trueno, se tratará de mostrarle que este temor es vano, se sentirá la necesidad de repetirle la vieja observación: cuando estalla el trueno, el peligro ha pasado, pues sólo el rayo mata. Así dice el libro del abate Poncelet¹ en la primera página de la Advertencia: «Al escribir sobre el trueno, mi principal intención ha sido la de moderar, en cuanto sea posible, las incómodas impresiones que este meteoro acostumbra ejercer sobre una infinidad de personas de toda edad, de todo sexo y de toda condición. ¿A cuántos he visto pasar los días entre violentas agitaciones y las noches entre mortales inquietudes?». El abate Poncelet consagra un capítulo íntegro, que resulta ser el más largo del libro (páginas 133 a 155), a las reflexiones sobre el espanto provocado por el trueno. Distingue cuatro tipos de miedo que analiza detalladamente. [...]

La clase social de los lectores obliga a veces a un tono particular en el libro precientífico. La astronomía para la gente de mundo debe incorporar las bromas de los grandes. Un erudito de una gran paciencia, Claude Comiers, comienza con estas palabras su obra sobre los cometas, obra frecuentemente citada en el transcurso del siglo: «Puesto que

1 Abate Poncelet, *La Nature dans la formation du Tonnerre et la reproduction des tres vivants*, 1769.

en la Corte se ha debatido con calor si cometa era macho o hembra, y que un mariscal de Francia, para dar término al diferendo de los doctos, dictaminó que era necesario levantar la cola de esa estrella, para saber si debía tratársele de *el* o *la*...».² Sin duda un sabio moderno no citaría la opinión de un mariscal de Francia. Y tampoco proseguiría, interminablemente, con bromas sobre la cola o la barba de los cometas: «Como la cola, según el refrán, siempre es lo más duro de pelar, la de los cometas ha dado siempre tanto trabajo para explicar como el nudo gordiano para desatar».

En el siglo XVII las dedicatorias de los libros científicos son, si cabe, de una adulación más pesada que aquellas de los libros literarios. En todo caso, son aún más chocantes para un espíritu científico moderno indiferente a las autoridades políticas. [...]

A veces hay intercambio de puntos de vista entre el autor y sus lectores, entre los *curiosos* y los *sabios*. Por ejemplo, en 1787, se publicó una correspondencia completa bajo el siguiente título: «Experiencias realizadas sobre las propiedades de los lagartos, ya en carne como en líquidos, para el tratamiento de las enfermedades venéreas y herpéticas». Un viajero retirado, de Pontarlier, asegura haber visto negros de la Luisiana curarse del mal venéreo «comiendo anolis». Preconiza esa cura. El régimen de tres lagartos por día conduce a resultados maravillosos que son señalados a Vicq d'Azyr. En varias cartas Vicq d'Azyr agradece a su corresponsal. [...]

El mundo científico contemporáneo es tan homogéneo y tan bien protegido, que las obras de alienados y de espíritus trastornados difícilmente encuentran editor. No ocurría lo mismo hace ciento cincuenta años. [...]

Estas observaciones generales sobre los libros de primera instrucción son quizá suficientes para señalar la diferencia que existe, ante el primer contacto con el pensamiento científico, entre los dos períodos que queremos caracterizar. Si se nos acusara de utilizar autores bastante malos, olvidando los buenos, responderíamos que los buenos autores no son necesariamente aquellos que tienen éxito y que, puesto que necesi-

2 Claude Comiers, *La Nature et présage des Comètes*. Obra matemática, física, química e histórica, enriquecida con las profecías de los últimos siglos, y con la fábrica de los grandes telescopios, Lyon, 1665 [págs. 7-74].

tamos estudiar cómo nace el espíritu científico bajo la forma libre y casi anárquica –en todo caso no escolarizada– tal como ocurrió en el siglo XVIII, nos vemos obligados a considerar toda la falsa ciencia que aplasta a la verdadera, toda la falsa ciencia *en contra* de la cual, precisamente, ha de constituirse el verdadero espíritu científico. En resumen, el pensamiento precientífico está «en el siglo». Pero no es *regular* como el pensamiento científico formado en los laboratorios oficiales y codificado en los libros escolares. Veremos cómo la misma conclusión se impone desde un punto de vista algo diferente.

En efecto, Mornet ha mostrado bien, en un libro despierto, el carácter mundano de la ciencia del siglo XVIII. Si volvemos sobre el tema es simplemente para agregar algunos matices relativos al *interés*, en cierto modo pueril, que entonces suscitaban las ciencias experimentales, y para proponer una interpretación particular de ese interés. A este respecto nuestra tesis es la siguiente: Al satisfacer la curiosidad, al multiplicar las ocasiones de la curiosidad, se traba la cultura científica en lugar de favorecerla. Se reemplaza el conocimiento por la admiración, las ideas por las imágenes.

Al tratar de revivir la psicología de los observadores entretenidos veremos instalarse una era de facilidad que eliminará del pensamiento científico *el sentido del problema*, y por tanto el nervio del progreso. Tomaremos numerosos ejemplos de la ciencia eléctrica y veremos cuán tardíos y excepcionales han sido los intentos de geometrización en las doctrinas de la electricidad estática, puesto que hubo que llegar a la *aburrida* ciencia de Coulomb para encontrar las primeras leyes científicas de la electricidad. En otras palabras, al leer los numerosos libros dedicados a la ciencia eléctrica en el siglo XVIII, el lector moderno advertirá, según nuestro modo de ver, la dificultad que significó abandonar lo pintoresco de la observación básica, decolorar el fenómeno eléctrico, y despejar a la experiencia de sus caracteres parásitos, de sus aspectos irregulares. Aparecerá entonces claramente que la primera empresa empírica no da ni los *rasgos* exactos de los fenómenos, ni una descripción bien ordenada, bien jerarquizada de los fenómenos.

Una vez admitido el misterio de la electricidad –y es siempre muy rápido admitir un misterio como tal– la electricidad dio lugar a una «ciencia» fácil, muy cercana a la historia natural y alejada de los cálculos y de los teoremas que, después de los Huygens y los Newton, invadieron poco a poco a la mecánica, a la óptica, a la astronomía. Todavía

Priestley escribe en un libro traducido en 1771: «Las experiencias eléctricas son, entre todas las que ofrece la física, las más claras y las más agradables». Así, esas doctrinas primitivas, que se referían a fenómenos tan complejos, se presentaban como doctrinas fáciles, condición indispensable para que fueran entretenidas, para que interesaran al público mundano. O también, para hablar como filósofo, esas doctrinas se presentaban bajo el signo de un *empirismo evidente y profundo*. ¡Es tan cómodo, para la pereza intelectual, refugiarse en el empirismo, llamar a un hecho un hecho, y vedarse la investigación de una ley! Aún hoy todos los malos alumnos del curso de física «comprenden» las fórmulas empíricas. Ellos creen fácilmente que todas las fórmulas, aun aquellas que provienen de una teoría sólidamente organizada, son fórmulas empíricas. Se imaginan que una fórmula no es sino un conjunto de números en expectativa que es suficiente aplicar en cada caso particular. Además, ¡cuán seductor es el empirismo de esta electricidad primera! Es un empirismo no sólo evidente, es un *empirismo coloreado*. No hay que comprenderlo, sólo basta verlo. Para los fenómenos eléctricos, el libro del mundo es un libro en colores. Basta hojearlo sin necesidad de prepararse para recibir sorpresas. ¡Parece en ese dominio tan seguro decir que jamás se hubiera previsto lo que se ve! Dice precisamente Priestley: «Quienquiera hubiera llegado por algún raciocinio (a predecir la conmoción eléctrica) hubiera sido considerado un gran genio. Pero los descubrimientos eléctricos se deben en tal medida al azar, que es menos el efecto del genio que las fuerzas de la Naturaleza las que excitan la admiración que le otorgamos»; sin duda, en Priestley es una idea fija la de referir todos los descubrimientos científicos al azar. Hasta cuando se trata de sus descubrimientos personales, realizados pacientemente con una ciencia de la experimentación química muy notable, Priestley se da el lujo de borrar los vínculos teóricos que lo condujeron a preparar experiencias tan fecundas. Hay una voluntad tal de filosofía empírica, que el pensamiento no es casi más que una especie de causa ocasional de la experiencia. Si se escuchara a Priestley, todo lo ha hecho el azar. Según él, la suerte prima sobre la razón. Entreguémonos pues al espectáculo. No nos ocupemos del físico, que no es sino un director de escena. Ya no ocurre lo mismo en nuestros días, en los que la astucia del experimentador, el rasgo de genio del teórico despiertan la admiración. Y para mostrar claramente que el origen del fenómeno provocado es humano, es el nombre del experimentador el que se une —y sin duda

para la eternidad— al *efecto* que ha construido. Es el caso del efecto Zeeman, del efecto Stark, del efecto Raman, del efecto Compton y también del efecto Cabannes-Daure que podría servir de ejemplo de un efecto en cierto modo *social*, producto de la colaboración de los espíritus.

El pensamiento precientífico no se consagra al estudio de un fenómeno bien circunscrito. *No busca la variación, sino la variedad*. Y es éste un rasgo particularmente característico; la investigación de la variedad arrastra al espíritu de un objeto a otro, sin método; el espíritu no apunta entonces sino a la extensión de los conceptos; la investigación de la variación se liga a un fenómeno particular, trata de objetivar todas las variables, de probar la sensibilidad de las variables. Esta investigación enriquece la comprensión del concepto y prepara la matematización de la experiencia. Mas veamos el espíritu precientífico en demanda de variedad. Basta recorrer los primeros libros sobre la electricidad para que llame la atención el carácter heteróclito de los objetos en los que se investigan las propiedades eléctricas. No es que se convierta la electricidad en una propiedad general: paradójicamente se la considera una propiedad excepcional pero ligada al mismo tiempo a las sustancias más diversas. En primera línea —naturalmente— las piedras preciosas; luego el azufre, los residuos de la calcinación y de la destilación, los belemnites, los humos, la llama. Se trata de vincular la propiedad eléctrica con las propiedades del primer aspecto. Después de haber hecho el *catálogo* de las sustancias susceptibles de ser electrizadas, Boulanger deduce la conclusión que «las sustancias más quebradizas y más transparentes son siempre las más eléctricas».³ Se presta siempre una gran atención a lo que es *natural*. Por ser la electricidad un principio *natural*, se creyó por un momento disponer de un medio para distinguir los diamantes verdaderos de los falsos. El espíritu precientífico quiere siempre que el producto natural sea más rico que el producto artificial.

A esta construcción científica completamente en yuxtaposición, cada uno puede aportar su piedra. Ahí está la historia para mostrarnos el entusiasmo por la electricidad. Todos se interesan, hasta el Rey. En una *experiencia de gala*⁴ el abate Nollet, «en presencia del Rey, da la conmoción

3 Priestley, *Histoire de l'électricité*, 3 vols., París, 1771, t. I, pág. 237.

4 *Loc. cit.*, t. I, pág. 181.

a ciento ochenta de sus guardias; y en el convento de los Cartujos de París, toda la comunidad formó una línea de 900 toesas, mediante un alambre de hierro entre cada persona... y cuando se descargó la botella, toda la compañía tuvo en el mismo instante un estremecimiento súbito y todos sintieron igualmente la sacudida». La experiencia, ahora, recibe su nombre del público que la contempla, «si muchas personas en rueda reciben el choque, la experiencia se denomina los Conjurados» (pág. 184). Cuando se llegó a volatilizar a los diamantes, el hecho pareció asombroso y hasta dramático a las personas de calidad. Macquer hizo la experiencia ante 17 personas. Cuando Darcet y Rouelle la retomaron, asistieron a ella 150 personas (*Encyclopédie*. Art. Diamant).

La botella de Leiden provocó un verdadero estupor.⁵ «Desde el año mismo en que fue descubierta, muchas personas, en casi todos los países de Europa, se ganaron la vida mostrándola por todas partes. El vulgo, de cualquier edad, sexo y condición, consideraba ese prodigio de la naturaleza con sorpresa y admiración.»⁶ «Un Emperador se habría conformado con obtener, como entradas, las sumas que se dieron en chelines y en calderilla para ver hacer la experiencia de Leiden.» En el transcurso del desarrollo científico, sin duda se verá una utilización foránea de algunos descubrimientos. Pero hoy esta utilización es insignificante. Los *demonstradores* de rayos X que, hace unos treinta años, se presentaban a los directores de escuela para ofrecer un poco de novedad a la enseñanza, no hacían ciertamente fortunas imperiales. En nuestros días parecen haber desaparecido totalmente. En lo sucesivo, por lo menos en las ciencias físicas, el charlatán y el científico están separados por un abismo.

En el siglo XVIII la ciencia interesa a todo hombre culto. Se cree intuitivamente que un gabinete de historia natural y un laboratorio se instalan como una biblioteca, según las ocasiones; se tiene confianza: se espera que los hallazgos individuales, de carácter azaroso, se coordinen por sí mismos. ¿No es acaso la Naturaleza coherente y homogénea? Un autor anónimo, verosíblemente el abate de Mangin, presenta su *Historia general y particular de la electricidad* con este subtítulo muy sintomático: «O de lo que algunos físicos de Europa han dicho de útil e intere-

⁵ *Loc. cit.*, t. I, pág. 156.

⁶ *Loc. cit.*, t. III, pág. 122.

sante, de curioso y divertido, de gracioso y festivo». Subraya el interés mundano de su obra, pues, si se estudian sus teorías, se podrá «decir algo claro y preciso sobre las diferentes cuestiones que diariamente se debaten en el mundo, y respecto de las cuales las damas mismas son las primeras en plantear preguntas... El caballero al que antes, para hacerse conocer en los círculos sociales, le era suficiente un poco de voz y un buen porte, en la hora actual está obligado a conocer por lo menos un poco su Réaumur, su Newton, su Descartes». ⁷

En su *Tableau annuel des progrès de la Physique, de l'Histoire naturelle et des Arts*, año 1772, Dubois dice respecto de la electricidad (págs. 154-170): «Cada físico repitió las experiencias, cada uno quiso asombrarse por sí mismo... Ustedes saben que el Marqués de X tiene un hermoso gabinete de física, pero la electricidad es su locura, y si aún reinara el paganismo con seguridad elevaría altares eléctricos. Conocía mis gustos y no ignoraba que también yo estaba atacado de *electromanía*. Me invitó pues a una cena en la que se encontrarían, me dijo, los grandes bonetes de la orden de los electrizadores y electrizadoras». Desearíamos conocer esta electricidad hablada que sin duda revelaría más cosas sobre la psicología de la época que sobre su ciencia.

Poseemos informaciones más detalladas sobre el *almuerzo eléctrico* de Franklin (véase *Letters*, pág. 35); Priestley lo narra en estos términos: «mataron un pavo con la conmoción eléctrica, lo asaron, haciendo girar un asador eléctrico, sobre un fuego encendido mediante la botella eléctrica; luego bebieron a la salud de todos los electricistas célebres de Inglaterra, Holanda, Francia y Alemania en vasos electrizados y al son de una descarga de una batería eléctrica». ⁸ El abate de Mangin, como tantos otros, cuenta este prodigioso almuerzo. Y agrega (1ª parte, pág. 185): «Pienso que si alguna vez Franklin hiciera un viaje a París, no dejaría de coronar su magnífica comida con un buen café, fuertemente electrizado». En 1936, un ministro inaugura una aldea *electrificada*. También él absorbe un *almuerzo eléctrico* y no se encuentra por eso peor. El hecho tiene buena prensa, a varias columnas, probando así que los intereses pueriles son de todas las épocas.

⁷ Sin nombre de autor, *Histoire générale et particulière de l'électricité*, 3 partes, París, 1752, 2a parte, págs. 2 y 3.

⁸ Priestley, *loc. cit.*, t. III, pág. 167.

Por otra parte, se siente que esta ciencia dispersa a través de toda una sociedad culta no constituye verdaderamente un *mundo del saber*. El laboratorio de la Marquesa du Châtelet en Cirey-sur-Blaise, elogiado en tantas cartas, no tiene en absoluto nada en común, ni de cerca ni de lejos, con el laboratorio moderno, en el que toda una escuela trabaja de acuerdo con un programa preciso de investigaciones, como los laboratorios de Liebig o de Ostwald, el laboratorio del frío de Kammerling Onnes, o el laboratorio de la Radiactividad de Mme. Curie. El teatro de Cirey-sur-Blaise es un teatro; el laboratorio de Cirey-sur-Blaise no es un laboratorio. Nada le otorga coherencia, ni el dueño, ni la experiencia. No tiene otra cohesión que el buen gusto y la buena mesa próximas. Es un pretexto de conversación, para la velada o el salón.

De una manera más general, la ciencia en el siglo XVIII no es una vida, ni es una profesión. A fines de siglo, Condorcet opone aún en este sentido las ocupaciones del jurisconsulto y las del matemático. Las primeras alimentan a su hombre y reciben así una consagración que falta en las segundas. Por otra parte, la línea escolar es, para las matemáticas, una línea de acceso bien escalonada que por lo menos permite distinguir entre alumno y maestro, y dar al alumno la impresión de la tarea ingrata y larga que tiene que cubrir. Basta leer las cartas de Mme. du Châtelet para tener múltiples motivos de sonrisa ante sus pretensiones ligadas a la cultura matemática. Ella plantea a Maupertuis, haciendo mohínes, cuestiones que un joven alumno de cuarto año resuelve hoy sin dificultad. Estas matemáticas melindrosas se oponen totalmente a una sana formación científica.

GASTON BACHELARD

La formación del espíritu científico

DE LA REFORMA DEL ENTENDIMIENTO SOCIOLÓGICO

Los errores de método no se originan tanto en la fidelidad a una teoría constituida como en una «disposición» intelectual, que siempre debe algo a las características sociales del mundo intelectual. Por ejemplo, la compartimentación de los tipos de explicación no se basa tanto en una reflexión teórica que afirma la autonomía del ámbito estudiado, como en una adhesión mecánica a las tradiciones de disciplinas aisladas que constituyen otros tantos ámbitos de investigación insulares. Como los errores epistemológicos se inscriben, como tentaciones, incitaciones o determinaciones, en instituciones y relaciones sociales (tradición de una disciplina, expectativas del público, etc.) y nunca se reducen a simples obcecaciones individuales, no se los puede rectificar por un simple retorno reflexivo del investigador sobre su actividad científica; la crítica epistemológica supone un análisis sociológico de las condiciones sociales de los diversos errores epistemológicos.

44. M. MAGET

La investigación etnográfica, como cualquier otra, no está preservada de las solitaciones afectivas. La necesidad de evasión está en el origen de algunas vocaciones; evasión hacia otros pueblos, hacia otros ambientes o hacia el campo, hacia el viejo y conocido tiempo en que la estabilidad ilusoria de una edad de oro contrasta con la desconcertante turbulencia de los tiempos modernos. Se percibe igualmente la atracción estética por lo exótico o lo rústico, las intenciones éticas o políticas de

diversos tradicionalismos y regionalismos, el vértigo metafísico y la obsesión de recuperar o de descubrir la humanidad real en su esencia, la adhesión filial a la memoria de los antepasados y a los vestigios de formas de vida que fueron suyas y expresaron su ser. Por último, las variadas formas de esnobismo respecto a lo curioso, lo raro: en las veladas modernas, las historias de una exploración compiten con los tests psicoanalíticos. [...]

Es peligroso asimismo el recurso exagerado, cuando no exclusivo, a la intuición. La participación en una ceremonia, el hecho de encontrarse en la atmósfera de un partido de pelota vasca o de una peregrinación, sugieren al espectador que está en comunión con los practicantes. Vivir su vida, «meterse en su piel», hacen pensar que esta puesta en situación restituirá automáticamente la organización psíquica del grupo; algunos artistas o inspirados parecen lograrlo de inmediato.

De hecho, se puede considerar que la intuición es una actividad incesante de todo sujeto que se esfuerce por comprender el mundo y por discernir, a partir de lo actualmente perceptible, las significaciones y relaciones latentes. La función de comunicación aparece cuando hay que leer «entre líneas». El papel de la intuición ha sido subrayado incluso en las matemáticas. Cuando se trata de restituir los sistemas culturales, no hay motivo para prohibirse radicalmente los beneficios de la inmersión en el medio y los estímulos del mimetismo, de la «*Einfühlung*» o de la empatía. Pero hay que controlar sus productos y no considerar sus datos inmediatos como conocimientos irrevocablemente adecuados, sino como hipótesis por verificar. Por otro lado, es dudoso que, en virtud de las diferencias culturales, el observador pueda lograr una coincidencia absoluta. El procedimiento intuicionista presenta los mismos inconvenientes que la introspección en general. Sin verificación (en este caso, cada vez que sea posible, una crítica por parte de los participantes del resultado de las investigaciones), se producen malentendidos crónicos en la vida corriente, errores antropomórficos, etnocéntricos, o, más simplemente, egocéntricos en la euforia de las comuniones aparentes.

La especialización estrecha, impermeable a toda sugestión exterior, es una fuente de errores frecuentemente denunciada. Tal rama de la tecnología, de las artes regionales, la vestimenta, la arquitectura, son estudiadas por sí mismas sin consideración por el conjunto que integran; lo rural lo es independientemente de sus relaciones con el mundo urbano contemporáneo, y a la inversa. Esto no es tan grave mientras nos

mantenemos en el plano de las descripciones morfológicas. Una investigación, incluso animada de las mejores intenciones y preocupada por no ignorar las conexiones con los demás niveles, puede verse impedida de llevar a cabo su programa por circunstancias extracientíficas. Así se han compuesto repertorios que son los únicos documentos disponibles sobre épocas del pasado; éstos deben figurar en el activo de esas investigaciones confinadas, por parcial que sea la imagen que proponen.

Esta compartimentación perjudica mucho más las tentativas de explicación que se limitan exclusivamente al campo elegido. Ciertamente, en cada orden de fenómenos pueden definirse organizaciones, estructuras actuales y procesos de transformación específicos. La lingüística fue una de las primeras disciplinas que nos hizo familiar la noción de solidaridad interna a propósito de los sistemas fonéticos y semánticos. Pero, al mismo tiempo, mostró que su evolución no se puede explicar sin una referencia a los demás planos de la cultura y a la coyuntura social. Autonomía relativa no es independencia absoluta.

La tendencia al monopolio de la explicación es vivaz, así como la esperanza de encontrar una característica universal. Hay determinismos exclusivos que pretenden la hegemonía, y nadie está absolutamente inmunizado contra su seducción: geografismo, biologismo, difusionismo, funcionalismo... e incluso etnografismo, así como las actitudes demasiado estrictamente antitéticas que son tan defectuosas y decepcionantes cuando, siendo inicialmente posiciones polémicas temporarias con respecto a un exceso, tienden a estabilizarse en una negación categórica de realidades de las que sólo se cuestionaban sus interpretaciones defectuosas.

Al consignar las generalizaciones apresuradas, más allá de los resultados confiables, las presunciones de exclusividad o de universalidad, la hipóstasis de los conceptos y su sustantivación metafísica, hemos enumerado los principales riesgos que acechan a nuestras investigaciones, en virtud de las especializaciones obcecadas, las lagunas de la documentación y la exigencia de verdades absolutas, inmediatamente accesibles.

Rápidamente la realidad se toma el desquite y, en contacto con ella, se desploman las explicaciones esquemáticas, los determinismos unilaterales y excluyentes, las extrapolaciones azarosas, los compartimientos estancos. Así como surgieron una fisicoquímica, una bioquímica, una biogeografía..., ahora la geografía humana, la psicología somática, la psicología social, la psicología genética –para citar sólo estas disciplinas–

se instalan en las fronteras que antes separaban humanidad y medio ambiente, cuerpo y espíritu, individuo y sociedad, biología y cultura. El estudio de las culturas progresa en la medida en que se conoce mejor el nivel biológico y los procesos de conformación modeladora de esa «cera maleable». Ese estudio es inconcebible ahora, por ejemplo, sin tener en cuenta los trabajos de psicología genética de Wallon y Piaget, en la medida en que éstos insisten en que la psicología debe tomar en consideración las características del medio ambiente. Recién llegada, la cibernética, a partir de modelos mecánicos infinitamente más complejos que los autómatas contemporáneos del asociacionismo y el sensualismo del siglo XVIII, ofrece nuevas perspectivas de las relaciones entre funcionamiento del sistema nervioso central, fisiología interna y comunicación social. Es curioso comprobar la perseverancia de oposiciones teóricas entre la historia y una antropología que ignora los fenómenos evolutivos. La ciencia de la especie humana es inseparable de la historia de esta especie, salvo en virtud de disposiciones metodológicas provisionarias que definen especializaciones orgánicas. Por haberse provisto de nociones como biocenosis, asociación biológica, genotipo, etc., que manifiestan su reconocimiento de los fenómenos de interacción entre especies y medios, la biología pudo otorgar tempranamente un lugar preferencial a las transformaciones de esas especies, lo que le permitió una completa renovación. Con mayor razón, la antropología cultural debe tener en cuenta la dimensión diacrónica de los fenómenos que estudia, las coyunturas en las que aparecen, cambian o desaparecen.

Este retorno a una concepción más rica de la complejidad de las cosas humanas y esta proliferación de disciplinas de enlace, de hipótesis y de descubrimientos no dejan de provocar, a su vez, algunos inconvenientes. Pasemos por alto la tendencia, ya señalada, a la esquematización de los conceptos y de las teorías: fetichismo verbal y simplificaciones riesgosas ya han honrado copiosamente las teorías recientes de los «cerebros» electrónicos y de las comunicaciones, a pesar de la circunspección de sus promotores. Más prudente, pero excitado por ese movimiento de convergencia y esa multiplicidad de actividades diversas, el investigador podrá creerse obligado a conocerlo todo, desde los últimos descubrimientos de la electrónica a los de la psicología somática o la fonología. Si la comprobación de la interdependencia lleva a la afirmación de que todo está en todo, habrá una confusa monadología proclive a implantarse, que será tan esterilizante como el defecto de la

compartimentación, y correrá el riesgo de provocar una estupefacción inhibitoria al cuestionar el derecho de proceder por planos y etapas sucesivas en el estudio de esa totalidad de la que se dice que debe ser captada por entero, y el derecho a consignar las discontinuidades y discriminaciones más evidentes por temor a dejar escapar las relaciones entre planos y fenómenos distintos.

Sin duda, más que nunca es necesario resistir a esos vértigos exaltantes o inhibidores y asignarse tareas precisas en vinculación con las otras disciplinas científicas, ya que la historia y la situación actual de cada una de ellas puede suministrar útiles enseñanzas y puntos de apoyo a todas las demás.

La necesidad de reducir «la ecuación personal», de aprovechar las indispensables sugerencias de la intuición, aunque controlándolas implacablemente, de conjugar inducción y deducción, análisis y síntesis, la importancia de la estadística, tanto metódica –se trate de electrones o de sistemas estacionarios o de individuos y coyuntura social– como implícita en la vida cotidiana, la evolución dialéctica del conocimiento en extensión y en comprensión, de la discriminación y la asimilación, de las clasificaciones y las tipologías, en función de los descubrimientos, la revisión necesaria de los conceptos a la luz de la experiencia..., estos problemas no son nuevos. Las ciencias más probadas han debido resolverlos y trabajan incesantemente en el perfeccionamiento de las respuestas. Asimismo, tuvieron que desprenderse de la pretensión a la verdad absoluta y definitiva, en el mismo momento en que obtenían, en el plano práctico, los resultados menos discutibles. Del mismo modo, las ciencias humanas pueden eximirse a su vez de la agotadora misión de decir qué son el hombre o la sociedad en sí, y consagrarse a su estudio progresivo. Al menos en cuanto a los problemas fundamentales, la unidad de la ciencia se afirma, de la física a la psicología, de las ciencias naturales a las humanas.

De una disciplina a otra se transponen las actitudes fundamentales frente al objeto, las nociones básicas, los ensayos de organización. El conductismo –independientemente de los postulados ontológicos que se le adjudican– ofrece el ejemplo de la negativa a ceder sin control a las sugerencias de la introspección y a los prestigios de las fulguraciones intuitivas. Las nociones de conjunto solidario y de contexto son, desde hace tiempo, familiares a la psicología de la forma y a la lingüística; la interdependencia organismo-medio, a la biología y a la psicología gené-

tica. La lingüística ha contribuido a explicitar las relaciones entre las perspectivas sincrónica y diacrónica y la noción de estructura, cuyo firme promotor es Claude Lévi-Strauss en el campo de los sistemas sociales. Evidentemente, estas trasposiciones no deben efectuarse sin una severa crítica de las condiciones de validación, particulares del ámbito en el que se decide trabajar. Si bien se admite, por ejemplo, que la definición de los geotipos puede proponer modelos utilizables para la de los grupos culturales relativamente homogéneos (a los que analógicamente podría llamarse etnotipos), la disponibilidad y la sociabilidad específicas de la humanidad impiden su aplicación rígida y obligan –sin desconocer la persistencia de ciertas sugerencias o imposiciones del medio– a distender las relaciones entre hombre y medio (determinismo geográfico) en favor del medio social y del rigor de la transmisión cultural de generación en generación. Igualmente hay que desconfiar de cierta química o energética sociales sin por eso negarse rotundamente a establecer analogías válidas. No es en absoluto necesario redescubrir, con nuevo esfuerzo, problemas ya conocidos, a los que ya se les han dado solución, que a veces sólo requieren un mínimo de adaptación crítica y de vigilancia para convertirse en útiles instrumentos de trabajo en un nuevo ámbito.

Así como la separación entre ciencias naturales y ciencias humanas se hace cada vez más permeable a los intercambios, del mismo modo se asiste a la desaparición de la famosísima dicotomía «humanidades-ciencias», en virtud de lo cual estudiantes formados primero en la indiferencia cuando no en el menosprecio de las actividades científicas, se encontraban años después en una situación falsa con respecto a disciplinas que se erigen en ciencia por lo menos en uno de sus aspectos.

Formación epistemológica básica, información y contactos permanentes no pueden más que facilitar la especialización indispensable en un concurso de disciplinas tanto más conscientes de su solidaridad orgánica, en la medida en que han definido con más precisión sus tareas específicas y se han eximido de la preocupación o de la pretensión de conocerlo todo o de explicarlo todo, así como también del temor a discurrir en la soledad.

MARCEL MAGET

Guide d'étude directe des comportements culturels

LOS CONTROLES CRUZADOS Y LA TRANSITIVIDAD DE LA CENSURA

Contra la ilusión de una objetividad fundada sólo en el espíritu de objetividad, Michael Polanyi muestra que es sobre la base de los mecanismos sociales del control cruzado, y no por un milagro de buena voluntad científica de los científicos, como puede instaurarse, más allá de las fronteras de las especialidades, la adhesión común a normas comunes; del mismo modo, hay una especie de delegación circular del poder de control que permite garantizar un consenso general sobre el valor científico de las obras particulares.

45. M. POLANYI

Cada científico controla un área que abarca su propio campo y algunas franjas limítrofes de territorio sobre las que otros especialistas vecinos también pueden hacer juicios competentes. Supongamos que un trabajo hecho en la especialidad de B pueda ser juzgado competentemente por A y C, el de C por B y D; el de D por C y E, y así sucesivamente. Si cada uno de estos grupos de vecinos reconoce las mismas normas, entonces las normas sobre las que concuerdan A, B y C serán las mismas que aquellas sobre las que concuerdan B, C y D o también C, D y E, y así sucesivamente a través de todo el campo de la ciencia. Este ajuste mutuo de las normas se organiza evidentemente en toda la red de líneas en la que se efectúan una multitud de controles cruzados de los ajustes que se producen a todo lo largo de cada línea particular; a lo que se agrega una cantidad de juicios un poco menos seguros, prove-

nientes de científicos que juzgan producciones más alejadas pero de mérito excepcional.

Ahora bien, el funcionamiento del sistema reposa esencialmente en la transitividad de los juicios de vecindad. Exactamente al modo en que una columna en marcha marca el mismo paso en virtud de que cada individuo regula el suyo a partir de los que están más cerca de él.

En virtud de este consenso, los científicos forman una línea continua –o más bien una red continua– de críticas, que mantienen el mismo nivel mínimo de calidad científica en todas las publicaciones legitimadas por científicos. Más aún: es sobre la base de la misma lógica, es decir fundándose en cada vecino inmediato, como pueden estar seguros de que un trabajo científico situado por encima del nivel mínimo, o elevado de inmediato a los más altos grados de perfección, es juzgado según las mismas normas en las diversas ramas de la ciencia. Lo atinado de estas apreciaciones comparativas es vital para la ciencia, pues son éstas las que orientan la distribución de los hombres y los recursos entre las diversas direcciones de investigación y las que, en particular, determinan las decisiones estratégicas de las que depende que sean concedidos o negados la asistencia o el reconocimiento a nuevas orientaciones científicas. Es fácil, no lo niego, encontrar ejemplos en los que esta apreciación se mostró falsa o, por lo menos, fuertemente en retardo; pero debemos reconocer que no podemos hablar de «ciencia» en el sentido de cuerpo de conocimientos bien definido, al que, en definitiva, se le reconoce autoridad, sino en la medida en que aceptamos que estos juicios de valor son, en lo esencial, correctos.

MICHAEL POLANYI

Personal Knowledge. Towards a Post-Critical Philosophy

Entrevista a Pierre Bourdieu (realizada por Beate Kraus en diciembre de 1988)

«... yo soy un poco como un viejo médico que conoce todas las enfermedades del entendimiento sociológico.»

Beate Kraus. *Cuando escribiste este libro ya tenías cierta experiencia en el trabajo sociológico. ¿En qué punto de tu trabajo te pareció útil o necesaria esta reflexión epistemológica que se manifiesta en El oficio de sociólogo? Te lo pregunto porque hoy tienes mucha más experiencia... pero de cualquier manera, ya habías trabajado bastante en esa época.*

Pierre Bourdieu. El trabajo había empezado alrededor de 1966. En esa época, la École des Hautes Études había creado una formación intensiva en sociología: en ese marco yo había hecho, con Passeron, una serie de cursos de epistemología, y el libro era una manera de perpetuar el curso sin estar obligado a repetirlo todos los años. Por consiguiente, en el punto de partida, había una intención pedagógica, y el libro se ofrecía como un manual; pero, al mismo tiempo, tenía una ambición mayor. Escribir un manual era una manera de hacer un tratado del método sociológico en una forma modesta.

Beate Kraus. *Pero también era un trabajo de reflexión sobre lo que ya se había hecho.*

Pierre Bourdieu. Sí. Tenía una intención pedagógica, pero también la voluntad de hacer el balance de unos diez años de trabajo sobre el terreno, primero en etnología, luego en sociología. Yo había trabajado mucho en Argelia con la gente del Instituto de Estadística, y tenía la sensación de que ponía en práctica una metodología que no había encontrado su explicación. La sensación de que era muy necesario explicitarla se vio reforzada por el hecho de que, en esa época, era la cumbre

de la invasión «lazarsfeldiana» en Francia. Lazarsfeld —era alrededor de los años sesenta— había venido a París y había dado unos cursos solemnes en la Sorbona a los que habían asistido, creo, todos los sociólogos franceses, salvo yo, y de una manera muy deliberada: yo pensaba que, simbólicamente, no tenía que ir a meterme en la escuela de Lazarsfeld (bastaba con leer los libros). A través de las interesantes técnicas, que había que aprender y que yo había aprendido, en efecto él imponía otra cosa, vale decir, una epistemología implícita de tipo positivista que yo no quería aceptar. Y ésa es la verdadera intención de *El oficio*. Por otra parte, hay una nota muy al comienzo, que expresa más o menos lo siguiente: se dirá que este libro está dirigido contra la sociología empírica, cuando no es cierto. Está destinado a fundar teóricamente otra manera de proceder a la investigación empírica, poniendo una tecnología que Lazarsfeld hizo avanzar enormemente —eso es incuestionable— al servicio de otra epistemología. Ésa era la verdadera intención del libro. En esa época yo veía dos errores opuestos contra los cuales tenía que definirse la sociología: el primero, que puede llamarse teorista, estaba simbolizado por la escuela de Frankfurt, es decir, por gente que, sin hacer una investigación empírica, denuncia en todas partes el peligro positivista (Goldmann era el representante en Francia de esta corriente). El segundo, que puede llamarse positivista, estaba simbolizado por Lazarsfeld. Era el dúo Lazarsfeld/Adorno, a propósito del cual escribí una nota en el apéndice de *La distinción*. En contra de estas dos orientaciones, había que hacer una sociología empírica fundada teóricamente, una sociología que puede tener intenciones críticas (como cualquier ciencia) pero que debe realizarse empíricamente.

Beate Kraus. *¿Qué existía en cuanto a tradiciones epistemológicas sobre las cuales pudieras apoyarte en esa época, para llevar a cabo esa intención?*

Pierre Bourdieu. Ante todo, en esa época tenía mi propia experiencia... Había trabajado en Argelia con gente del Instituto de Estadísticas, con todos mis amigos del INSEE,* Alain Darbel, Claude Seibel, Jean-Paul Rivet, con quienes aprendí la estadística «sobre la marcha». Fue una de las circunstancias felices de mi vida. Ellos tenían una tradi-

* INSEE, Instituto Nacional de Estadística y Estudios Económicos. (N. del T.)

ción de estadística muy rigurosa, que nada tenía que envidiarle a la versión anglosajona, pero que era ignorada por los sociólogos. Dicho lo cual, al tiempo que eran muy estrictos en materia de muestreo o de modelos matemáticos, estaban encerrados en una tradición burocrático-positivista que les prohibía interrogarse acerca de las operaciones elementales de la investigación. Un poco antes de trabajar en este libro, yo enseñaba sociología en la Escuela Nacional de Estadística y Estudios Económicos. Cuando daba ese curso a los futuros estadísticos, descubrí que había que enseñar no solamente a tratar los datos, sino a construir el objeto a propósito del cual eran recogidos; no solamente a codificar, sino a deslindar las implicaciones de una codificación; no solamente a hacer un cuestionario, sino a construir un sistema de preguntas a partir de una problemática, etc. Ésa era mi experiencia.

Por otra parte, yo tenía mi formación, y, en el curso de mis estudios de filosofía, más bien me había interesado en la filosofía de las ciencias, en la epistemología, etc. Traté de transferir al terreno de las ciencias sociales toda una tradición epistemológica representada por Bachelard, Canguilhem, Koyré, por ejemplo, y mal conocida en el extranjero, salvo por gente como Kuhn, a través de Koyré, lo que implica que la teoría kuhniana de las revoluciones científicas no se me presentó como una revolución científica... Esta tradición, que no es fácil de caracterizar con una palabra en "ismo", tiene por fundamento común la primacía otorgada a la construcción: el acto científico fundamental es la construcción de objeto; no se llega a lo real sin una hipótesis, sin instrumentos de construcción. Y cuando uno se cree desprovisto de todo supuesto, todavía se construye sin saberlo y casi siempre, en ese caso, de manera inadecuada. En el caso de la sociología, esa atención por la construcción se impone con una urgencia particular, porque el mundo social de algún modo se autoconstruye: estamos habitados por preconstrucciones. En la experiencia cotidiana, como en muchos trabajos de ciencias sociales, se encaran tácitamente instrumentos de conocimiento impensados que sirven para construir el objeto, cuando deberían ser tomados como objeto. Es lo que descubrieron algunos etnometodólogos, en el mismo momento, pero sin acceder a la idea de ruptura enunciada por Bachelard: lo que hace que, al definir la ciencia como un simple *account of accounts*, en definitiva permanecen en la tradición positivista. Hoy se lo ve claramente con la moda del *discourse analysis* (que fue formidablemente reforzado por el progreso de los instrumentos de *registro*

como el video): prestar atención al discurso tomado en su valor aparente, tal como se da, con una filosofía de la ciencia como *registro* (y no como construcción), conduce a ignorar el espacio social en el cual se produce el discurso, las estructuras que lo determinan, etcétera.

Beate Kraus. *Esa idea de la construcción del objeto me parece extremadamente importante. Tal vez hoy sea trivial para las ciencias naturales, pero no puede decirse que forme parte del tool kit de los investigadores en ciencias sociales, como precondition de toda gestión científica...*

Pierre Bourdieu. La necesidad de romper con las preconstrucciones, las prenociones, con la teoría espontánea, es particularmente imperativa en el marco de la sociología, porque nuestro espíritu, nuestro lenguaje, están llenos de objetos preconstruidos, y creo que las tres cuartas partes de las investigaciones no hacen otra cosa que convertir en problemas sociológicos problemas sociales. Pueden darse mil ejemplos: el problema de la vejez, el problema de las mujeres, planteado de cierta manera, el problema de los jóvenes... Hay todo tipo de objetos preconstruidos que se imponen como objetos científicos y que, al estar arraigados en el sentido común, reciben de entrada la aprobación de la comunidad científica y del gran público. Por ejemplo, una buena parte de los recortes del objeto corresponden a divisiones burocráticas: las grandes divisiones de la sociología corresponden a la división en ministerios, Ministerio de Educación, Ministerio de Cultura, Ministerio de Deportes, etc. Más ampliamente, muchos instrumentos de construcción de la realidad social (como las categorías profesionales, las clases de edad, etc.) son categorías burocráticas que nadie pensó. Como lo dice Thomas Bernhard, en *Alte Meister*, todos somos más o menos «servidores del Estado», «hombres estatizados», como productos de la Escuela y profesores... Y, para apartarse de lo prepensado, se necesita una formidable energía de ruptura, una violencia iconoclasta que se encuentra con mayor frecuencia entre escritores como Thomas Bernhard o artistas como Hans Haacke, que entre profesores de sociología, incluso totalmente «radicales» en su intención.

La dificultad es que esos objetos preconstruidos parecen ser evidentes y que, por el contrario, un trabajo científico fundado en una ruptura con el sentido común tropieza con multitud de dificultades. Por ejemplo, las operaciones científicas más elementales se vuelven extremadamente difíciles. Mientras se lo acepte tal cual, vale decir, tal y

como se da, el mundo social ofrece datos ya preparados, estadísticas, discursos que se pueden grabar sin problemas, etc. En suma, cuando se lo interroga como requiere ser interrogado, no ofrece dificultades: habla de buena gana, cuenta todo lo que se quiera, da cifras... Le gustan los sociólogos que *registran*, que reflejan, que funcionan como espejos. El positivismo es la filosofía de la ciencia como espejo...

Beate Kraus. *Pero ¿no te estás acercando a una posición positivista cuando dices que no se sabe nada en sociología mientras el sociólogo no haya obtenido sus «datos científicos» a través de un trabajo científico a la manera de las ciencias naturales? Comprendo que en ciencias sociales no es posible tomar las cosas –los «hechos sociales»– tal como se presentan. Y sin embargo hay que admitir que los agentes también son expertos en su vida, que tienen una conciencia y un conocimiento práctico del mundo social, y que ese conocimiento práctico es más que una simple ilusión.*

Pierre Bourdieu. Entre las preconstrucciones que la ciencia debe poner en discusión está cierta idea de la ciencia. Por un lado está el sentido común, del que hay que desconfiar porque los agentes sociales no tienen la ciencia infusa, como se dice en francés. Uno de los obstáculos para el conocimiento científico –creo que Durkheim tenía mucha razón al decirlo– es esa ilusión del conocimiento inmediato. Pero, en un segundo tiempo, es cierto que la convicción de tener que construir contra el sentido común puede a su vez favorecer una ilusión científicista, la ilusión del saber absoluto. Esa ilusión se la encuentra expresada con mucha claridad en Durkheim: los agentes se hallan en el error, que es privación; privados del conocimiento del todo, tienen un conocimiento del primer género, totalmente ingenuo. Luego viene el sabio, que aprehende el todo y que es como una suerte de Dios respecto de los simples mortales, que no comprenden nada. La sociología de la sociología que, para mí, forma parte integrante de la sociología, es indispensable para poner en entredicho tanto la ilusión del saber absoluto, que es inherente a la posición del sabio, como la forma particular que adopta esta ilusión según la posición que el sabio ocupa en el espacio de producción científica. Insistí en este punto en *Homo academicus*: en el caso de un estudio del mundo académico, el peligro es particularmente grande; la objetivación científica puede ser una manera de ponerse en posición de «Dios Padre» frente a sus competidores. Acaso sea lo primero que descubrí en ocasión de mis trabajos etnológicos: hay cosas

que ya no se comprenden si no se toma como objeto la propia mirada científica. El hecho de no conocerse a uno mismo como sabio, de no saber todo cuanto está implicado en la situación de observador, de analista, es generador de errores. El estructuralismo, por ejemplo –traté de mostrarlo en *El sentido práctico*–, descansa en esa ilusión que consiste en poner en la cabeza de los agentes los pensamientos que el sabio forma para con ellos.

Beate Kraus. *Uno tenía al dúo Adorno/Lazarsfeld un poco como el Escila y Caribdis de la sociología. Pero tú también habías hecho alusiones al humanismo sociológico en El oficio de sociólogo, y me pregunto un poco qué es ese «humanismo», en materia de sociología, que habías presentado como uno de los peligros.*

Pierre Bourdieu. La sociología empírica, por un lado, salió en Francia, en la posguerra, de gente que estaba relacionada con los movimientos sociales de Izquierda Cristiana (por ejemplo, estaba el Reverendo padre Lebreton, que animaba un movimiento llamado «Economía y Humanismo»). Ellos hacían una sociología... –¿cómo decirlo?– caritativa. Gente muy muy amable, que quería el bien de la humanidad... Hay una frase célebre de André Gide que dice: «con buenos sentimientos se hace mala literatura». Del mismo modo podría decirse: «con buenos sentimientos se hace mala sociología». A mi juicio, todo ese movimiento de humanismo cristiano o socialismo humanitario conducía a la sociología a un atolladero.

Beate Kraus. *Pero ese humanismo no es necesariamente cristiano, creo. Pueden verse paralelos en una sociología que pretende ser de izquierda; puede ser una sociología en el espíritu del trabajo social –por otra parte es una raíz importante de la sociología anglosajona, piénsese en los Webb– o una sociología que quiere que el sociólogo prosiga sus investigaciones a partir de un Klassenstandpunkt, a partir de una toma de posición en favor del proletariado.*

Pierre Bourdieu. Por desgracia, la sociología empírica sobre el esparcimiento, el trabajo, las ciudades, estaba hecha por personas humanamente perfectas, pero, si puedo decir, demasiado humanas... La ruptura también se opera contra todo eso. No se hace sociología para darse el gusto de sufrir junto a los que sufren. Había que tener el coraje de decir que no a todo eso. Me acuerdo de que cuando trabajaba en Argelia, en plena guerra, ante cosas que me impactaban mucho mucho, yo trataba de conservar una especie de distancia que era también una ma-

nera de respetar la dignidad de la gente... El modelo que se me ocurre, aquí, es Flaubert; vale decir, alguien que deja caer una mirada distante sobre la realidad, que ve las cosas con simpatía, pero sin dejarse agarrar. Sin duda, eso hace que yo haya exasperado a mucha gente: rechacé el *prêchi-prêcha*, como se dice en francés,* la buena voluntad, la amabilidad humanista. Un ejemplo de esta actitud sería la utilización de la noción de interés. Evidentemente, no tomo la palabra «interés» en el sentido de Bentham. Me pasé el tiempo diciéndolo. Pero era una manera de cortar con esa especie de humanismo, de recordar que hasta el humanista se da el gusto llamándose humanista. Eso...

Beate Kraus. *Sí, pero cuando uno posee esa mirada crítica, se tiene como una presuposición de que los agentes son cómplices de lo que ocurre. De otro modo hay que pensar en los agentes como marionetas reguladas por estructuras sociales totalmente exteriores a ellos, como por ejemplo el capitalismo...*

Pierre Bourdieu. La sociología es una ciencia muy difícil. Siempre se navega entre dos escollos, de tal modo que al evitar uno se corre el riesgo de caer en el otro. Por esta razón me pasé la vida demoliendo los dualismos. Uno de los puntos sobre los cuales insistiría más fuertemente que en *El oficio de sociólogo* es la necesidad de superar los pares de oposiciones, que a menudo están expresados por los conceptos en “ismo”. Por ejemplo, por un lado está el humanismo, que por lo menos tiene el mérito de incitar a acercarse a la gente. Pero no son gente real. Por el otro, tenemos a teóricos que están a mil leguas de la realidad, y de la gente tal y como es. Los althusserianos eran típicos de esta actitud: esos normalistas, a menudo de origen burgués, que nunca habían visto a un obrero, ni a un campesino, ni nada, hacían una gran teoría sin agentes. Esa ola teórica vino justo después de *El oficio de sociólogo*. Según la época, habría que escribir de otro modo *El oficio de sociólogo*. Las proposiciones epistemológicas son deslindadas por una reflexión que siempre es gobernada por los peligros dominantes en el momento considerado. Como el peligro principal cambia en el curso del tiempo, el acento dominante del discurso también debe cambiar. En la época en que fue es-

* El *prêchi-prêcha* es una locución muy francesa que parodia un discurso moralizador, una moralina, un puro «bla, bla, bla» sin consecuencias. (N. del T.)

crito *El oficio de sociólogo*, había que reforzar el polo teórico contra el positivismo. En los años setenta, en el momento de la marejada althusseriana, hubiera sido necesario reforzar el polo empírico contra ese teorismo que reduce a los agentes al estado de *Träger*. Toda una parte de mi trabajo, por ejemplo *El sentido práctico*, se opone radicalmente a ese etnocentrismo de sabios que pretenden saber la verdad de la gente mejor que esa misma gente y hacer su felicidad a pesar de ellos, según el viejo mito platónico del filósofo-rey (modernizado en la forma del culto a Lenin): nociones como las de habitus, práctica, etc., tenían la función, entre otras, de recordar que hay un saber práctico, un conocimiento práctico que tiene su lógica propia, irreducible a la del conocimiento teórico; que, en un sentido, los agentes conocen el mundo social mejor que los teóricos; y recordando también que, por supuesto, no lo conocen realmente y que el trabajo del sabio consiste en explicitar, según sus articulaciones propias, ese saber práctico.

Beate Kraiss. *El saber teórico o científico, pues, no es totalmente distinto del saber práctico, porque está construido, como el saber práctico, pero está construido explícitamente, reconstruye el saber práctico de manera explícita y así lo «levanta a la conciencia», como se dice en alemán (ins Bewusstsein heben). Al mismo tiempo, hay que destacar que lo que es reconstruido con los medios de la ciencia es la misma «cosa», no es un «objeto» o una realidad que pertenecen a otro mundo, inaccesible a los agentes... Pero ¿cómo se opera la construcción del objeto? ¿Cómo hacer, cómo tomar la distancia necesaria sin elevarse en seguida por encima de esos pobres agentes «que no saben lo que hacen», como está escrito en la Biblia?*

Pierre Bourdieu. Yo creo más que nunca que lo más importante es la construcción del objeto. A todo lo largo de mi trabajo he visto hasta qué punto todo, inclusive los problemas técnicos, se juega en la definición previa del objeto. Evidentemente, esta construcción de objeto no es una suerte de acto inicial, y construir un objeto no es hacer un «proyecto de investigación». Habría razones para hacer una sociología de los *Research Proposals* que los investigadores deben producir, en los Estados Unidos, para obtener créditos: le piden a uno que defina previamente sus objetivos, sus métodos, que pruebe que lo que hace es nuevo con relación a los trabajos anteriores, etc. La retórica que hay que poner en marcha para suscitar el *methodological appeal*, del que hablan Adam Przeworski y Frank Salomon en un texto destinado a aconsejar a los autores de *proposals* («On the Art of Writing Proposals», Nueva York,

Social Science Research Council, 1981), encierra una epistemología implícita socialmente sancionada. Al punto de que cuando un trabajo de investigación empírica no se presenta según las normas de esta retórica, muchos investigadores, en los Estados Unidos y en otras partes, tienen la impresión de que no es científico. Cuando de hecho este modo de presentación de un proyecto científico está en las antípodas de la lógica real del trabajo de construcción de objeto, trabajo que se hace no de una vez por todas al comienzo, sino en todos los minutos de la investigación, mediante una serie de pequeñas correcciones. Lo que no significa que se enfrente al objeto completamente desarmado. Se dispone de principios generales de método que están inscritos de algún modo en el habitus científico. El «oficio» del sociólogo es muy exactamente eso: una teoría de la construcción sociológica del objeto convertida en habitus. Poseer ese oficio es dominar en el estado práctico todo cuanto está contenido en los conceptos fundamentales, habitus, campo, etc. Es saber por ejemplo que, para tener una posibilidad de construir el objeto, hay que volver explícitos los supuestos, construir sociológicamente las preconstrucciones del objeto; o incluso que lo real es relacional, que lo que existe son las relaciones, vale decir, algo que no se ve, a diferencia de los individuos o los grupos. Tomemos un ejemplo. Yo tengo el proyecto de estudiar las grandes escuelas. Ante todo, al decir «las grandes escuelas», ya hice una elección decisiva... Todos los años hay un norteamericano que viene a estudiar la Escuela Politécnica desde los orígenes hasta nuestros días, u otro que viene para la Escuela Normal... A todo el mundo eso le parece muy bien. Ningún problema. Los objetos están totalmente constituidos, los archivos también, etc. En realidad, a mi juicio –pero no puedo desarrollar este punto–, no es posible estudiar la Escuela Politécnica independientemente de la Escuela Normal, de la Escuela Nacional de Administración; está inscrita en un espacio. Por lo tanto, se estudia un objeto que no es tal. Pero se encuentra lo que decía hace un momento: cuanto más se estudia un objeto ingenuo, tanto más los datos se proponen sin problemas para ser estudiados. Por el contrario, a partir del momento en que digo que *el objeto construido* es el conjunto de las grandes escuelas, estoy frente a miles de problemas: por ejemplo, estadísticas no comparables. Y me expongo a parecer como menos científico que aquellos que se atienen al objeto aparente, tan grandes son las dificultades que hay que superar para captar empíricamente el objeto construido.

Beate Kraus. *Yo creo que deberíamos hablar un poco del segundo libro de El oficio de sociólogo. ¿Por qué no fue escrito? En el prefacio a la segunda edición francesa puede leerse que estaba previsto escribir tres volúmenes: los presupuestos epistemológicos es el volumen que existe; un segundo libro sobre la construcción del objeto sociológico, y un tercero que debería contener un repertorio crítico de las herramientas. Muy bien puedo concebir el tercer libro, pero tengo dificultades para imaginar lo que podría ser un libro sobre la construcción del objeto sociológico.*

Pierre Bourdieu. El primer volumen podía ser un libro original disfrazado de manual, porque no había nada sobre la cuestión, y por otra parte creo que, todavía hoy, no hay gran cosa... La segunda parte se ponía mucho más difícil. O bien se hacía un manual clásico, retomando las secciones que uno espera encontrar en un manual de sociología (estructura, función, acción, etc.), o bien se hacía la misma cosa que en la primera parte, es decir, un tratado original que habría sido una teoría general. Por mi parte, yo no tenía ninguna gana de hacer un manual clásico, de tomar posición sobre «función y funcionalismo»: era un ejercicio meramente escolar. La tercera parte, sobre las herramientas, habría podido ser útil, pero eso hubiera implicado reconocer la división teoría/empiría que es el equivalente de la oposición, profundamente funesta, de la tradición anglosajona entre *theory* y *methodology*. Se decía en *El oficio de sociólogo* que las diferentes técnicas estadísticas contienen filosofías sociales implícitas que habría que explicitar: cuando se hace un análisis de regresión, un *path analysis* o un análisis factorial, habría que saber qué filosofía de lo social se emprende, y en particular qué filosofía de la causalidad, de la acción, del modo de existencia de las cosas sociales, etc. Es en función de un problema y de una construcción particular del objeto como se puede escoger entre una técnica u otra: por ejemplo, si yo utilizo mucho el análisis de las correspondencias, es porque pienso que es una técnica esencialmente relacional, cuya filosofía corresponde totalmente a lo que, en mi opinión, es la realidad social. Es una técnica que «piensa» en términos de relaciones, como trato de hacerlo con la noción de campo. En consecuencia, no es posible disociar la construcción de objetos de los instrumentos de construcción de objeto, porque para pasar de un programa de investigación a un trabajo científico se necesitan instrumentos, y esos instrumentos están más o menos adaptados según lo que se busca. Si yo hubiera querido explicar los factores determinantes del éxito diferencial de los alumnos en las di-

ferentes escuelas, habría podido (suponiendo que he podido probar –lo que no ocurre, a mi juicio– *la independencia* de las diferentes variables fundamentales) recurrir al análisis de regresión múltiple.

Beate Kraus. *Entonces se vuelve sobre el problema de la construcción del objeto, esta vez por el lado de los instrumentos que deben estar adaptados a los objetos específicos. El trabajo del sociólogo, si comprendo bien, está muy determinado por las propiedades del objeto específico, su historia...*

Pierre Bourdieu. Es el problema de la particularidad de los objetos. Teniendo en cuenta mi concepción del trabajo científico, es evidente que no puedo trabajar más que sobre un objeto situado y fechado. Supongamos que quiera estudiar cómo funciona el juicio profesoral. Yo presumo que los juicios que hacen los profesores sobre sus alumnos y sobre los trabajos que producen son el resultado de la puesta en funcionamiento de estructuras mentales que son el producto de la incorporación de estructuras sociales tales como, por ejemplo, la división en disciplinas. Para resolver este problema muy general, voy a trabajar sobre los galardonados del concurso general o bien sobre fichas de notas que realizó un profesor particular, en los años sesenta, y deslindar las categorías que allí resultan expuestas. Si hoy, veinte años después, lo publico, van a decir: «estos datos son viejos, eso ya terminó, los profesores de letras ya no son dominantes, ahora son los profesores de matemáticas», etc. De hecho, tengo como objeto las estructuras mentales de un personaje que ejerce una de las magistraturas sociales más poderosas en nuestra sociedad, que tiene el poder de condenar (usted es idiota o nulo) o consagrar (usted es inteligente) simbólicamente. Es un objeto muy importante, y que puede observarse en todas partes. A través de mi análisis de un caso histórico, doy un programa para otros análisis empíricos llevados a cabo en situaciones diferentes de aquella que estudié. Es una invitación a la lectura generadora y a la inducción teórica que, partiendo de un caso particular bien construido, generalizo. Así, teniendo un programa (se trata de explicitar estructuras mentales, principios de clasificación, taxonomías que sin duda se expresan en adjetivos), basta con rehacer la encuesta en otro momento y en otro lugar, en busca de las invariantes. Los que critican el carácter «francés» de mis resultados no ven que lo importante no son los resultados, sino el proceso según el cual son obtenidos. Las «teorías» son programas de investigación que suscitan no la «discusión teórica» sino la puesta en funcio-

namiento práctica, que rechaza o generaliza. Husserl decía que hay que sumergirse en el caso particular para descubrir ahí la invariante, y Koyré, que había seguido los cursos de Husserl, muestra que Galileo no necesitó repetir mil veces la experiencia del plano inclinado para comprender el fenómeno de la caída de los cuerpos. Le bastó con construir el modelo, contra las apariencias. Cuando el caso particular está bien construido, deja de ser particular y, normalmente, todo el mundo debería estar en condiciones de hacerlo funcionar.

Beate Kraiss. *Veinte años pasaron desde la primera edición francesa de El oficio de sociólogo, y durante estos veinte años, la sociología evolucionó mucho. Sobre todo evolucionó por lo que concierne a la investigación empírica, y tú también trabajaste mucho desde entonces. Por lo tanto, hoy tienes más experiencia. Si volvieras a escribir El oficio de sociólogo, ¿qué cambiarías? ¿Querías añadir algo?*

Pierre Bourdieu. Sobre todo, diría las cosas de otra manera. Se trataba de un texto programático. Yo tenía una experiencia a mis espaldas, pero principalmente tenía que hablar de mi insatisfacción frente al discurso oficial sobre la práctica científica. Hoy sé mejor y de manera más práctica lo que se enunciaba entonces como un programa. En el fondo, *El oficio de sociólogo* sigue siendo un libro de profesor. Por otra parte, hay muchas cosas negativas y son típicamente cosas de profesor... No hagan esto, no hagan aquello... Está lleno de advertencias. Es a la vez programático y negativo. Es un poco como si se diera un manual de gramática para enseñar a hablar... Aunque *El oficio de sociólogo* hable todo el tiempo de oficio en el sentido francés («tener oficio» es tener un «habitus», un dominio práctico), presenta un discurso didáctico, por consiguiente un poco ridículo: incesantemente repite que hay que construir, pero sin mostrar nunca prácticamente cómo se construye. Pienso que es un libro que también hizo daño. Despertó a la gente, pero en seguida fue utilizado en el sentido teoricista. Entre las maneras de no hacer sociología —y hay muchas—, hay una que consiste en relamerse con grandes palabras y entregarse indefinidamente a los «presupuestos epistemológicos». El oficio se transmite en gran parte como práctica, y para ser capaz de transmitirlo hay que tenerlo muy profundamente interiorizado. A menudo digo en mi seminario que yo soy un poco como un viejo médico que conoce todas las enfermedades del entendimiento sociológico. Hay propensiones al error que varían según el sexo, el ori-

gen social y la formación intelectual: los varones son con más frecuencia teoricistas, mientras que las chicas están socialmente preparadas para ser demasiado modestas, demasiado prudentes, demasiado minuciosas, para refugiarse en la empiria, en las pequeñas cosas, y hay que alentarlas para que sean audaces, para que tengan un desparpajo teórico... Dicho lo cual, hay toda una serie de enfermedades clásicas, que se pueden reconocer. Mi experiencia como director de investigación, a la que hay que añadir la experiencia de todas las enfermedades que yo mismo tuve, en un momento u otro de mi carrera, y todos los errores que cometí, me permite, creo, enseñar en la práctica, a la manera de un viejo artesano, los principios de la construcción de objeto, y ésa es la gran diferencia con lo que se encuentra en *El oficio*. Si tuviera que rehacer *El oficio*, presentaría una serie de ejemplos, o, si se quiere, «obras maestras», como las que hacían los artesanos en la Edad Media. Como ejemplo de construcción de objeto, daría lo que está como apéndice de *Homo Academicus*, el análisis de una lista de premios de escritores. Diría: «Aquí está el material; lo tienen bajo los ojos, todo el mundo puede verlo. ¿Por qué está mal construido? ¿Qué significa este cuestionario? ¿Qué harían con él?». El segundo es un apéndice de *La distinción* que se llama «El juego chino». Un día tropecé con un número de la revista *Sondages*, publicada por el IFOP,* y había cuadros estadísticos de las distribuciones de los diferentes atributos que los encuestados habían asignado a diferentes políticos (Giscard, Marchais, Chirac, Servan-Schreiber, etc.). El comentario se limitaba a simples paráfrasis: a Marchais lo comparan con el pino. Podría entregarse el material bruto a los estudiantes (el artículo de *Sondages*), y luego, a manera de ejercicio, preguntarles qué sacarían de eso y mostrarles lo que se puede sacar. En ambos casos, se trata de deslindar las condiciones ocultas de la construcción del objeto preconstruido que sostiene los resultados ingenuamente presentados. En el primer caso, hay que interrogar la muestra: ¿quiénes son los jueces cuyos juicios condujeron a esa lista de premios? ¿Cómo fueron escogidos? ¿La lista de premios no está incluida en la lista de los jueces elegidos y en sus categorías de percepción? En el segundo caso, hay que interrogar el cuestionario. De manera general, siempre hay que cuestionar los cuestionarios... Las personas que for-

* IFOP, Instituto Francés de Opinión Pública. (N. del T.)

mularon la pregunta hicieron intervenir categorías de pensamiento inconscientes (como el pino, es negro, es oscuro, es la madera con que se hacen los ataúdes, está relacionado con la idea de muerte, etc.)* y llevaron a los encuestados a empeñar también categorías igualmente inconscientes que resultaron ser más o menos las mismas. Hubo comunicación de los inconscientes. Y una encuesta idiota, científicamente nula, puede así dar lugar a un objeto científicamente apasionante si, en vez de leer tontamente los resultados, se leen las categorías de pensamiento inconscientes que se proyectaron en los resultados que produjo. En ambos casos, se trata de datos ya publicados que había que reconstruir. Con frecuencia pasa esto. En suma, yo daría tres o cuatro ejemplos de casos límites donde la cuestión es hacer lo que se dice teóricamente en *El oficio de sociólogo*, que se tiene un objeto en vez de tener un simple artefacto, o nada de nada. Más bien, haría fragmentos escogidos con trabajos empíricos, con algunos comentarios.

Otra cosa que reforzaría es la sociología de la sociología: esto se mencionaba al final de *El oficio*, pero en un modo muy abstracto. Desde entonces, todo ese aspecto se desarrolló mucho, sobre todo con *Homo academicus*. Pero fuera de eso, la gran diferencia estaría en la manera de narrar... No he releído... pero pienso que sin duda muchas cosas hoy me pondrían nervioso... Estoy seguro de que diría: ¡qué arrogante! Cuando uno es joven es arrogante, por inseguridad...

Beate Kraus. *En la primera pregunta te pedía que situaras un poco El oficio de sociólogo en el contexto de hace 20 años, y ahora, si escribieras El oficio de sociólogo bis, ¿cómo sería el contexto? ¿En qué debate se ubicaría ese libro? Y ¿cuáles son los problemas o barreras específicas que se manifestaron desde entonces en los veinte años de trabajo de investigación?*

Pierre Bourdieu. Lo esencial no ha cambiado tanto. El paradigma «positivismo» sigue siendo muy fuerte. Se siguen haciendo investigaciones empíricas sin imaginación teórica, con problemas que son mucho más el producto del sentido común «erudito» que de una verdadera reflexión teórica; por otro lado está la gran teoría, la eterna gran teoría, completamente separada de la investigación empírica. Por otra parte, ambas

* En francés existe la locución *sentir le sapin* (literalmente: oler a pino), que es un equivalente de nuestra «oler a difunto». (N. del T.)

van muy bien de la mano, vale decir, que se puede hacer investigación empírica de tipo positivista al tiempo que se hace teoría teórica. Lo que hoy se llama teoría a menudo son comentarios de autores canónicos (hoy tenemos, en Alemania, en Inglaterra y en los Estados Unidos, muchos de esos *catch-all theories* cuyo modelo es el de Parsons) o grandes *trend-reports* producidos para los cursos (a menudo a partir de notas tomadas por estudiantes...). Por azar tengo bajo los ojos dos ejemplos ideal-típicos: un artículo de Robert Westhnow y Marsha Witters, titulado «New Directions in the Study of Culture» (*Ann. Rev. Sociol.*, 1988, 14, págs. 49-97) y otro de Judith R. Blau, «Study of the Arts: A Reappraisal» (*Ann. Rev. Sociol.*, 1988, 14, págs. 269-292). El estado de la teoría teórica se explica sin duda por el hecho de que esos productos dispares e inconsistentes de una suerte de *fast-reading* escolar, que con frecuencia se asocia a la aplicación de categorías escolares de clasificación igualmente absurdas, ejerce un efecto de lavado de cerebro. Frente a esta teoría concebida como una especialidad en sí, está la «metodología», esa serie de recetas o preceptos que hay que respetar, no para conocer el objeto, sino para ser reconocido como conocedor del objeto.

Dicho lo cual, la situación cambió mucho y hablaría totalmente de otro modo... Creo que una fracción importante de los productores de sociología en los Estados Unidos se liberó del paradigma positivista. Hubo movimientos que, como el interaccionismo, la etnometodología, a pesar de todo tuvieron efectos benéficos, porque decían cosas que son bastante cercanas a lo que se dice en *El oficio de sociólogo* (por ejemplo con la reflexión sobre los supuestos, sobre las *folk theories*, etc.). También existió el desarrollo de corrientes «históricas» que reintrodujeron la dimensión histórica en el análisis sociológico, en particular en el análisis del Estado. Y después estuvo Kuhn, que hizo penetrar un poco de la tradición europea de la filosofía de la ciencia, al evocar cosas cercanas a los temas desarrollados en *El oficio*: la ciencia construye y, a su vez, es socialmente construida, etc. Creo que hoy tenemos la posibilidad de una aceptación de *El oficio*, cuando en la época en que fue escrito no había caso; no se veía de ninguna manera quién en el mundo podría interesarse en eso. Por esa razón, cuando en su momento nos costó mucho trabajo encontrar bajo la pluma de sociólogos textos aptos para ilustrar nuestros propósitos, hoy sin duda sería mucho más fácil.

Pienso que existieron grandes cambios, sobre todo en los Estados Unidos: al lado de la ortodoxia central, aquella que defendía la tríada

capitolina (Parsons, Merton, Lazarsfeld), se desarrollaron todo tipo de corrientes nuevas. Hicieron su aparición formas de investigación más críticas, y ante todo de sí mismas (incluso si, en Europa, y muy particularmente en Alemania, donde el dualismo de la gran teoría y de la empiria positivista se perpetúa, no parecen percibirlo: la metrópolis cambia, pero, en los pequeños mostradores de la empiria cultural norteamericana, siguen haciendo trabajos a la antigua). Dicho lo cual, la crítica de las estrategias de discursos o estrategias de observación y mantenimiento, cuando ella es su mismo fin, desemboca en una forma de dimisión nihilista y, en su punto límite, oscurantista, que desde todo punto de vista es lo opuesto de la crítica epistemológica previa del tipo de aquella que se propone en *El oficio* y que tiene por objetivo hacer progresar la cientificidad de la sociología.

Beate Kraus. *Hay una corriente irracionalista que dice: ¡todo eso no sirve para nada! ¿Qué es la ciencia? Apenas un oficio para ganarse la vida, ¡eso es todo!*

Pierre Bourdieu. Sí, ésa es la razón por la cual la epistemología siempre es muy difícil. Pienso que nadie tiene ganas de ver el mundo social tal cual es; hay varias maneras de negarlo; está el arte, evidentemente. Pero hay incluso una forma de sociología que alcanza ese resultado extraordinario, hablar del mundo social como si no se hablara de él: es la sociología formalista, que interpone entre el investigador y lo real una pantalla de ecuaciones, por lo general mal construidas. Es también una forma de nihilismo. La negación (*Verneinung*) en el sentido de Freud es una forma de *escapism*. Cuando se quiere huir del mundo tal y como es, uno puede ser músico, puede ser filósofo, puede ser matemático. Pero ¿cómo huir de él siendo sociólogo? Hay gente que lo logra. Basta con escribir fórmulas matemáticas, hacer ejercicios de *game-theory* o simulaciones con su computadora. Para lograr ver y hablar del mundo tal cual es, hay que aceptar estar siempre en lo complicado, lo confuso, lo impuro, lo vago, etc., e ir así contra la idea común del rigor intelectual.

Lista de textos*

PRÓLOGO

Texto 1. Sobre una epistemología concordataria, pág. 122.

Georges Canguilhem, «Sur une épistémologie concordataire», en *Hommage à Bachelard. Études de philosophie et d'histoire des sciences*, París, PUF, 1957, págs. 3-12.

Texto 2. Los tres grados de la vigilancia, pág. 130.

Gaston Bachelard, *Le rationalisme appliqué*, 1ª ed., París, PUF, 1949, cap. IV, págs. 75 y 77-80.

INTRODUCCIÓN. EPISTEMOLOGÍA Y METODOLOGÍA

Texto 3. Epistemología y lógica reconstruida, pág. 135.

Abraham Kaplan, *The Conduct of Inquiry*, San Francisco, Chandler Publishing Company, 1954, págs. 10-12.

* El listado de las fuentes se ajusta al de la edición original en francés, excepto en aquellos casos en los que se incluyeron traducciones al español ya publicadas de los textos ilustrativos, y en los que, por esa razón, se consignan los datos de edición correspondientes.

1. LA RUPTURA

1.1. PRENOCIONES Y TÉCNICAS DE RUPTURA

Texto 4. Las prenociones como obstáculo epistemológico, pág. 139.

Émile Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Schapire, 1973, págs. 31-33, 35-36, 40-41.

Texto 5. La definición provisional como instrumento de ruptura, pág. 144.

Marcel Mauss, «La oración», en *Lo sagrado y lo profano*, Obras I, Barcelona, Barral, 1970, págs. 121-123, 135-136.

Texto 6. El análisis lógico como coadyuvante de la vigilancia epistemológica, pág. 148.

John H. Goldthorpe y David Lockood, «Affluence and the British Class Structure», en *The Sociological Review*, vol. XI, n° 2, 1963, págs. 134-136 y 148-156.

1.2. LA ILUSIÓN DE LA TRANSPARENCIA

Y EL PRINCIPIO DE LA NO-CONCIENCIA

Texto 7. La filosofía artificialista como fundamento de la ilusión de la reflexividad, pág. 161.

Émile Durkheim, *Educación y sociología*, Buenos Aires, Schapire, 1974, págs. 10-12.

Texto 8. La ignorancia metódica, pág. 164.

Émile Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, op. cit., págs. 12-14.

Texto 9. El inconsciente: del sustantivo a la sustancia, pág. 168.

Ludwig Wittgenstein, *Le Cahier bleu et le cahier brun. Études préliminaires aux investigations philosophiques* (trad. G. Durand), París, Gallimard, 1965, págs. 57-58.

Texto 10. El principio del determinismo como negación de la ilusión de la transparencia, pág. 171.

Émile Durkheim, «Sociologie et Sciences sociales», en *De la méthode dans les sciences*, F. Alcan, París, PUF, 1921, págs. 260-267.

Texto 11. El código y el documento, pág. 175.

François Simiand, «Méthode historique et sciences sociales», en *Revue de synthèse historique*, 1903, págs. 22-23.

1.3. NATURALEZA Y CULTURA: SUSTANCIA Y SISTEMA DE RELACIONES

Texto 12. Naturaleza e historia, pág. 179.

Karl Marx, *Misère de la philosophie*, París, Éd. Sociales, 1961, págs. 129-130. *Introduction générale à la critique de l'économie politique* (trad. M. Rubel y L. Évrard), en *Œuvres*, París, Gallimard, 1965, t. 1, págs. 235-239.

Texto 13. La naturaleza como invariante psicológica y el paralogismo de la inversión del efecto y de la causa, pág. 185.

Émile Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, *op. cit.*, págs. 87-89.

Texto 14. La esterilidad de la explicación de las especificidades históricas por tendencias universales, pág. 190.

Max Weber, *L'éthique protestante et l'esprit du capitalisme* (trad. J. Chavy), París, Plon, 1964, págs. 15-21 y 56-61.

1.4. LA SOCIOLOGÍA ESPONTÁNEA Y LOS PODERES DEL LENGUAJE

Texto 15. La nosografía del lenguaje, pág. 197.

Maxime Chastaing, «Wittgenstein et les problèmes de la connaissance d'autrui», en *Revue Philosophique de la France et de l'étranger*, París, PUF, t. CL, 1960, págs. 297-303.

Texto 16. Los esquemas metafóricos en biología, pág. 204.

Georges Canguilhem, *La Connaissance de la vie*, 2ª ed. rev. y aum., París, Vrin, 1965, págs. 48-49, 63-64. «Le tout et la partie dans la pensée biologique», en *Les études philosophiques*, París, PUF, nueva serie, año 21, 1966, n° 1, págs. 13-16.

1.5. LA TENTACIÓN DEL PROFETISMO

Textos 17 y 18. El profetismo del profesor y del intelectual, págs. 211 y 213.

Max Weber, *Essais sur la théorie de la science* (trad. J. Freund), París, Plon, págs. 413-415. Bennet M. Berger, «Sociology and the Intellectuals: An Analysis of a Stereotype», en *Antioch Review*, vol. xvii, 1957, págs. 267-290.

1.6. TEORÍA Y TRADICIÓN TEÓRICA

Texto 19. Razón arquitectónica y razón polémica, pág. 219.

Gaston Bachelard, *La philosophie du non*, París, PUF, 1940, págs. 138-140.

2. LA CONSTRUCCIÓN DEL OBJETO

Texto 20. El método de la economía política, pág. 221.

Karl Marx, *Introduction générale à la critique de l'économie politique*, *op. cit.*, págs. 254-256.

Texto 21. La ilusión positivista de una ciencia sin supuestos, pág. 224.

Max Weber, *Essais sur la théorie de la science*, *op. cit.*, págs. 151-163.

Texto 22. «Hay que tratar a los hechos sociales como cosas», pág. 232.

Émile Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, *op. cit.*, págs. 31, 38, 39, 39-40 y prefacio a la 2ª edición, pág. 12.

2.1. LAS ABDICACIONES DEL EMPIRISMO

Texto 23. El vector epistemológico, pág. 236.

Gaston Bachelard, *Le nouvel esprit scientifique*, *op. cit.*, págs. 1-4.

2.2. HIPÓTESIS O SUPUESTOS

Texto 24. El instrumento es una teoría en acto, pág. 239.

Elihu Katz, «The Two-Step Flow of Communication: An Up-to Date Report on an Hypothesis», en *Public Opinion Quarterly*, vol. XXI, 1957, págs. 61-78 (trad. Y. Delsaut).

Texto 25. El estadístico debe saber lo que hace, pág. 247.

François Simiand, *Statistique et expérience. Remarques de méthode*, M. Rivière et Cie., París, 1922, págs. 30-37.

2.3. LA FALSA NEUTRALIDAD DE LAS TÉCNICAS: OBJETO CONSTRUIDO O ARTEFACTO

Texto 26. La entrevista y las formas de organización de la experiencia, pág. 252.

Leonard Schatzman y Anselme Strauss, «Social Class and Modes of Communication», en *American Journal of Sociology*, Chicago, III., University of Chicago Press, vol. LX, n° 4, 1955, págs. 329-338 (trad. F. Boltanski).

Texto 27. Imágenes subjetivas y sistema objetivo de referencia, pág. 269.

John H. Goldthorpe y David Lockwood, «Affluence and the British Class Structure», *loc. cit.*, págs. 142-144 (trad. N. Lallot).

Textos 28, 29 y 30. Las categorías de la lengua indígena y la construcción de los hechos científicos, págs. 272, 275 y 278.

Claude Lévi-Strauss, «Introduction à l'œuvre de Marcel Mauss», en Marcel Mauss, *Sociologie et Anthropologie*, París, PUF, 1950, págs. xxxviii-xl. Marcel Mauss, «Introduction à l'analyse de quelques phénomènes religieux», en Hubert y Mauss, *Mélanges d'histoire des religions*, París, Alcan, 1908, t. VIII, pág. xxi, reproducido en Marcel Mauss, (Œuvres, t. I, *Les fonctions sociales du sacré*, París, Ed. de Minuit, 1968. Bronislaw Malinowski, *Les argonautes du Pacifique occidental* (trad. A. y S. Devyver), París, Gallimard, 1965, págs. 237-238.

2.4. LA ANALOGÍA Y LA CONSTRUCCIÓN DE HIPÓTESIS

Texto 31. El uso de los tipos ideales en sociología, pág. 280.

Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, J. C. B. Mohr, Tubinga, 1922, cap. 1, § I. (París, Plon) Max Weber, *Essais sur la théorie de la science*, *op. cit.*

2.5. MODELO Y TEORÍA

Texto 32. La *Summa* y la catedral: las analogías profundas como producto de un hábito mental, pág. 288.

Erwin Panofsky, *Architecture gothique et pensée scolastique* (trad. P. Bourdieu), Ed. de Minuit, París, 1967, 83-90.

Texto 33. La función heurística de la analogía, pág. 293.

Pierre Duhem, *La théorie physique, son objet, sa structure*, París, Vrin, págs. 140-143.

Texto 34. Analogía, teoría e hipótesis, pág. 296.

Norman R. Campbell, *Physics: The Elements*, Cambridge, University, 1920, págs. 123-128.

3. EL RACIONALISMO APLICADO

3.1. LA IMPLICACIÓN DE LAS OPERACIONES Y LA JERARQUÍA DE LOS ACTOS EPISTEMOLÓGICOS

Texto 35. Teoría y experimentación, pág. 303.

Georges Canguilhem, *La Connaissance de la vie, op. cit.*, págs. 47-50.
Georges Canguilhem, «Leçons sur la méthode», dictadas en la Facultad de Letras de Estrasburgo, retomadas en Clermont-Ferrand en 1941-42 (inérito).

Texto 36. Los objetos predilectos del empirismo, pág. 312.

Charles W. Wright Mills, *L'imagination sociologique* (trad. P. Clinquart), París, Maspero, 1967, pp. 55-60.

3.2. SISTEMA DE PROPOSICIONES Y VERIFICACIÓN SISTEMÁTICA

Texto 37. La teoría como desafío metodológico, pág. 317.

Louis Hjelmslev, *Le langage*, París, Ed. de Minuit, 1966, págs. 163-167.

Texto 38. La argumentación circular, pág. 321.

Edgar Wind, «Some Points of Contact between History and Natural Science», en *Philosophy and History: Essays Presented to Cassirer*, Clarendon Press, Oxford, 1936, págs. 255-264 (trad. J. C. Garcías).

Texto 39. La prueba por un sistema de probabilidades convergentes, pág. 326.

Charles Darwin, *El origen de las especies*, Buenos Aires, Albatros, 1973, págs. 42-46.

3.3. LAS PAREJAS EPISTEMOLÓGICAS

Texto 40. La filosofía dialogada, pág. 331.

Gaston Bachelard, *Le rationalisme appliqué*, *op. cit.*, págs. 4-8.

Texto 41. El neopositivismo, acoplamiento del sensualismo y del formalismo, pág. 336.

Georges Canguilhem, «Leçons sur la méthode», *op. cit.*

Texto 42. El formalismo como intuicionismo, pág. 342.

Émile Durkheim, «La sociologie et son domaine scientifique», en A. Cuvillier, *Où va la sociologie française?*, París, M. Rivière et Cie., 1953, págs. 180-186.

CONCLUSIÓN. SOCIOLOGÍA DEL CONOCIMIENTO Y EPISTEMOLOGÍA

Texto 43. Las mundanidades de la ciencia, pág. 347.

Gaston Bachelard, *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, págs. 28-29, 30-31, 31-32, 32, 33-40.

Texto 44. De la reforma del entendimiento sociológico, pág. 356.

Marcel Maget, *Guide d'étude directe des comportements culturels*, París, CNRS, 1953, advertencia, págs. XXI-XXVI.

Texto 45. Los controles cruzados y la transitividad de la censura, pág. 362.

Michael Polanyi, *Personal Knowledge*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1958, págs. 217-218.

Índice de nombres

- Albert, H.: 80 n.36.
Aristóteles: 50-51 n.29, 61, 206, 238.
Bachelard, G.: 18, 24, 26, 27
 n.15, 29, 34-35 n.5, 41, 45-47, 45 n.23, 49, 50 n.26, 51, 61, 78, 81 n.37, 96 n.13, 97, 97 n.15, 101, 105, 106 n.1, 115 n.8, 121, 122-128, *130-133*, 139, 139n., *219-220*, *236-238*, 331, *332-335*, *347-355*, 367.
Bacon: 15, 61, 81, 141, 143, 197, 308.
Barber, B.: 113 n.6.
Barbut, M.: 85.
Barton, A. H. (y P Lazarsfed):
 59, 59 n.7, 65 n.15, 73 n.26, 74 n.28.
Belaval, Y.: 44, 44 n.21.
Benedict, R.: 103 n.22.
Benveniste, E.: 29 n.19.
Berelson, B. (y G. A. Steiner):
 53 n.32, 240 n.1.
Berger, B. M.: 47, 211, *213-217*.
Bergson, H.: 21-22 n.6, 122, 128.
Bernard, C.: 15-16 n.1, 28 n.18, 35 n.6, 79, 79 n.34, 207, 208-209.
Bierstedt, R.: 74 n.29.
Boas, F.: 84.
Bohr, N.: 125, 219, 220.
Bourdieu, P.: 38-39 n.12, 50 n.27, 62 n.12, 69 n.19, 76 n.32.
Braithwaite, R. B.: 80, 80 n.36.
Brunschvicg, L.: 41, 93 n.7, 95, 95 n.10, 121, 122, 306.
Campbell, N.: 27, 27 n.16, 87, 95, 95 n.12, 296, *297-301*.
Canguilhem, G.: 15-16 n.1, 18, 43-44, 44 n.19, 84, 84 n.43, 93-94, 94 n.8, 101, *122-128*, *204-206*, *207-209*, 303, 303n. *304-305*, *306-311*, *336-341*, 367.
Cassirer, E.: 42 n.16, 254 n.1.
Cat: 84.
Chastaing, M.: 42 n.17, 43, 70, 71 n.22, *197-203*, 200 n.12.
Chomsky, N.: 44 n.20, 92, 92 n.3.
Cohen, M. R. (y E. Nagel):
 296n.
Colby, K. M.: 92 n.4.
Comte, A.: 15, 15-16 n.1, 92 n.4, 93 n.7, 173, 174, 188, 207, 305, 306, 336-337, 336 n.1, 339, 341.
Conant, J. B.: 95 n.12.

- Cook, S. W.: *véase* Selliz.
 Copérnico: 140.
 Cournot, A.: 27 n.6, 84, 85 n.44.
- Darwin, C.: 100, 326, 327-330.
 Descartes, R.: 15, 143, 203, 353.
 Deutsch, M.: *véase* Selliz.
 Dewey, J.: 75, 75 n.30.
 Dilthey, W.: 23, 322, 322 n.1, 324, 325.
 Dodd, S. C.: 60 n.8.
 Duhem, P.: 45, 45 n.22, 61 n.10, 83, 87, 98, 98 n.16, 100, 100 n.18, 113 n.5, 293-295, 303n., 308, 309.
 Durkheim, É.: 20, 24 n.11, 32, 32 n.1, 34, 34 n.4 y 5, 35 n.7, 36, 37 n.9, 39, 58, 58 n.3 y 4, 62, 82, 82 n.39, 83 n.40, 101, 106, 116, 116 n.10, 119, 139, 140-143, 144, 161-163, 161n., 164-167, 168-169n., 170-174, 171n., 175-176n., 186-189, 186n., 232-235, 342-346, 369.
- Fauconnet, P. (y M. Mauss): 32 n.1, 33 n.3.
 Feyerabend, P.: 25, 25 n.12.
 Fisher, L. H.: *véase* Kerr.
 Freud, S.: 21, 25, 92, 380.
- Galileo, G.: 58, 63 n.13, 79, 79 n.35, 376.
 Goffman, E.: 81 n.38.
 Goldthorpe, J. H. (y D. Lockwood): 32, 69, 148-159, 135n., 269-271.
 Goussier y Marivetz, barón de: 50 n.26.
 Granet, M.: 175-176n.
 Gurvitch, G.: 50, 52.
- Hamond, P. E.: 21-22 n.6.
 Hanson, N. R.: 97 n.14.
 Hayek, F. A. von: 23, 23 n.9.
 Hegel, G. W. F.: 208, 214, 221, 222.
 Hempel, C. G.: 21 n.6, 25, 60 n.8, 94 n.9.
 Hjelmslev, L.: 202 n.17, 317-320.
 Husserl, E.: 79, 79 n.35, 376.
- Jahoda, M.: 148n.
 James, W.: 43, 236.
 Jevons, S.: 52, 52 n.31, 250.
- Kant, E.: 98, 214.
 Kaplan, A.: 17 n.4, 26, 78 n.33, 100 n.19, 136-137, 326, 326n.
 Katz, E.: 65, 65 n.15, 66, 66 n.16, 108 n.3, 239, 240-246.
 Kelvin, Lord: 83, 293.
 Kerr, C. (y L. H. Fisher): 67 n.17.
 Keynes, J. M.: 54.
 Komarovsky, M.: 67 n.17.
 Koyré, A.: 63, 63 n.13, 79, 79-80 n.35, 367, 376.
 Kuhn, T. S.: 97 n.14, 114 n.7, 367, 379.
- Labriola, A.: 34 n.4.
 Lazarsfeld, P. F. (A. H. Barton y P. F. Lazarsfeld, *véase* Barton): 16-17 n.2, 59 n.7, 65 n.15, 73 n.26, 74 n.28, 103 n.22, 240 n.1, 366, 370, 380.
 Leibniz, G. W.: 40-41 n.14, 85, 86, 207.
 Lerner, D.: 70, 70 n.21, 253.
 Lévi-Strauss, C.: 36 n.8, 40, 40 n.13, 61, 61 n.11, 71, 85, 85 n.45, 110 n.4, 272-274, 361.

- Lockwood, D.: *véase*
Goldthorpe.
- Maget, M.: 72, 72 n.4 y 5, 113,
356-361.
- Malinowski, B.: 277, 278-279.
- Mannheim, K.: 112.
- Marivetz, barón de: *véase*
Goussier.
- Marx, K.: 18, 20, 34, 34 n.5, 37,
38 n.10, 39, 48, 48 n.25, 57,
57 n.1, 85, 179-184, 221-223.
- Mauss, M.: 32, 32 n.1, 33 n.3, 36
n.8, 71, 81, 144-147, 272-274,
275-276 (É. Durkheim y M.
Mauss, *véase* Durkheim, P.
Fauconnet y M. Mauss, *véase*
Fauconnet).
- Mayo, E.: 67 n.17.
- Merton, R. K.: 32 n.1, 33, 33
n.2, 52, 151, 380.
- Meyerson, E.: 121, 122, 128,
340.
- Michelson (y Morley): 49, 308.
- Mill, S.: 22, 183-184.
- Mills, C. W.: 47, 96-97, 108 n.2,
216, 254 n.1, 312, 312n.,
313-316.
- Mises, L. von: 40, 40-41 n.4.
- Morley, *véase* Michelson.
- Nagel, E., *véase* Cohen.
- Newton, I.: 33, 309-310, 350, 353.
- Nietzsche, F.: 48, 63, 94.
- Panofsky, E.: 50, 50 n.27, 86-87,
92, 93 n.5, 99, 99 n.17,
288-292.
- Pareto, V.: 40, 76, 76 n.31.
- Parsons, T.: 50, 50 n.28, 52,
379-380.
- Passeron, J.-C.: 62 n.12, 76 n.32,
365.
- Planck, M.: 66, 93, 93 n.6, 307
n.3, 340, 340 n.10.
- Poincaré, H.: 63, 107.
- Polanyi, M.: 54, 54 n.34, 115,
362-363.
- Politzer, G.: 50-51 n.29, 101
n.20.
- Polya, G.: 82 n.39.
- Popper, K. R.: 21-22 n.6, 61 n.9,
93 n.7.
- Régnier, A.: 27 n.14.
- Reichenbach, H.: 100, 337.
- Richtie, A. D.: 27, 27 n.15.
- Rickert, H.: *véase* Dilthey.
- Riesman, D.: 216, 252, 252n.
- Rousseau, J.-J.: 21-22 n.6, 85,
180.
- Ruschmeyer, D. (y E. K.
Scheuch): 26 n.13.
- Russell, B.: 86 n.46, 95 n.11.
- Saint-Martin, M. de: 76 n.32.
- Saussure, F. de: 29, 29 n.19, 57,
58, 198 n.3, 202 n.19,
317-319.
- Schatzman, L. y A. Strauss: 69,
253-268.
- Scheuch, E. K.: *véase*
Rüschmeyer.
- Seignobos, L.: 175.
- Selliz, C. (C. Selliz, M. Deutsch
y S. W. Cook): 74 n.28.
- Simiand, F.: 36, 67, 67 n.18,
102 n.21, 175, 176-177,
247-251.
- Skinner, B. F.: 44 n.20.
- Sombart, W.: 190, 191n.
- Spencer, H.: 37 n.9, 185, 188.

Steiner, G. A.: *véase* Berelson.
 Strauss, A.: *véase* Schatzman.

Tomás de Aquino, santo: 86,
 289 n.1, 290.

Tylor, E.: 36 n.8.

Uvarov, K.: 96.

Vaucanson: 84.

Villard, de Honnecourt: 99,
 291.

Weber, M.: 20, 22, 22 n.8, 34, 34
 n.5, 40, 47, 57, 57 n.2, 67-68,
 80-81, 136, 168, 190, 191-195,
 211, 212-213, 192 n., 224-231,
 280, 281-287, 316.

Whitehead, A. N.: 50, 51, 52
 n.30.

Wind, E.: 99, 247n., 321-325.

Windelband, W.: *véase* Dilthey:
 322 n.1.

Wittgenstein, L.: 35, 42, 42-43
 n.15, 17 y 18, 43, 168, 169-
 170, 197, 197 n.1, 198 n.3 y 4,
 199 n.8 y 11, 200 n.13, 202
 n.17, 203, 203 n.22, 337-338.

Índice temático*

- abstracción: 44, 148, 317;
 - científica, 342-346;
 - del sentido común y científica, 221-223;
 - los hechos sociológicos como doble, 247;
 - metodología de la, 247-251, 269;
 - operada por las técnicas, 269;
 - sociológica y totalidades, 75 n.30;
 - y descubrimiento de los hechos, 340-341, *véase* construcción.
- actitud: 77;
 - mental, *véase habitus*;
 - y opinión, 71, 77.
- aculturación:
 - situación de, y relaciones entre las disciplinas científicas: 62, 115-116, *véase* ciencias del hombre y ciencias de la naturaleza, etnología y sociología, investigaciones interdisciplinarias, préstamos.
- acumulación (como ideal de los «teóricos en sociología»): 50, *véase* teóricos, tradición teórica; el imperativo de la, y la conciliación de los contrarios, 50; y ruptura, 52.
- ambición (y explicación psicológica): 40, *véase* explicación por la psicología, naturaleza.
- analogía/s: 79-88, 90, 361;
 - controlada por la intención teórica, 204, *véase* ruptura;
 - y descubrimiento, 82, 87-88, 293-295;
 - el razonamiento por, y el método comparativo, 82-85;
 - el buen uso de la, 81 n.38, 86-87, 90;
 - espontánea, como forma de explicación profética, 48, 204, *véase* esquemas metafóricos, profetismo; modelos analógicos, *véase* modelos ocultos, 288; y teoría, 293-295.

* Las páginas de referencia pueden tratar el tema sin contener el término con que aquí se lo designa.

análisis:

de contenido, 71;
estadístico, *véase* estadístico;
estructural, 76-77, 92, 100;
funcionalista, 39;
jerárquico de las opiniones,
77;
multivariado, 75-77, 100;
multivariado y atomización
de las relaciones, 76;
multivariado e historia, 76;
quantitative analysis y
qualitative analysis, 73 n.26;
secundario como trabajo de
retraducción, 61-62, 69-70
n.20.

antropología social (como
reconciliación de la
sociología y de la etnología):
74, *véase* ciencias humanas,
métodos etnográficos.

apariencias (ruptura con las):
32, 33, 86-87, 90, *véase*
ruptura, fenómenos,
semejanzas, sociología
espontánea, analogía, objeto
preconstruido.

aptitudes (consideradas como
datos naturales): 39, 252.

aproximado (conocimiento):
24;
y conocimiento
aproximativo, 84.

arquitectónica (razón): 219.

aristotelismo (sus formas en
sociología: las teorías
clasificadoras): 52, *véase*
taxonomía, tradición teórica,
teoría, padres fundadores.

ars inveniendi: 21, 82, *véase*
invención.

ars probandi: 21, *véase* prueba.

artefact (como producto de una
ciega utilización de las
técnicas): 78, 239;
verbal, 64, 67-69, *véase*
entrevista, cuestionario,
objeto preconstruido,
técnica.

artificialismo (como filosofía
espontánea de lo social): 34,
161-163, 173-174;
interpretaciones
artificialistas, 45.

aspiración (a la movilidad social
como forma sutil de la
explicación por la
naturaleza): 40-41 n.14, *véase*
naturaleza.

atomización:
del objeto, 91;
de las relaciones, *véase*
análisis multivariado,
totalidades.

audiencia (y profetismo): 46,
113, 212, *véase* profetismo,
público.

auri sacra fames (y explicación
por la psicología): 190-195,
véase explicación por la
psicología, naturaleza.

autómata/s: 83-84, *véase*
modelos mecánicos;
representación popular del
autómata y epistemología
espontánea, 108-109, *véase*
epistemología espontánea.

autonomía (de la ciencia
sociológica): 112-116.

autonomización (de las
operaciones de la
investigación): 89, *véase*

- disociación real de las operaciones, actos epistemológicos.
- azar: *véase* descubrimiento.
- biografía (como técnica etnográfica): 72, 76 n.31, *véase* métodos etnográficos.
- biología: 40, 304-305, *véase* naturaleza; analogías biológicas, 43, 204-209, *véase* analogía/s.
- burocratización (de la investigación sociológica) y peligros epistemológicos: 91 n.2, 106-109, *véase pump handle research*, metodología, rutina; división burocrática del trabajo de investigación y jerarquía de los actos epistemológicos, 89-90, *véase* actos epistemológicos; *ethos* burocrático, 108 n.2, *véase* sociología de la sociología; institutos de investigación y, 108-109.
- capitalismo, explicación del, por la psicología: 40 n.14, 190-195.
- carrera (profesión): 76 n.31.
- cartografía (como disciplina etnográfica): 72, *véase* métodos etnográficos.
- categorías:
de análisis y teoría: 74-75, *véase* análisis;
de expresión, 260;
del lenguaje, *véase* lenguaje;
de pensamiento y entrevista, 259-261;
«ficticias», 277-279;
sociales (división de las), 74, *véase* división.
- causalidad: *véase* determinismo; estructural, 76.
- célula: 204-209, *véase* analogía biológica.
- censo:
el, sin supuestos como ideal empírico, 62-63, 69, *véase* empirismo, positivismo;
el ideal del, y la entrevista no dirigida, 68-69, *véase* entrevista;
la ilusión del, sin supuestos, 224-231;
técnicas de, y construcción, 65-66, *véase* construcción, hechos, técnicas;
y observación, 91-92, *véase* observación;
y recopilación de documentación, 92, *véase* comprobación.
- characteristica generalis*: 197, *véase* formalización, lenguaje.
- ciclo (experimental): 89;
experimental y actos epistemológicos, 97, *véase* actos epistemológicos;
fase del, experimental y división burocrática de las operaciones de investigación, 89, *véase* operaciones.
- ciencia:
historia de la, 106-107;
la sociología como, experimental y no como,

- reflexiva, 35-36, *véase*
 principio de la
 no-conciencia;
 sociología de la, 105, 113,
 113 n.6, 135-136;
 y metaciencia, 55;
 y percepción, 31, 121-123;
 y sensación, 339-340, *véase*
 fisicalismo.
- ciencias de la naturaleza:
 representación común de las,
 136-137;
 y ciencias del hombre, *véase*
 ciencias del hombre.
- ciencias del hombre: 47;
 comparación de los métodos
 de las ciencias de la
 naturaleza y de los métodos
 de las, 247, 321;
 el estereotipo de la
 irreductibilidad de las, en las
 ciencias de la naturaleza, 13,
 127, *véase* dualismo
 diltheyano, humanismo;
 y ciencias de la naturaleza,
 92, 107, 109, 137, 171-174,
 321-325, 359-361, *véase*
 aculturación;
 la disimulación como forma
 de relación de las, en
 ciencias de la naturaleza,
 247, 321-322;
 la imitación servil de las
 ciencias de la naturaleza, 321
véase positivismo;
 la transposición de las
 adquisiciones de la reflexión
 epistemológica sobre las
 ciencias de la naturaleza en
 las, 17, 321.
- cientificidad:
 las condiciones sociales de la:
 113;
 la inquietud de la, en
 sociología, 107-110;
 los signos exteriores de la, en
 las ciencias humanas, 107.
- círculo (metódico): 99-100, 249,
 317, 321-324.
circulus methodicus, *véase* círculo
 (metódico).
- clases sociales:
 efectos diferenciales de las
 técnicas según las, 252-253,
véase técnicas;
 estudios de las, y estudio de
 la estratificación social,
 312-316;
 y convenciones de expresión,
 252;
 y relación con el lenguaje,
 252-268;
 y representación del
 funcionamiento de la
 sociedad, 110-111.
- clasificación/es:
 aristotélicas, 52;
 categorías de, 259-261;
 el espíritu científico
 moderno como ruptura con
 el espíritu de, 51, 52, *véase*
 tradiciones teóricas;
 por dominios aparentes
 como signo de la
 penetración de la sociología
 científica por la sociología
 espontánea, 59, *véase* objeto
 construido, sociología
 espontánea;
 y construcción, 275, 276;
 y teoría, 51-53.
- clausura (efecto de la,

- prematura): 25, *véase* metodología.
- codificación:
 elaboración de un código, 95-97;
 puesta en juego de una teoría en la, 73-74.
- coherencia:
 del sistema de hipótesis, *véase* hipótesis;
 prueba por la, *véase* prueba, sistema.
- comienzos (situación de): 119;
 y explicitación de los principios de construcción, 59-59 n.4, *véase* padres fundadores, tradición teórica.
- «como si» (pensamiento sobre el modo de): 80, *véase* variación imaginaria.
- comparación: 86;
 el método comparativo como característica de la ciencia sociológica, 82-83;
 entre sociedades diferentes, 86-87;
 históricas, 313-316;
 y abstracción, *véase* analogía, apariencia, método estructural, semejanza.
- complot (explicación por la teoría del): 44.
- comprensión, *véase* sentido, sociología comprensiva.
- comprobación: 88-100;
 del fracaso y reconstrucción del sistema de hipótesis, 94-95;
 el empirismo como reducción del camino científico a la, 29;
 el lugar de la, en la jerarquía de los actos epistemológicos, 29-30, 83-84, *véase* actos epistemológicos;
 y cuestionario, 90 n.1;
 y teoría, 93.
- comunicación:
 en la fortaleza científica, 108-109;
 medios modernos de, 44, 77, 239-240, 313-316;
 sociología de la, 253-255, 313, 314-315;
 técnicas de, y situación de entrevista, 252-268.
- comunidad (científica): *véase* fortaleza científica.
- concepto/s:
 cuerpo sistemático de, 99;
 genérico, *véase* inducción;
 el, y la coherencia de las observaciones, 206, 207-208;
 operatorios y sistemáticos, 59, *véase* operacionalismo;
 rectificado, 220, *véase* razón polémica.
- conciencia:
 principio de la no-conciencia, 33-38, 76-77, 175-177, 280, 282, *véase* ilusión de la transparencia.
- conciencia social: *véase* experiencia común, sociología espontánea.
- conciliación/es falsas: 219, *véase* tradición teórica;
 de contrarios e imperativo de la acumulación, 50, *véase* escolástica.
- concreto:
 la invocación de lo, como

preocupación humanista,
véase humanismo;
 la invocación de lo, como
 exigencia del sentido común,
 58;
 pensado, 221-223, *véase*
 objeto concreto y objeto
 construido, *véase* abstracción,
 objeto construido.
 confirmación, *véase* prueba e
 invalidación, *véase*
 invalidación.
 conquista: *véase* ruptura.
 construcción/es: 57-88, 146,
 176-177, 190, 221-223, 232,
 275-276, 277, 312, 342;
 analogía y, 79, 82, 86-87, *véase*
 analogía;
 el empirismo como rechazo
 de la, 63, 312-313, *véase*
 empirismo;
 especulativas de la filosofía
 social, 79-80;
 formalismo y, 84-85, 90 n.1,
véase formalización,
 simbolismo;
 la definición previa como,
 32, *véase* definición;
 la, de las hipótesis, *véase*
 hipótesis;
 los principios de, como
 fundamento del valor de los
 modelos, 84-85;
 lugar de la, en la jerarquía de
 los actos epistemológicos, 24,
 89-97;
 modelo y, 87, *véase* modelo;
 rechazo de la, y sumisión a
 las pre-construcciones del
 lenguaje, 272-279, *véase*
 objeto construido y objeto

preconstruido, lenguaje,
 esquemas de interpretación;
 teórica, 272-279, *véase*
 empirismo;
 y manipulación de categorías
 constituidas, 75-76, *véase*
 metodología;
 y pre-construcción del
 lenguaje, 71;
 y ruptura, 90, *véase* ruptura;
 y teoría, *véase* teoría.
 construido (objeto): *véase*
 objeto.
 control/es:
 condiciones sociales del,
 epistemológico, 112-116;
 cruzados, 114-115, 362-363,
véase grupos de pares,
 fortaleza científica;
 epistemológico, 67, 86, 95-97,
 112-113, *véase* vigilancia
 epistemológica;
 epistemológico y,
 tecnológico, 76;
 formalización y, 85, *véase*
 formalización;
 lógico, 307-311;
 tecnológico, 96, 101-103,
véase metodología.
 convencionalismo: 29-30, 332,
 334-335.
 copia:
 la, como forma positivista del
 préstamo a la epistemología
 de parte de las ciencias de la
 naturaleza, 23-24, *véase*
 ciencias del hombre y
 ciencias de la naturaleza;
 la, como representación
 positivista del modelo
 teórico, 82-83, *véase* modelo.

corpus:

la tradición teórica como,
49-50, *véase* tradición
teórica;
mítico, 92.

corte (epistemológico): *véase*
ruptura.

crisis:

situación de, y técnicas de
encuestas tradicionales,
71-72.

cosa: *véase* objeto

preconstruido;
«Hay que tratar a los hechos
sociales como cosas»,
232-235, *véase* experiencia,
objetivo, subjetivo.

cotejo:

de las verdades establecidas,
53 n.32.

crystalización del estatus: 75.

crítica: *véase* control;

del lenguaje común, *véase*
lenguaje epistemológico y
discusión filosófica, 67, 106
n.1;
epistemológica y sociología
del conocimiento
sociológico, 105;
lógica, 32, 148, 219.

cuestionario: 69-74, 101;

cerrado y univocidad de las
respuestas, 70;
el privilegio metodológico
del, 72-73, 90 n.1;
teoría del, y uso del, 69-72;
y cuasi-observación, 72-73,
véase métodos etnográficos;
y observación, 72-73;
y neutralidad en el censo,
69-73.

cuestiones:

irreales: 63-64, 69-70, *véase*
artefact;
neutralidad de las, 69-71;
que se plantea el sociólogo y,
que se plantean al sujeto, 64,
véase empirismo, ilusión de la
transparencia;
univocidad de las, 69-71.

culturalismo: 91, 103 n.22, *véase*
intuicionismo.

cultura:

comparación entre, de una
sociedad y otra en el interior
de una misma sociedad,
77-78, 111, *véase*
etnocentrismo, relativismo
cultural;
de clase e investigación
sociológica, 110-112;
«de masas», 111;
naturaleza y, 39-41;
popular, 77;
relación con la, de las clases
cultas, 111;
relación con la, de las clases
populares, 111;
sociología de la, 112, 129;
tradicional, 129, *véase*
tradición teórica.

data: 61, *véase* datos, hechos y
datos.

dato (y contra-dato): 81,
272-279.

datos: 61-62, 303, 308, 338, 341,
véase hechos y datos;
los criterios de análisis
tratados como naturales, 39;
naturales, 39, *véase*
naturaleza;

- observación de los, y teoría, 92, *véase* comprobación, observación, teoría; recopilación de, *véase* recopilación; y categorías de aprehensión de los, (en los casos de codificación), 95.
- definición:
- científica y, del lenguaje común, *véase* categorías del lenguaje;
 - la, previa como técnica de ruptura, 31-33, 144-147;
 - social de la sociología, 72, *véase* sociología.
- demonstración: *véase* lógica reconstruida, prueba.
- descripción:
- y construcción, 275-279, *véase* construcción, métodos etnográficos.
- descubrimiento: *véase* invención.
- dementido (poder del, de la experiencia): 97, *véase* comprobación, experiencia, invalidación.
- desplazamiento (de la vigilancia): *véase* vigilancia.
- determinismo/s:
- adhesión al, y experiencia de los, sociales, 110-111;
 - exclusivos, 358;
 - metodológicos, 35-36, 171-174;
 - relación con los, sociales de las clases populares, 111.
- diálogo/s:
- ficticios, 101, 331, *véase* parejas epistemológicas;
 - interdisciplinario, 115-116, *véase* polémica, préstamo.
- difusión cultural: 44, 65, 239-246, 313-316;
- los esquemas metafóricos en
 - los estudios de la, 44.
- dimisión (frente al dato): 78, *véase* empirismo, datos.
- disposición (intelectual): 356, *véase* *habitus*.
- disimilación:
- la, como forma de relación entre ciencias del hombre y ciencias de la naturaleza, *véase* ciencias del hombre.
- división: *véase* categorías, clasificación;
- de una población, 74-75, *véase* análisis, código.
- división del trabajo:
- la, de investigación en sociología, 108-109, *véase* burocratización, operaciones de investigación.
- divulgación (lógica de la): *véase* difusión, esquemas metafóricos, moda.
- documentación (recopilación de, y teoría): 92, *véase* hechos y datos, observación, registro.
- documento:
- transformación del, en objeto de estudio, 175, 175n., 321-322, *véase* círculo metódico.
- dogma;
- de la «inmaculada concepción», 94;
 - de la «inmaculada percepción», 63, *véase* teoría.
- dualismo (diltheyano), 23,

- 321-325, *véase* ciencias del hombre y ciencias de la naturaleza, subjetivismo.
- durkheimismo (rutinización del, en Francia): 106, 119.
- eclecticismo:
 acumulación ecléctica e intuicionismo, 342, 345-346;
 filosófico de los científicos, 106 n.1, 236, *véase* ruptura con la tradición teórica.
- edad (tratada como dato natural): 39;
 división de las clases de, y teoría, *véase* división.
- efecto (inversión del efecto y de la causa): 37 n.9, 185-189.
- electoral (estudio del comportamiento): 312, 314.
- empirismo: 18, 29, 53-54, 61-64, 89, 105-110, 123, 221, 306-307, 313, 332, 334;
 el, como característica del pensamiento precientífico, 350-351;
 el, como primer peligro epistemológico, 105-106;
 el ideal empirista del censo, 65, *véase* censo;
 hiperempirismo, 63-64, 100;
 la representación empírica de las relaciones entre ciencias semejantes, 58;
 lugar del, en el espectro de las posiciones epistemológicas, 100, 332-335, *véase* parejas;
véase experiencia, positivismo, teoría.
- encuesta/s:
 de motivación, *véase* motivación;
 examen de la, 99, *véase* análisis;
 técnicas de, *véase* técnicas.
- encuestador: 252;
 relación encuestador-encuestado como relación de clase, 253, 264-265;
véase entrevista.
- encuestadores:
 y autonomía científica de la sociología, 108, 113-114.
- ensayo [*épreuve*]:
 lógico, *véase* crítica lógica;
 de los hechos, de realidad, *véase*, comprobación, verificación.
- enseñanza (e investigación en sociología): *véase* organización universitaria, sociología de la formación de sociólogos.
- entrevista: 312-313;
 la situación de la, como relación social, 252-253;
 no directiva e ideal de la neutralidad, 68;
 y censo, *véase* censo;
 y formas de organización de la experiencia, 252-268.
- epistemología:
 actos epistemológicos, 29, 89-97, *véase* comprobación, construcción, ruptura;
 actos epistemológicos y operaciones, 89-90, *véase* operaciones;
 actos epistemológicos y momentos del ciclo

- experimental, 89, *véase* ciclo experimental;
- actos epistemológicos y tareas en un proceso burocrático, 108-110, *véase*
- burocratización;
- adquisición epistemológica de las ciencias de la naturaleza, 17, 22, 23-24, 119;
- control epistemológico, *véase* control;
- crítica epistemológica y análisis sociológico, 105-110, 356;
- el campo epistemológico, 103, 105-110;
- el espectro de las posiciones epistemológicas, 106, 331-335;
- espontánea, 75-77, 91, 102, 108;
- espontánea de la sociología burocrática, 89-90;
- espontánea de los científicos, 306, 351;
- fijista, 95;
- jerarquía de los actos epistemológicos, 28, 89-97;
- las profesiones de fe epistemológicas como ideologías profesionales, 109;
- obstáculos epistemológicos, *véase* obstáculos;
- orden epistemológico de razones, 29-30;
- parejas epistemológicas, 101-103, 331-335;
- perfil epistemológico, *véase* perfil;
- positivista, 93 n.7, 340, *véase* positivismo;
- reflexión epistemológica, 17-18, 23-24, 74;
- ruptura epistemológica, *véase* ruptura;
- vector epistemológico, 61, 236-238;
- vigilancia epistemológica, *véase* vigilancia;
- y filosofía tradicional de las ciencias, 331;
- y metodología, *véase* metodología.
- equivoco: 69-70, 89-90.
- error: 18, 24, 90, 124;
- análisis sociológico de las condiciones del, 18, *véase* sociología del conocimiento;
- primacía epistemológica del, 121-125, *véase* obstáculos epistemológicos.
- escala/s: 314;
- el cambio de, como esquema de integración, 44, *véase* esquema de interpretación.
- escatología: 212, *véase* profetismo.
- escolástica: 50, 93;
- y tradición teórica en sociología, 49-51, *véase* teoría.
- escuelas (los conflictos de las, en sociología): 114-115, *véase* polémica.
- esencialismo: 39-41, 123, *véase* naturaleza.
- especialistas (grupo de los): *véase* fortaleza científica, grupo de pares.
- especificidad/es:
- de las ciencias del hombre, *véase* ciencias del hombre y ciencias de la naturaleza;

- históricas y explicación por lo general, 39-40, 191-195.
- espectro (de las posiciones epistemológicas): 101, 331-335, *véase* parejas epistemológicas.
- especulación: 80, *véase* filosofía social.
- especulativo/a: *véase* teóricos; diversión, 28-29.
- esferas (del público), *véase* público
- esquemas (de interpretación): científicos y comunes, 44-47, 204-209; funcionalistas, 45; metafóricos, 41-46, 204-206; transferencia de, 72-73, 86-87, 360-361, *véase* analogía; transferencia de, e invención, 44-46, *véase* etnología, invención; transferencia de, y ruptura, *véase* ruptura; uso metódico de los, 45-46, 72-74, *véase* etnología y sociología; *véase* modelo.
- estadística/o/s: análisis, de las respuestas, 95-97; el método, como método experimental, 247-251; la, en etnología, 73 n.27; la medida, como técnica de ruptura, 31-32, *véase* ruptura; lazo, y fuerza probatoria, 99; «cuasi», 73 n.26; significatividad, y significación sociológica, 87 n.47;
- tabla, *véase* tabla;
- vigilancia epistemológica y uso de las, 28, 65-66.
- estratificación: 74-78; teoría de la, y códigos, 74, *véase* clases sociales.
- estructura: inconsciente, 77.
- estructural: afinidad, 86; causalidad, *véase* causalidad; método, 92.
- estructura social: percepción de la, por los sujetos, 266-268.
- ethos* (de clase): 108 n.2, 111.
- etnocentrismo: 110, 111, 161; de clase, 110-111; del intelectual, 103-104; ético, 78; lingüístico, 71, 275, *véase* preconstrucciones del lenguaje; metodológico, 73 n.26, *véase* etnología y sociología.
- etnografía: métodos etnográficos, 72-73, *véase* observación etnográfica.
- etnología: 275; el peligro del contacto humano en: 91 n.2, 356-357; introducción de los métodos de la, en sociología, 74; método etnológico y construcción, 275-279, *véase* construcción; vocabulario etnológico y distanciamiento ficticio, 90 n.1.
- evolucionismo: 161, 190-192.

examen de la encuesta: *véase* encuesta.

expectativas (del público): *véase* público.

experiencia: 62, 79-80, 97, 101; común y conceptualización científica, *véase* profetismo; común y experimentación, *véase* experimentación; crucial, 302, 317; primera, 347, 350-355, *véase* obstáculos epistemológicos, comprobación; razón y, *véase* jerarquía de los actos epistemológicos; *véase* experimentación.

experimentación: 85, 93; ficticia y, social, 69-72; y experiencia común, 79 n.35; y modelo, 85, *véase* modelo; y teoría, 93-99; *véase* comprobación.

explicación:
por lo general, 39;
por lo simple, 39-41, 47, *véase* naturaleza, profetismo;
sociológica y, psicológica, *véase* naturaleza, psicología;
y comprensión, *véase* ciencias del hombre y ciencias de la naturaleza, sentidos, sociología comprensiva;
y modelo, 84-85, *véase* modelos miméticos y modelos analógicos.

explicar: «lo social por lo social», 59, 189, *véase* construcción.

«falsabilidad»: 93 n.7, *véase* invalidación.

familia:

la, como institución y la explicación por la psicología, 185-187, *véase* explicación por la psicología.

familiaridad:

la, con el universo social como obstáculo epistemológico, 31-32, 164-167, 204-206, *véase* ilusión de la transparencia, prenociones, sociología espontánea.

fenómenos: *véase* apariencias, objeto construido: apariencias fenoménicas, 84, 86-87; el operacionalismo como sumisión a los, 84, *véase* operacionalismo.

filosofía/s:

clásica de las ciencias, 236, 331;
construcciones de la, social y tipo ideal, 80;
del conocimiento de lo social de la sociología espontánea, 33-34, *véase* ilusión de la transparencia;
del conocimiento y epistemología, 24, 331-335; esencialista, *véase* esencialismo;
humanista, *véase* humanismo;
implícitas en las ciencias del hombre, 100-101, *véase* parejas epistemológicas;
ingenua de la acción, 36, *véase* sociología espontánea;
social, 31-32, 49, 100-101, 232.

- finalismo:
 ingenuo y funcionalismo, 45;
 y explicación sociológica,
 191-192, *véase* artificialismo.
- fisicalismo: 337-339, *véase*
 neopositivismo.
- fijismo:
 racionalismo fijista, 25, *véase*
 metodología;
 semántico, 25.
- flujo (en dos tiempos): 65,
 239-246, *véase* difusión.
- formalismo: 80, 89, 94, 109,
 331-335;
 e intuicionismo, 331, 342-
 346;
 y disociación real de las
 operaciones de la
 investigación, 89-91;
 y sensualismo, 315, 318, *véase*
 parejas epistemológicas;
véase crítica del lenguaje,
 formalización, simbolismo.
- formalización: 25, 85, 89;
 e invención, 85-86;
 función clarificadora de la, 85;
 función crítica de la, 85-86;
 valor de la, y satisfacción de
 los requisitos
 epistemológicos, 89;
 y construcción, 85;
 y control epistemológico, 25,
 85-86;
 y lenguaje común, *véase*
 lenguaje común;
 y ruptura, 42, 85-86;
véase formalismo, modelos,
 simbolismo.
- fortaleza científica (también
 mundo del saber): 347, 349,
 354;
 y sociedad cultivada, 354;
 y vigilancia epistemológica,
 112-116.
- frustración (y explicación
 psicológica): 40 n.14, *véase*
 explicación por la psicología.
- función/es:
 de las prenociones, *véase*
 prenociones;
 sociales y «razones de los
 sujetos», 36-37, *véase* ilusión
 de la transparencia, principio
 de no-conciencia.
- funcionalismo: 38, 39-46.
- genealogía (como técnica
 etnográfica): 72.
- generación: 76 n.31.
- general (explicación por lo):
véase explicación.
- generalización: 87, *véase*
 modelo teórico, ruptura;
 de mediano alcance, *véase*
 teoría de mediano alcance.
- gramática generadora: 88, *véase*
 construcción.
- grupo/s:
 de transformación, 81, *véase*
 estructura, método
 estructural;
 étnicos, 252-254;
 restringidos, 43.
- hábitos (intelectuales): 15-16,
véase habitus.
- habitus*: 93, 288-292, 356;
 del sociólogo, 13-14, 20.
- haw*: 272, *véase* teoría indígena.
- hecho/s:
 general, 305;

- la aplicación automática de las técnicas y la construcción de, sin significación teórica, 95, 96-97, *véase artefact*;
- las técnicas y la construcción de los, 94, *véase* técnica;
- percibidos y, contruidos, 307-308;
- ritualismo técnico y destrucción de los, 96-97;
- y datos, 61-62, 92, 176-177, 336;
- y teoría, 61-63, 93-95, 303-311, 317;
- véase* construcción, objeto.
- hechos sociales (especificidad de los): 232-235.
- heurística: *véase* invención.
- hiperempirismo: 135, *véase* empirismo.
- hipótesis: 145, 280;
- e inducción, 79-81;
- el desarrollo científico como diálogo de la, y de la experiencia, 61;
- el paso de la, a la verificación y las coacciones técnicas, 108;
- invención de las, y tipo ideal, 80, 280, *véase* tipo ideal;
- la, en la teoría positivista, 78, 79, *véase* positivismo;
- la invención de las, 79-83, *véase* analogía;
- lugar de la, en el desarrollo científico, 306-311;
- parcelaria, 98;
- sistema de, 65-66, 97-99;
- sistema de, y prueba por la coherencia, 97-102;
- teóricas, 98;
- y analogía, 280, *véase* analogía;
- y experimentación, 93, *véase* experimentación;
- y observación, *véase* observación.
- historia: 39;
- naturaleza e, *véase* naturaleza;
- y sociología, *véase* sociología.
- historia de vida: *véase* biografía.
- historiadores: *véase* sociología e historia.
- homogeneización (de los materiales): 75, *véase* técnicas.
- homologías (estructurales), captación de las, y analogía: 86, *véase* analogías.
- humanas (ciencias): *véase* ciencias del hombre.
- humanismo: 17-18, 23, 37-38, 39-40, 46-47;
- el estereotipo humanista de la especificidad de las ciencias humanas, 18, 24-25, *véase* ciencias del hombre;
- la filosofía humanista como principio de resistencias a una sociología objetiva, 37-40, 38-39 n.12, 46-47, *véase* subjetivismo, objetivo;
- la filosofía humanista como obstáculo epistemológico, 36-37, *véase* ilusión de la transparencia;
- la filosofía humanista, su forma ingenua, 37, *véase* sociología espontánea;
- la filosofía humanista, sus formas en sociología, 36-37, *véase* motivación;

- la filosofía humanista y
 profetismo, 46-48, *véase*
 profetismo;
 su forma epistemológica, el
 subjetivismo, 23-24.
- idealismo: 101, 331-335.
- ideología:
 las síntesis vacías de la, y el
 hiperempirismo (como
 pareja epistemológica), 101;
 método «ideológico»,
 233-234, *véase* objetivación,
 subjetivismo;
 rechazo del control
 epistemológico y sumisión a
 la, 75, 80, 85-86;
 ruptura con la, 105, 109-112,
véase ruptura; *véase*
 «sociodicea».
- ignorancia (metódica): 164-167,
véase ilusión de la
 transparencia, prenociones.
- ilusión:
 de la inmediatez, *véase*
 inmediatez;
 de la reflexividad, *véase*
 reflexividad;
 de la transparencia, *véase*
 transparencia.
- imagen/es:
 común de las ciencias del
 hombre, *véase* ciencias del
 hombre;
 común de las ciencias de la
 naturaleza, *véase* ciencias de
 la naturaleza;
 del lenguaje, *véase* lenguaje,
 metáforas;
 pública de la sociología, *véase*
 sociología.
- imaginaria (variación): *véase*
 variación.
- improbabilidades: 326.
- inconsciente: 35, 273;
 lengua e, 273-279;
 y no consciente, 35-36, 168-
 170, *véase* principio de no-
 conciencia.
- indicadores:
 elección de los, de la posición
 social y teoría, 74-76;
 y dispersión del objeto,
 91-92, *véase* totalidad.
- inducción/es: 79, 312-314;
 ciencias inductivas y ciencias
 deductivas, 307;
 espontáneas, 33, *véase*
 esquemas de interpretación.
- inesperado: *véase*
 descubrimiento, *serendipity*.
- informador: 74, *véase* técnicas
 etnográficas.
- inhibición (metodológica): 316,
véase metodología, rutina.
- inmediatez (ilusión de la):
 110-111, 123-124.
- instinto (y explicación por la
 psicología): 188, *véase*
 explicación por la psicología,
 naturaleza.
- institución: 105, 161-163;
 la, como objeto de la
 sociología, 175-177;
 los aspectos institucionales
 como formas objetivadas de
 la vida social, 232, 273.
- instrumento (de estudio): *véase*
 técnica;
 el, como teoría en acto, 323,
véase círculo metódico,
 teoría;

- transformación del, en
objeto de estudio, 253.
- integración:
del medio científico, 114-116,
véase fortaleza científica;
el concepto de, en biología,
207-209.
- intelectual/es: 47, 59 n.6, 211;
el etnocentrismo del, 111;
el sociólogo como, 109-110,
111, 211, 213-217, *véase*
profetismo;
medios, 111-112;
público, *véase* públicos.
- interdisciplinaria
(colaboración, y condiciones
de su utilidad
epistemológica): 115, *véase*
préstamo de una disciplina a
otra, aculturación.
- «intereses» (del sociólogo):
véase papel epistemológico de
los valores.
- introspección, recurso a la, e
ilusión de la transparencia:
63-64, *véase* ilusión de la
transparencia;
sociología introspectiva, 64
n.14.
- intuición/es: 90-91, 123;
del sentido común, 342, *véase*
sentido común;
el simbolismo como
protección contra la
evidencia de la, 85-86;
la, controlada y la
aprehensión de las
totalidades construidas,
90-91, *véase*
burocratización;
la, controlada como
instrumento de control
epistemológico, 90-91;
la, controlada y la invención
de hipótesis, 91, 360;
la metodología y el recurso a
la, 101, *véase* parejas
epistemológicas;
razonamiento por analogía y
ruptura con los datos de la,
sensible, 84-87;
sensible, *véase* ruptura.
- intuicionismo: 80, 85-86, 89-91,
94, 103, 136, 288, 321, 323,
324-325, 342, 357;
como ambición de retomar
directamente la lógica de
una cultura en una
«intuición central», 90, 91,
102-103, 356, 360;
el, como disociación de las
operaciones de la
investigación, 90-91;
el culturalismo como, 90-91;
el peligro del, en el uso de la
analogía, 79-80;
la consagración
metodológica del, 103 n.22;
y esquemas de pensamiento
de la sociología popular o
semicientífica, 102, *véase*
esquemas de interpretación,
sociología semicientífica;
y positivismo, 101-102, *véase*
parejas epistemológicas;
y prueba, 288.
- invalidación: 93 n.7, 308-311,
véase comprobación,
prueba.
- invención: 18, 20-22, 26-27;
aprendizaje de la, 22;
de técnicas, 78, 79;

- e inesperado, 33, *véase serendipity*;
- función heurística de la formalización, *véase* formalización;
- lógica de la, 135;
- virtualidades heurísticas de los conceptos y rutinización, 19, 119;
- y analogía, 82, 293-295, *véase* analogía;
- y demostración, *véase* prueba;
- y ruptura, 31-33;
- y ruptura con las connotaciones comunes de los conceptos, 204-206, *véase* esquemas metafóricos, ruptura;
- y tipo ideal, 79-81, 282, *véase* tipo ideal.
- inventario sistemático:
 - la observación etnográfica como, 67, 73-74, *véase* métodos etnográficos.
- investigación:
 - enseñanza de la, 16-17, 19;
 - instituciones de, 107-110;
 - instituciones y burocratización, *véase* burocratización.
- isomorfos (casos): 81, *véase* grupo de transformación.
- jerarquía:
 - de los actos epistemológicos, 89-97, *véase* obstáculos epistemológicos;
 - de los peligros epistemológicos, 89-97, *véase* obstáculos epistemológicos;
 - de prestigio de las operaciones de investigación, *véase* operaciones de investigación.
- juego: 43.
- juicio de valor: *véase* neutralidad ética.
- laboratorio (reacción en el): 69-71, *véase* experimentación ficticia.
- lapsus* (en la conducta de una investigación): 102.
- legitimidad, y situación de la entrevista: 264-265.
- lengua: *véase* lenguaje; y palabra, 58.
- lenguaje:
 - categorías del, y construcción de los objetos científicos, 79-80, 197, 272-279;
 - categorías del, indígena y categorías del, del etnólogo, 272-274;
 - común y, científico, 146-147, 148;
 - común y prenociones, 31-32, *véase* prenociones;
 - común y profetismo, 43-46, 47-48;
 - crítica del, 32, 42-43, 197-203;
 - enfermedades del, 202-203;
 - formalizado y lógica del, común, 42-43, 197, *véase* formalización;
 - poderes del, 41-46, *véase* esquemas de interpretación;
 - preconstrucciones del, 71
 - relación con el, y situación de entrevista, 68-70, 253-268;

semicientífico, 148;
 y cuestionario, 70.
 lexicología (como disciplina
 etnográfica): 72-73, *véase*
 métodos etnográficos.
 ley: 306-311;
 e hipótesis, 306-311;
 y teoría, 306-311, *véase* teoría.
 líderes de opinión: 66;
 y explicación por cualidades
 psicológicas, 239;
 y sondeo de opinión, 239.
 límite (razonamiento por paso
 al): *véase* tipo ideal;
 e invención de las hipótesis,
 81.
 lógica:
 formal, 24-26;
 reconstruida, 351-352;
 reconstruida y, en acto,
 136-137.
véase sistema.
 magia: 164-147, 185;
 pensamiento mágico y
 estudio de los medios
 modernos de comunicación,
 44.
 manipulaciones (ciegas): *véase*
artefact.
 masa/s: 65-66;
 la noción de, y la elección de
 las técnicas de encuesta,
 66-67;
 sociedad de, *véase* sociedad.
mass-media: *véase* medios
 modernos de comunicación.
 matemática: *véase* simbolismo
 matemático.
 materialismo técnico: 331-335,
véase racionalismo
 aplicado.

mecánica/s:
 las imágenes, en sociología,
 43;
 los paradigmas, en física, 45,
véase esquemas de
 interpretación.
 medida/medición:
 cuidado exclusivo de la, y
 vigilancia epistemológica,
 26-27;
 las exigencias de la, 16, 21;
 objeto mensurable y objeto
 científico, 78, 312, *véase*
 comprobación;
 y teoría, 89, 340.
 mensaje (de prensa): 77, *véase*
 análisis estructural.
 metáforas: 43, 147, 204-205,
véase esquemas de
 interpretación;
 analogía y, *véase* analogía;
 esquemas metafóricos, *véase*
 esquemas de interpretación.
 método/s:
 absolutismo del, 17-18, 129;
 autonomización del, 15, 107;
 círculo metódico, *véase*
 círculo;
 comparativo, *véase*
 comparación;
 disociación del, y
 operaciones de la
 investigación, 16;
 etnográficos, *véase* etnografía;
 experimental, 74, 76-77, *véase*
 experimentación;
 grandes sacerdotes del, 16;
 supervisión del, 130-133.
 metodología:
 distorsión metodológica,
 29-30, 109;

- ejercicios metodológicos, 25-26;
- la, como lógica reconstruida, 135-137;
- la ética del deber metodológico, 27-28;
- la moda en, 107;
- manía metodológica, 95-97, 107;
- refinamiento metodológico y problemas científicos reales, 78, 79, 326;
- y epistemología, 17-18;
- y tecnología, 66;
- y vigilancia epistemológica, 24-28.
- metodólogos: 17, 25, *véase* grandes sacerdotes del método.
- mímicas (como técnicas de expresión): 266.
- moda/s:
 - intelectuales, 111-112;
 - la, en sociología, 19, 112.
- modelo/s: 80-81, 83-88;
 - definición positivista del, 83;
 - el, como sistema de relaciones construidas, 83, 87;
 - mecánicos, y cibernéticos en biología, 83;
 - miméticos y, analógicos, 84-85, 293-295;
 - teórico, 87, 90;
 - y experimentación, 85;
 - y tipo ideal, 80-81.
- momentos (la representación del desarrollo científico como sucesión de): 89, *véase* actos epistemológicos, operaciones.
- monografía: 101.
- moral:
 - de un grupo y relación con el sociólogo, 252.
- moralismo: 34.
- morfología: 232;
 - la descripción morfológica como disciplina etnográfica, 72, *véase* métodos etnográficos.
- motivación/es:
 - aprehensión de las, y explicación por la psicología, 280;
 - el concepto de, y el concepto de naturaleza humana, 39-41, *véase* naturaleza;
 - el concepto de, y la filosofía humanista, 36, *véase* humanismo;
 - encuestas de, 64.
- muestra (reveladora): 81.
- muestreo: 65-66, 312-314;
 - al azar y neutralización de los grupos, 239-246.
- mundano (público): *véase* público.
- mutación:
 - el concepto de, como esquema mixto, 45, *véase* esquemas de interpretación.
- naturaleza:
 - e historia, 39, 179-184, *véase* historia;
 - el concepto de, y sus formas disfrazadas, 39;
 - la explicación por la, y sus formas sutiles, 39-41, *véase* datos naturales, esencialismo, sociología espontánea;

- y cultura, 39-41, *véase* cultura.
- naturaleza simple: 185, *véase* explicación por lo simple.
- necesidad:
 como principio explicativo no sociologizado, *véase* naturaleza.
- negativismo: 18, *véase* crítica.
- neopositivismo: 336-341, *véase* positivismo.
- neutralidad:
 epistemológica, 69;
 ética, 68, 77, 214-215;
 ética y, epistemológica, 67-68.
- neutralización (de los conceptos y de las operaciones por el discurso pedagógico): 19, *véase* invención, rutina.
- «ni-siquiera-falso»: 98, *véase* análisis estructural.
- nivel de ingresos: 75, *véase* codificación.
- nociones (comunes): *véase* prenociones.
- nominalismo: *véase* abstracción, objeto real y objeto de la ciencia.
- no-respuesta: *véase* *artefact*.
- norma/s:
 conductas normalizadas y cuestionario, 72-73, *véase* métodos etnográficos; sociales y situación de encuesta, 72.
- nosografía (del lenguaje): *véase* enfermedades del lenguaje.
- objetivo/a:
 la sociología como ciencia, 38, 38-39 n.12, 144-145;
 relaciones, y relaciones con estas relaciones, 38-39 n.12, 269, *véase* ilusión de la transparencia, subjetividad, subjetivismo.
 objetivación: 144-147, 232-235;
 lo previo de la, 38-39 n.12;
 las técnicas de, como técnicas de ruptura, 31-32, 232, *véase* ruptura.
 objetividad: 64;
 la falsa filosofía de la, como caución de la abdicación empirista, 58, *véase* censo.
 objetivismo: 38-39 n.12, *véase* positivismo.
 objeto/s:
 analogía y ruptura con los datos;
 preconstruidos, 80-83;
 científico y técnica del conocimiento, 78;
 común, 59;
 construido, 57-60, 221-223, *véase* construcción, cosa, hechos;
 construido y *artefact*, 67-69, 77-79;
 construido, y percibido, 85-86;
 construido, y preconstruido, 58-59, 60 n.8, 81, 85-86;
 que habla (como, del sociólogo), 63;
 real, y de la ciencia, 58-59, 61-62, 221;
 sobre-objeto y sub-objeto, 51, *véase* razón arquitectónica, razón polémica;

- sociología sin, científico, 78;
véase construcción, hechos y datos.
- observación: 176-177, 339-341;
 cuestionario y, directa, 71-73;
 el primado epistemológico de la, metodológica, 72;
 encuesta y cuasi observación, 73;
 etnográfica, 69, 71-72;
 etnográfica e instrumentos de laboratorio, 68;
 protocolo de, 304, 339;
 y definición, 145-146;
 y teoría, 91-92, 304-305, *véase* teoría.
- obstáculo/s (epistemológicos):
 29-30, 31-55, 119-128;
 el, de la familiaridad, 31.
- olvidos selectivos: 72, *véase* cuestionario.
- operacionalismo: 84, 144, 296;
 el, como dimisión teórica, 60, 84.
- operaciones (de investigación):
 89-91, 108-109;
 control epistemológico de las, estadísticas, 66-67, *véase* actos epistemológicos;
 implicancia recíproca de las, 89-97;
 jerarquía de las, y lugar de la teoría, 97;
 la disociación real de las, como principio de los errores epistemológicos, 91, 101;
 la inmanencia de la teoría en las, más automáticas, 65-67, 74-75;
 la jerarquía de prestigio de las, en la división burocrática del trabajo, 108;
 y actos epistemológicos, 89-91;
 y fases del ciclo experimental, 89-97.
- operatorio/s:
 conceptos, *véase* concepto;
 la organización, de la vigilancia epistemológica, *véase* vigilancia epistemológica;
véase operacionalismo.
- opinión/es:
 análisis jerárquico de las, 75-76;
 común, *véase* prenociones, sociología espontánea;
 pública, 312-316;
 técnicas de medición de las, 313;
 y comportamiento, 71-72.
- orden:
 de la invención y, de la prueba, *véase* lógica de la invención y lógica de la prueba.
- ordenador/es:
 el, como símbolo de científicidad, 107;
 utilización de los, y desarrollo experimental, 108.
- organicismo: 82, 82 n.39, 83-84, 171, *véase* transferencia de esquemas.
- padres fundadores (relación con los, en sociología): 49, *véase* aristotelismo, situación de comienzo, tradición teórica.

- paradigma:
 uso pedagógico y heurístico de los, 45, *véase* esquemas.
- paradigmático (caso): 80-82, *véase* modelo, muestra, revelador, tipo ideal.
- parejas: *véase* parejas epistemológicas.
- pares (grupo de):
 y control científico, 112-116, *véase* fortaleza científica, controles crecientes, polémica.
- partenogénesis (como modo de producción de la teoría):
véase dogma de la «inmaculada concepción», teoría.
- pedagogía:
 de la invención, *véase* invención;
 de la investigación, *véase* enseñanza de la investigación.
- peligros epistemológicos: *véase* obstáculos epistemológicos.
- percepción:
 invención y ruptura con las configuraciones de la, 32-33;
 objeto de, y objetos de ciencia, 57-59, *véase* objeto construido y objeto preconstruido;
 y ciencia, 31.
- perfil epistemológico: 219-220, *véase* epistemología, vigilancia epistemológica.
- polémica: 115, 124;
 razón, *véase* razón;
 y crítica epistemológica, 18, 106, 106 n.1, 312, 313;
 y explicitación de los principios de construcción de una ciencia, *véase* relaciones entre disciplinas; *véase* crítica, control, vigilancia epistemológica.
- polisemia:
 juegos de, y profetismo, 47-48;
 la, del término «inconsciente», 35.
- posiciones (sociales): 37, *véase* relaciones sociales.
- positivismo: 23, 24-25, 49-50, 79, 127, 175-177, 224, 288, 306, 321-322, 331-335, 336-341;
 contradicciones lógicas del, 224;
 e intuicionismo, 101-103;
 el, como disociación real de las operaciones de investigación, 91;
 ilusión positivista de una ciencia sin supuestos, 224-231, 283, *véase* supuestos;
 reinterpretación positivista de la prueba, 98-100, *véase* prueba;
 reinterpretación positivista de las exigencias de la construcción, *véase* construcción;
 representación positivista de la observación, 92, *véase* observación.
- post-festum* (reconstrucción):
véase lógica reconstruida.
- pollach*: 81-82.
- práctica:
 de la investigación y epistemología, *véase*

- operaciones y actos epistemológicos, epistemología espontánea; de la investigación y método, *véase* metodología.
- pragmatismo: 308, 310-311, 334, 337.
- preceptos: *véase* censores, metodología.
- pre-construido (objeto): *véase* objeto.
- prenociones: 31-33, 111, 139-143, 144-147, 164; comunes y científicas, 51, *véase* tradición teórica; elaboración científica de las, 42-43, 47-48, 94; formulaciones de las, 83-84; funciones sociales de las, 31-32, 139; las, como explicación sistemática, 139-140, 204; lenguaje formalizado y, 42, *véase* formalización; ruptura con las, *véase* ruptura.
- pre-requisitos (como forma sutil del concepto de naturaleza humana): 39, *véase* naturaleza.
- préstamos: de conceptos, *véase* analogía, esquemas; de las ciencias del hombre a las ciencias de la naturaleza, *véase* aculturación, epistemología de las ciencias del hombre y epistemología de las ciencias de la naturaleza; incontrolados de conceptos y de métodos etnológicos, 74, *véase* etnología y sociología.
- prestigio: la búsqueda del, como principio explicativo no sociologizado, 40, *véase* naturaleza.
- principios: y reglas técnicas, 76-77, *véase* teoría del conocimiento sociológico.
- principio del placer (y principio de realidad): 94, *véase* experiencia.
- probabilidades: 326.
- problemas sociales (y problemas sociológicos): 59, *véase* humanismo, profetismo.
- problemática/s: 61, 221-222; falsas, vehiculizadas por el lenguaje, 197, *véase* lenguaje; inconsciente, 69-71; teórica, 60.
- procedimientos: *véase* técnicas.
- profetas (en sociología): 16, 47-48; «pequeño, acreditado por el Estado», 47; «pequeño, marginal», 47, *véase* profetismo.
- profetismo: 46-50, 211-217, 361; del intelectual, 47, 211-217; del profesor, 47, 211-213.
- propensiones (como forma sutil del concepto de naturaleza humana): 39, 40 n.14, *véase* naturaleza.
- protocolo (de observación): *véase* observación.

prueba/s:

concatenaciones de la, 100;
 definición positivista de la, 288;
 experimental, 29-30;
 la definición intuicionista de la, 288;
 la, por la convergencia de los indicios, 326;
 las caricaturas de la, experimental, 102-103;
 lógica de la, y lógica de la invención, 21, 135-137, *véase* invención;
 rigor aparente de las técnicas de, y neutralización del poder de desmentida de la experiencia, 97;
 sistema de, y prueba por la coherencia, 99, 317-320, 327, *véase* círculo metódico;
 y ejemplo, 102-103, 342, 346.

psicoanálisis:

del espíritu científico, 18, 126-128;
 del espíritu sociológico, 43-45.

psicología:

explicación por la, 40, 190-191;
 explicación por la, y neutralización de las relaciones sociales por las técnicas, 239, *véase* sondeo de opinión;
 sociología comprensiva y sociología psicológica;
 los conceptos de la, social, moneda corriente del concepto de naturaleza 34, *véase* naturaleza;

social, 36-37, 38 n.11.

psicologismo: 34, 144-147.

público:

intelectual, 113, 211-212;
 mundano, 107, 116, 347-349, 351-355, *véase* fortaleza científica, profetismo;
 relación con el, y formas de la producción intelectual, 46-47, 109, 113-116, 211, 213-217, 347-355, *véase* sociología del conocimiento.

pump-handle research, 22 n.7, *véase* burocratización de la investigación sociológica, reiteración de las encuestas.

racionalismo:

aplicado, 91, 100-101, 121-128, 130-133, 236-237, 331-335;
 fijista, 25, 96, 121;
 rectificado, 24, 121, 236;
 regional, 24-25, 121.

racionalización:

encuestas de motivación y, 63-64;
 y explicación científica, 272-274.

raza (tratada como dato natural): 39.

razón:

arquitectónica, 51;
 polémica, 24, 51, 121, 124, 192-193, 308-309;
 y experiencia, 97, 101, 306, *véase* comprobación, experiencia;
véase racionalismo.

realidad: *véase* comprobación,

- experimentación, objeto real y objeto construido.
- realismo: 100, 123, 221-223, 331-335;
 - del sentido común, 340, *véase* sensualismo.
- rebelión (función epistemológica de la): 112.
- recetas: 20, 109, 334.
- recolección (de datos), 72, 92,
 - técnicas de, *véase* datos y hechos, observación
- rectificación: 121, 125, 127, 219-220, *véase* conocimiento aproximado.
- reducción (histórica): *véase* especificidades históricas.
- referéndum (imagen pública de la sociología como): 72, 269-271.
- reflexividad (ilusión de la): 161-167.
- reflexivo (análisis): 233.
- reglas:
 - e instrumentos para la aprehensión de las, 73-74, *véase* métodos etnográficos.
- regularidades: 224, 280;
 - aprehensión de las, y problemática, 224;
 - conocimiento de las, y explicación de las especificidades históricas, 224, *véase* explicación por la psicología;
 - estadísticas, *véase* estadísticas.
- reinterpretación: 62, *véase* préstamo cultural;
 - la, como forma de relación del sujeto con sus conductas, 72-73.
- reiteración (de encuestas): 62, *véase pump-handle research.*
- relaciones: *véase* objeto construido;
 - entre los hechos, 98;
 - ocultas, 280;
 - sustancia y sistema de, 37.
- relativizaciones:
 - y sociología de la sociología, 109-110, 112-113, *véase* la sociología de la sociología como ayudante de la vigilancia epistemológica.
- relativismo cultural: 77;
 - la transposición ilegítima del, en las relaciones entre «culturas» en una sociedad estratificada, 77;
 - y etnocentrismo ético, 77-78.
- reproducción: *véase* modelos miméticos y modelos analógicos.
- resentimiento (como principio explicativo no sociologizado): 40-41, 40 n.14.
- rigores:
 - específicos, 26.
- rigorismo (tecnológico): 26, *véase* metodología.
- ritualismo:
 - de los procedimientos, 28.
- ruptura (epistemológica):
 - 29-30, 31-55, 60, 89-90, 105, 233, 347, 350-355;
 - análisis estadísticos y, epistemológica, 31-33;
 - con el sistema de imágenes del lenguaje común, 204, *véase* lenguaje común;
 - condiciones sociales de la,

- con la sociología espontánea, 106-107;
- con la experiencia primera, 347;
- con la sociología espontánea, 33-46;
- con los automatismos metodológicos, 239, *véase* rutina;
- formalización y, 41-42, 85-86;
- invención y, 32;
- la, con la tradición teórica, 49, 50-51, *véase* tradición teórica;
- la definición previa como técnica de, 31-33, *véase* definición;
- poder de, del modelo teórico, 87, 90;
- técnicas de, 31-33;
- teoría y, 97-98.
- rutina: 19-22;
 - e invención de las técnicas, 78-79;
 - tecnológica, 20-22, 74-76, 95-97, 312-316;
 - tecnológica y vigilancia epistemológica, 77, 95-97; *véase* burocratización, metodología, vigilancia epistemológica.
- rutinización:
 - de los conceptos e invención, 19-20;
 - de los conceptos y transferencias de esquemas, *véase* analogías, esquemas.
- saber inmediato (ilusión del): 31-55, 164-167, 340-341; la ilusión del, como característica del espíritu precientífico, 351-352, *véase* intuición, sensualismo.
- sectores (sondeo por): 67.
- secundario (análisis): *véase* análisis.
- semejanza;
 - y analogía, 84-85, 87-88, 293-295, *véase* comparación, método comparativo, modelos miméticos y modelos analógicos.
- sensualismo: 336-341.
- sentido:
 - ciencia y, común, 221, 347; común, 37, 342;
 - común y, común científico, 37, *véase* tradición teórica;
 - formalización y ruptura con el, común, 85-86, *véase* formalización;
 - subjetivo y, supuesto, 280, 282-283, *véase* principio de no-conciencia, sociología comprensiva;
 - vivido, 280.
- serendipity*: 33, *véase* invención.
- serie:
 - la, y el sentido de las observaciones particulares, 98.
- sexo: (tratado como dato natural), 39; *véase* naturaleza.
- significación: *véase* sentido; diferencial, 70-71.
- signo (de los tiempos): *véase* moda, público.
- simbolismo:
 - el, como protección contra la intuición, 84-86;

- matemático y construcción, 85-86.
- simple (explicación por lo): 34-38, 41, 185-186, *véase* naturaleza, sociología espontánea.
- sincrónico (corte): el análisis multivariado, realización de un, 76.
- sistema: de factores y análisis multivariados, 76; de proposiciones, 296; sub-, 91.
- sistemático: cuerpo, de conceptos, 98; inventario, 68, 73, *véase* inventario; verificación, *véase* sistema de pruebas.
- sistematicidad (como característica de la teoría): 97-98.
- sistémicos (conceptos): *véase* conceptos.
- sobrentendidos: comunicación y, 266, *véase* comunicación.
- sociabilidad: técnicas de, y técnicas de encuesta, 69-70.
- social: «hay que explicar lo, por lo», 39.
- sociedad de masas: 314-315, *véase* masa; el concepto de, como esquema mixto, 45, *véase* esquemas.
- «sociodicea»: 40-41 n.14, *véase* ideología.
- sociograma (esquemas de interpretación del): 45.
- sociología: aplicada, *véase* encuestador; burocrática, 313, *véase* burocratización; comprensiva y, psicológica, 280; de la, 105-116; de la ciencia, 105, 113, 113 n.6, 136; de la enseñanza de las ciencias, 129; de la formación de los sociólogos, 109-110, 361; del conocimiento, 105, 129-130, 347; e historia, 38, 39-41, 74, 161, 163, 234; empirista, 106, 312-316; especificidad de la historia de la, 107; formal, 342; historia de la, 19, *véase* tradición teórica; la, del conocimiento como colaboradora de la vigilancia epistemológica, 18, 105-107, 109-110, 112; política, 313; y biología, 205-206, 207-209, *véase* organicismo; y ciencias exactas, *véase* epistemología de las ciencias del hombre y epistemología de las ciencias de la naturaleza; y comparación, *véase* método comparativo; y etnología, 72-75, *véase* métodos etnográficos.

- sociología espontánea: 31, 33-46, 47, 111, 161, 232;
 los resurgimientos de la, en la sociología científica, 36, 58, 85-86, 101;
 rechazo de la construcción teórica y abandono a la, 64, 65;
 refinamiento tecnológico y abandono a la, 101-102, 101-102 n.20, *véase*
 positivismo e intuicionismo;
 ruptura con la, *véase* ruptura;
 teoría y ruptura con la, *véase* teoría;
 valor y límites de la formalización para la ruptura con la, 85-86, *véase* formalización;
 y lenguaje común, 40, 41-46, 197, *véase* esquemas metafóricos;
 y sociología semicientífica, 111, *véase* profetismo;
 y tradición teórica, 51;
véase prenociones.
- sociologismo: 36, 39, 112;
 la acusación de, como despecho humanista, 36, *véase* humanismo;
 pretensión sociologista y decisión metodológica que constituyen la sociología, 39, 58, *véase* construcción.
- sociólogo/s:
habitus de, *véase* *habitus*;
 comunidad de los, y representaciones comunes de la teoría, 51-52;
véase tradición teórica;
 comunidad de los, y vigilancia epistemológica, 105, 112-116;
véase sociología.
- sofisma:
 del psicólogo, 69-71.
- sondeo:
 de opinión, 239;
 técnicas de, 96, *véase* muestreo.
- subjetividad:
 derechos de la, 24, *véase* humanismo, objetivación.
- subjetivismo: 23-24, 176-177, *véase* acusación de sociologismo, humanismo, objetivismo.
- subjetivo (el carácter, de los hechos sociales): *véase* subjetivismo.
- sustancialismo, *véase* esencialismo.
- Summa*:
 la, como ideal de los «teóricos» en sociología, 49-50, *véase* escolástica, tradición teórica.
- supuestos: 110-112;
 censo sin, *véase* censo;
 ciencia sin, *véase* ilusión positivista de una ciencia sin, de las técnicas, *véase* técnicas;
 explicitación de los, y control científico, 114-116;
 explicitación de los, y contactos entre disciplinas, 114-116;
 rechazo de los, y abandono a las prenociones, 65.
- tablas (estadísticas), lectura de las: 100.

taxonomía/s:

las, universales, característica de la edad aristotélica de la ciencia;
social, 52, *véase* aristotelismo, tradición teórica;
y teoría, 75, *véase* división.

técnicas:

control epistemológico de las, 76-77, 95-96;
crítica de las, 239, 269;
crítica de los supuestos de las, y refinamiento tecnológico, 66, 78-79, 239;
crítica de los supuestos de las, y diálogo interdisciplinario, 115-116;
de pensamiento, 54-55, 82;
de prueba, *véase* prueba;
ilusión de la neutralidad de las, 67-79, 253;
la absolutización de las, 253;
la definición de los objetos de ciencia por las, 78, 313-316;
supuestos de las, 252-253;
supuestos sociológicos de las, de encuesta, 252-253;
teoría y, de verificación, 94-95, 94 n.9;
y método, 17, *véase* tecnología.

tecnócrata (ilusión del): 161, *véase* artificialismo.

tecnología:

la, como disciplina etnográfica, 72-74, *véase* métodos etnográficos;
y metodología, 17-18, 66, *véase* metodología.

tendencias: 39, *véase* naturaleza, propensión.

teoría/s: 61, 101, 293-301,

317-320;
construcción de la, y prueba de la coherencia de una, 53, 53 n.32;
construcción teórica y trabajo teórico: construcción sistemática de los hechos y producción por partenogénesis, 94, *véase* dogma de la «inmaculada concepción»;
del conocimiento de lo social, 224, 232, *véase* ciencia y metaciencia;
del conocimiento sociológico y, del sistema social, 18, 19-21, 33-34, 51-55, 76-77, 119;
del objeto y técnicas, 74-76, 80;
dimisión teórica y terrorismo de los teóricos, 53-54, *véase* parejas epistemológicas;
e historia de la, 304-305;
el lugar de la, en la jerarquía de los actos epistemológicos, 61-62, 89, 91-92, 97;
el modelo teórico como «teoría en miniatura», 87, *véase* modelo;
el racionalismo aplicado y el lugar de la, 91;
golpe de estado teórico, 79, *véase* invención, ruptura;
indígena, 272-274, 275-276;
inmanencia de la, a la medida, *véase* medida;
la, como clasificación, 50-52;
la, como compilación, 49-53;
la, como historia de la, 52-53;

- la, «del alcance medio», 52;
 la, inconscientemente
 comprometida en el uso de
 una técnica, 66-67, 74-75;
 la representación positivista
 de la, como cotejo de las
 verdades establecidas, 53,
véase dimisión teórica,
 positivismo;
 las representaciones
 comunes de la, en sociología,
 49-53;
 la, sin ataduras
 experimentales, 51-52, 53, 53
 n.32, 93-94, *véase* constru-
 cción teórica, dogma de la
 «inmaculada concepción»;
 la sociología del
 conocimiento sociológico y la
 ruptura con la tradición
 teórica, 105;
 neopositivismo y, 339;
 parciales y modelos teóricos,
 83, 87-88, *véase* modelos;
 parciales y, universal del
 sistema social, 53-55;
 positivismo y, 101, 296;
 revisión teórica, 304-305;
 ruptura con la tradición
 teórica, 51, 105, 113, 219-220;
 y actos epistemológicos, 89,
 92;
 y analogía, 293-301, *véase*
 analogía;
 y comprobación, 91-94, *véase*
 comprobación;
 y experiencia, 61, 91-94, 96,
 97-98, 205-206, 304-311,
 340-341;
 y hechos, *véase* hechos;
 y ley, 299-301;
 y método, 321;
 y observación, 92;
 y operaciones de
 investigación, 89-97;
 y ruptura, 90, *véase* ruptura;
 y tradición teórica, 46-53,
 122-124;
 y verificación, 94, 94 n.9, 95,
 338-339.
 teóricos (el cuerpo de los, en
 sociología): 28, 49-50, 52,
véase teoría, tradición
 teórica.
 terreno (trabajo sobre el), la
 reintroducción del precepto
 del, en sociología: 91 n.2,
véase métodos etnográficos.
 terrorismo:
 de los teóricos, *véase*
 teóricos;
 metodológico, *véase*
 metodología;
 profético, *véase* profetismo.
 tipo ideal: 280-287;
 e hipótesis, 280;
 e invención, 280;
 el, como construcción
 aproximada, 80, 81, 277-278,
 283;
 el, como utopía, 282;
 y modelo, 80-81;
 y muestra reveladora, 80-81;
 y tipo medio, 280.
 tipología:
 y clasificación aristotélica, 52,
véase aristotelismo,
 taxonomía.
tissu [tejido]: 205-206, *véase*
 analogía biológica.
 totales (respuestas): 211, *véase*
 profetismo, público.

- totalidad/es:
 las, patentes de la intuición,
véase ruptura.
- totemismo: 61.
- tradicionalismo (como forma
 de relación con la teoría en
 sociología): 49, 50-51,
 113-116, *véase* tradición
 teórica, aristotelismo, padres
 fundadores.
- tradición/es:
 de disciplina, 115-116, 356-
 361;
 el papel de la, en la
 definición de la metodología
 de la sociología y de la
 etnología, 73-75;
 la, en la historia de la
 sociología, 19, *véase* padres
 fundadores, tradicionalismo;
 teórica, *véase* teoría.
- transformación (grupo de):
véase grupo.
- transparencia (ilusión de la):
 33-38, 43, 171, 323-325, *véase*
 principio de no-conciencia.
- universitaria (organización);
 y producción sociológica,
 106-110, *véase* sociología de la
 sociología.
- útiles: 19, 96;
 y técnicas, 239, *véase* técnicas.
- validación: *véase* prueba.
- valores:
 relaciones con los, y
 referencia a los, 77-79;
 papel epistemológico de los,
 224.
- variables: 75-77, 87 n.47;
 división de las, *véase* código,
 homogenización;
véase análisis multivariado.
- variación (imaginaria): 80-82.
- verbalismo (mundano): *véase*
 esquemas metafóricos.
- verificación:
 e invalidación, *véase*
 invalidación;
 experimental, 16, 93 n.7;
 imperativo epistemológico de
 la, e imperativo tecnológico
 de la, 94 n.9.
- vigilancia (epistemológica): 18,
 19-20, 29-30, 31, 61, 105-116,
 130-133, 135, 148, 359-360;
 metódica, 129-133;
 metodología y
 desplazamiento de la, 24-28,
 29;
 razonamiento analógico y,
 80;
 y análisis sociológico,
 356-361;
 y sociología del
 conocimiento, *véase*
 sociología del conocimiento.
- vocabulario: *véase* lenguaje,
 metáfora;
 etnológico, *véase* etnología.
- vulgarización: 347.
- vulnerabilidad:
 la, de un sistema de
 hipótesis, función de su
 coherencia, 98-99, *véase*
 sistema.
- Wesensschau*: *véase* variación
 imaginaria.